COLECCION HOMBRES e IDEAS
FILOSOFIA~POLITICA~BIOGRAFIAS

ALEJANDRA KOLONTAY

LA MUJER NUEVA
Y
LA MORAL SEXUAL

(1872-1952)

EDICIONES "NUEVA EPOCA"
SANTIAGO DE CHILE

COLECCIÓN HOMBRES E IDEAS

FILOSOFÍA - POLITICA - BIOGRAFIAS

ALEJANDRA KOLONTAY

354353

La Mujer Nueva y la Moral Sexual

Versión Española
de
María Teresa Andrade

Ediciones "NUEVA ÉPOCA"

SANTIAGO DE CHILE

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS:

LIBRERÍAS "CULTURA"

461 Delicias 463 - Casilla 6048 - 1165 Huérfanos 1165

CASA MATRIZ SUCURSAL

BIBLIOTECA NACIONAL

PROLOGO

La personalidad de Alejandra Kolontay, la embajadora soviética, tiene un extraordinario relieve político en la época actual. Su nombre ha sobrepasado las fronteras nacionales rusas para convertirse en una gran figura política mundial. En las columnas de la gran Prensa de todos los países su nombre se repite uno y otro día. Constituye siempre una nota de actualidad política.

Su pasado, de intensa actividad revolucionaria e intelectual, abona y justifica este interés en torno a su figura. Durante años y años no ha vacilado en pasar todo género de privaciones y persecuciones por entregarse con toda alma a la defensa de los explotados.

Nació Alejandra Kolontay en 1872. Su padre era general del ejército ruso. Su madre era de origen campesino. Alejandra pasó la mayor parte de su infancia y juventud en San Petersburgo y Finlandia.

Desde muy joven sintió gran inclinación por la literatura. Pronto también comenzó a interesarse por los problemas políticos. Hizo gran amistad con los criados de su casa, con los que frecuentemente se reunía para inculcarles la indisciplina. Para evitar que se reuniera con la juventud revolucionaria del Instituto, sus padres no la permitieron que ingresase oficialmente en él. La pusieron profesores particulares. Uno de sus profesores, Víctor Ostrogorsky, comenzó a interesarla por las ideas socialistas.

Contrajo matrimonio cuando era muy joven todavía. Se casó, según ella misma dice en su autobiografía, "para protestar contra la voluntad de sus padres". Tres años después de

casada se divorció de su marido, V. Kolontay, y se entregó por completo a la educación de su hijo.

De 1890 a 1895 intervino en la organización de núcleos legales. Su primera intervención en el movimiento revolucionario fué en ocasión de la huelga de obreros tejedores de San Petersburgo, en 1896. En 1898 escribió su primera obra acerca de la educación psicológica, obra titulada: "Las bases de la educación, según Dobroliubov".

En agosto del mismo año Alejandra Kolontay partió para el extranjero con el fin de estudiar ciencias económicas y sociales.

En Zurich ingresó en la Universidad. Era la época en que el socialismo internacional debatía las concepciones revisionistas de Bernstein. La Kolontay se adhirió resueltamente al lado de Kautsky y de Rosa Luxemburgo, cuyo folleto "¿Revolución social o reformas sociales?" ejerció sobre ella una gran influencia. Por indicación de sus profesores y provista de eficaces cartas de recomendación, Alejandra Kolontay se trasladó, en 1899, a Inglaterra, con objeto de estudiar el movimiento obrero de aquel país. Regresó de Inglaterra completamente ganada a las ideas socialistas, y, en lugar de ir a Zurich, partió para Rusia, donde inmediatamente tomó parte activa en las discusiones que dividían a los marxistas rusos. Por su intervención en una huelga en Finlandia, Alejandra se vió obligada a abandonar Rusia y a partir para la emigración. Estuvo en Dinamarca y en Bélgica, donde dió numerosas conferencias en las colonias de emigrados rusos.

En Berlín se entregó ya con más intensidad al trabajo literario. Estableció una gran amistad con Kautsky y Rosa Luxemburgo. Sin embargo, no perdía nunca su contacto con Rusia. En 1911 dió varias conferencias en Bolonia (Italia), en la escuela bolchevique creada por Lunatcharsky y Bogdanov. En la primavera de 1911 vivió en Passy, donde escribió en ruso "A través de Europa". En el otoño del mismo año intervino en varias huelgas de mujeres en París. En enero de 1912 regresó a Berlín. En otoño de 1912 hizo una excursión [illegible] donde trabajó asiduamente en el British Museum, sin perder

de trasladarse en noviembre a Basilea para intervenir en el Congreso socialista internacional. Después del Congreso, en el que intervino en nombre de dos fracciones del partido ruso, se trasladó a Suiza, dedicándose por entero a la propaganda. De Suiza se trasladó a París.

Vivió en Inglaterra en el verano de 1913. Tomó en Londres una parte muy activa en la agitación del "asunto Bellis". Trabajó intensamente en las obras de carácter social femenino. A fines de 1913 se trasladó nuevamente a Alemania, donde comenzó a dirigir la revista "La voz de la obrera". Intervino muy apasionadamente en las discusiones que dividían a los socialistas rusos, es decir, entre mencheviques y bolcheviques. Por su intervención en Berlín en un mitin contra la guerra se vió obligada a trasladar su residencia a Baviera.

Al estallar la gran guerra, Alejandra Kolontay se encontraba de nuevo en Berlín. Se trasladó al extranjero en compañía de Uritsky. Primeramente visitaron Copenhague. Celebraron reuniones con el Comité central del partido socialista danés, para decidirle a adoptar acuerdos contra la guerra. Después fué a Estocolmo con el mismo objeto. En esta capital se propuso como programa la organización de una manifestación internacional obrera contra la guerra. A consecuencia de su actividad revolucionaria fué detenida. Después de estar detenida varias semanas fué expulsada a Dinamarca, donde las autoridades policíacas la sometieron a una rígida vigilancia. En esta época logró ponerse en relación con Trotsky, que se encontraba en París, y con Lenín y su mujer, que estaban en Zurich.

A principios de febrero de 1915 se trasladó a Noruega. Organizó en Suecia una conferencia internacional de mujeres; pero no pudo tomar parte personalmente en ella a consecuencia de un decreto de expulsión. Se leyó en la conferencia, sin embargo, una declaración suya como secretaria.

Intervino muy activamente en la organización de la conferencia socialista internacionalista de Zimmervald. En mayo de 1915 tomó parte en el Congreso del partido socialista noruego celebrado en Trondjem. En colaboración con Tranmael, representante del ala izquierda socialista de Noruega, celebró

numerosos mítines contra la guerra. Estableció relaciones permanentes con los bolcheviques e ingresó en la redacción de la revista que publicaban entonces Bujarin y Piatakoi. En el verano de 1915 publicó un folleto intitulado: "A quién beneficia la guerra?", que fué editado por el Comité central bolchevique.

En el otoño de 1915 fué invitada por la fracción alemana del partido socialista norteamericano para realizar propaganda en favor de las ideas internacionalistas. Provista de toda la literatura bolchevique que pudo encontrar, partió en septiembre para Nueva York. Estuvo en los Estados Unidos hasta febrero de 1916, dando actos de propaganda en más de ochenta ciudades.

Regresó de nuevo a Noruega con grandes precauciones para escapar a la vigilancia de la policía inglesa. Estuvo en Noruega de marzo a agosto de 1916, en que volvió a partir nuevamente para los Estados Unidos. Allí se encontró a Bujarin y a Trotsky, de acuerdo con los cuales trabajó por el programa de Zimmervald.

Al entrar los Estados Unidos en la guerra, Alejandra Kolontay se encontraba en medio del Océano, en ruta para Noruega. Al estallar la primera revolución decidió regresar a su país. Intervino inmediatamente en la revolución. Fué delegada al soviet en representación del "grupo militar bolcheviqué". Durante mucho tiempo fué la única mujer perteneciente al Comité ejecutivo del partido. Hizo varios viajes a Helsingfors para hacer propaganda entre los marinos.

En mayo de 1917 el partido bolchevique la designó representante en el Congreso socialista de Estocolmo. Estando en esta capital surgieron nuevos hechos revolucionarios en Rusia, y la Kolontay decidió regresar a su país. En Torneo fué encarcelada. El gobierno provisional la tuvo más de un mes presa en la prisión de San Petersburgo. Al día siguiente de salir de la cárcel fué arrestada en su domicilio por orden de Kerensky.

Tomó parte muy activa en la insurrección de octubre. Al triunfar ésta fué designada Comisario del pueblo de Asistencia Pública. En febrero de 1918 trató, como miembro de la delegación del Comité central ejecutivo panruso, de penetrar en

Suecia. El barco que les conducía fué destrozado por los hielos y tuvieron que refugiarse en las islas Aaland.

Abandonó su cargo de Comisario del pueblo por no estar conforme con los términos del tratado de Brest-Litovsk. Organizó el primer Congreso panruso de obreras. Según las necesidades de la propaganda y de agitación, Alejandra Kolontay recorrió distintos puntos de Rusia. Fué nombrada Comisario del pueblo para la propaganda y agitación en Ucrania. A consecuencia de una grave enfermedad estuvo apartada de todo trabajo activo de noviembre de 1919 a mayo de 1920. Posteriormente trabajó en las siguientes actividades: en el secretariado internacional de mujeres; en la comisión central encargada de estudiar el problema de la prostitución; en la sección de mujeres del partido bolchevique ruso; en la comisión de propaganda entre las mujeres orientales, y en la segunda conferencia internacional de mujeres.

Tomó parte en el décimo Congreso del partido bolchevique ruso, en el que polemizó violentamente con Lenin, defendiendo el punto de vista de la oposición obrera. Publicó un folleto en el que combatía a la burocracia soviética y defendía ideas que fueron calificadas por los bolcheviques de anarco-sindicalistas. Ante la actitud escisionista de la fracción dirigida por la Kolontay, el Comité del partido adoptó medidas represivas contra ella y sus partidarios. Algunos fueron desterrados a Siberia y otros encerrados en las prisiones de Moscou.

Liquidada su fracción, Alejandra Kolontay fué designada embajadora de la Unión Soviética en Oslo, cargo que desempeñó durante cinco años. Fué la primera mujer que ocupó en el mundo un cargo de tanta importancia. Obtuvo del Gobierno noruego el reconocimiento "de jure" del Gobierno de los soviets y la firma de un tratado de comercio.

En 1926 abandonó el cargo de embajadora de la Unión Soviética en Oslo. Al poco tiempo fué designada para ocupar la embajada soviética en Méjico. La policía de La Habana la impidió desembarcar en aquel puerto cuando se dirigía a Méjico. Los mismos obstáculos encontró en Nueva York para dirigirse en ferrocarril hasta Méjico.

A fines de 1926 fué de nuevo designada embajadora en Oslo, donde continúa en la actualidad.

* * *

Bajo el título genérico de "La mujer nueva y la moral sexual" Ediciones Nueva Epoca ofrecen al público chileno dos trabajos de Alejandra Kolontay sobre un mismo problema tan candente y palpitante: el amor. Tema éste al que ha dedicado gran atención esta escritora.

Los dos trabajos están escritos en épocas diferentes, y, aunque no han transcurrido muchos años del uno al otro (el primero se publicó en 1918 y el segundo en 1921), responden a finalidades muy distintas. Los dos abarcan el mismo tema y sus conclusiones son coincidentes. Pero, sin embargo, su propósito es distinto.

En "La mujer nueva y la moral sexual", Alejandra Kolontay hace una crítica aguda y profunda del problema del amor y de la mujer dentro de la sociedad burguesa. Aparece la solución del problema, según la autora, en un lejano porvenir, que no puede ser otro que el establecimiento de la sociedad comunista.

En el segundo trabajo, "El amor en la sociedad comunista" dedicado a la juventud rusa, Alejandra Kolontay pretende aclarar el problema del amor a una nueva sociedad emergente y de fijar las reglas de la moral sexual en el nuevo régimen. En este tratado el tema adquiere una nueva significación, porque ya no se trata de una crítica de la moral de una sociedad agotada, sino de la creación de un nuevo tipo de vida. En el primer trabajo, para la solución del problema del amor, la Kolontay apela a un futuro cambio de la estructura económico-social de la sociedad. En el segundo, aunque aun naciente, ha surgido ya precisamente la transformación económico-social que ella establecía para la solución del problema sexual.

Aunque estos dos trabajos no están escritos recientemente (el segundo, escrito para la juventud rusa ha sido sobrepasado por el propio proceso de desenvolvimiento de la sociedad rusa

para el público de habla española siguen teniendo la misma que cuando fueron escritos.

El problema sexual ha sido tratado hasta ahora por nuestros autores sólo desde un punto de vista puramente individual o psicológico. Los trabajos de este género pretenden tener una significación puramente científica. Precisamente el interés que tienen para nosotros las ideas de Alejandra Kolontay es la forma en que se plantea el problema. La intervención de la mujer en la vida fuera del hogar es interpretada desde un plano estrictamente marxista. La moral sexual responde igualmente a una estructura económico social. Las contradicciones y crisis de este problema, uno de los más graves de la sociedad burguesa de nuestro tiempo, son precisamente las contradicciones propias de una sociedad en decadencia.

Para Alejandra Kolontay el problema de la mujer y el problema del amor son problemas de carácter tan social como todos los demás problemas que se plantean al capitalismo. Por esto mismo le concede el mismo interés cuando lo incorpora a los nuevos problemas del naciente régimen comunista.

El segundo trabajo de este volumen fué objeto de interesantes polémicas y discusiones entre la juventud comunista rusa, a consecuencia del carácter eminentemente práctico que el mismo estudio tiene. La Prensa comunista abrió una discusión en torno al tema, en el que tomaron parte sindicados especialistas y teóricos marxistas de la Unión Soviética.

* * *

Estos dos ensayos establecen una serie de reformas en lo referente a la situación legal, social y económica de la mujer, y respecto a las leyes que rigen el matrimonio. Estas reformas son peculiares de todo programa socialista. En la Rusia soviética se encuentran llevadas a la práctica todas las condiciones previas, necesarias para resolver el problema sexual.

El Código soviético concede los mismos derechos a la mujer desde los diez y ocho años que al hombre. Protege el trabajo de la mujer mediante leyes especiales. Ha organizado el socorro y la protección a la maternidad, y ha emprendido una fuerte campaña contra la prostitución.

En la sociedad burguesa el Código matrimonial está basado en el concepto de la propiedad. El matrimonio es una especie de operación comercial bendecida por la Iglesia. En Rusia el matrimonio ha dejado de ser un sacramento y se ha reducido al simple acto de registrar los nombres de las dos personas unidas por la comunidad de sentimientos. Los esposos conservan sus nombres de nacimiento; no están obligados a vivir bajo un mismo techo y pueden obtener sus pasaportes independientemente. En caso de divorcio, los bienes adquiridos durante el matrimonio pertenecen por igual a ambas partes, y los bienes que cada uno de los contrayentes tuvieran antes de la unión siguen siendo de su pertenencia. El divorcio se concede a petición de las dos partes, o simplemente a petición de una de las partes. Es una simple formalidad ante un tribunal. Pero, sin embargo, aunque se reconoce el amor libre y el matrimonio legal es fácilmente realizable, la legislación matrimonial tiene sus restricciones, que en su mayoría están inspiradas en principios eugenésicos.

Ningún hombre puede contraer matrimonio antes de los diez y ocho años. La edad matrimonial para las mujeres comienza a los diez y seis años. Los parientes consanguíneos no pueden contraer matrimonio; tampoco se permite la unión de personas que tengan taras mentales o enfermedades contagiosas.

Está prohibida la poligamia. Al solicitar el registro matrimonial es preciso probar que no se está unido legalmente a otra persona. Los cónyuges tienen entre sí tanto el marido como la mujer, el deber de ayudarse en caso de enfermedad, vejez o huelga. En caso de divorcio esta obligación subsiste durante un año después de la separación. Todos los hijos son legítimos, incluso los nacidos de una unión sexual pasajera. Aun en este caso los hijos tienen que ser atendidos por sus padres.

Los Editores.

INDICE

Prólogo ... [illegible]
CAPITULO PRIMERO. La mujer moderna ... [illegible]
I ... [illegible]
II ... [illegible]
III ... [illegible]
CAPITULO SEGUNDO. EL amor y la moral nueva ... [illegible]
CAPITULO TERCERO. Las relaciones entre los sexos y la lucha social ... [illegible]
El amor en la sociedad Comunista ... [illegible]
I El amor como factor social y psíquico ... [illegible]
II Un poco de Historia ... [illegible]
III El amor-camaradería ... [illegible]

EDICIONES "NUEVA ÉPOCA"

Colección "HOMBRES E IDEAS"

Publican en volúmenes a bajo precio las más altas concepciones del pensamiento contemporáneo.

Estas mismas obras en ediciones extranjeras cuestan cuatro veces más.

TITULOS PUBLICADOS:

1 **El Hombre y la Técnica**. Contribución a una filosofía de la vida, por Oswald Spengler..... $ 3.50

2 **Pidiendo un Goethe desde Dentro**. Por José Ortega y Gasset..... 2.00

3 **Tres ensayos sobre la vida sexual**. Sexo, trabajo y deporte. Maternidad y feminismo. Educación sexual y diferenciación sexual, por el Doctor Gregorio Marañón..... 2.50

4 **Socialismo** (Obra de gran actualidad) por J. Ramsay MacDonald..... 3.00

5 **Fouché** (Retrato de un político) por Stephan Zweig 5.00

6 **Gog**. El último y desconcertante libro de Giovanni Papini. Edición corriente $ 2.50. En papel fino 5.00

7 **El Panorama Científico**. por Bertrand Russell. Edición corriente $ 3.50. En papel fino..... 5.00

8 **La Mujer Nueva y la Moral Sexual**, por A. Kolontay... 2.00

EN PRENSA:

9 **El hombre mediocre**. por José Ingenieros

Seguirán otros títulos interesantísimos.

Se despachan a vuelta de correo, contra pago de su importe en giro, letras o estampillas de correo.

Dirija sus pedidos a los distribuidores exclusivos

LIBRERIAS CULTURA

461 Delicias 463 — Casilla 6048 — 1165 Huérfanos 1165

Casa Matriz — Teléfono 81291 — Sucursal

SANTIAGO DE CHILE

Talleres Gráficos GUTENBERG
AMUNATEGUI 884 - 890
SANTIAGO—CHILE

ALEJANDRA KOLONTAY

LA MUJER NUEVA Y LA MORAL SEXUAL

EDITORIAL CULTURA
SANTIAGO DE CHILE

Colección "Hombres e Ideas"

(FILOSOFIA — POLITICA — BIOGRAFIAS)

TITULOS PUBLICADOS

N.o	1	El Hombre y la Técnica, por Oswald Spengler	$ 2.50
N.o	2	La Rebelión de las Masas, por J. Ortega y Gasset	$ 4.00
N.o	3	Tres Ensayos sobre la Vida Sexual, por el doctor G. Marañón	$ 3.00
N.o	4	La Mujer Nueva y la Moral Sexual, por Alejandra Kolontay (2a edición)	$ 3.00
N.o	5	Fouché, por Stefan Zweig	$ 5.00
N.o	6	Cog, por Giovanni Papini	$ 4.00
N.o	7	Panorama Científico, por Bertrand Russell	$ 5.00
N.o	12	Amor, Conveniencia, Flagrancia, por G. Marañón	$ 3.00
N.o	14	El Tema de Nuestro Tiempo, por José Ortega y Gasset	$ 3.00
N.o	15	La Deshumanización del Arte, por José Ortega y Gasset	$ 2.50
N.o	17	Amiel, por G. Marañón (3.a edición)	$ 4.00
N.o	18	Disraeli, por André Maurois	$ 4.50
N.o	19	La Evolución de la Sexualidad y los Estados Intersexuales, por el Dr. G. Marañón	$ 6.00
N.o	21	Ensayo Biológico sobre Enrique IV de Castilla y su Tiempo, por G. Marañón	$ 3.00
N.o	22	Gordos y Flacos, por G. Marañón	$ 2.50
N.o	23	La Agonía del Cristianismo, por Miguel de Unamuno	$ 3.00
N.o	24	La Superstición del Divorcio, por G. K. Chesterton	$ 2.50
N.o	25	Cinco Ensayos sobre Don Juan, por Marañón. Maeztu, Ingenieros, Pérez de Ayala, Azorín	$ 5.00

(Pasa a la tapa siguiente).

Distribuidor exclusivo para Chile:

LIBRERIA "CULTURA"

Huérfanos 1165 - Casilla 4130 - Teléfono 81291

Santiago de Chile

COLECCION "HOMBRES E IDEAS"
(FILOSOFÍA — POLITICA — BIOGRAFIAS)

Alejandra Kolontay

35647

La Mujer Nueva y la Moral Sexual

2.a Edición

EDITORIAL "CULTURA"
Santiago de Chile
1935

INDICE

Págs.

Prólogo 5

CAPITULO PRIMERO. La mujer moderna 13

I 13

II 33

III 49

CAPITULO SEGUNDO. El amor y la moral nueva 58

CAPITULO TERCERO. Las relaciones entre los sexos y la lucha social 76

El amor en la sociedad Comunista 96

I El amor como factor social y psíquico 96

II Un poco de Historia 101

III El amor-camaradería 112

BIBLIOTECA NACIONAL CHILE

PROLOGO

La personalidad de Alejandra Kolontay, la embajadora soviética, tiene un extraordinario relieve político en la época actual. Su nombre ha sobrepasado las fronteras nacionales rusas para convertirse en una gran figura política mundial. En las columnas de la gran Prensa de todos los países su nombre se repite uno y otro día. Constituye siempre una nota de actualidad política.

Su pasado, de intensa actividad revolucionaria e intelectual, abona y justifica este interés en torno a su figura. Durante años y años no ha vacilado en pasar todo género de privaciones y persecuciones por entregarse con toda alma a la defensa de los explotados.

Nació Alejandra Kolontay en 1872. Su padre era general del ejército ruso. Su madre era de origen campesino. Alejandra pasó la mayor parte de su infancia y juventud en San Petersburgo y Finlandia.

Desde muy joven sintió gran inclinación por la literatura. Pronto también comenzó a interesarse por los problemas políticos. Hizo gran amistad con los criados de su casa, con los que frecuentemente se reunía para inculcarles la indisciplina. Para evitar que se reuniera con la juventud revolucionaria del Instituto, sus padres no la permitieron que ingresase oficialmente en él. La pusieron profesores particulares. Uno de sus profesores, Víctor Ostrogorsky, comenzó a interesarla por las ideas socialistas.

Contrajo matrimonio cuando era muy joven todavía. Se casó, según ella misma dice en su autobiografía, "para protestar contra la voluntad de sus padres". Tres años después de casada se divorció de su marido, V. Kolontay, y se entregó por completo a la educación de su hijo.

De 1890 a 1895 intervino en la organización de núcleos ilegales. Su primera intervención en el movimiento re-

PRECIO $ 3.-

CAPITULO I

LA MUJER MODERNA

El problema de la existencia de un nuevo tipo de mujer, es decir, de la mujer moderna, es una tema de palpitante actualidad. Pero ¿es que existe en realidad este nuevo tipo de mujer? ¿No será, acaso, un producto de la imaginación creadora de los literatos, siempre en busca de novedades sensacionales? ¿Y, caso de que exista, cómo es y quién es esta mujer moderna?

Para convencernos de su existencia basta mirar en torno nuestro. Un breve análisis, una no muy detenida reflexión, es lo bastante para convencernos de que la mujer del nuevo tipo es algo que vive, que encontramos en la realidad.

La mujer moderna actúa a nuestro lado, fácil es conocerla; nos hemos acostumbrado a verla, y la encontramos con gran frecuencia en la vida, en todas las clases sociales: lo mismo en la obrera que entre las mujeres entregadas al estudio de las ciencias, en la modesta empleada y en la artista genial. Lo único sorprendente es que esta mujer nueva, que se da cada día con mayor frecuencia en todas las manifestaciones de la vida no aparece en la literatura con sus rasgos propios, como heroína, hasta en las novelas de los últimos tiempos. La vida de las últimas décadas ha forjado, en el pesado yunque de la necesidad vital, una mujer de tipo psicológico completamente desconocido hasta ahora; una mujer con nuevas necesidades y emociones. Mientras que la literatura continuaba presentándonos mujeres del viejo tipo; mientras los literatos se esforzaban en dibujar tipos de mujeres del pasado, que la vida hacía desaparecer, la realidad rusa del período comprendido entre 1870 y 1880, producía

figuras del nuevo tipo de mujer que nacía a la vida, llenas de luminosidad y encanto. Pero los escritores pasaban por su lado sin sentirlas ni oirlas; eran incapaces de asimilárselas y distinguirlas... Turguenev es el único escritor que se ha atrevido a rozar estas figuras con su pincel suave; pero las imágenes que nos presenta son mucho más pálidas, mucho más pobres que la realidad. En el poema en prosa dedicado a la muchacha rusa es únicamente donde Turguenev se inclina ante la conmovedora figura de la mujer que se ha atrevido a franquear el umbral sagrado.

Las mujeres heroicas, cuyos nombres han quedado grabados en las páginas de la Historia, fueron seguidas por una muchedumbre de desconocidas que perecieron como abejas en un panal destrozado. Sus cadáveres sembraron el camino pedregoso que lleva al santo, al deseado porvenir. El número de mujeres del nuevo tipo aumentaba, se multiplicaba en el transcurso de los años, pero los escritores y los poetas pasaban por su lado sin verlas, como si una espesa venda les cubriera los ojos. La mirada del escritor, aprisionada por los tipos tradicionales de mujer, no podía penetrar ni comprender la nueva realidad que pasaba ante sus ojos. La literatura evolucionaba, se perfeccionaba y seguía nuevos derroteros; enriquecía sus medios de expresión con nuevos matices y palabras; pero, en cambio, continuaba obstinada en presentarnos débiles criaturas engañadas, mujeres abandonadas entregadas al dolor, esposas ávidas de venganza, seductoras hembras, almas "sin voluntad no comprendidas", y encantadoras jovencitas puras y sin personalidad.

En la misma época en que Flaubert escribía **"Madame Bovary"**, vivía a su lado en carne y hueso Jorge Sand, la más luminosa precursora del nuevo tipo de mujer que despertaba a la vida.

Tolstoi estudiaba la psicología estrecha y limitada de la mujer, producto de la esclavitud de que ha sido víctima en el transcurso de los años, en una Ana Karenina; se complacía en acariciar la imagen encantadora de la inofensiva Ketty; jugaba con la ardiente naturaleza de mujer de Natacha Rostova, mientras a su lado la implacable realidad encadenaba duramente a las mujeres del nuevo tipo en formación, cuyo número crecía sin cesar. Los grandes talentos del

siglo XIX no sintieron la necesidad de sustituir la gracia seductora de sus heroínas por las cualidades características de la nueva mujer en formación. Los escritores más modernos de los últimos diez o quince años, particularmente las mujeres escritoras, son ya los que no han podido dejar pasar en silencio el nuevo tipo femenino que se afirmaba en torno suyo: la mujer nueva queda al fin grabada en las páginas de sus últimas obras.

Actualmente el nuevo tipo femenino no es ya una novedad sensacional. Lo encontramos en la novela de tesis "de vanguardia" en que se estudia un complicado problema y también en la narración modesta, en la narración sin pretensión literaria alguna.

El tipo de mujer nueva varía, como es natural, de un país a otro. La clase social a que pertenecen estas nuevas mujeres les imprime igualmente un sello particular. También pueden variar considerablemente los rasgos psicológicos, los deseos y la finalidad vital de la heroína. Pero por muy diferentes que se presenten ante nosotros estas mujeres del nuevo tipo, es lo cierto que encontramos en todas ellas un rasgo común, un algo que podemos considerar "racial" y que nos permite diferenciarlas inmediatamente de las mujeres del pasado. Las mujeres del pasado veían el mundo de una manera distinta y reaccionaban ante él en otra forma; tomaban la vida de un modo igualmente distinto. No hace falta poseer conocimientos especiales históricos o literarios para reconocer la fisonomía de la mujer del nuevo tipo en medio de la densa muchedumbre de mujeres del pasado que la rodean. No siempre nos damos cuenta de cuáles son esos nuevos rasgos, ni en qué consiste la diferencia; pero es un hecho evidente que en alguna parte, en la región de lo subconsciente quizá, tenemos nuestro juicio ya plenamente formado, mediante el cual sabemos clasificar y determinar los nuevos tipos femeninos.

Determinemos, pues, quiénes son estas mujeres que constituyen el nuevo tipo femenino. Desde luego, no son las encantadoras y "puras" jovencitas cuya novela terminaba con un matrimonio feliz, ni las esposas que sufren resignadamente las infidelidades del marido, ni las casadas culpables de adulterio. No son tampoco las solteronas entrega-

das toda su vida a llorar un amor desgraciado de su juventud, ni las "sacerdotisas de amor", víctimas de las tristes condiciones de la vida o de su propia naturaleza "viciosa". No; estas mujeres son algo nuevo, es decir, un quinto "tipo de heroína" desconocido anteriormente; heroínas que se presentan a la vida con exigencias propias; heroínas que afirman su personalidad; heroínas que protestan de la servidumbre de la mujer dentro del Estado, en el seno de la familia, en la sociedad; heroínas que saben luchar por sus derechos. Representan un nuevo sexo. Son mujeres "célibes", denominación la más apropiada que podemos dar a este nuevo tipo de mujer.

El tipo esencial de la mujer del próximo pasado era "la esposa", la mujer sólo resonancia, instrumento, complemento del marido. La mujer del nuevo tipo "célibe", está bien lejos de ser una resonancia del marido; ha cesado de ser un simple reflejo del hombre. La mujer "célibe" posee su propio mundo interior, vive entregada a intereses humanos generosos; es independiente exterior e interiormente. Hace veinticinco años, una definición de esta clase hubiera carecido de sentido, hubiera sido considerada vacía de significado. Los cuadros eran sencillos y definidos; la jovencita, la madre, la "literata", la amante o la mundana, del género de Elena Kurakin, en la novela **Guerra y Paz**, de Tolstoi. Estos tipos eran moneda corriente, clara y comprensible. Para la mujer "célibe" no quedaba sitio en la literatura ni en la vida.

Cuando la Historia producía mujeres con rasgos semejantes a los de las heroínas contemporáneas, eran consideradas como desviaciones puramente accidentales de la norma, como verdaderos fenómenos psicológicos.

Pero la vida no puede permanecer inmóvil y la rueda de la Historia, al girar cada vez con ritmo más acelerado, obliga a los hombres de una misma generación a aceptar nociones diferentes, les hace enriquecer su vocabulario con un material nuevo. El nuevo tipo de mujer, la mujer "célibe" desconocida de nuestras abuelas y hasta de nuestras mismas madres, es en nuestra época un hecho real, un ser vivo con existencia propia.

Las mujeres del nuevo tipo, las mujeres "célibes", son

esos millones de figuras envueltas en trajes grises que se mueven desde las primeras horas del alba en interminables filas desde los barrios obreros a los almacenes, a las fábricas y estaciones, que llenan los trenes y tranvías, camino del trabajo. Las mujeres "célibes" son esos miles de muchachas o de mujeres ya maduras que en las grandes ciudades hacen aumentar las estadísticas de hogares independientes. Son las muchachas y mujeres que sostienen una sorda y continua lucha por la vida, que pasan toda su existencia sentadas ante la mesa de la oficina, junto a los aparatos telegráficos y detrás del mostrador de las tiendas. Las mujeres "célibes" son esas jóvenes de alma alegre que, con la cabeza llena de sueños y proyectos audaces, se atreven a llamar a la puerta de los templos de la ciencia y del arte; son las que con paso firme, casi masculino, recorren las calles de la ciudad en busca de una lección mal retribuída o de algún trabajo ocasional. Se encuentra a la mujer "célibe" sentada ante la mesa de trabajo, en el laboratorio entregada a un experimento científico, en los archivos hojeando libros, cumpliendo con el trabajo de su clínica o dedicada a preparar un discurso político.

Estas figuras no se parecen en nada a las heroínas del próximo pasado, a aquellas seductoras y conmovedoras mujeres de Turguenev, de Chejov, a las heroínas de Zolá y Maupassant, a los tipos femeninos de virtud impersonal de la literatura inglesa y alemana de 1880, y hasta de la última decena del siglo pasado. La vida es la creadora de estas mujeres nuevas, que la literatura refleja después.

Como en larga cinta de abigarrados colores, se despliega ante nosotros la vanguardia de las heroínas del nuevo tipo femenino. A la cabeza, sin detenerse ante la espesa barrera que forman las zarzas espinosas de la realidad contemporánea, se adelanta con tranquilo paso, valiente y resuelta, la obrera Matilde (1).

Las zarzas del camino de la vida hacen sangrar las manos y los pies de Matilde, y desgarran su pecho. Pero

---

(1) Matilde, novela de Karl Hauptmann.

su semblante endurecido, templado en las desgracias y el sufrimiento no expresa la menor vacilación.

Sólo unas arrugas amargas se pliegan más profundamente al lado de la boca; únicamente su mirada invenciblemente desafiadora brilla con una expresión más fría. Un nuevo dolor, un nuevo destello de alegría, de esa rara visitante del mundo obrero, pasan por Matilde sin conmoverla. envuelta en su chal gris, se mantiene firme sobre la montaña, valiente e invencible, como estatua de la tristeza. Sólo sus ojos fijos en lo desconocido ven un lejano porvenir en el que cree. Templada su alma por precoces choques con la vida ,Matilde va a la ciudad, alegre, joven, rebosante de salud. Llama a la puerta de la fábrica y entra en el taller. El monstruo de ladrillo se ha tragado una nueva víctima. Pero Matilde no tiene miedo a la vida. Con paso seguro y confiado, se deshace de los lazos que el destino burlón tiende a la joven que camina sola, sin rumbo. El lodo y las bajezas de la vida no manchan su limpio vestido. Matilde conduce con inquebrantable fe, con ignorancia ingenua, su "yo" humano, claro y puro, a través de la vida. No es más que "una joven obrera, sola y pobre"; se siente orgullosa de ser lo que "es", satisfecha de su fuerza interior y de su independencia.

Viene después el primer amor, tierno y claro como la misma juventud, y la primera alegría de la maternidad. La primera sensación de dependencia amorosa, la tímida "rebelión" por la libertad perdida. Después la inquietud de una nueva pasión ardiente como el estío. Los sufrimientos y los tormentos del amor: deseo, dolor y decepción. Otra vez la maternidad y, de nuevo, el abandono. Pero ahora no tenemos ante nosotros una muchacha abandonada, "perdida", un pobre ser oprimido, sino toda una individualidad: madre digna, sola y encerrada en sí misma. La personalidad de Matilde crece, se hace más fuerte. Un nuevo dolor no es más que una nueva página en su vida, que revela con mayor claridad su "yo" poderoso e invencible.

Al lado de Matilde camina con paso suave Tatiana, la muchacha de Riasan, con los pies desnudos, curtidos y agrietados por el calor y el mal tiempo. Tatiana camina con

los vagabundos sin asilo, sin hogar como ella. "Pedazo de cobre entre un montón de chatarra carcomida por el orín". Unas veces trabajando en Maikope durante la siega; otras vagando sin rumbo por las orillas del Don, con una cuadrilla de compañeros del azar, de hombres al acecho de una modesta ganancia.

Tatiana marcha con ellos, libre como el viento, solitaria como la hierba de la estepa. Nadie la quiere, nadie la defiende. Mantiene una lucha cara a cara, cuerpo a cuerpo, continua e interminable con el destino, que, implacablemente, la atormenta. Para las mujeres del tipo "célibe", como Tatania y Matilde, ya no queda ternura en el mundo; para ellas sólo asperezas les reserva la vida.

Tatiana tampoco se doblega a los latigazos de la vida. En su alma lleva profundamente escondido el sueño de un futuro terrenal, de inocencia transparente, como un día de verano sin soplo de viento. Tatiana camina por el mundo en busca de la dicha pero ésta, como si quisiera mofarse de ella, se aleja cada vez más. Y la dulce y soñadora Tatiana de Riasan, ávida de vida, tan ardientemente confiada, sólo recoge las sobras de unas pocas alegrías que le proporciona la tierra.

Un caminante conmueve su alma, la hace llorar, la anima, y ella se entrega a él llanamente, con toda sinceridad, como sólo se entregan estas mujeres solitarias y "célibes", por necesidad, estas obreras nómadas, para arrancar a la vida sus pequeñas alegrías terrestres. Sin embargo, Tatiana se niega a unir su vida a la del caminante cruzado en su ruta: "Eso no es para mí; yo no quiero. Si tú fueras un campesino, quizás; pero así no tiene sentido. No se mide la vida por una hora, sino por años".

Y Tatiana, con una dulce sonrisa por adiós, parte en busca de su sueño de dicha; parte con sus pensamientos, como si estuviera sola en el mundo, y como si le estuviera destinada únicamente a ella la tarea de crearlo por completo de nuevo.

Así caminan Matilde y Tatiana, abriéndose paso a través de las zarzas de la vida, despejando con el pecho y las manos el camino nuevo hacia un porvenir ansiado. Detrás de ellas, vienen siguiéndolas de cerca, las mujeres del

nuevo tipo, pertenecientes a otras clases sociales, deseosas de alcanzar el camino abierto. Las espinas las enganchan y las hieren; sus pies, no acostumbrados a caminar sobre afiladas puntas, se cubren de llagas, y sus huellas quedan marcadas con rojos hilillos de sangre. Pero no es posible detenerse; una muchedumbre compacta, cada vez más densa, avanza por la nueva ruta que se extiende sin límites. ¡Desgraciadas las débiles! Inmediatamente son arrojadas al borde del camino por las filas apretadas que apresuran su marcha. Las vencidas que se han aventurado a lanzar una mirada hacia el castillo gris de la esclavitud del pasado, continúan con la cabeza baja su marcha a la sombra de la nueva ruta.

Entre la densa muchedumbre de mujeres que caminan por la nueva senda, podemos encontrar heroínas de todas las nacionalidades y de todas las clases sociales. En primera fila se destaca la fina silueta de la actriz Magda (1), la muchacha orgullosa de su arte, de sus luchas y de su audaz lema: "Yo soy yo, y todo lo que soy se lo debo a mi esfuerzo". Magda ha sabido vencer las tradiciones de un hogar burgués de una pequeña ciudad provinciana; se ha atrevido a lanzar un reto a la moral burguesa. Mantiene su gesto de orgullo, ella que ha "pecado" en la casa paterna, en su "tierra". Magda conoce todo lo que vale su individualidad y defiende inflexible su derecho a ser lo que es, "elevarse por cima del pecado vale mucho más que la pureza que predicáis aquí."

Llena de resolución entra en el nuevo camino la audaz e inteligente Olga, arrancada del seno de una familia judía de costumbres tradicionales. Después de vencer una serie de obstáculos se ve lanzada en el torbellino de la vida de una gran ciudad europea. Olga forma parte de un círculo intelectual selecto, "la crema de la sociedad". Ante ella desfila la vida, llena de atractivos, de un centro cultural capitalista. En su lucha por la vida, en lucha contra el paro forzoso de los intelectuales, en la lucha para la afirmación de sí misma como individualidad humana y como

---

(1) Sudermann: La Patria

mujer. Olga vive como viven miles de muchachas intelectuales en una gran ciudad civilizada, una vida de soledad y trabajo. No teme a la vida y pide con audacia al destino su parte de dicha personal. Olga siente que el hombre que ama está muy cerca y muy lejos de ella. Sus destinos se cruzan en momento. Pero fundar una vida común no corresponde a sus intereses individuales. El amor no es más que una parte de su vida intensa y múltiple. La pasión padece, se extingue; el amor muere también. Se separan, pues. No tenemos ante nosotros, una vez más, a la débil muchacha abandonada, sino toda una individualidad que ha bebido la copa del placer en la que el vino estaba mezclado con veneno. Olga es más fuerte que el hombre por ella elegido. En sus horas de tristeza, incluso en aquellas de desengaño amoroso, él corre en busca de Olga, que ha sabido seguir siendo su única amistad fiel. En la vida complicada de Olga, rica en acontecimientos y luchas, la novela de amor no constituye más que un "episodio".

Entre la muchedumbre de mujeres nuevas, erguida la hermosa cabeza, se adelanta, con paso seguro Lansovelo (1), la mujer médico, heroína típica de mujer "célibe". Su vida toda está dedicada a la ciencia y a la práctica de la medicina. Las salas de la clínica son, a la vez, templo y hogar. Ha conquistado, por parte de sus colegas masculinos, la estimación y el reconocimiento de su valor, y ha sabido rechazar con dulzura, pero con obstinación, sus proposiciones matrimoniales. Lansovelo necesita la libertad y la soledad para consagrarse de lleno al trabajo, sin el cual no podría vivir ni respirar Ante esta figura de "mujer emancipada", vestida sobriamente, cuya vida está dividida en horas de trabajo, lucha por el ejercicio de su profesión, y triunfos de amor propio al emitir un diagnóstico exacto, el lector se siente sobrecogido por una corriente de frialdad. Pero, de repente, como escena observada casualmente, la doctora se nos revela en otro aspecto completamente distinto. Han llegado las vacaciones y Lansovelo descansa en el campo con "su amigo", médico como ella. Allí se nos revela la mujer; allí reina su "yo" femenino. Sus

(1) Colette Ivert: **Princesa de la ciencia.**

vestidos son vaporosos y claros, su risa alegre. No esconde "sus amores". Si en París no vive con su amante, es porque les resulta más "cómodo" a los dos para su trabajo profesional.

Dejando atrás a la doctora, corre la ardiente Teresa (1), toda fuego y pasión. Teresa es una socialista austríaca, una valiente propagandista. Ha estado en la cárcel, trabaja con toda su alma por el partido. Pero cuando se apodera de ella la pasión, Teresa no renuncia a éste resplandor que alegra la vida, no se envuelve hipócritamente en el manto desteñido de la virtud femenina. Todo lo contrario, Teresa tiende la mano al hombre elegido y parte con él por varias semanas para beber hasta la última gota del placer y convencerse de su profundidad. Cuando Teresa se da cuenta de la vulgaridad que encierra, la rechaza sin remordimientos ni amargura. ¡Pobre Teresa! Para ella, como para la mayoría de sus camaradas masculinos, el amor no puede ser más que una etapa, un alto momentáneo en el camino de la vida. El fin de su existencia, todo su contenido, son el partido, sus ideales, la propaganda y el trabajo.

Agnes Petrovna, otra mujer nueva, una de las primeras heroínas rusas del tipo "célibe", elige la nueva ruta de la vida después de madurada reflexión. Agnes es escritora y secretaria de redacción; es, "ante todo, una mujer que ama el trabajo". Ante la mesa de trabajo, cuando en su mente se forja un pensamiento, una idea nueva, nada ni nadie existen para Agnes. "No podría compartir estos momentos con nadie—dice—; por eso necesito mi libertad. Ningún amor podrá hacerme perder esta libertad". Pero cuando Agnes vuelve a su casa desde la redacción y cambia su sencillo vestido de trabajo por una cómoda bata, le encanta sentirse "solamente mujer" y experimenta el influjo de sus atractivos sobre el hombre. No busca en el amor el contenido y el fin de la vida, sino sólo lo que es corriente en los hombres: el reposo, la poesía, la luz. Agnes no reconoce ,ni al hombre amado, ni el menor derecho sobre ella, sobre su "yo".

---

(1) Schnitzler: Camino de la libertad.

"Pertenecer a un hombre como una cosa, entregarle la voluntad y el corazón, consagrar toda la inteligencia y todos los esfuerzos para hacer su felicidad, conscientemente, esto quizá pueda hacer a una mujer feliz. Pero ¿por qué dedicar todos esos esfuerzos a un hombre solo? . . . Si es preciso olvidarse de sí misma, yo no lo haría por un hombre, no le procuraría a él únicamente una buena comida y un sueño tranquilo; lo haría también por otros muchos desgraciados. . ." Y cuando Miatlev quiere atentar contra la libertad de Agnes, cuando exige que elija entre su amor y el trabajo, Agnes considera su unión rota, y los caminos de su vida se separan.

Sin prisa, con cierta vacilación y duda, sigue a Agnes otra figura, no tan completa, de la mujer del nuevo tipo "célibe". Vera Nicodinovna (1) pertenece a la antigua generación con un ligero matiz de modernismo. Vera es una mujer "con pasado" terminado de una manera "terriblemente banal" y que ha dejado una huella sombría en su alma. No es precisamente la "necesidad fisiológica" la que ha arrojado a la razonable y más bien fría Vera en brazos del hombre. "Nadie se puede imaginar qué lejos estaba mi acción de la sexualidad, qué lejos estaba de dejarme llevar", declara Vera a su joven amiga. Algo distinto la ha impulsado. ¿Sed de maternidad? Quizás sólo el deseo de encontrar un alma cercana a la suya, un ser capaz de comprenderla peligroso anzuelo en el que se dejan coger hasta las mujeres del tipo "célibe", en las cuales predomina la facultad razonadora. Después de "aquello" Vera se ve asediada de hombres que la desean; pero evita acercarse a ellos, aunque mantiene sus esperanzas por un hábito heredado de las generaciones pasadas. La "seducción" es la especialidad de Vera. Sin embargo, se aleja del pasado al mantener ante todo su libertad. Fuera del "coqueteo" de salón, Vera es una mujer-individualidad de trabajo y pensamiento.

Con su sonrisa triste, pasa también la dulce figura de la tuberculosa Mary (2). A continuación, tacoteando con

---

(1) Popatenko: **En la niebla.**
(2) Wimitchenko: **En la balanza de la vida.**

sus zapatos desgastados, corre en busca de trabajo la pequeña Talia (1), intrépida luchadora. Detrás de ellas se oye la risa mezquina de la ligera Annette (2), pobre de espíritu, especie de parodia del tipo de mujer "célibe". La heroína de Sangar, Anna (3), se abre paso con ingenuidad brutal en el camino nuevo. Cogidas de la mano caminan Mira, Lydia y Nolly (4). Cada una de ellas, interesante en sí por algo "sagrado" que no es sólo cualidad propiamente femenina. Hasta la pequeña Lydia, insignificante apariencia, posee vanidad y ambiciones. Cuando se presenta el amor, cuando su naturaleza de mujer les plantea sus exigencias ,todas estas muchachas franquean el umbral prohibido a las jóvenes solteras, sin el miedo sentimental a sí mismas que sentían las mujeres del pasado. Arrastradas por los múltiples intereses de la vida, el amor no es para todas estas mujeres más que una melodía iniciadora.

Acariciando nuestra mirada con la finura de su alma, como tejida tenuemente con suaves tonos, camina dulcemente, para evitar poner su paso sobre las piedras puntiagudas, la actriz de variedades, Renée (5). Con las ilusiones rotas y el corazón herido, deja a su marido y lanza un reto al mundo, que hasta entonces le había pertenecido. Toda su vida está ahora en el arte, en la danza, en las pantominas que ella sabe crear. Una idea errante, fatigosa, consagrada al trabajo. No ya en busca de aventuras: las rehuye porque su corazón ha sufrido demasiado. La libertad, la independencia y la soledad constituyen el contenido de todos sus deseos individuales. Sin embargo, cuando Renée se sienta junto a la chimenea de su hogar solitario después de una jornada de duro trabajo, experimenta la sensación de que la melancolía de la soledad, con sus fríos ojos, ha penetrado en la habitación y se ha instalado detrás de la butaca en que está sentada.

"Estoy acostumbrada a vivir sola—anota en su diario—¡pero hoy me siento tan solitaria! ¿No soy libre, indepen-

---

(1) Wimitchenko: **En la balanza de la vida.**
(2) Idem.
(3) Sangar: **Notas de Anna.**
(4) Grivorlow: **El oeste.**
(5) Colette Willy: **La vagabunda.**

diente? . . . Sí; pero terriblemente sola". En esta queja hay algo de la mujer del pasado acostumbrada a escuchar en torno suyo voces conocidas y amadas, a sentirse rodeada de una ternura que le es necesaria. Así, cuando Renée encuentra en su camino un amor obstinado, se deja prender en él, envuelta en el vacío cada vez más profundo en que vive. Pero la pasión no la ciega, no turba su cerebro, acostumbrado al análisis.

"Unicamente son mis sentidos los atacados", declara en un arrepentimiento lleno de melancolía. "No siento más delirio que el de los sentidos". Renée vuelve a ser lo que era. El nuevo amor no le ha dado lo que su alma buscaba. En los brazos del amado se siente tan sola como antes. La "vagabunda" huyó, huye de su amor, huye porque esta pasión está muy lejos, no tiene la menor relación con las exigencias delicadas del amor.

La carta de despedida de Renée al hombre que abandona es un documento revelador de la mujer contemporánea, de las nuevas exigencias que este tipo de mujer plantea a la vida.

Detrás de Renée pasa la heroína de Bennet (1), una mujer escritora. Un anhelo de éxtasis, de adoración, la lleva a los brazos de un gran músico; pero esta pasión sólo sirve para encontrarse a sí misma, para afirmar su personalidad, para revelar su talento de escritora y enfrentarse con la vida con más calma, con mayor reflexión, de un modo más consciente. Algún tiempo después, cuando un nuevo amor se le acerca, no huye asustada, como lo hubieran hecho las heroínas de las viejas novelas inglesas, por considerarse una mujer indigna, "perdida", sino, todo lo contrario, sale sonriente a su encuentro.

Llena de ardor se adelanta la inquieta, la apasionada Maia (2), la de su espíritu irónico. Todos los acontecimientos de su vida no son más que etapas en la busca de sí misma, en el desenvolvimiento de su personalidad. La lucha con su familia para conquistar su independencia; la ruptura con su primer marido; un corto idilio con un héroe oriental;

---

(1) Bennet: **El amor sagrado.**
(2) Grete Meisel: **La voz.**

un segundo matrimonio, lleno de complicaciones psicológicas; la lucha ardiente en el alma de Maia entre la mujer del "pasado" y la nueva mujer que vive dentro de su ser, otra vez la ruptura y de nuevo la búsqueda, hasta que encuentra el hombre que sabe respetar "su voz" interior, símbolo de la personalidad, el hombre que reconoce su valor y puede crear esa unión amorosa interiormente libre con la que Maia ha soñado durante toda su vida.

La vida de Maia está llena de complicaciones psicológicas y de acontecimientos diversos. Lo que desde muy pronto hubiera agotado a una mujer del pasado, la traición del hombre amado, la ruptura con sus dos maridos, no sirve a Maia más que de "lección", gracias a la cual puede examinarse y comprenderse mejor a sí misma. De una manera inconsciente sigue Maia el consejo de Goethe: "Comenzar todos los días la vida de nuevo como si realmente comenzase..." "Mi fuerte e inquebrantable voluntad, que nada ha podido romper, es la que me ha salvado. Mi voluntad de conservación inconsciente, cómo la mano de un ángel de la guarda, me ha conducido por la vida", dice Maia. La mujer del tipo nuevo, independiente, interiormente libre, tiene que luchar, continuamente con una tendencia atávica que la pone en el peligro de convertirse en "sombra del marido", en su eco. Son bien conocidos los esfuerzos ingenuos y conscientes de la mujer para "adaptarse", incluso interiormente, a los gustos del hombre amado para "corregirse", según el ideal de su elegido. Como si por sí misma no tuviese la mujer ningún valor, como si su personalidad sólo se midiese por la actitud de los hombres hacia ella. Es este rasgo atávico de la mujer el que ha hecho que personalidades tan magníficas, luminosas y seductoras como la de Jorge Sand, se hayan visto tentadas unas veces a abandonar la tierra con el entusiasta Musset y otras a renunciar al vuelo hacia el mundo estrellado de la creación artística. Pero la fuerte individualidad de Jorge Sand era la que ponía límite a estas experiencias. Llegaba un momento en que Jorge Sand sentía que comenzaba a perder su personalidad, en que como consecuencia de la adaptación, la mujer en ella, Aurora Dudevant, acababa por devorar, por aplastar al audaz, al rebelde, al ardiente

soñador, al poeta Jorge Sand. Entonces se rehacía repentinamente desde su altura y rompía implacablemnte con la antigua unión. Cuando en su alma había madurado esta decisión, no había fuerza humana, ni siquiera su propia pasión, capaz de torcer la voluntad de esta fuerte personalidad. Cuando Aurora Dudevant, en un sombrío otoño, deja su morada para celebrar una última y breve entrevista, con su amante, una vez adoptada la decisión de romper con él, no sentimos miedo por Jorge Sand porque sabemos que la entrevista no podrá hacerla cambiar de resolución, porque acude a ella como último tributo a la agonizante pasión que Jorge Sand arroja a la sollozante Aurora. La etapa ha concluido. Un punto termina el episodio.

La Maia de Meiseel-Hess, es, naturalmente, mucho más pequeña y débil que Jorge Sand. Pero en ella también se descubre el deseo de adaptarse a los deseos del hombre amado, y la tendencia atávica a renunciar a sí misma, a desaparecer, a disolverse en el amor, que choca con la personalidad humana que se ha desarrollado y se presenta en ella de un modo determinado. En el momento preciso, Maia sabe también como rehacerse y partir para salvar su "voz".

Aún para la mujer de nuestros días es muy difícil librarse de esta facultad de la mujer, formada en el transcurso de centenares de siglos, de asimilación al hombre que el destino le ha dado por "amo". ¡Cuán difícil es convencerse de que para la mujer es también un crimen renunciar a sí misma, aún en favor del hombre amado, en nombre del amor!

Al lado de Maia camina, con paso firme, la ambiciosa Outa, la de calculadora razón; Outa es actriz, pero consagra toda su vida a dar un valor y ornato a su "yo" que para ella es lo mejor de todo el mundo. Parece que sólo ama el arte porque es un medio de desenvolver y revelar con mayor grandeza y variedad su fuerte personalidad. Hay en Outa como una reacción natural ante la secular humillación de la mujer, una protesta contra su renuncia al derecho de ser una personalidad con valor propio.

Una fuerte y apasionada ambición, una razón calculadora, un inmenso egoísmo y un excepcional talento de actriz, le hacen rechazar a la mujer Outa un lugar oscuro,

pasa indiferente al lado de la dicha personal, al lado de la devoción infinita del Klodt. Aprecia este amor porque le place contemplar su reflejo como si se mirara en un espejo. Cuando Klodt, impulsado por su desesperación, atormentado por su indiferencia, la traiciona, Outa llora pero no es la mujer la que siente la ofensa, sino es la artista expuesta a las miradas de todos los que sufren porque su adorador se ha atrevido a dejarla por una rival. Es por su orgullo herido, y no por amor humillado por lo que Outa solloza. Esta mujer sigue siempre hasta el fin fiel a sí misma. A través de la vida le acompaña su alma fría y la adoración a su "yo". Precisamente porque carece del "fuego sagrado" que alienta en los grandes artistas es derrotada por una mujercita indiferente y apasionada, la fina e inteligente Ouda, "gran" artista en la comprensión del arte, pero a la que falta la pasión creadora.

Entre la muchedumbre de mujeres nuevas pasa la artista Tania, a la que la vida reserva todas sus caricias. Tania es una mujer casada, y sin embargo, pertenece al tipo de mujeres "célibes", lo mismo que Maia, la casada tres veces. Este aspecto de su vida corresponde en absoluto a su fisiología. Por lo demás, Tania que vive bajo el mismo techo que su marido legal, continúa siendo, como antes de casarse, una individualidad libre, independiente. Tania frunce las cejas cuando su marido la presenta a sus amigos como su mujer, sin designarla por su nombre de soltera.

Marido y mujer viven en su propio mundo. Ella consagrada al arte y él dedicado a la investigación científica. Constituyen una pareja de buenos compañeros, unidos por lazos espirituales sólidos, que no impiden su mutua libertad.

La clara atmósfera en que viven se rompe por la ciega pasión física que Tania siente por el hermoso macho Stark. Tania no ama en Stark su fisonomía espiritual, su alma; Tania ama en Stark el "eterno masculino" que la ha arrastrado hacia él desde su primer encuentro. Para Tania no tiene ningún interés la vida espiritual del hombre amado, lo mismo que para los hombres, aún los más modernos, no tiene importancia el alma de la mujer amada apasionada

mente. Cuando una Ana, una Maia o una Lisa lanzan al hombre amado el reproche habitual: "Yo quiero tu alma, que nunca me entregas...", el hombre se siente descon-certado. La actitud de Tania con respecto a Stark tiene, por tanto, algo de masculino. Sentimos que la personalidad de Tania es más fuerte, está más desarrollada que la de su amado. Tania es demasiado humana, demasiada poco "hembra" para que una pasión desnuda pueda satisfacerla; reconoce que la pasión que siente por Stark empobrece y seca su alma, en vez de enriquecerla. Es característico de estas mujeres como Tania el que las horas en que la embriaguez de la pasión se disipa, no sufren tanto con el pensamiento de una infidelidad hecha al marido como ante la imposibilidad de conciliar su pasión con el trabajo paciente y metódico que constituye su vida. La pasión devora sus energías y le roba el tiempo que debe consagrar al trabajo; la pasión pone trabas a su libre trabajo creador. Tania siente que comienza a perderse a sí misma y a perder además lo más preciado para ella en la vida. Tania se va; Tania vuelve al lado de su marido, no impulsada por un sentimiento de lo que debía ser su "deber", sino para salvar su personalidad (1). Al lado de Stark acabará por perderse a sí misma; se va de su lado llevando un hijo suyo en su seno, y cuando la pasión no se ha extinguido todavía. ¿Qué heroína de novela de los buenos tiempos pasados hubiera tenido el valor para obrar como Tania?

Tania tiene que enfrentarse con el mismo dilema que la Ellida de Ibsen, una de las primeras mujeres del nuevo tipo psicológico. Cuando el "hombre del mar" exige a Ellida que se vaya con él, ella se queda al lado de su marido que le ha dado plena libertad para decidirse. Ellida se queda, consciente de que así podrá conservar su libertad interior, que perdería al lado del "hombre del mar". Se da

---

(1) La novela debería terminar en este punto. Todo lo que sigue, todo el resto de sus amores con Stark, es completamente artificial. En esa Tania que se amolda a las circunstancias, que reniega de su arte, que se convierte totalmente en un objeto de placer para Stark, no podemos reconocer a la antigua Tania, de personalidad valiente y entera. Es lamentable que el autor haya calumniado a su Tania de esta forma.

cuenta de que está amenazada de la más terrible esclavitud para una mujer: la esclavitud de la pasión. Comprende la superioridad de quien tiene sujeto entre las manos su corazón de mujer.

Josefa (1), la de alma firme, fuerte de espíritu, se abre el camino de la vida modestamente. Avanza entre las zarzas que obstruyen todavía los bordes de la ruta. Prepara la senda hacia la independencia económica de las mujeres de clase burguesa. Josefa inicia el camino hacia las profesiones liberales. Con el paso indeciso va tanteando la nueva senda la fina y prudente Christa Rouland (2), deliciosa figura espiritual de mujer que despierta, que interroga al mundo con grandes ojos extraordinariamente abiertos, que busca "la verdad nueva"; figura de mujer que por primera vez se da cuenta de sí misma de una manera consciente. "Yo soy yo y tú eres tú, y sólo en el amor podemos fundirnos", es su divisa.

La heroína de Yuchkevitch, la extraña y acongojada Elena (3), pasa tímidamente al borde del camino con los ojos todavía cerrados a la "verdad nueva", mientras procura ocultar la tragedia de su alma, su gran tristeza humana, incomprensible para ella misma. Elena no es una mujer del tipo "célibe". No es una mujer nueva: los rasgos de nuevo y viejo tipo se funden en ella en complicado nudo. Un pujante y acusado "eterno femenino", equilibrado por el espíritu, por un "yo" humano, que se plantea serios problemas. Su dulce alma de mujer, cariñosa, amante, está llena de contradicciones femeninas, y hasta de mentiras de esclava mientras que su espíritu rebelde, investigador, en un continuo interrogarse, hace de Elena una figura de mujer del tipo nuevo. Yuchkevitch ha sabido pintar a su heroína con tonos suaves; ha expresado su imagen con tanto cuidado y cariño como si temiese quebrar con una palabra esta delicada alma de mujer, que se pierde a sí misma en la tragedia de su espíritu. Entre la multitud de mujeres nue-

---

(1) Ilsa Frajman: **Trabajo.**
(2) Hedwik Dohm: **Christa Rouland.**
(3) Yuchkevitch: **Salida del Círculo.**

vas se destaca Renata Fuchs (1), "ama rebelde" que ha sabido conservar la pureza de su alma en medio de la vergüenza y el fango.

El semblante de Renata está penetrado de una calma majestuosa; en sus brazos de muchacha soltera descansa un niño, que será un "hombre nuevo". Al lado de Renata camina la heroína de Grent Allena (2) que, llena de orgullo, lleva de la mano a su hijita, hija ilegal, fruto de una unión que de una manera "demostrativa" ha rechazado la forma legal. Con expresión atareada apresura su marcha al laboratorio María (3), la de clara sonrisa, que ha encontrado la armonía de la vida. Con la cabeza en alto, la prostituta Mylada (4) mantiene en medio del fango de la vida que le rodea su "misión sagrada". La socialista revolucionaria Anna Siemenovna (5) sabe sobreponerse a su propia pasión, escondida tras la máscara de "mujer coqueta". La estudiante inglesa Fanny (6), que se burla de los prejuicios del mundo, se desliza también por la nueva ruta con paso ligero, sin desgarrar sus vestidos frágiles en las zarzas de la vida. La imagen de la estudiante del lejano norte Ana Mahr (7), nos saluda también al pasar. Las heroínas de Bjorson, de Jonas Lie, las hijas del comandante Jakobsen, de Loffler, quieren también entrar en la nueva senda. Llena de inquietudes avanza indecisa Jenny (8), como si escuchara aún en su alma la voz de la mujer del pasado. Como la Tania de Nadgrodskaia, Jenny abandona al padre del hijo que espera, temerosa de que la maternidad haga mucho más fuertes los lazos que empiezan ya a aprisionarla. Audazmente continua su camino; pero la voz de mujer del tipo viejo le recuerda el pasado, despierta en ella sentimientos y concepciones ya olvidados. Jenny detiene su marcha, mira hacia atrás y desfallece...

---

(1) Wassermann: Renata Fuchs.
(2) Grebt Allena: La mujer que se ha atrevido.
(3) Winnichenko: En la balanza de la vida.
(4) Elsa Jerusalén: El escarabajo sagrado.
(5) O. Bonnow: Lucha.
(6) Bernard Shaw: La primera obra de Fanny.
(7) Hauptmann: Solitarias.
(8) S. Undset: Jenny.

Pero a su lado pasan figuras siempre nuevas de mujeres que despiertan, que se rebelan, que buscan el nuevo camino. La dulce y encantadora silueta de Francoise Houdon (1), la que sabe sentir un amor-amistad por Christophe y una pasión por otro; la de temperamento de fuego, ambición insaciable de artista, voluntad de hierro y alma sensible y delicada. A su lado el tipo lleno de vida y tan real, de la trabajadora Cecilia (2), las de las fuerzas equilibradas, que ignora que en su tranquila "conquista" está contenida toda la "verdad nueva". La sufragista Julia France (3), la emigrada rusa Mara Anine (4), la muchacha judía que logra los derechos de ciudadanía norteamericana y lucha hasta conquistar una posición segura, y así todas las heroínas de Ricarda Huch (5), Gabriela Reuther, Sara Grande y hasta las heroínas del mundano Marcel Prevost (6).

Son tantas las heroínas del nuevo tipo, que es comple-

---

(1) Romain Rolland: Jean Christophe.
(2) Romain Rolland: Jean Christophe.
(3) G. Alerton: Julia France y su época.
(4) Marie Antine: La tierra prometida.
(5) Por ejemplo: Rosa de Vita Omnium Brevis.
(6) La mayoría de los autores citados en esta reseña, son mujeres: Muchas de sus obras carecen de verdadero valor artístico; pero nos ofrecen un punto de vista incomparablemente más exacto para el fin que nos proponemos demostrar en estas páginas, que las obras de los escritores masculinos, superiores en general por su valor literario. Casi todas las novelas escritas por las mujeres contienen trozos puramente biográficos, que son precisamente los que mayor interés tienen para nosotros. Aquellas obras que reflejen sin artificio la verdad de la vida, las que nos descubran de una manera más exacta la psicología de la mujer contemporánea, sus dolores, sus problemas ,sus deseos, contradicciones, complicaciones y tendencias, serán las que mejor nos sirvan para enriquecer nuestro material en el estudio del nuevo tipo de mujer en formación. Desde que las mujeres escritoras han dejado de imitar ciegamente los modelos creados por los hombres, y se han atrevido a descubrir los misterios del alma femenina que hasta ahora habían permanecido ocultos, incluso para los artistas más geniales; desde que las mujeres escritoras han empezado a expresarse en su "propia lengua" sobre los problemas de la "mujer", sus obras, aunque carezcan algunas veces de la belleza exterior de la creación artística, tienen un valor y una significación especial. En suma, todos estos trabajos nos ayudan a conocer a la mujer "célibe", a la mujer del nuevo tipo en formación.

mente imposible citarlas en este breve estudio. Precisamente el hecho de que sean tantas las mujerse que pertenecen a este nuevo tipo, que crece todos los dias con nuevas fuerzas, aunque algunas de estas nuevas figuras aparezcan bajo una forma banal y en literatura de folletin, es signo de que la vida crea y forma sin cansarse el nuevo tipo de mujer.

La mujer nueva trae consigo algo que nos es completamente extraño, que a veces llega incluso a repugnarnos por su originalidad. Contemplamos y buscamos en este nuevo tipo de mujer los rasgos queridos y conocidos de nuestras madres y abuelas. Ante nosotros se alza, cubriendo totalmente el pasado, un mundo de emociones, de sentimientos, de necesidades, completamente nuevo. ¿Dónde encontrar la encantadora sumisión femenina, la dulzura de nuestras mujeres del pasado? ¿A dónde ha ido a parar aquel su talento especial para "adaptarse" al matrimonio, para saber desaparecer incluso ante un hombre insignificante, para cederle siempre el primer puesto en la vida?

Tenemos ante nosotros a la mujer-individualizada, una personalidad que tiene valor propio, con un mundo interior suyo, una personalidad que se afirma, en suma, a la mujer que arranca las enmoheci[illegible] aprisionaban a su sexo.

BIBLIOTECA NACIONAL CHILENA

II

¿Cuáles son, pues, los rasgos característicos, los sentimientos nuevos, las cualidades psicológicas de la mujer que nos permiten clasificarla, de acuerdo con su fisonomía interna, dentro de la clase de "mujeres célibes"?

La característica típica de la mujer del pasado, considerada además como su mayor ornato y defecto, era el predominio del sentimiento. La realidad contemporánea, que ha arrastrado a la mujer a la activa lucha por la existencia, la exige ante todo la ciencia de saber vencer sus sentimientos y los numerosos obstáculos de orden social que se interponen en su camino, así como la capacidad de fortalecer su espíritu, poco resistente, su espíritu, que cede con demasiada facilidad, por medio de la voluntad. Para con-

servar los nuevos derechos conquistados, la mujer tiene que realizar un trabajo de autoeducación mucho más profundo que el del hombre. Sobre la Josefa de la novela de Hª Frapan, **Trabajo**, pesan sombríos pensamientos, graves cuidados. Sus débiles espaldas no pueden sostener la pesada carga de la vida. Josefa quisiera poder sollozar, llorar por sí misma, entregarse a su dolor como lo hacían las mujeres del pasado. Pero el trabajo en la clínica, su trabajo, ordenado, dividido en horas, no admite espera. El trabajo de la clínica no es un trabajo que se puede dejar para otro día, como los quehaceres de la casa o el remendar la ropa de los niños. Josefa tiene que hacer el esfuerzo de voluntad sobre sí misma a que el hombre está acostumbrado, pero que era completamente desconocido de las mujeres de los tiempos pasados; tiene que hacer el esfuerzo de esconder su vida privada como detrás de un muro y presentarse a trabajar a la hora en punto, como siempre.

Matilde ve morir a su hijo, que constituye toda su alegría, y que es todo lo que le ha quedado de su ardiente amor. Pero su oficio la ata con todas sus fuerzas al taller y sus dedos prácticos trabajan, como siempre, sin romper el hilo.

La realidad contemporánea exige de una manera implacable que toda mujer que se ve obligada a trabajar en un oficio o profesión, en cualquier trabajo que la lleva fuera del hogar, posea una autodisciplina, una fuerza de voluntad necesaria para saber vencer sus sentimientos, cualidades que sólo podían encontrarse de una manera excepcional en las mujeres del tipo antiguo.

Los celos, la desconfianza, la absurda "venganza femenina" eran los caracteres definidos de la mujer de tipo antiguo. Los celos son el sentimiento que origina todas las tragedias del alma femenina. Es cierto que los celos constituyen también una tragedia para el hombre, pero no debemos olvidar que Shakespeare no eligió para su Otelo un inglés disciplinado, educado, ni un veneciano de inteligencia refinada, sino un moro dominado por las pasiones.

Precisamente es la dependencia de la mujer con relación a sus sentimientos lo que la ha arrastrado a expresar su odio por una rival en formas verdaderamente monstruo-

sas, con lo que no ha hecho más que sacar a la superficie sus cualidades más bajas de "esclava". Si la heroína no desfiguraba a su rival con vitriolo en todos los casos, no dejaba por lo menos de arrojar sobre ella todo el veneno de la calumnia.

Las mujeres del tipo nuevo no pretenden la reivindicación de la propiedad de su amor. Al exigir el respeto a su propia libertad de sentimientos, tienen que aprender a admitir esa misma libertad en los demás. Es realmente interesante observar la actitud de las heroínas de una serie de novelas contemporáneas con respecto a una rival. Las mujeres del tipo nuevo no emplean el vitriolo ni la calumnia. En su lugar nos encontramos con una actitud llena de delicadeza comprensiva hacia la otra mujer, hacia la rival. Por ejemplo, en la novela **Voz**, la heroína Maia, y la primera mujer del hombre que ama, no sólo no se odian, sino que llegan a encontrar un lenguaje común y descubren que en muchos puntos se encuentran entre sí más íntimamente unidas que con el hombre que las dos aman.[1] Maia llora cuando se entera de cómo "él" ha herido el corazón de su rival. Maia se siente humillada personalmente cuando conoce los sufrimientos de su rival, cuando le cuenta que el hombre amado la consideraba como una cosa que le pertenecía "legalmente", y que no tenía para ella la menor ternura confortadora. Maia se siente ofendida por la ofensa hecha a la "mujer", porque sabe sentir más allá de los límites propiamente individuales. En Maia se manifiesta ya un sentimiento completamente desconocido de la mujer del pasado: el sentimiento de colectividad, de compañerismo.

Igualmente característica es la actitud que Maia adopta ante la traición absurda e inútil de su segundo marido. Maia no se desmaya ni arma un escándalo al enterarse. Simplemente corre a refugiarse al lado de las camas de los hijos de la primera mujer de su marido. Las cabecitas dormidas tienen el poder de disipar su tristeza. Después regresa a su hogar solitario.

Maia tiene frío. Enciende el fuego, se arropa en un chal y se impone a sí misma la lectura de un libro interesante. Así logrará librarse lo más rápidamente posible

de sí misma, de sus propios pensamientos, así recuperará el equilibrio necesario.

Irina, la heroína de la novela de Kredo, **En la niebla de la vida**, acepta no solamente la antigua unión de Víctor, sino que le exige con respecto a su rival, una actitud delicada. Todo lo contrario sucede cuando Víctor, enterado del pasado de Irina, le dice con tono de macho ofendido: "¿Qué número hago yo? Quiero saberlo... ¿Han sido muchos?" Víctor es un hombre de vanguardia, un escritor; pero dentro de él, lo mismo que dentro de los otros, la "bestia" es más fuerte que en la insignificante Irina, que sólo es interesante porque ella tiende sus brazos hacia la nueva verdad de la vida.

En el nuevo tipo de mujer nueva, "la mujer celosa" es vencida cada vez con mayor frecuencia por "la mujer individualidad". Otro rasgo característico de la mujer contemporánea consiste en las **exigencias, cada vez mayores**, que plantea al hombre. La mujer del pasado estaba acostumbrada por su amo y señor, durante siglos y siglos, a olvidarse de sí misma, a descuidar por completo su pequeño mundo espiritual. La mujer del pasado no le daba ningún valor a su personalidad, acostumbrada a las sonrisas indulgentes que los hombres tienen para sus debilidades y penas de mujer. Por esto se resignaba sin protesta a que su compañero no prestase la menor atención a lo que pensaba y sentía. Todavía en nuestros tiempos nos asombramos de que solamente algunos hombres extraordinarios sepan comprender a la mujer, aún en los momentos de mayor intimidad. La causa de casi todas las tragedias familiares de todas las épocas ha sido la actitud superficial de abandono del hombre hacia el "yo" femenino.

Los donjuanes con experiencia sabían tomar el cuerpo de la mujer; pero también se apoderaban de su alma, pero lo cual representaban hipócritamente la comedia de la "comprensión"; afectaban un interés lleno de amor hacia el "yo" insignificante de la mujer, al cual su marido, más sincero, no prestaba la menor atención. Pero cuando los donjuanes venían y desaparecían, y el señor legal se quedaba, la mujer iba reduciendo sus necesidades y exigencias obligada durante siglos y siglos a adaptarse a la vida, pa-

a llegar a convertir su concepción de la felicidad en la satisfacción de las cosas exteriores y concretas.

"El" le regalaba sortijas y pendientes; "él" le llevaba flores y bombones. No hacía falta otra prueba de su amor. Si se portaba con relación a ella de una manera grosera y despótica, si imponía una serie de prohibiciones y exigencias, era su derecho, el derecho de amo de su corazón.

La mujer contemporánea se hace exigente. Desea y exige el respeto a su personalidad, a su alma; pretende que se tenga en consideración su "yo". No consiente el despotismo. Cuando el amante de Maia le prohibe que cante en conciertos y ella no le obedece, él decide, "para castigarla", no escribirla durante dos semanas. Este acto mató en Maia todo sentimiento hacia su amante. "¿Cómo puede castigarla a ella, que le ha entregado libremente su corazón?"

En esta lucha de la mujer moderna para proteger su libertad interior, hay algo que recuerda a las mujeres de las antiguas leyendas, a las mujeres de los tiempos heroicos. "Se ha cumplido tu voluntad, pero yo ya no soy tu mujer", increpa Rosamunda a su real esposo cuando le obliga a beber en el cráneo de su padre, asesinado por él. Y en boca de Rosamunda no son estas palabras una simple amenaza. Rosamunda mata a su marido, a quien había amado apasionadamente hasta aquel momento.

La mujer contemporánea perdona muchas cosas que para la mujer del pasado eran las más amargas de perdonar. Perdona la incapacidad del hombre para proporcionarla un bienestar material; perdona una falta de atención de orden exterior con respecto a ella; incluso puede perdonar una infidelidad; pero, en cambio, no olvidará nunca ni aceptará una falta de atención con respecto a su "yo" espiritual, hacia su alma. Si su amigo no es capaz de "comprenderla", sus relaciones pierden para la mujer moderna la mitad de su valor.

Cuando Christa Rouland le pregunta a su amante lo que piensa sobre las mujeres, y éste le contesta, primero con unas bromas ligeras, y luego en una forma banal cariñosa, Christa experimenta un alejamiento involuntario.

No puede comprender cómo el hombre que ha sabido conquistar su corazón a causa del interés que ha demostrado por su "personalidad", por su "yo" espiritual, puede mostrarse tan "sordo" y no comprender la enorme importancia que para ella tenía el oirle expresarse en otra forma. Lo que Christa no puede perdonar a Frank, y lo mismo les sucede a todas las mujeres del nuevo tipo, es el cambio que experimenta el hombre después de la posesión. El hombre temeroso de perder a la mujer amada tiene que extinguir en ella, aun en aquella mujer querida precisamente por el audaz vuelo de su espíritu, por la independencia de su pensamiento, el "fuego sagrado" de la investigación. Se esfuerza, colmándola de caricias, en convertirla sólo en un objeto para su placer, para su goce. Christa Rouland observa, llena de asombro, cómo el mismo Frank, que ouería arrastrarla a la esfera de sus propios intereses espirituales, que soñaba siempre con una actividad realizada en común, empieza a separarse de ella, a vivir en un mundo intelectual exclusivamente suyo. Ya no se trata de un trabajo realizado en colaboración. En aquellos momentos en oue Christa toma parte con gran interés en el trabajo de su pensamiento, Frank no ve en ella más que a la mujer, tanto más seductora por ser más fina y espiritual. Christa siente que su espíritu, su capacidad para elevarse con él hacia las altas regiones del pensamiento, no hacen más oue aumentar su deseo sexual hacia ella. La mujer del tipo nuevo perdonará la ofensa hecha a la "hembra", pero le será imposible olvidar una simple falta de atención hacia su personalidad. Lo mismo sucede con la exigencia de la mujer moderna de oue el hombre por ella elegido tenga una formación espiritual, cuestión de la que nos habla también Vera Nikodimovna. "En la mujer — piensa Vera, — la inteligencia, aun cuando sea de la mejor calidad, **no juega más que un papel de segundo orden**. Lo esencial en la mujer es la base moral. Precisamente el estudio y las lecturas desarrollan esta base moral, la hacen más refinada y aguda. En los hombres esta base moral, por el contrario, se cristaliza, y cuando se desarrolla es de una manera débil. Esta es la causa de que seamos desgracia-

os... Los hombres no comprenden casi nunca lo que nos separa de ellos".

La necesidad que tiene la mujer de sentirse amada, no tanto por el eterno femenino, sino por el contenido espiritual de su "yo", se hace mucho más intensa, como es natural, cuando más conciencia tiene de sí misma como individualidad. "Maldigo mi cuerpo de mujer por su culpa. No podéis ver que hay dentro de mí algo mucho más valioso..." Esto se manifiesta en todas las páginas del libro **Notas de Ana**, de Nadejda Sanjar. Esta protesta, expresada en una u otra forma, la repiten las heroínas de todas las nacionalidades. Hasta el alma sencilla de la Tatiana de Gorki protesta de que se quiera hacer de ella simplemente un instrumento de placer.

"Me hubiera poseído... Pero yo no quiero, yo no quiero que sea así, sin cariño, como los perros... ¡Qué seres tan bajos sois todos los hombres!"

Cuanto más viva es la personalidad de la mujer, cuando se siente con mayor intensidad como "ser humano", más fuerte también se siente la ofensa del hombre que, con una mentalidad formada al correr de los siglos, no sabe percibir detrás de la mujer deseada una individualidad que despierta.

Las exigencias que con respecto al hombre tienen las mujeres contemporáneas es la causa de que las heroínas de las novelas de nuestra época se entreguen de una pasión a otra, que dejen un amor por otro amor en un doloroso luchar por el logro de un ideal inaccesible: la armonía de la pasión y la afinidad espiritual, la conciliación entre el amor y la libertad, la unión nacida del compañerismo y de la independencia recíproca.

Maia, la infatigable exploradora de la dicha, exclama: "Mi más ardiente deseo es encontrar un hombre del que no quisiera separarme nunca". Y la "vagabunda" termina las relaciones con su amigo, únicamente porque aspira a lograr el inextinguible ideal de una unión amorosa más completa y perfecta. La realidad presente engaña a todas estas ingenuas mujeres, ansiosas de encontrar un amor perfecto y lleno de armonía. Implacablemente tienen que romper los lazos del amor y partir de nuevo en busca de la

realización de su sueño. Pero es que estas infatigables soñadoras olvidan que lo que ellas buscan actualmente con tanto afán no podrá realizarse más que en un porvenir muy lejano, cuando los hombres hayan modelado de nuevo sus almas, cuando los hombres hayan logrado asimilarse de una manera orgánica la idea de que en toda unión amorosa el primer puesto le corresponde al compañerismo y la libertad.

La mujer del pasado no sabía apreciar la independencia personal. Pero ¿le hubiera servido de algo apreciarla? No hay nada más doloroso, nada que dé una mayor sensación de impotencia que una esposa o una amante del tipo de mujer del pasado abandonada. Cuando el hombre la abandonaba o se moría, la mujer no solamente perdía su existencia material, sino también su único apoyo moral. La mujer del pasado, incapaz de enfrentarse sola en la vida, tenía miedo a la soledad y por eso estaba siempre dispuesta a renunciar, en cuanto se le presentaba la menor ocasión, a su inútil y desagradable independencia.

La mujer del tipo nuevo no solamente no tiene miedo a la independencia, sino todo lo contrario; cada día aprecia más su valor, a medida que sus intereses sobrepasan los límites impuestos por la familia, el hogar y el amor. Así no hay nada más espantoso para Vera Nikoláievna que la dependencia material con respecto al hombre: "¡Oh, si yo dependiera de un hombre, si yo me viera precisada a escoger a uno para que fuera mi marido y me mantuviese, ésta sería mi mayor desgracia...", le dice a una amiga. Para Vera, el tener un marido "propietario y dueño de su alma" es un pensamiento tan terrible como la cárcel para el prisionero que ha logrado conquistar la libertad con la huída. "Jamás — continúa Vera — aceptaré esa esclavitud... He pasado ya por una experiencia semejante..."

"¿Has estado casada?"

"No, no me he casado nunca pero he vivido mi aventura, he tenido una pasión".

La mujer del tipo nuevo se siente encadenada en el matrimonio, aunque éste no suponga más que lazos exteriores. La mentalidad del hombre "del pasado", que trata

vía se manifiesta viva, crea lazos morales que no son menos sólidos que las cadenas de forma externa.

Por tanto, las nuevas heroínas de nuestra literatura huyen obstinadamente de todo aquello que pudiera atarlas, aunque nada más que exteriormente, al hombre amado. La dependencia material de la mujer con respecto al hombre, su completa impotencia para enfrentarse con el mundo sin ir apoyada del brazo de un hombre, obligaba a la mujer del "pasado" a preocuparse ante todo de concretar sus relaciones con el hombre, a consolidar en alguna forma las relaciones amorosas. Sólo entonces se sentía segura esta mujer del tipo antiguo. Por el contrario, la mujer del nuevo tipo, obligada a resolver por sí sola los cuidados materiales de la vida, observa una actitud negativa o indiferente ante todas estas formalidades, que para ella no tienen objeto. Este nuevo tipo de mujer no tiene ninguna prisa en dar una forma determinada a sus relaciones amorosas. Cuando la amiga de Renée, en **La Vagabunda**, le interroga sobre qué clase de relaciones tiene con el hombre que ama, si una unión legal o simplemente una unión amorosa momentánea, Renée no puede contestarle más que con un movimiento de hombros:

"¿Nosotros? Nosotros sencillamente nos amamos." "Bueno, pero ¿y el porvenir?" "¡Oh, Margot — exclama Renée, — yo no pienso en el porvenir!"

Hasta ahora el contenido fundamental de la vida de la mayoría de las heroínas se reducía a los sentimientos del amor. El amor bastaba para dar colorido incluso a una vida llena de privaciones de orden material. Por el contrario, la ausencia del amor hacía pobre y vacía la vida de una mujer. Ni las riquezas exteriores, ni los honores, ni siquiera las alegrías de la maternidad podían reemplazar para la mujer la pérdida de un amor dichoso (1).

---

(1) Es característico observar cómo la maternidad ha sido casi siempre considerada como el último refugio de la felicidad de la mujer, si el matrimonio no le había hecho feliz, si la mujer se veía obligada a renunciar a una unión amorosa o envidaba, quedaban entonces como último "refugio" los cuidados y las alegrías de la maternidad. La maternidad sólo rara vez era considerada como un fin en sí misma. Solamente ya entrado

Si una mujer no amaba, la vida se le aparecía tan vacía como su corazón. Esta es una de las características que establecen una diferencia neta entre la mujer del pasado y el hombre. En el hombre, al lado de la vida de su corazón, existía siempre una actividad particular. Mientras que la mujer languidecía esperando a "él", al hombre, éste luchaba contra el destino, en un mundo desconocido para la mujer, y por tanto, incomprensible. La mayor parte de las tragedias psicológicas de las relaciones entre hombre y mujer tenían por causa el que el hombre, ansiadamente esperado, al regresar a casa después de una ausencia debida a los negocios o al trabajo, sacaba los papeles de la cartera, comía de prisa y corriendo para marcharse a alguna reunión, o se entregaba ávidamente a la lectura de un libro en vez de dedicar toda su atención a la mujer que con tanto afán le había esperado. La mujer no podía comprender esta actitud del hombre, y su corazón estallaba en reproches. Ella había dejado sin acabar, por esperarle, una tarea; había abandonado la comida a médio hacer; había acostado a los niños con el único fin de estar sola a su lado, para hacerle olvidar los asuntos, los trabajos o la política. Las mujeres de todas las clases sociales sufrían igualmente por esta incomprensión del hombre y de sus intereses; porque tanto el hombre como sus actividades estaban situados en un mundo para ellas completamente desconocido, muy distante de los límites del niño familiar. La falta de comprensión de la psicología del hombre era igual en la mujer del profesor que en la mujer del funcionario, lo mismo en la mujer del obrero que en la del empleado.

La exclamación de la esposa ofendida: "¡Otra vez te vas a tu aborrecible reunión!", acompañaba y aun acompaña lo mismo al marido banquero que al proletario.

Sin embargo, a medida que la mujer interviene en el movimiento de la vida social, a medida que se convierte

---

la vejez se despertaban en la mujer los sentimientos atávicos de la "raza". Sólo entonces aparecía la familia con aquella actitud de la vida, y se convertía en un ídolo, que adoraba, y en el que exigía además, de una manera despótica, la adoración de los otros miembros de la familia.

es resorte activo del mecanismo de la vida económica, su horizonte se ensancha. Los muros de su casa, que antes encerraban para ella todo el mundo, se derrumban, y la mujer se apodera, inconscientemente al principio, hasta acabar por asimilárselo, de los intereses que poco antes le eran completamente desconocidos e incomprensibles.

El amor deja de ser para la mujer el contenido único de su vida, empieza a quedar relegado a un lugar secundario, como sucede con la mayoría de los hombres. Es cierto que las mujeres del nuevo tipo pasan algunos períodos de su vida en los que el amor o la pasión llenan por completo toda su alma, su inteligencia, su corazón y hasta su voluntad; épocas en las que todos los demás intereses de la vida palidecen o quedan relegados a un segundo término. En estos momentos, la mujer del tipo nuevo puede también vivir dramas de gran intensidad, gozar o sufrir lo mismo que las mujeres del pasado. Pero en la mujer moderna, la pasión, el amor, no constituyen más que una parte de su vida, cuyo verdadero contenido es algo más "sagrado" y a cuya realización se entrega: es decir, un ideal social, el estudio de la ciencia, una vocación o el trabajo creador. Esta finalidad de su vida es en general para la mujer moderna algo mucho más importante, mucho más preciado, mucho más sagrado que todas las alegrías del amor y que todos los placeres de la pasión.

De aquí nace la actitud completamente nueva de la mujer con respecto al trabajo, actitud que era imposible encontrar en las heroínas de los buenos tiempos pasados.

La heroína de Bennet ha celebrado la primera entrevista amorosa con el hombre amado. Cuando él le propone ir a verla al día siguiente por la mañana, ella le interrumpe, casi con espanto, a pesar de su amor y de su felicidad:

—"No vengas hasta después de almuerzo!"

—"¡Después del almuerzo! ¿Por qué?

El no sabía qué pensar.

"Pero es que durante cinco años de mi vida yo me he acostumbrado a ser la dueña de mis propios actos. Todos mis gustos, mis costumbres, mi régimen de vida están ya establecidos. Mañana, precisamente mañana, tengo mu-

cho que hacer. ¿Es que este hombre, como un conquista-
dor, vendrá a robarme mis mañanas de trabajo? Sin darme
cuenta se ha despertado en mí una sorda inquietud por mi
libertad e independencia".

Esta confesión nos revela una nueva característica de la psicología del tipo de la mujer nueva. Una mujer es capaz de retrasar por su propia voluntad una entrevista deseada, un encuentro que la hará dichosa. Y hará esto únicamente porque le duelen las horas perdidas, robadas al trabajo. Para la mujer del pasado, ¿cómo era posible que las horas entregadas al amor fueran horas perdidas? Tania, la heroína de la novela de Nagrodskaia, durante la luna de miel con Stark, se siente continuamente atormentada por la conciencia de su ociosidad.

"Decididamente, quiero reservarme el día de hoy. Le rogaré a Stark que me deje sola". Pero Stark se indigna y protesta ante su proposición. Este papel estaba reservado en las novelas del pasado a las heroínas.

"Todo un día sin ti", le dice en un tono de niño caprichoso. "No te molestaré". Me estaré quieto". Y luego, un poco después, añade: "Empiezo a odiar tu arte. Es un rival con el que es difícil luchar". Tania cede una vez más, pero la conciencia del trabajo abandonado la martiriza. No es posible para Tania entregarse con plenitud al placer, hallar la calma en sus goces amorosos, si su trabajo tiene que sufrir las consecuencias.

"Hoy he trabajado — escribe Tania dichosa; — he trabajado ávidamente, con alegría, casi sin interrupción, desde las primeras horas de la mañana". Y la reseña de este día de trabajo está escrita en un tono claro y alegre. Se siente al leer estas líneas que el ser de Tania se ha liberado temporalmente de la embriaguez de la pasión y se ha encontrado de nuevo a sí mismo. Con la paleta en la mano Tania, entregada al trabajo, ha despertado de su sueño y se ha dado cuenta de repente de que, independientemente de ella y de Stark, más allá de su atmósfera de pasión que los lleva hasta el éxtasis, existe un mundo, lleno de colores y placeres, con sus propias alegrías y sufrimientos. De repente, se acuerda de su amigo Weber y lamenta su abandono. No es posible encontrar una mujer del tipo antiguo

capaz de lanzar un suspiro de alivio, a la manera de los hombres, al verse libre de la embriaguez de la pasión y reanudar el trabajo abandonado, al apreciar de nuevo el valor de su existencia independiente, de su propia individualidad.

El mayor dolor para la mujer del pasado era la pérdida o la traición del hombre amado. Para la mujer nueva la mayor desgracia es la pérdida de sí misma, el renunciamiento a su propio "yo", sacrificado al hombre amado, a la felicidad del amor. Las mujeres del nuevo tipo se sublevan, no sólo contra las cadenas exteriores, sino también contra la "esclavitud amorosa en sí". Tienen miedo a las cadenas del amor con que la psicología deformada de nuestra época aprisiona a los amantes. Acostumbrado a perderse totalmente en los torrentes de la pasión, la mujer, aun la mujer del tipo nuevo, va al encuentro del amor casi siempre con un sentimiento de ansiedad, temerosa, de que la fuerza del sentimiento despierte en ella las tendencias artísticas "de mujer resonancia del hombre", temerosa de que la pasión la obligue a renunciar a sí misma, a abandonar su trabajo, su vocación y la finalidad de su vida: Ya no se trata de la lucha por el derecho al amor, sino de la protesta contra "la esclavitud" moral de un sentimiento que exteriormente puede ser libre. Todo esto significa la "rebelión" de las mujeres de nuestro período de transición, las cuales todavía no han aprendido a conciliar la independencia y la libertad interior con la fuerza devoradora del amor.

La mujer del pasado, cuando se alejaba del amor, se sumergía en el mundo incoloro de su vida gris y pobre de contenido. La mujer del nuevo tipo, cuando se escapa del cautiverio amoroso, recobra su libertad con alegría y sorpresa. "Ya terminó la servidumbre del pensamiento", escribe triunfalmente la heroína de Kredo, después de haberse convencido de que ha pasado la embriaguez de la pasión, de que ya terminaron todos los sufrimientos, la agitación y los temores. Otra vez se siente libre, y, después de todo, su corazón no está destrozado a pesar de que el hombre amado ha desaparecido repentinamente de su alma. Irina se regocija cuando "siente que recupera las fuerzas y la energía, fuerzas y energía que disminuían siempre que in-

tentaba penetrar en las profundidades de un alma extraña a la suya, esfuerzo que le daba una sensación de humillación. Por eso el despertar de Irina era alegre".

Libertarse del cautiverio de un pensamiento ajeno, escapar al dolor y al sufrimiento, volver "a sí misma", encontrar de nuevo la personalidad perdida constituye la mayor felicidad para la mujer-individualidad y es su más intensa emoción de alegría; sentimientos éstos incomprensibles y desconocidos para las mujeres del pasado.

Ha sido necesario para que no fracasen todos los sentimientos de la mujer en el momento en que el hombre se aparta de su vida, que se produjese una enorme transformación en su alma; ha sido preciso que enriqueciese poderosamente su vida intelectual y que llegase a acumular un gran capital de valores propios. Precisamente porque la vida de la mujer nueva no se reduce a amar, porque tiene en su alma una reserva de necesidades e intereses que hacen de ella una individualidad, cambiamos nuestro criterio de apreciación sobre la personalidad de la mujer. Durante muchos siglos la mujer ha sido valorada, no por las prendades de su alma, sino por las virtudes femeninas que le exigía la moral burguesa de la propiedad: la "pureza", la virtud sexual. No podía haber perdón para la mujer que había pecado según el código de la moral sexual. Por eso los novelistas evitaban, con todo género de precauciones, la "caída" de sus heroínas preferidas, mientras que dejaban que las otras "pecasen" como los hombres, aunque éstos no perdiesen por ello su valor moral.

Las heroínas de las novelas contemporáneas, las mujeres del nuevo tipo "célibe", infringen a menudo las prohibiciones del código corriente de la virtud sexual, sin que ni el autor ni el lector consideren como "tipos viciosos" a estas heroínas. Admiramos a la audaz Magda, de Sudermann, aun cuando esta muchacha haya "pecado" varias veces. Matilde, la heroína de Hauptmann, nos conmueve a pesar de sus amores ilegítimos y de que tiene hijos de varios amantes (1). En la mayoría de los hombres se da este caso y, sin embargo, los "respetamos" lo mismo.

(1) Las aventuras amorosas de Matilde no impiden que debemos de respetar su personalidad íntegra y pura. Lo mismo que

Sin darnos cuenta de ello, hemos experimentado un cambio en nuestra psicología en lo que se refiere a la moral nueva en formación. Lo que hace cincuenta años calificábamos como una "mancha" imborrable en una muchacha soltera o en una mujer, hoy lo consideramos como un hecho que no necesita ni justificación ni perdón. Jorge Sand tuvo que defender el derecho de la mujer a abandonar a su marido por un amante elegido libremente por su corazón. En la paradisíaca Inglaterra, Grent Allan todavía ha tenido no hace mucho que tomar bajo su protección a la madre soltera. Pero a medida que la mujer se hace independiente, cuando deja de depender de un padre o de un marido, a medida que participa al lado del hombre en la lucha social, el viejo criterio resulta completamente inútil.

La acumulación gradual en la mujer de caracteres y sentimientos morales humanos nos enseña a apreciar en ella, no sólo a la representante del sexo, sino también a una individualidad. Al mismo tiempo desaparece la antigua valoración que consideraba a la mujer como la hembra capaz de asegurar al marido un retoño legal.

Primeramente la vida nos enseña a aplicar esta medida sólo a las "almas superiores"; por esto perdonamos las infracciones del código corriente de la moral sexual a las artistas, a las mujeres de talento.

"Pero ¿por qué han de ser solamente las almas superiores las únicas que gocen de estos derechos?", pregunta con razón Bebel.

"Si Goethe y Jorge Sand — tomemos estas dos personalidades como ejemplo, aunque sean muchos los que obraron del mismo modo — se atrevieron a vivir conforme a los deseos de su corazón; si las aventuras amorosas de Goethe llenan volúmenes enteros, devorados con un entusiasmo respetuoso por admiradores de ambos sexos, ¿por qué condenar en otros lo que precisamente nos encanta en Goethe y Jorge Sand?" (1).

Matilde, sentimos una piedad despreciable por su hermana Marta, obrera como ella, pero que regresa con dinero de cada aventura amorosa. Hay todo un abismo entre la liberlad de Matilde y la venalidad de Marta.

(1) A. Bebel: La mujer y el socialismo.

Seguramente nos burlaríamos de los hipócritas que fueran capaces de negarse a estrechar la mano de Sarah Bernhardt o de abandonar un espectáculo por inmoral. Pero, sin embargo, cuando se trata de "simples" mortales vacilamos con frecuencia antes de reconocer una personalidad, y dudamos de la actitud que debemos adoptar ante una mujer del tipo "célibe".

Si verdaderamente estuviésemos decididos a aplicar a estas mujeres la medida moral de los tiempos pasados, nos veríamos obligados a rechazar todas las figuras de mujeres más bellas y humanas de la literatura contemporánea. Mientras que las mujeres del pasado, educadas en el respeto a la pureza inmaculada de la virgen, se esforzaban en conservar "su virtud" y tenían necesariamente que esconder y disimular los sentimientos reveladores de las necesidades naturales de su cuerpo, el rasgo característico de la mujer del nuevo tipo es la afirmación de sí misma, no solamente como individualidad, sino como representante de su sexo. La rebelión de las mujeres contra la falsedad de la moral sexual es uno de los rasgos más vivos de la mujer nueva.

Tiene que ser así, porque en la mujer, en la madre, la vida fisiológica juega, contrariamente a las concepciones que le han inculcado de una manera hipócrita, un papel mucho más importante que en el hombre. La libertad de sentimiento, la libertad de elección del hombre amado, que puede llegar a ser el padre de los hijos de "ella", la lucha contra el fetiche de la moral hipócrita, tales son los puntos del programa que realizan de una manera silenciosa las mujeres del nuevo tipo. El rasgo típico de la mujer del pasado era el renunciamiento a la atracción de la carne, la "máscara de la pureza", incluso en el matrimonio. En cambio, la mujer nueva no abdica de su naturaleza de mujer, no huye de la vida ni de sus alegrías "terrenales", que la realidad, tan avara en sonrisas, le concede. Las jóvenes modernas son madres sin estar casadas; abandonan a su marido o a su amante; su vida puede ser rica en aventuras amorosas, y, sin embargo, ni ellas mismas ni el autor o el lector contemporáneo las consideran como "criaturas perdidas". Las aventuras del amor libre y sincero de Matilde

de Olga, de Maía, tienen una ética propia, quizás más perfecta que la pasiva virtud de la Tatiana de Puchkin (1), o la moral perezosa de Lisa de Turgueney (2).

Esta es la mujer moderna: la autodisciplina, en vez de un sentimentalismo exagerado; la apreciación de la libertad y la independencia en vez de la sumisión y de la falta de personalidad; la afirmación de su individualidad y no los esfuerzos estúpidos por compenetrarse con el hombre amado; la afirmación del derecho a gozar de los placeres terrenales y no la máscara hipócrita de la "pureza", y, finalmente, la subordinación de las aventuras de amor a un lugar secundario en la vida. Ante nosotros tenemos, no una hembra ni una sombra del hombre, sino una "mujer individualidad".

III

¿Quiénes son las mujeres modernas? ¿Cómo han creado la vida?

La mujer moderna, la mujer que denominamos "célibe", es hija del sistema económico del gran capitalismo. La mujer "célibe", no como tipo accidental, sino como una realidad cotidiana, como una realidad de la masa, como un hecho que se repite de una manera determinada, ha nacido con el ruido infernal de las máquinas de las minas y la sirena de llamada de las fábricas. La inmensa transformación que han sufrido las condiciones de la producción de estos últimos años, incluso después de la influencia de las constantes victorias de la producción del gran capitalismo, obliga también a la mujer a adaptarse a las nuevas condiciones creadas por la realidad que la rodea. El tipo fundamental de la mujer está en relación directa con el grado histórico de desenvolvimiento económico por que atraviesa la Humanidad. Al mismo tiempo que se experimenta una modificación de las condiciones económicas, simultáneamente con la evolución de las relaciones de la producción, se experimenta un cambio en el aspecto psicológico de la

---

(1) Puchkin Eugenio Oniegin.
(2) Turgueney: Un nido de gentilhombres.

mujer. La mujer moderna, como tipo, no podía aparecer más que con el asalariado. Hace cincuenta años todavía se consideraba la participación de la mujer en la vida económica como una desviación de lo normal, como una infracción del orden natural de las cosas. Las mentalidades más avanzadas, los mismos socialistas, se dedicaban a buscar los medios adecuados para que la mujer volviera al hogar. Hoy día, únicamente los reaccionarios, encerrados en prejuicios y en la más sombría ignorancia, son capaces de repetir estas mismas opiniones abandonadas y rechazadas desde hace tiempo.

Hace cincuenta años las naciones civilizadas no contaban entre las filas de la población activa más que unas decenas, todo lo más unos centenares de miles de mujeres. Actualmente el crecimiento de la población femenina trabajadora es superior al crecimiento de la población masculina. Los pueblos civilizados disponen, no de unos ciertos de miles, sino de millones de brazos femeninos. Millones de mujeres forman las filas proletarias; millares de mujeres trabajan en el comercio; millares de mujeres tienen una profesión, consagran sus vidas a la ciencia o al arte. En Europa y los Estados Unidos las estadísticas acusan más de sesenta millones de mujeres inscritas dentro de la clase trabajadora. ¡Marcha grandiosa la de este ejército independiente de mujeres! el 50 por 100 de este ejército está integrado por mujeres del tipo "célibe", es decir, por mujeres que en la lucha por la existencia no cuentan más que con sus propias fuerzas; de mujeres que no pueden, según la antigua costumbre, vivir únicamente a costa de un marido "que las mantenga".

Las relaciones de la producción, que durante tantos siglos han tenido a la mujer encerrada en la casa y sometida al hombre "que la mantenía", son las mismas que al arrancar las cadenas enmohecidas que la aprisionaban empujan a la mujer, débil e inadaptada, hacia el camino cubierto de espinas que se abre ante ella, y que la aprisionan de nuevo a la dependencia económica del capital. La mujer amenazada con perder todo asilo, ante el temor de padecer privaciones y hambre, se ve obligada a aprender a mantenerse sola ,sin el apoyo del padre o del marido.

La mujer tiene que enfrentarse con el problema de adaptarse rápidamente a las nuevas condiciones de su existencia, y tiene que revisar a toda prisa las "verdades" morales que le han inculcado las abuelas que disfrutaron de los buenos tiempos pasados. Se da cuenta, con asombro, de toda la inutilidad del equipaje moral con que la han cargado para recorrer el camino de la vida. Las virtudes femeninas — pasividad, sumisión, dulzura, — que le fueron inculcadas durante siglos, le resultan ahora completamente superfluas, inútiles y perjudiciales. La dura realidad exige otras cualidades a las mujeres trabajadoras. Lo que ahora se precisa es firmeza, decisión y energía, es decir, aquellas "virtudes" que se consideraban como propiedad exclusiva del hombre. Privada de la protección que hasta entonces le prestaba la familia, al encontrarse lanzada desde el nido abrigado y blando a la batalla de la vida y de la lucha de clases, la mujer no tiene más remedio que armarse, que acorazarse a toda prisa con las fuerzas psicológicas propias del hombre, de su compañero, que siempre está en mejores condiciones para vencer en la lucha por la vida. En esta urgente adaptación a las nuevas condiciones de su existencia, la mujer se apodera y asimila, frecuentemente sin someterlas a ninguna crítica, "verdades" propiamente masculinas, que luego, examinadas más detenidamente, son tan sólo "verdades" para la clase burguesa (1).

La realidad capitalista contemporánea parece esforzarse en crear un tipo de mujer que, por la formación de su espíritu, se encuentra incomparablemente más cerca del

---

(1) Tomemos, como ejemplo, la moral simplista del hombre en sus relaciones sexuales, moral que considera como un hecho natural e inevitable la prostitución. Dora, la heroína de vanguardia de la novela de Winitchenko, **La autoctalud**, es una mujer que se siente interiormente libre y que se asimila, sin someterla a crítica, esa "verdad" masculina del mundo burgués. Con una "finalidad superior", para demostrar la profundidad de su sentimiento por el hombre que ama, para afirmar su personalidad y evidenciar lo alejados que están sus sentimientos de una simple agitación de la sangre, Dora "compra" a un hombre. La falsa verdad masculina de clase es aceptada en este caso por una mujer que aspira a liberarse buscando una verdad superior.

hombre que de la mujer del pasado. Este tipo de mujer es una consecuencia natural e inevitable de la participación de la mujer en la corriente de la vida económica y social. El mundo capitalista no recibe más que a las mujeres que han sabido rechazar a tiempo las virtudes femeninas y que se han asimilado la filosofía de la lucha por la vida. Para las "inadaptadas", es decir, para aquellas mujeres pertenecientes al tipo antiguo, no queda sitio en las filas de las fuerzas trabajadoras. De esta manera se crea una especie de "selección natural" entre las mujeres de las diversas capas sociales. Las filas de las "trabajadoras" están siempre formadas por las naturalezas más fuertes y resistentes, por las mujeres de espíritu más disciplinado. Las naturalezas débiles y pasivas continúan fuertemente atadas alrededor del hogar familiar. Si las necesidades materiales las arrancan de él para lanzarlas al torrente de la vida, estas mujeres se dejan llevar por el camino fácil de la prostitución "legal" o "ilegal", se casan por "conveniencia" o se lanzan a la calle. Las mujeres trabajadoras constituyen la vanguardia de todas las mujeres y comprenden en sus filas a representantes de las diversas capas sociales. Sin embargo, la inmensa mayoría de esta vanguardia femenina no la constituyen mujeres del tipo de Vera Nikodinovna, orgullosas de su independencia, sino millones de Matildes envueltas en chales grises, Tatianas de Rinsan con los pies descalzos, empujadas por la miseria al nuevo sendero erizado de espinas. Es un profundo error pensar todavía que el nuevo tipo de mujer, la mujer "célibe", es el fruto de los esfuerzos heroicos de algunas individualidades fuertes que se dieron cuenta de su propia personalidad. Ni la voluntad individual ni el ejemplo de la audaz Magda, ni el de la decidida Renata han sido capaces de crear el nuevo tipo de mujer. La transformación de la mentalidad de la mujer, de su estructura interior espiritual y sentimental se realiza primero, principalmente, en las capas más profundas de la sociedad, es decir, allí donde se produce necesariamente la adaptación de la obrera a las condiciones radicalmente transformadas de su existencia. Estas mujeres, las Matildes y las Tatianas no resuelven ningún problema.

Es más, intentan aún agarrarse con todas sus fuerzas

al pasado. Muy a su pesar se ven obligadas a inclinarse ante las leyes de la necesidad histórica — las fuerzas de la producción — y a dar sus primeros pasos por la nueva ruta. Caminan al azar, dominadas por la tristeza, sembrando su paso de maldiciones y acariciando en su interior el sueño de un hogar acogedor, en donde poder disfrutar de las tranquilas y modestas alegrías familiares. ¡Ah, si fuera posible abandonar el camino, desandar lo andado! Pero esto es irrealizable porque las filas de compañeras son cada vez más densas y la arrolladora corriente femenina las empuja cada vez más lejos del pasado. Es preciso adaptarse a la angustiosa falta de espacio, prepararse para la lucha, ocupar el sitio que a cada una le corresponde; hay que defender el derecho a la vida.

La mujer de la clase obrera contempla cómo nace y se fortalece dentro de sí la conciencia de su individualidad independiente, y consecuentemente nace en ella la fé en sus propias fuerzas. Generalmente, de una manera inevitable y poderosa, se desarrolla el proceso de la acumulación de nuevos caracteres morales y espirituales de la mujer obrera, caracteres que le son indispensables como representantes de una clase determinada. Pero hay algo todavía más esencial, y es que este proceso de transformación de la estructura interior de la mujer no queda reducido únicamente a personalidades, sino que corresponde a grandes masas, a círculos muy grandes, cada vez más extensos. La voluntad individual se sumerge y desaparece en el esfuerzo colectivo de millones de mujeres de la clase obrera, para adaptarse a las nuevas condiciones de la vida. También en esta transformación despliega el capitalismo una gran actividad. Al arrancar del hogar, del lado de la cuna, a millares de mujeres, convierte el capitalismo a estas naturalezas sumisas y pasivas, a las esclavas obedientes del marido, en un ejército que lucha por sus propios derechos y por los derechos y los intereses de la comunidad humana, hace que se despierte el espíritu de protesta y educa la voluntad. Todo lo cual contribuye a que se desarrolle y fortalezca la individualidad de la mujer.

¡Pero desgraciada la obrera que crea en la fuerza invencible de la individualidad aislada! La pesada carreta del

capital la aplastará friamente sin piedad; las filas apretadas de mujeres combatientes es la única fuerza capaz de desviar de su ruta a la pesada carreta del capitalismo. De esta manera, al mismo tiempo que se desarrolla la conciencia de su personalidad y de sus derechos, nace y se desarrolla en la mujer obrera del nuevo tipo el sentido de la colectividad, el sentido del compañerismo, sentimiento que sólo se desenvuelve muy débilmente en la mujer del nuevo tipo perteneciente a otras clases sociales. Este es el sentimiento fundamental, la esfera de sensaciones y pensamientos que separa con una línea divisoria definitiva a las mujeres trabajadoras del tipo "célibe" pertenecientes a las dos clases fundamentales de la sociedad. En las mujeres del nuevo tipo, pero pertenecientes a las distintas clases sociales, es común la distinción cualitativa de las mujeres del pasado; como partes integrantes de las huestes de mujeres trabajadoras, su estructura interior ha experimentado igual transformación, es decir, han logrado desarrollar su inteligencia, reforzar su personalidad y ensanchar su mundo espiritual. Pero la esfera de pensamientos y sentimientos que se derivan del concepto de clase son los que separan de una manera fundamental a las mujeres del nuevo tipo pertenecientes a diversas capas sociales. Las obreras sienten el antagonismo de clase con una intensidad infinitamente más grande que las mujeres del tipo antiguo, que desconocían la inevitable lucha social. Para la obrera que ha franqueado el umbral de su casa, que ha experimentado sobre sí misma toda la fuerza de las contradicciones sociales y que se ha visto obligada a participar activamente en la lucha de clases, una ideología de la clase clara y definida adquiere la importancia de una arma en la lucha por la existencia. La realidad capitalista separa de una manera absoluta a la Tatiana de Gorky de la Tatiana de Nagrodskaia. Es esta realidad capitalista la que hace que la propietaria de un taller se encuentre por su ideología mucho más alejada de una de sus obreras que la buena ama de casa con relación a su vecina la mujer de un obrero. Esta realidad capitalista es la que agudiza la sensación del antagonismo social entre las mujeres trabajadoras. Para esta categoría de mujeres de un tipo nuevo, sólo puede haber un punto

común: su distinción cualitativa de la mujer del pasado, las propiedades específicas que caracterizan a la mujer independiente, del tipo que hemos denominado "célibe". Las mujeres del nuevo tipo pertenecientes a estas dos clases sociales atraviesan un período de antagonismo; las dos clases luchan de una manera consciente, por "principio", las de la otra clase, de una manera elemental, colectiva y bajo el yugo de lo inevitable.

Pero mientras que en la mujer nueva perteneciente a la clase obrera la lucha por la afirmación de su derecho y de su personalidad coincide con los intereses de su clase, las mujeres del nuevo tipo pertenecientes a otras clases sociales, tienen necesariamente que tropezar con un obstáculo: la ideología de su clase, que es hostil a la reeducación del tipo de mujer. En el medio burgués, la insurrección de la mujer adquiere un carácter mucho más agudo, y los dramas morales de la mujer tipo nuevo son mucho más vivos, tienen más colorido, ofrecen mayores complicaciones.

En el medio obrero no hay ni pueden existir conflictos agudos entre la psicología en formación de la mujer del nuevo tipo y la ideología de su clase. Tanto su psicología en formación como su ideología de clase se encuentran en un proceso de formación, en una fase de su desarrollo.

El nuevo tipo de la mujer, que es interiormente libre e independiente, corresponde totalmente a la moral que elabora el medio obrero en interés de su propia clase. La clase obrera necesita para la realización de su misión social mujeres que no sean esclavas; no quiere mujeres sin personalidad en el matrimonio y en el seno de la familia, ni mujeres que posean virtudes pasivas femeninas; necesita compañeras con una individualidad capaz de protestar contra toda servidumbre, que puedan ser consideradas como un miembro activo, en plena posesión de sus derechos, y que conscientemente sirvan a la colectividad y a su clase.

La psicología de la mujer del nuevo tipo, de la mujer independiente y célibe, se refleja sobre la de las mujeres que permanecen aún en la retaguardia de su tiempo. Los rasgos característicos, formados en la lucha por la vida, de las mujeres de las filas trabajadoras, se convierten poco a poco, de una manera gradual, en las características

de las otras mujeres que se han quedado rezagadas, poco importa, pues, que las mujeres trabajadoras no sean todavía más que una minoría, que por cada mujer del nuevo tipo haya dos, quizás tres mujeres, pertenecientes al tipo antiguo. Las mujeres trabajadoras son las que dan el tono a la vida y determinan la figura de mujer que caracteriza una época determinada.

Las mujeres del nuevo tipo, al crear los valores morales y sexuales, destruyen los viejos principios en el alma de las mujeres que todavía no se han aventurado a emprender la marcha por el nuevo camino. Son estas mujeres del tipo nuevo las que hacen que los dogmas que las esclavizaban por la concepción que tenían del mundo pierdan todo su poder sobre el alma.

La influencia de las mujeres trabajadoras se extiende mucho más allá de los límites de su propia existencia. Las mujeres trabajadoras "contaminan" con su crítica la inteligencia de sus contemporáneas, destruyen los viejos ídolos y enarbolan el estandarte de la insurrección para protestar contra las "verdades" a las que han vivido sometidas generaciones de mujeres. Las mujeres del nuevo tipo célibe e independientes, al liberarse a sí mismas libertan el espíritu, encadenado durante siglos, de sus hermanas pasivas y atrasadas.

Es cierto que la mujer del nuevo tipo ha entrado ya en la literatura; pero todavía está muy lejos de haber desterrado a las heroínas de estructura moral perteneciente a los tiempos pasados. Tampoco ha logrado todavía la mujer individualidad descartar el tipo de mujer esposa, eco del hombre. Sin embargo, fácil es observar que aún en las heroínas del tipo antiguo se encuentran, cada vez con mayor frecuencia, las propiedades y los rasgos psicológicos que han aportado a la vida las mujeres de tipo célibe e independiente. Los escritores dotan voluntariamente a sus heroínas con sentimientos y características que no eran, en modo alguno, propios de las heroínas de la literatura del período precedente (1).

---

(1) Los rasgos psicológicos aislados característicos de la mujer nueva se encuentran en las heroínas de Gorky mucho más

La literatura contemporánea es rica, sobre todo en figuras de mujeres del tipo transitorio; es rica en heroínas que tienen simultáneamente las características de la mujer antigua y de la mujer nueva. Por otra parte, aun en las mujeres de tipo "célibe" ya formado, se observa todavía un cruel proceso de transformación de los valores nuevos, que quiere ser ahogado por la tradición y por una serie de pensamientos pertenecientes al pasado. La fuerza de los siglos es demasiado grande y pesa mucho sobre el alma de la mujer del nuevo tipo. Los sentimientos atávicos perturban y debilitan las nuevas sensaciones; las viejas concepciones de la vida encadenan todavía el espíritu de la mujer que busca su liberación. Lo antiguo y lo nuevo se encuentran en continua hostilidad en el alma de la mujer. Por tanto, las heroínas contemporáneas tienen que luchar contra un enemigo que presenta dos frentes: el mundo exterior y sus propias tendencias, heredadas de madres y abuelas.

Como dice Hedwig Dohn, "los nuevos pensamientos han nacido ya en nosotros, pero los antiguos no han muerto todavía. Los restos de las generaciones pasadas no han perdido su fuerza, aunque poseemos ya la formación intelectual, la fuerza de voluntad de la mujer nueva. "La reeducación de la psicología de la mujer necesaria para adaptarse a las nuevas condiciones de su existencia económica y social, no puede lograrse sin una profunda y dramática lucha. Cada paso en este sentido provoca conflictos que eran completamente desconocidos de las heroínas de los tiempos pasados. Son estos conflictos los que inundan el alma de la mujer, los que poco a poco llaman la atención de los escritores y acaban por convertirse en manantial de inspiración artística. La mujer se transforma gradualmente, y de un objeto de la tragedia masculina se convierte en el sujeto de su propia tragedia.

---

a menudo que en los otros escritores rusos. Su alma de artista sensible, abierta a la realidad futura, sabe apoderarse con mucha más facilidad que la de los otros escritores de los rasgos que escapan á las miradas de los demás, los cuales se encuentran más estrechamente ligados a la realidad capitalista.

CAPITULO II

EL AMOR Y LA MORAL NUEVA

En los años de 1910 a 1911, período durante el cual disminuyó en Rusia el interés por los problemas sexuales, apareció en Alemania el estudio psicosociológico de Grete Meisel-Hess (1) sobre la "crisis sexual", libro que no fué un éxito de público. La novela de Karin Michaels, **La edad peligrosa**, publicada poco después, libro que carece de gran valor artístico y cuya audacia no va más allá de los límites permitidos por las conveniencias de "buen tono" literario, relegó a segundo término, con su éxito no merecido, la obra de Meisel-Hess. Fué calificado por la crítica como "Un libro bien escrito, pero sin ningún valor científico". Unicamente entre las altas esferas intelectuales, entre la "crema" de la sociedad alemana, fué saludado este libro con entusiastas aplausos por parte de unos y muestras de desagrado e indignación de los otros, suerte común a todo investigador sincero de la verdad.

El hecho de que el libro de Meisel-Hess carezca de una serie de cualidades científicas, el hecho de que se le pueda reprochar la falta de método y examen, el que no siga un procedimiento sistemático, el que su pensamiento sea en algunos momentos inseguro y sinuoso, y que repita cosas ya expuestas, no puede disminuir en modo alguno el valor de este trabajo.

Un hálito de frescura se desprende del libro; la investigación de la verdad llena las páginas vivas y apasionadas de esta exposición, en la cual se refleja una vibrante

(1) Grete Meisel-Hess: **La crisis sexual**, Jena Diederichs.

alma de mujer, que conoce profundamente la vida. Los pensamientos de Meisel-Hess no son nuevos, flotan en el ambiente, llenan y saturan toda nuestra atmósfera moral. Los problemas que Meisel-Hess examina nos son conocidos. Todos hemos meditado sobre ellos, los hemos vivido en todo su dolor. No hay ninguna persona que después de reflexionar sobre estos problemas no haya llegado por un camino o por otro a las conclusiones grabadas en las páginas del libro La crisis sexual. Pero, fieles a la hipocresía que nos domina, continuamos adorando públicamente al viejo ídolo :la moral burguesa. El mérito de Meisel-Hess es semejante al del niño del cuento de Andersen. Meisel-Hess se ha atrevido a gritar a la sociedad que "el rey no tiene camisa", es decir, que la **moral sexual** contemporánea no es más que una **vana ficción**.

En efecto, las normas morales que regulan la vida sexual del hombre no pueden tener más que dos finalidades, dos objetivos. Primero, asegurar a la Humanidad una descendencia sana, normalmente desarrollada; contribuir a la selección natural en interés de la raza. Segundo, contribuir al desenvolvimiento de la psicología humana, a enriquecerla con sentimientos de solidaridad, de compañerismo, de colectividad. La moral sexual actual, como moral que sirve únicamente a los intereses de la propiedad, no llena ninguna de estas dos finalidades. Todo el código complicado de la moral sexual contemporánea, con el matrimonio monógamo indisoluble, que rara vez está basado en el amor, y la institución de la prostitución, tan extendida y organizada, no sólo no contribuye al saneamiento y mejoramiento de la raza, sino que produce efectos contradictorios, es decir, favorece "la selección natural en sentido inverso". La moral contemporánea no hace más que conducir a la Humanidad por el camino de la degeneración ininterrumpida.

Los matrimonios tardíos, la esterilidad forzada en el período más favorable para la concepción, el recurso de la prostitución completamente "inútil" desde el punto de vista del interés de la raza, la ausencia de un factor tan importante como el "éxtasis amoroso" en los matrimonios de conveniencia, en el matrimonio legal indisoluble; el que los ejemplares "más hermosos" femeninos, los más capa-

citados para provocar las emociones eróticas de los hombres queden reducidos a la esterilidad de la prostitución, la condena a muerte que pesa sobre los "hijos del amor", productos ilegales de la raza, frecuentemente los más valiosos por ser los más sanos y vigorosos, todos estos son los resultados directos de la moral corriente, resultados que conducen irremediablemente a la fealdad, decadencia y degeneración física y moral de la raza humana.

El intento de Meisel-Hess de armonizar la moral sexual y el objetivo de "la higiene de la raza", merece una gran atención, y debe interesar principalmente a los partidarios de la concepción materialista de la Historia. La defensa de la joven generación trabajadora, la protección de la maternidad y de la infancia, la lucha contra la prostitución y otras reivindicaciones de los programas socialistas persiguen en esencia "la higiene de la raza" en su más amplia acepción. Arrancar a la moral sexual la aureola del inviolable "imperativo categórico", armonizar la moral sexual con las necesidades vitales y prácticas y con las exigencias de la vanguardia de la Humanidad, es la tarea que debe figurar en la orden del día, y que reclama de una manera imperiosa la atención reflexiva y consciente de todos los programas socialistas.

Por muy valiosos que sean los pensamientos de Meisel-Hess sobre esta cuestión, rebasaríamos indudablemente los límites de este breve ensayo si nos dedicásemos a analizar de una manera detenida esta parte del libro. Por lo tanto, nos limitaremos a examinar aquí la segunda parte del problema sexual. Unicamente estudiaremos las respuestas no menos valiosas e interesantes de Meisel-Hess a la segunda pregunta: Las formas actuales de la rama moral sexual ¿cumplen con los fines de esta segunda cuestión? Es decir ¿contribuyen a desarrollar en el hombre sentimientos de solidaridad y compañerismo, y por tanto, al enriquecimiento de la psicología humana?

Después de someter a un análisis sistemático las tres formas fundamentales de la unión entre los sexos, el matrimonio legal, la unión libre y la prostitución, Meisel-Hess llega a la deducción pesimista, pero inevitable de que en el mundo capitalista todas estas formas, tanto las más cum-

se otras, manchan y deforman el alma humana y hacen perder toda esperanza de conseguir una felicidad estable y durable, en una comunidad de las almas profundamente humanizadas en el estado invariable y estacionario de la psicología contemporánea no hay solución posible para la cuestión sexual.

La puerta prohibida sólo puede abrirla una transformación fundamental de la psicología humana, sólo un enriquecimiento de nuestra psicología en "potencial de amor" puede transformar las relaciones entre los sexos, y convertirlas en relaciones impregnadas de verdadero amor, dotadas de una afinidad real, en uniones sexuales que sean luego felices. Pero una transformación de este género exige de una manera inevitable la transformación fundamental de las relaciones económico-sociales; es decir, exige el establecimiento de un régimen comunista.

¿Cuáles son los defectos fundamentales, los lados vulnerables del "matrimonio legal?" El matrimonio legal está basado en dos principios igualmente falsos: la indisolubilidad por un lado y el concepto de "propiedad", de la posesión absoluta de uno de los cónyuges por el otro.

La indisolubilidad del matrimonio legal está basada en una concepción contraria a toda ciencia psicológica; en la invariabilidad de la psicología humana en el transcurso de una larga vida. La moral contemporánea obliga al hombre a encontrar su "felicidad" a cualquier precio, y, al mismo tiempo, le exige que descubra esa "felicidad" de primera intención, sin equivocarse nunca. La moral contemporánea no admite que el hombre pueda equivocarse en su elección entre millares de seres que le rodean. Necesariamente tiene el hombre que encontrar el alma en armonía con la suya, ese segundo "yo" único, que le hará feliz en el matrimonio. Cuando un ser humano se equivoca en la elección, principalmente si el ser que vacila y se pierde en la busca del ideal es una mujer, la sociedad, tan exigente y tan deformada por la moral contemporánea, no acude en socorro de sus miembros necesitados. Pero lo importa a nuestra sociedad que el alma y el corazón de una mujer que se equivoca queden destrozados en las puntas espinas de las decepciones, no acudirá en su ayuda. Y

las otras, manchan y deforman el alma humana y hacen perder toda esperanza de conseguir una felicidad sólida y durable, en una comunidad de las almas profundamente humana :en el estado invariable y estacionario de la psicología contemporánea no hay solución posible para la crisis sexual.

La puerta prohibida sólo puede abrirla una transformación fundamental de la psicología humana; sólo un enriquecimiento de nuestra psicología en 'potencial de amor" puede transformar las relaciones entre los sexos, y convertirlas en relaciones impregnadas de verdadero amor, dotadas de una afinidad real ,en uniones sexuales que nos hagan felices. Pero una transformación de este género exige de una manera inevitable la transformación fundamental de las relaciones económico-sociales; es decir, exige el establecimiento de un régimen comunista.

¿Cuáles son los defectos fundamentales, los lados sombríos del "matrimonio legal?" El matrimonio legal está basado en dos principios igualmente falsos: la indisolubilidad por un lado y el concepto de "propiedad", de la posesión absoluta de uno de los cónyuges por el otro.

La indisolubilidad del matrimonio legal está basada en una concepción contraria a toda ciencia psicológica: en la invariabilidad de la psicología humana en el transcurso de una larga vida. La moral contemporánea obliga al hombre a encontrar su "felicidad" a cualquier precio, y, al mismo tiempo, le exige que descubra esa "felicidad" de primera intención, sin equivocarse nunca. La moral contemporánea no admite que el hombre pueda equivocarse en su elección entre millares de seres que le rodean. Necesariamente tiene el hombre que encontrar el alma en armonía con la suya, ese segundo "yo" único, que le hará feliz en el matrimonio. Cuando un ser humano se equivoca en la elección, principalmente si el ser que vacila y se pierde en la busca del ideal es una mujer, la sociedad, tan exigente y tan deformada por la moral contemporánea, no acude en socorro de sus miembros necesitados. Poco le importa a nuestra sociedad que el alma y el corazón de una mujer que se equivoca queden destrozados en las punzantes espinas de las decepciones ;no acudirá en su ayuda, y

ro en cambio, la perseguirá con furia vengadora, e inexorablemente la condenará.

La delicada flor de nuestra moral sexual es una "felicidad" adquirida a costa de **nuestra esclavitud a la sociedad**. Una separación leal en una unión amorosa es considerada por nuestra sociedad actual, interesada únicamente por la idea de la propiedad, y que no considera nunca los intereses "de la especie", ni siquiera los de la felicidad individual, como la ofensa más grande que se le puede infligir. Y, sin embargo, nada más cierto, observa con gran justeza Meisel-Hess, que el parecido entre el matrimonio y un piso habitable; sus malas condiciones sólo se descubren después de haber vivido algún tiempo en él. "Si nos vemos obligados a mudarnos con frecuencia de pisos faltos de comodidades y poco apropiados a nuestras necesidades, nos sentimos como perseguidos por "una mala estrella"; pero indiscutiblemente la situación es mucho más terrible si la necesidad nos obliga a vivir todo el resto de nuestra existencia en malas condiciones". "El cambio de uniones amorosas en el curso de la vida humana—continúa Meisel-Hess—, y durante el proceso de evolución de una individualidad, es un hecho que tendrá que ser reconocido por la sociedad futura como algo normal e inevitable".

"La indisolubilidad del matrimonio legal es todavía más absurda si se tiene en cuenta que la mayoría de los matrimonios se hacen "a ciegas", es decir, que las dos partes contrayentes sólo tienen el uno del otro una idea confusa. No es sólo que uno de los esposos desconozca en absoluto la naturaleza psicológica del otro, sino algo todavía mucho más grande. Los esposos ignoran al contraer matrimonio legal que va a ser un lazo indisoluble, si existe entre ellos una afinidad física, esa consonancia, sin la cual no es posible la felicidad. Las "noches de prueba", practicadas con tanta frecuencia durante la Edad Media, dice Meisel-Hess, no son en modo alguno "una absurda indecencia". Practicadas en otras condiciones y teniendo como finalidad el interés de la raza y consideradas como medio de asegurar la felicidad individual, podrían incluso conquistar derecho de ciudadanía.

El segundo factor que envenena el matrimonio legal

es la idea de propiedad, de "posesión absoluta" de uno de los cónyugues sobre el otro. No puede darse en la realidad un contrasentido más grande; dos seres cuyas almas sólo tienen raros puntos de contacto, tienen "necesariamente" que adaptarse el uno al otro, en todos los diversos aspectos de su múltiple "yo". El absolutismo de la posesión lleva irremediablemente la presencia continua de estos dos seres, comunidad que es tan molesta para el uno como para el otro. La idea de la posesión no deja libre al "yo", no hay momento de soledad para la propia voluntad, y, si a esto se añade la coacción ejercida por la dependencia económica, ya no queda ni siquiera "un pequeño rincón" propio. La presencia continua, las "exigencias" inevitables que se tienen con el "objeto poseído" son la causa de que un amor ardiente se transforme en indiferencia, esa terrible indiferencia que lleva dentro de sí rozamientos insoportables y mezquinos. En efecto; tenemos necesariamente que estar de acuerdo con Meisel-Hess cuando dice que una vida en común demasiado estrecha es la causa principal que marchita la delicada flor primaveral del entusiasmo amoroso más puro. ¡Cuántas "precauciones" tiene que tener un alma con la otra. Qué inmensas reservas de calor afectuoso son necesarias para poder recoger, ya en el otoño, los frutos sabrosos de una profunda adhesión indisoluble entre dos almas!

Pero hay todavía más. Los factores de insolubilidad y propiedad, fundamentos del matrimonio legal, ejercen un efecto nocivo sobre el alma humana. Estos dos factores exigen **pocos** esfuerzos psíquicos para conservar el amor de su compañero de vida, puesto que está ligado indisolublemente a él por cadenas exteriores. La forma actual del matrimonio legal no hace, por tanto, más que empobrecer el alma, y no contribuye en modo alguno a la acumulación en la Humanidad de reservas de "ese gran amor" que fué la profunda nostalgia de toda la vida del genio ruso Tolstoi.

Todavía se deforma más la psicología humana con otro aspecto de la unión sexual: la **prostitución.**

"¿Puede darse algo más monstruoso que el acto amoroso degradado hasta el punto de hacer de él una profesión?

Dejemos de un lado todas las miserias sociales que van unidas a la prostitución, los sufrimientos físicos, las enfermedades, las deformidades y la degeneración de la raza, y detengámonos solamente ante la cuestión de la influencia que la prostitución ejerce sobre la psicología humana. No hay nada que seque tanto las almas como la venta forzada y la compra de caricias de un ser con el que no hay nada en común. La prostitución extingue el amor en los corazones.

La prostitución deforma las ideas normales de los hombres, empobrece y envenena el alma; la prostitución roba algo que es lo más valioso de los seres humanos, la capacidad para sentir apasionadamente el amor, esa pasión que enriquece la personalidad por la aportación de los sentimientos vividos. La prostitución deforma todas aquellas nociones que nos conducen a considerar el acto sexual como uno de los factores esenciales de la vida humana, como acorde final de múltiples sensaciones físicas, y nos empuja a estimarlo, en cambio, como un acto vergonzoso, bajo y groseramente bestial. La vida psicológica de las sensaciones en la compra de caricias tiene repercusiones que pueden producir consecuencias muy graves en la psicología masculina. El hombre acostumbrado a la prostitución relación sexual en la que están ausentes los factores psíquicos capaces de ennoblecer el verdadero "éxtasis erótico", adquiere el hábito de aproximarse a la mujer con deseos reducidos, con una psicología simplista y desprovista de tonalidades. Acostumbrado a las caricias sumisas y forzadas, no intenta siquiera comprender la múltiple actividad a que se entrega el alma de la mujer amada durante el acto sexual. Este tipo de hombre no puede "percibir" los sentimientos que despierta en el alma de la mujer; es incapaz de captarse sus múltiples matices. Muchos dramas femeninos no tienen otra causa que esta psicología simplista con que el hombre se aproxima a la mujer, y que ha sido engendrada en las casas de lenocinio. La prostitución extiende de un modo inevitable sus alas sombrías sobre la cabeza de la mujer "libremente amada" lo mismo que sobre la esposa ingenuamente amorosa y sobre la amante intuitivamente exigente. La prostitución envenena implacablemente

cablemente la felicidad del amor de las mujeres que buscan en el acto sexual la compenetración final de una pasión correspondida, armoniosa y omnipotente (1).

La mujer normal busca en el acto sexual la plenitud y la armonía. El hombre, por el contrario, formado como está en la prostitución, que extermina la múltiple vibración de las sensaciones de amor, no se entrega más que a un pálido y uniforme deseo físico que deja en ambas partes una sensación de falta de satisfacción y de hambre psíquica. La incomprensión mutua crece; cuando más desarrollada está la individualidad de la mujer, más múltiples son sus exigencias psíquicas, lo que trae como resultado una crisis sexual más aguda. Por lo tanto, la prostitución es peligrosa, porque su influencia se extiende aún mucho más allá de su propio dominio.

Meisel-Hess, dice:

"Aún dejando a un lado la cuestión de la degeneración fisiológica de la Humanidad, las enfermedades venéreas, el empobrecimiento físico de la raza, hay que tener en cuenta todavía otro factor psicológico que oscurece los impulsos morales, mancha y deforma la conciencia erótica y hace que el hombre y la mujer comprendan cada vez menos y no sepan gozar mutuamente sin engañarse el uno al otro".

---

(1) Conviene señalar que las consideraciones expuestas por Meisel-Hess, acerca de la deformación de la psicología masculina, nos facilitan la clave de otro fenómeno que hasta ahora había permanecido oculto. La poca costumbre que los hombres tienen de tomar en consideración la psicología femenina, la incapacidad para comprender sus sentimientos, no solamente les conducen a no prestar la menor atención al alma de la mujer, sino que van mucho más allá todavía: conducen a los hombres a ignorar en absoluto, con la más sorprendente de las ignorancias, las sensaciones fisiológicas de la mujer durante el acto más íntimo de sus relaciones mutuas. Los médicos son los únicos que conocen perfectamente, por ser causa frecuente de enfermedades nerviosas, la falta de satisfacción que algunas mujeres encuentran en el acto sexual. Es sorprendente que la literatura, impregnada en absoluto por la psicología masculina, haya dejado pasar en silencio este hecho que explica toda una serie de dramas de familia y de amor. Cuando Maupassant se atreve a tocar esta cuestión en la novela **Una vida**, su "revelación" provoca una ingenua sorpresa en la mayoría de los hombres.

La tercera forma de las relaciones sexuales, la unión libre, lleva dentro de sí también muchos aspectos igualmente sombríos. Las imperfecciones de esta forma sexual son más bien de un carácter reflejo; el hombre de nuestra época va a la unión libre con una psicología ya deformada por una moral falsa y malsana, fruto del matrimonio legal, por una parte, y del lúgubre abismo de la prostitución por otra. El amor libre choca con dos obstáculos inevitables: la **incapacidad para sentir el amor verdadero**, esencia de nuestro mundo individualista, y la falta del tiempo indispensable para entregarse a los verdaderos placeres morales. El hombre actual no tiene tiempo "para amar". Nuestra sociedad, fundada sobre el principio de concurrencia, la lucha cada vez más dura por la existencia, la persecución implacable para la conquista de un pedazo de pan, de un sueldo o de una carrera, no deja lugar para el culto de exigente y delicado Eros. La pobre Aspasia esperará inútilmente en nuestros tiempos, sobre su lecho cubierto de rosas, al "compañero" de sus placeres de amor. Aspasia no puede compartir su lecho con un hombre grosero, de nivel moral indigno de ella; pero el hombre "moralmente noble" carece de tiempo para pasar las noches a su lado.

Meisel-Hess hace notar con mucha razón un hecho que se da con extraordinaria frecuencia: el hombre de nuestro tiempo considera el amor-pasión como "la más grande de las desgracias" que le pueden suceder. El amor-pasión es un obstáculo para la realización de los objetivos esenciales de su vida: la conquista de una posición, de un capital, de una colocación segura, de la gloria, etc. El hombre tiene miedo a los lazos de un amor fuerte y sincero que le "apartaría" posiblemente del principal objetivo de su vida. La unión en el complicado ambiente que nos rodea, exige a su vez una pérdida de tiempo y de fuerzas morales infinitamente más grande que un matrimonio legal, o que las fugitivas caricias compradas.

Solamente las citas devoran unas horas preciosas para "los negocios". Al mismo tiempo, miles de demonios amenazan a la pareja unida únicamente por los lazos del amor. Basta que por una casualidad se origine un desacuerdo momentáneo, para que inmediatamente se produzca la ru-

ura. El amor libre en las condiciones actuales de nuestra sociedad termina siempre en una separación o un matrimonio legal.

Según Meisel-Hess, "no ha nacido todavía" el hombre fuerte y consciente que sea capaz de considerar el amor como parte integrante en la totalidad de sus objetivos vitales. Por esta razón el hombre de nuestra época, absorbido por serios trabajos, prefiere abrir la bolsa y mantener una querida o cumplir con una mujer, dándole su "nombre", tomando bajo su responsabilidad la carga de una familia legal. Todo antes que perder un tiempo "tan valioso" y que dilapidar sus energías en horas entregadas a placeres de amor...

La mujer, lo mismo que el hombre, particularmente las mujeres que viven de un trabajo independiente (este tipo de mujer constituye del cuarenta al cincuenta por ciento en todos los países cultos), tienen que enfrentarse con el mismo dilema que el hombre; se ven obligadas a elegir entre el amor o su profesión. La situación de la mujer que trabaja se complica todavía más con el factor de la maternidad. Basta detenerse un momento en la biografía de las mujeres que se han distinguido en la vida, para convencerse del conflicto inevitable entre el amor y la maternidad por un lado, y la profesión y la vocación por otro. Quizás la causa de que las exigencias de la mujer "célibe" independiente con respecto al hombre sean cada vez mayores estribe precisamente en que este tipo de mujer deposita en la balanza de la felicidad del amor libre, además de su alma, su trabajo querido, una profesión conquistada. Debido a esto, esta mujer exige, en cambio, como la mayor compensación a todo lo entregado, "el más rico don": el alma del hombre amado.

La unión libre sufre las consecuencias de la ausencia de un factor moral, de la falta de conciencia de "un deber interior". En el estado actual de las relaciones sociales, no hay motivo para creer que esta forma de unión sexual será lo bastante potente para ayudar a salir a la Humanidad del callejón en que se encuentra la crisis sexual, solución que esperan, sin embargo, los partidarios del amor libre. La solución a este complicado problema sólo es posible mediante

una reeducación que a su vez sólo es posible por una trans-
formación de todas las bases sociales que condicionan el
contenido moral de la Humanidad. Las medidas y refor-
mas pertenecientes al dominio de la política social, que in-
dica como remedios Meisel-Hess, no contienen en el fondo
nada esencialmente nuevo. Corresponden por completo a
las reivindicaciones del programa socialista: independencia
económica de la mujer, verdadera protección y seguro a la
maternidad y a la infancia, lucha contra la prostitución en
su base económica, supresión de la noción de hijos legíti-
mos e ilegítimos, sustitución del matrimonio religioso por
el matrimonio civil, fácilmente anulable, reconstrucción
fundamental de la sociedad según los principios comunistas.
El mérito de Meisel-Hess no descansa, pues, en las reivin-
dicaciones político sociales, que juzga necesarias, y que son
análogas a la de los programas socialistas. Lo verdadera-
mente esencial de su detenida investigación en busca de la
verdad sexual es que haya caído inconscientemente, sin ser
socialista militante, en el único camino de una solución po-
sible del problema sexual. Pero todas las reformas sociales,
condiciones indispensables para las nuevas relaciones entre
los sexos, serán insuficientes para resolver la crisis sexual s
al mismo tiempo no se forma una fuerza creadora podero-
sa, capaz de aumentar el "potencial de amor" de la Hu-
manidad.

La agudeza intelectual de Meisel-Hess es la que hace
que por un medio completamente intuitivo llegue esta es-
critora a la misma conclusión. Meisel-Hess ha comprendido
que toda la atención de la sociedad en lo referente a la
educación y formación del alma, en el dominio de las re-
laciones sexuales, debe modificarse en esta forma.

La unión de los sexos tal y como la entiende Meisel-
Hess, es decir, la unión fundada en una profunda compe-
netración, en una armoniosa consonancia de los cuerpos y
de las almas, seguirá siendo por mucho tiempo el ideal de
la Humanidad futura. Porque no hay que olvidar que un
matrimonio basado en el "amor verdadero" es algo que
se da raramente, puesto que el "amor verdadero" es un
don que el destino sólo concede a algunos elegidos. Este
poderoso mago, es decir, el "amor verdadero", que cal

llena nuestra vida con sus rayos luminosos, sólo toca con su varita mágica a unos cuantos corazones. Millones de seres no han conocido en su vida sus encantos. ¿Cuál será, pues, la suerte de estos desheredados? ¿Estarán para siempre condenados a los fríos abrazos del matrimonio de conveniencia? ¿No tendrán más recurso que la prostitución? ¿Tendrán que plantearse eternamente el dilema, planteado a la sociedad de nuestra época, de enfrentarse con el poco frecuente "amor verdadero" o de padecer hambre sexual?

Meisel-Hess sigue su investigación y descubre una nueva solución. Donde no existe el "amor verdadero", este puede ser remplazado por el "amor juego". Para que el "amor verdadero" llegue a ser patrimonio de toda la Humanidad, es preciso pasar por una difícil, pero ennobleceadora "escuela de amor". El "amor juego" es también una escuela, es un medio de acumulación de "potencial de amor" en la psicología humana.

¿Qué será ese "amor juego" en el que Meisel-Hess funda tantas esperanzas?

El "amor juego" en sus diversas formas se encuentra en todas las épocas de la historia de la Humanidad. En las relaciones entre la antigua hetaira y su amigo, en el amor galante de la época del Renacimiento entre la cortesana y su "amante-protector", en la amistad erótica de la modistilla, libre como un pájaro, y su "compañero", estudiante. En todas estas relaciones podemos encontrar fácilmente los elementos principales de este sentimiento. No es el Eros de semblante trágico que todo lo devora, que exige la plenitud y la posesión absoluta, pero tampoco es la brutal sexualidad reducida meramente al acto fisiológico. El "amor juego" que nos describe Meisel-Hess no puede ser tampoco el amor nacido de una psicofisiología simplista.

El "amor juego" es exigente. Seres que se aproximan únicamente sobre la base de una simpatía mutua, que sólo esperan el uno del otro lo más amable y sonriente de la vida, no pueden permitir que se torture impunemente su alma, no pueden consentir que se deje en olvido su personalidad ni que se ignore su mundo interior. El "amor juego", que exige entre los dos seres unidos mayor atención mutua, más delicadeza en todas sus relaciones, puede

hacer que el hombre pierda poco a poco el egoismo sintiendo que hoy día marca indeleblemente todos sus sentimientos de simpatía, hace que se desarrolle la intuición, la sensibilidad y la delicadeza...

En tercer lugar, el "amor juego", como no tiene por punto de partida el principio de la posesión absoluta, acostumbra a los hombres a entregar a la persona amada la parte más agradable de su "yo", aquella parte que hace que la vida sea más agradable y armoniosa. Piensa Meisel-Hess que este "amor juego" iniciaría a los hombres en una virginidad superior. Les enseñaría a no entregarse enteramente más que cuando se enfrentasen con un sentimiento constante y profundo. Nuestra tendencia actual nos lleva a atentar contra toda la personalidad del otro "desde el primer beso". Estamos dispuestos a entregar "totalmente" nuestro corazón cuando el otro no siente todavía ninguna atracción. Es necesario no olvidar nunca que únicamente el sagrado "amor verdadero" puede tener suficiente fuerza para conceder "derechos".

Todavía tiene otras ventajas el "amor juego" o la amistad erótica. Esta relación sexual protege a los hombres de los dardos mortales del amor, enseña a los hombres a saber resistir a la pasión que degrada y oprime al individuo. Meisel-Hess afirma: "Ese acto espantoso que podemos calificar de penetración por la violencia en el "yo" de otro, no puede darse en el "amor juego". El "amor juego" excluye el "pecado" más grande del amor: "la pérdida de la personalidad en la corriente arrolladora de la pasión". La Humanidad contemporánea vive bajo el sombrío signo de la pasión, siempre ávida de devorar el "yo" de otro. En la novela de Lasswitz, un habitante de Marte contesta a la proposición amorosa de un habitante de la Tierra: "Desde el juego alado de los sentimientos, tendría que descender y doblegarme a la esclavitud de la pasión, perder mi libertad, descender contigo a la Tierra... Vuestra tierra es más grande, quizá más bella que nuestro planeta, pero yo me moriría seguramente en su atmósfera densa. Pesados como vuestro aire son vuestros corazones. Y yo no soy más que Numa..."

Nuestra época se caracteriza por la ausencia del arte

de amar". Los hombres desconocen en absoluto el arte de saber conservar relaciones amorosas, claras, luminosas, alas; no saben todo el valor que encierra la amistad amorosa. El amor para los hombres de nuestra época es una tragedia que destroza el alma, o un "vodevil". Es preciso hacer salir a la Humanidad de este atolladero; hay que enseñar a los hombres a vivir horas llenas de belleza, claras, sin graves cuidados. La psicología del hombre no estará abierta para recibir el amor verdadero, purificado de todos sus aspectos sombríos, hasta que no pase por la escuela de la amistad amorosa. Cada nuevo amor (nos referimos naturalmente al acto meramente fisiológico brutal) en vez de empobrecer el alma humana contribuye a enriquecerla. "Un corazón humano sano y rico—dice Meisel-Hess—no es un pedazo de pan que disminuye a medida que nos lo comemos". El amor es una fuerza que crece más cuanto más se gasta. "Amar siempre, amar profundamente, en todos los momentos de nuestra vida, amar siempre y cada vez con mayor abnegación, ése es el destino ardiente de todo gran corazón". El amor en sí es una gran fuerza creadora. Engrandece y enriquece el alma del que lo siente, tanto como el alma de quien lo inspira.

Si la Humanidad no tuviese el amor, se sentiría robada, desheredada y desgraciada. El amor será seguramente el culto de la Humanidad futura. Ya hoy día el hombre necesita para poder luchar, vivir, trabajar y crear, sentirse "afirmado", reconocido. El que se siente amado sabe que hay alguien que reconoce su personalidad en todo su valor, y precisamente de esta conciencia de sentirse "afirmado" nace la suprema alegría de vivir. Pero es que este reconocimiento del "yo", esta victoria sobre el fantasma amenazador de la soledad moral no puede lograrse, en modo alguno, con la satisfacción brutal del deseo fisiológico. "Sólo el sentimiento de una total armonía con el ser amado puede extinguir esa sed". Sólo el "verdadero amor" puede darnos la plena satisfacción. Por tanto, la crisis sexual es mucho más aguda cuando las reservas del "potencial del amor" del alma humana son menores, cuando los lazos sociales son más limitados, cuando la psicología humana es más pobre en sentimientos de solidaridad.

Desarrollar ese imprescindible "potencial de amor", educar, preparar la psicología humana para que esté en condiciones de recibir el "amor verdadero", esa es precisamente la tarea que tiene que cumplir el "amor juego" o amistad erótica.

Podemos decir que el "amor juego" no es más que un sustitutivo del "amor verdadero". "Eso no es suficiente", dirán quizá algunos. En ese caso, responde Meisel-Hess, que se atrevan a mirar en torno suyo y se den cuenta con qué sustituyen en nuestra sociedad al "amor verdadero". ¡La prostitución disfrazada de "amor verdadero"! ¡Qué gran hipocresía, qué terribles reservas de mentira sexual se acumulan en este aspecto! Pongamos un ejemplo de la vida, tomado al azar. Dos novios se sienten poseídos por el mismo deseo; la severa moral contemporánea les prohibe su satisfacción y les impone un terminante "todavía no". Por tanto, el novio va a casa de la prostituta, que no desea sus caricias, pero que tiene que entregarse a él, mientras la novia se consume en la espera de la autorización legal. Sería mucho más natural, y desde luego mucho más moral que estos dos seres, animados de un mismo deseo, encontraran la mutua satisfacción de su carne en sí mismos sin buscar la complicidad de una tercera persona, completamente ajena a una situación que ellos mismos han creado.

Además de los aspectos fundamentales de carácter económico-social, la prostitución implica un factor psicológico determinante y que está profundamente grabado en el alma humana: la satisfacción de una necesidad erótica sin otra preocupación ulterior, la libertad de su alma y de su porvenir, sin tener necesidad de ponerse a los pies de un ser interiormente alejado de su "yo". Es necesario dar libre paso a este instinto natural. No se puede ahogar a un desgraciado ser enamorado con la soga del matrimonio. El "amor juego" nos indica el camino a seguir. "Si queremos ser sinceros, si rechazamos la hipocresía de la moral y la mentira sexual, no hay motivo para negar la posibilidad de una solución semejante para la Humanidad colocada en un grado superior de la evolución social".—dice Meisel-Hess. Meisel-Hess señala como la condición indispensable de tal

das sus deducciones morales, ¿qué delito puede haber en que el éxtasis erótico sea el que arroje a un ser a los brazos del otro?

Finalmente, los límites de la amistad erótica son muy amplios y aún pueden extenderse más. Ocurre con mucha frecuencia que dos seres que se han aproximado atraídos por una simpatía libre lleguen a "conocerse mutuamente", es decir, que del "amor juego" nazca el "amor verdadero". Para que esto suceda no hay más que crear posibilidades objetivas. ¿Cuáles son, pues, las deducciones y reivindicaciones prácticas a que llega Meisel-Hess?

En primer lugar, la sociedad tendrá que acostumbrarse a reconocer todas las formas de unión entre los sexos, aunque se presenten ante ella con contornos nuevos y desconocidos; pero siempre que respondan a dos condiciones: que no ofrezcan peligro para la raza y que su factor determinante no sea el yugo económico. El ideal continuará siendo la unión monógama basada en un amor verdadero, pero sin los caracteres de "invariabilidad" e "indisolubilidad". El cambio será tanto más inevitable cuanto más diverso sea la psicología del hombre. El concubinato o "monogamia sucesiva" será la forma fundamental del matrimonio. Pero al lado de esta relación sexual existe toda una rama de aspectos diversos de uniones amorosas, siempre dentro de los límites de la amistad erótica.

La segunda exigencia es el reconocimiento real, no solamente de palabra, sino de hecho, de la santidad de la maternidad. La sociedad tiene la obligación de establecer en todo el camino de la vida de la mujer, bajo todas las formas posibles, "puestos de socorro" que sostengan a la mujer moral y materialmente durante el período de mayor responsabilidad de su vida.

Por último, y con el fin de que las relaciones más libres no supongan para la mujer "el espantoso desentreno", es indispensable revisar todo el equipaje moral con que se carga a la mujer soltera cuando entra en el camino de la vida.

La educación contemporánea tiende totalmente a limitar en la vida de la mujer los sentimientos de amor. Esta educación es la causa de esos "corazones destrozados";

de esas figuras de mujeres desesperadas, que se ahogan en la primera tempestad de la vida. Es preciso que se abran ante la mujer las múltiples puertas de la vida; hay que endurecer su corazón y templar su voluntad. Ya es hora de enseñar a la mujer a que considere al amor no como la única base de su vida, sino sólo como una etapa, como un medio de revelar su "yo" verdadero. Es necesario que la mujer aprenda a salir de los conflictos del amor, no con las alas rotas, sino como salen los hombres, con el alma fortalecida. Es necesario que la mujer acepte el lema de Goethe: "Saber rechazar el pasado en el momento en que se quiera, y recibir la vida como si acabara de nacer." Afortunadamente, ya brilla la luz, ya se dibujan los tipos femeninos nuevos, las mujeres "célibes" para las cuales los tesoros que puede ofrecer la vida no se limitan al amor.

En el dominio de los sentimientos de amor, este nuevo tipo de mujer no permite que las corrientes de la vida sean las que dirijan su barca: el timón está en manos de piloto experimentado, su voluntad se ha endurecido ya en la lucha por la vida. La vieja exclamación: "¡Es una mujer de historia!", es ahora glosada por la mujer de tipo "célibe" en la forma siguiente: "¡Esa mujer no tiene historia! ¡Qué triste destino el suyo!"

Es cierto que este nuevo tipo de mujer no abunda todavía en la realidad; es igualmente cierto que la nueva era sexual, fruto de una organización de la sociedad más perfecta, no comenzará en un mañana inmediato; la deprimente crisis sexual no podrá resolverse de una sola vez; no podrá dejar el paso libre a la moral del porvenir sin lucha; pero es igualmente cierto que el camino ha sido ya encontrado y que a lo lejos brilla la puerta anhelada abierta de par en par.

El libro de Meisel-Hess nos facilita el hilo de Adriana en el laberinto complejo de las relaciones sexuales, de los dramas psicológicos. No falta ya nada más que utilizar el precioso tropel de pensamientos que nos ofrece y sacar las consecuencias en armonía con las tareas esenciales de la clase que se eleva a un primer puesto en la sociedad. Nuestra tarea será, por tanto, dejar a un lado pequeñeces detalles sin valor, después de subsanar inexactitudes insignifi-

cantes, buscar también en este problema, en el dominio de las relaciones entre los sexos, en la psicología del amor, los principios de la nueva cultura en marcha, cuyo triunfo se avecina de un modo inevitable, es decir, los principios de la cultura proletaria.

CAPITULO III

LAS RELACIONES ENTRE LOS SEXOS Y LA LUCHA SOCIAL

Entre los múltiples problemas que perturban la inteligencia y el corazón de la humanidad, ocupa indiscutiblemente uno de los primeros puestos el problema sexual. No hay una sola nación, un solo pueblo en el que la cuestión de las relaciones entre los sexos no adquiera de día en día un carácter más violento y doloroso. La Humanidad contemporánea atraviesa por una crisis sexual aguda en la forma; una crisis que se prolonga y que, por lo tanto, es mucho más grave y más difícil de resolver.

En todo el curso de la historia de la Humanidad no encontraremos seguramente otra época en que los problemas sexuales hayan ocupado en la vida de la sociedad un lugar tan importante, otra época en que las relaciones sexuales hayan acaparado, como por arte de magia, las miradas atormentadas de millones de hombres. En nuestra época, más que en ninguna otra de la Historia, los dramas sexuales constituyen fuente inagotable de inspiración para los artistas de todos los géneros del Arte.

Como la terrible crisis sexual se prolonga, su carácter crónico adquiere mayor gravedad y más insoluble nos parece la situación presente. Por esto la Humanidad contemporánea se arroja anhelante sobre todos los medios que hacen entrever una posible solución del problema "maldito". Pero a cada nueva tentativa de solución, se complica más el enmarañado complejo de las relaciones entre los sexos, y parece como si fuera imposible descubrir el único

blo que nos ha de servir para desenredar el complicado nudo. La Humanidad, atemorizada, se precipita desde un extremo al otro pero el círculo mágico de la cuestión sexual permanece cerrado tan herméticamente como antes.

Los elementos conservadores de la sociedad llegan a la conclusión de que es imprescindible volver a los felices tiempos pasados, restablecer las viejas costumbres familiares, dar nuevo impulso a las normas tradicionales de la moral sexual. "Es preciso destruir todas las prohibiciones hipócritas prescritas por el código de la moral sexual corriente. Ha llegado el momento de arrojar a un lado ese vejestorio inútil e incómodo... La conciencia individual, la voluntad individual de cada ser es el único legislador en una cuestión de carácter tan íntimo", se oye afirmar en las filas del campo individualista burgués. "La solución de los problemas sexuales sólo podrá hallarse con el establecimiento de un orden social y económico nuevo, con una transformación fundamental de nuestra sociedad actual", afirman los socialistas. Pero precisamente este esperar en el mañana ¿no indica también que nosotros tampoco hemos logrado apoderarnos del hilo conductor?

El camino que debemos seguir en esta investigación nos lo ofrece la historia misma de las sociedades humanas; nos lo ofrece la historia de la lucha ininterrumpida de las clases y de los diversos grupos sociales, opuestos por sus intereses y sus tendencias.

No es la primera vez que la Humanidad atraviesa un período de crisis sexual aguda. No es la primera vez que las al parecer firmes y claras prescripciones de la moral al uso, en el dominio de la unión sexual, han sido destruidas por el aflujo de la corriente de nuevos ideales sociales. La Humanidad ha pasado por una época de crisis sexual verdaderamente aguda durante los períodos del Renacimiento y la Reforma, en el momento en que un formidable desplazamiento social relegaba a un segundo término la aristocracia feudal, orgullosa de su nobleza, acostumbrada a dominar sin limitación, y en su lugar se asentaba una nueva fuerza social, la burguesía ascendente, que crecía y se desarrollaba cada vez con mayor impulso y poder. El

código de la moral sexual del mundo feudal, nacido en el seno de la sociedad aristócrata, con un sistema de economía comunal y basado en principios autoritarios de casta, devoraba la voluntad individual de los miembros de esa sociedad que intentaban permanecer aislados; el viejo código moral chocaba con el nuevo código moral de principios opuestos que imponía la clase burguesa en formación. La moral sexual de la nueva burguesía estaba basada en principios radicalmente opuestos a los principios morales más esenciales del código feudal. Para substituir el principio de castas, aparecía una severa **individualización**: los límites cerrados de la pequeña familia burguesa. El factor de "colaboración" esencial en la sociedad feudal, característico de su economía comunal tanto como de la economía regional, era reemplazado por el principio de la **concurrencia**. Los últimos vestigios de ideas comunales propias de los diversos grados de todas las evoluciones de la vida de castas fueron barridos por el principio triunfante de la **propiedad** privada individualizada, aislada. La Humanidad perdió durante el proceso de transición, titubeó durante varios siglos entre los dos códigos sexuales de espíritu tan diverso, ansiosa de adaptarse a la situación, hasta el momento en que el laboratorio de la vida transformó las normas viejas en un molde nuevo y logró, cuando menos, una armonía en la forma, una solución en cuanto al aspecto externo.

Pero durante esta época de transición, tan viva y llena de colorido, la crisis sexual, a pesar de revestir un carácter de gravedad, no se presentó en una forma tan grave y amenazadora como en nuestros tiempos. Esto fué debido a que durante los gloriosos días del Renacimiento, durante aquel nuevo siglo iluminado por los rayos brillantes de una nueva cultura espiritual que teñía de vivos colores la vida pobre de contenido del agonizante mundo de la Edad Media, la crisis sexual sólo la experimentó una parte relativamente reducida de la sociedad. La capa social más considerable de la época, desde el punto de vista cuantitativo, los campesinos, no sufrió las consecuencias de la crisis sexual más que de una manera indirecta, cuando, por lento proceso secular, se transformaban las bases económicas en que estaba fundada esta clase social, es decir, únicamente en la

medida en que evolucionaban las relaciones económicas. Las dos tendencias opuestas luchaban en las capas superiores de la sociedad. Allí era donde se enfrentaban los ideales y las normas de dos concepciones diversas de la sociedad y allí eran donde precisamente la crisis sexual, cada vez más grave y amenazadora, se apoderaba de sus víctimas. Los campesinos, rebeldes a toda inovación, clase apegada a sus principios, continuaba apoyándose en las viejas columnas de las tradiciones ancestrales, y no se transformaba, no dulcificaba ni adaptaba a las nuevas condiciones de su vida económica; el código inconmovible de la moral sexual tradicional más que bajo la presión de una gran necesidad. La crisis sexual durante la época de lucha aguda entre el mundo burgués naciente y el mundo feudal, no afectó a la "clase tributaria". Es más, al desplomarse en las cumbres de los viejos muros se aferraban a la clase campesina con mayor fuerza sus ancestrales tradiciones. A pesar de todas las tempestades que se desencadenaban sobre su cabeza, que conmovían hasta el suelo que pisaba, la clase campesina en general, y particularmente los campesinos rusos, lograron conservar durante siglos y siglos, en su forma primitiva, los principios esenciales de su código moral.

El problema de nuestra época presenta un aspecto totalmente distinto. La crisis sexual de nuestra época no perdona siquiera a la clase campesina. Como una enfermedad infecciosa, no reconoce "ni grados ni rangos", contamina los palacios y las aldeas y los barrios obreros donde viven amontonados miles de seres; entra en los apacibles hogares burgueses, se abre camino hasta la miserable y solitaria albergue rusa, elige sus víctimas lo mismo entre los habitantes de la ciudad provinciana burguesa de Europa que en húmedos sótanos donde se hacina la familia obrera y en la choza ahumada del campesino. Para la crisis sexual no hay "obstáculos ni cerrojos". Es un profundo error creer que la crisis sexual sólo alcanza a los representantes de las clases que tienen una posición económica materialmente asegurada. La indefinida inquietud de la crisis sexual franquea cada vez con mayor frecuencia el umbral de las habitaciones obreras, y causa allí tristes dramas que por su intensidad dolorosa no tienen nada que envidiar a los conflictos psicológ-

gicos del "exquisito" mundo burgués. Pero precisamente porque la crisis sexual no ataca sólo a los intereses de "los que todo lo poseen", precisamente porque estos problemas sexuales afectan también a una clase social tan extensa como el proletariado de nuestros tiempos, es incomprensible e imperdonable que esta cuestión vital, esencialmente violenta y trágica, sea considerada con tanta indiferencia. Entre las múltiples consignas fundamentales que la clase obrera debe tener en cuenta en su lucha para la conquista de la sociedad futura, tiene que incluirse necesariamente la de establecer relaciones sexuales más sanas y que, por lo tanto, hagan más feliz a la Humanidad.

Es imperdonable nuestra actitud de indiferencia ante una de las tareas esenciales de la clase obrera. Es inexplicable e injustificable que el vital problema sexual se relegue hipócritamente al casillero de las cuestiones "puramente privadas". ¿Por qué negamos a este problema el auxilio de la energía y de la atención de la colectividad? Las relaciones entre los sexos y la elaboración de un código sexual que rija estas relaciones aparecen en la historia de la Humanidad, de una manera invariable, como uno de los factores esenciales de la lucha social. Nada más cierto que la influencia fundamental y decisiva de las relaciones sexuales de un grupo social determinado en el resultado de la lucha de esta clase con otra de encontrados intereses.

El drama de la Humanidad actual es tan desesperado porque mientras ante nuestros ojos vemos cómo quedan destruídas las formas corrientes de unión sexual y cómo son desechados los principios que las regían, desde las capas más bajas de la sociedad se alzan frescos aromas desconocidos que nos hacen concebir esperanzas risueñas sobre una nueva forma de vida, y llenan el alma humana con la nostalgia de ideales futuros, pero cuya realización no parece posible. Nosotros, los hombres de un siglo caracterizado por el dominio de la propiedad capitalista, de un siglo rebosante de agudas contradicciones de clase; nosotros, los hombres imbuídos de moral individualista, vivimos y pensamos bajo el funesto signo de un invencible aislamiento moral. La terrible soledad que el hombre siente en las inmensas ciudades populosas, en las ciudades modernas no

pulciosas y tentadoras; la soledad, que no disipa la compañía de amigos y compañeros, es la que empuja al hombre a buscar, con avidez malsana, a su ilusoria "alma gemela" en un ser del sexo contrario, puesto que sólo el amor posee el mágico poder de ahuyentar, aunque sólo sea momentáneamente, las tinieblas de la soledad.

En ninguna otra época de la Historia han sentido los hombres con tanta intensidad como en la nuestra la soledad moral. Necesariamente tiene que ser así. La noche es mucho más impenetrable cuando a lo lejos vemos brillar una luz. Los hombres individualistas de nuestra época, unidos por débiles lazos a la comunidad o a otras individualidades, ven ya brillar en la lejanía una nueva luz: la transformación de las relaciones sexuales mediante la substitución del cierto factor fisiológico creador de la soledad, de la camaradería.

La moral de la propiedad individualista de nuestros tiempos empieza a ahogar a los hombres. El hombre contemporáneo no se contenta criticando las relaciones entre los sexos, negando las formas exteriores prescritas por el código de la moral corriente. Su alma anhela la renovación de la esencia misma de las relaciones sexuales, desea ardientemente encontrar el "amor verdadero", esa gran fuerza confortadora y creadora que es la única que puede ahuyentar el frío fantasma de la soledad que padecen los individualistas contemporáneos. Si es cierto que la crisis sexual está condicionada en sus tres cuartas partes por relaciones externas de carácter económico social, no es menos cierto que la otra cuarta parte de su intensidad es debida a nuestra refinada psicología individualista, que con tanto cuidado ha cultivado la dominante ideología burguesa. La Humanidad contemporánea, como dice acertadamente la escritora alemana Meisel-Hess, es muy pobre en "potencial de amor". Cada uno de los sexos busca al otro con la única esperanza de lograr la mayor satisfacción posible de placeres espirituales y físicos **para sí, utilizando como medio al otro**. El amante o el novio no piensa para nada en los sentimientos, en la labor psicológica que se efectúa en el alma de la mujer amada.

Quizás no haya ninguna otra relación humana como

las relaciones entre los sexos en la que se manifieste con tanta intensidad el individualismo grosero que caracteriza nuestra época. Absurdamente se imagina el hombre que para escapar de la soledad moral que le rodea le basta con amar, con exigir sus **derechos** sobre otra alma. Únicamente así espera obtener esa rara dicha: la armonía de la afinidad moral y la comprensión entre dos seres. Nosotros, los individualistas, dotados de un alma que se ha hecho grosera por el constante culto de nuestro "yo", creemos todavía que podemos conquistar sin ningún sacrificio la mayor de las dichas humanas, el "amor verdadero", no sólo para nosotros, sino también para nuestros semejantes. Creemos lograr esto sin dar, en cambio, los tesoros de nuestra propia alma.

Pretendemos conquistar la totalidad del alma del ser amado, pero, en cambio, somos incapaces de respetar la fórmula de amor más sencilla: acercarnos al alma de otro, dispuestos a guardarle todo género de consideraciones. Esta sencilla fórmula nos será únicamente inculcada por las nuevas relaciones entre los sexos, relaciones que ya han comenzado a manifestarse y que están basadas en dos principios nuevos también: libertad absoluta por un lado, e igualdad y verdadera solidaridad como entre compañeros, por otro. Sin embargo, por el momento, la Humanidad tiene que sufrir todavía el frío de la soledad moral, y no le queda más remedio que soñar con una época mejor en la que todas las relaciones humanas se caractericen por sentimientos de solidaridad, que podrán ser posibles a causa de las nuevas condiciones de la existencia. La crisis sexual es insoluble sin una transformación fundamental de la psicología humana; la crisis sexual sólo puede ser vencida por la acumulación de "potencial de amor". Pero esta transformación psíquica depende en absoluto de la reorganización fundamental de nuestras relaciones económicas sobre una base comunista. Si rechazamos esta "vieja verdad", el problema sexual no tiene solución.

A pesar de todas las formas de unión sexual que ensaya la Humanidad presente, la crisis sexual no se resuelve en ningún sitio. No se han conocido en ninguna época de la Historia tantas formas diversas de unión entre los

sexos. Matrimonio indisoluble, con una familia firmemente constituída, y a su lado la unión libre pasajera, el adulterio conservado en el mayor secreto, al lado del matrimonio y de la vida en común de una muchacha soltera con su amante; el matrimonio "por detrás de la Iglesia", el matrimonio de dos y el matrimonio "triángulo", e incluso hasta la forma complicada del "matrimonio de cuatro", sin contar las múltiples variantes de la prostitución. Al lado de estas formas de unión, entre los campesinos y la pequeña burguesía encontramos vestigios de las viejas costumbres de casta, mezclados con los principios en descomposición de la familia burguesa e individualista; la vergüenza del adulterio, la vida marital entre el suegro y la nuera y la libertad absoluta para la joven soltera. Siempre la misma "moral doble". Las formas actuales de unión entre los sexos son contradictorias y embrolladas, de tal modo, que uno se ve obligado a interrogarse cómo es posible que el hombre que ha conservado en su alma la fe en la firmeza de los principios morales pueda continuar admitiendo estas contradicciones y salva rectos criterios morales irreconciliables, que necesariamente se destruyen el uno al otro. Tampoco resuelve la cuestión la justificación que se oye corrientemente: "Yo vivo conforme a los principios de una moral nueva", puesto que esta "moral nueva" se encuentra todavía en proceso de formación. Precisamente la labor a realizar consiste en hacer que surja esta nueva moral; hay que extraer de entre el caos de las normas sexuales contradictorias de nuestra época las premisas de los principios que corresponden al espíritu de la clase revolucionaria ascendente.

Además del extremado individualismo, defecto fundamental de la psicología de la época actual, de un egocentrismo erigido en culto, la crisis sexual se agrava mucho más con otros dos factores de la psicología contemporánea: la idea del derecho de **propiedad** de un ser sobre el otro y el prejuicio secular de la desigualdad entre los sexos en todas las esferas de la vida.

La idea de la **propiedad** inviolable del esposo ha sido cultivada con todo esmero por el código moral de la clase burguesa, con su ideal de familia individualista encerra-

da en sí misma, construida totalmente sobre las bases de la propiedad privada. La burguesía ha logrado a la perfección la inoculación de esta idea en la psicología humana. El concepto de propiedad dentro del matrimonio va hoy día mucho más allá que el concepto de la propiedad en las relaciones sexuales del código aristocrático. En el curso del largo período histórico que transcurrió bajo el signo del principio de casta, la idea de la posesión de la mujer por el marido (la mujer carecía de derechos de propiedad sobre el marido) no se extendía más allá de la posesión física. La esposa estaba obligada a guardar al marido fidelidad física; pero su alma le pertenecía en absoluto.

Los caballeros de la Edad Media llegaban incluso a reconocer a sus esposas el derecho a tener adoradores platónicos y a recibir el testimonio de esta adoración de caballeros y menestrales. El ideal de la posesión absoluta, de la posesión no solo del "yo" físico, sino también del "yo" espiritual por parte del esposo, el ideal que admite una reivindicación de derechos de propiedad sobre el mundo espiritual y moral del ser amado es un ideal que se ha formado totalmente y que ha sido cultivado igualmente por la burguesía con el fin de reforzar los fundamentos de la familia, para asegurarse su estabilidad y su fuerza durante el período de lucha para la conquista de su predominio social. Este ideal no sólo lo hemos aceptado como herencia, sino que llegamos incluso a pretender que sea considerado "como un imperativo" moral indestructible. La idea de la propiedad se extiende mucho más allá del matrimonio legal. Es un factor inevitable que penetra hasta en la unión amorosa más "libre". Los amantes de nuestra época a pesar de su respeto "teórico" por la libertad, sólo se satisfacen con la conciencia de la fidelidad psicológica de la persona amada. Con el fin de ahuyentar de nosotros el fantasma amenazador de la soledad, penetramos de una manera violenta en el alma del ser "amado", con una crueldad y una falta de delicadeza que será incomprensible a la Humanidad futura; de la misma manera pretendemos hacer valer nuestros derechos sobre su "yo" espiritual más íntimo. El amante contemporáneo está dispuesto a perdonar más fácilmente al ser querido una infidelidad física que una infidelidad mo-

ral, y pretende que le pertenece cada particula del alma de la persona amada, que se extiende más allá de los límites de su unión libre. Considera todo esto como un despilfarro, como un robo imperdonable de tesoros que le pertenecían exclusivamente y, por lo tanto, como un despojo cometido a sus expensas.

El mismo origen tiene la absurda indelicadeza que cometen constantemente dos amantes con respecto a una tercera persona. Todos hemos tenido ocasión de observar un hecho curioso que se repite continuamente. Dos amantes que apenas han tenido tiempo de conocerse en sus relaciones mutuas se apresuran a establecer sus derechos sobre las relaciones personales anteriores del otro y a intervenir en lo más sagrado y más íntimo de su vida. Los seres que ayer eran extraños el uno al otro, hoy, únicamente porque les unen sensaciones eróticas comunes, se apresuran a poner la mano sobre el alma del otro, a disponer del alma desconocida y misteriosa sobre la cual ha grabado el pasado imágenes imborrables y a instalarse en su interior como si estuvieran en su propia casa. Esta idea de la posesión recíproca de una pareja amorosa extiende su dominio de tal forma que casi no nos sorprende un hecho tan anormal como el siguiente: Dos recien casados vivian hasta ayer cada uno su propia vida; al dia siguiente de su unión cada uno de ellos abre sin el menor escrúpulo la correspondencia del otro, y, consecuentemente, el contenido de la carta procedente de una tercera persona que sólo tiene relación con uno de los esposos, se convierte en propiedad común. Una "intimidad" de este género no puede adquirirse más que como resultado de una verdadera unión entre las almas en el curso de una larga vida común de amistad puesta a prueba. Lo que ocurre en general es que a esta intimidad se le busca un substitutivo legítimo, que tiene por base la idea, totalmente equivocada, de que le intimidad física entre dos seres es una razón suficiente para extender el derecho de propiedad sobre el ser moral de la persona amada.

El segúndo factor que deforma la mentalidad del hombre contemporáneo y que es causa de que la crisis sexual se agudice, es la idea de desigualdad entre los sexos, desigualdad de derechos y desigualdad en la valoración de sus

sensaciones psicofisiológicas. La "moral doble", característica del código burgués y del código aristocrático, ha envenenado durante tantos siglos la psicología de hombres y mujeres, que todavía es mucho más difícil librarse de su penetrante ponzoña que de las ideas tocantes a la propiedad de un esposo sobre el otro, heredadas de la ideología burguesa. La concepción de desigualdad entre los sexos, hasta en el dominio psicofisiológico, obliga a aplicar constantemente medidas diversas para actos idénticos, según el sexo que los haya realizado. Un hombre de "ideas avanzadas" del campo burgués que haya sabido desde hace tiempo superar las prescripciones del código de la moral en uso, será incapaz de substraerse a la influencia del medio ambiente y emitirá un juicio completamente distinto, según se trate de un hombre o de una mujer. Bastará un ejemplo vulgar: Imaginemos que un intelectual burgués, un hombre de ciencia, un político, un hombre de actividades sociales, en una palabra, "una personalidad", se enamora de su cocinera (hecho que, además, se da con bastante frecuencia) y llega, incluso, a casarse con ella. ¿Modificará la sociedad burguesa por este hecho su conducta con respecto a la "personalidad" de este hombre? ¿Pondrá acaso en cuestión su "personalidad"? ¿Dudará de sus cualidades morales? Naturalmente, no. Ahora pongamos otro ejemplo: Una mujer perteneciente a la sociedad burguesa, una mujer respetada, considerada, una profesora, médica o escritora; una mujer, en suma, con "personalidad", se enamora de un criado y colma el "escándalo" consolidando esta unión con un matrimonio legal. ¿Cuál será la actitud de la sociedad burguesa respecto a esta persona hasta ahora respetada? La sociedad, naturalmente, la mortificará con su "desprecio". Pero todavía será mucho más terrible si su marido, el criado posee una bella fisonomía u otros atractivos de carácter físico. Nuestra hipócrita sociedad burguesa juzgará su elección de la forma siguiente: "¡Hasta dónde ha descendido esta mujer!"

La sociedad burguesa no puede perdonar a la mujer que se atreve a dar a la elección del hombre amado un carácter demasiado individual. En esta cuestión se revela siempre nuestro atavismo. Según la tradición heredada de

costumbres de casta, nuestra sociedad pretende todavía que la mujer continúe teniendo en cuenta, en el momento de entregar su corazón, una serie de consideraciones de grados y rangos sociales, que tenga en consideración el medio familiar y los intereses de la familia. La sociedad burguesa no puede considerar a la mujer independiente de la cédula familiar; le es completamente imposible apreciarla como una personalidad fuera del círculo estrecho de las virtudes y deberes familiares.

La sociedad contemporánea va mucho más lejos que el orden antiguo en la tutela que ejerce sobre la mujer. No sólo le prescribe casarse únicamente con hombres "dignos" de ella, sino que le prohibe incluso que llegue a amar a un ser que es su "inferior". Estamos acostumbrados a ver cómo hombres de un nivel moral e intelectual muy elevado eligen para compañera de la vida a una mujer insignificante y vacua, sin ningún valor al lado del valor del esposo. Apreciamos este hecho como completamente normal y, por lo tanto, no merece siquiera nuestra consideración. Todo lo más que puede suceder es que los amigos "se lamenten de que Ivan Ivanitch se haya casado con una mujer insoportable". El caso varía si se trata de una mujer. Entonces nuestra indignación no tiene límites, y la expresamos con frases como la siguiente: "¡Cómo es posible que una mujer tan inteligente como María Petrovna pueda amar a una nulidad así!... Tendremos que poner en duda su inteligencia..."

¿A qué obedece esta manera diferente de juzgar las cosas? ¿Qué causa determina una apreciación tan contraría? Esta diversidad de criterio no tiene otro origen que la idea de la desigualdad entre los sexos, idea que ha sido inoculada a la Humanidad durante siglos y siglos y que ha acabado por apoderarse de nuestra mentalidad de una manera orgánica. Estamos acostumbrados a valorar a la mujer, no como una **personalidad,** con cualidades y defectos individuales, independientes de sus sensaciones psicofisiológicas. Para nosotros la mujer no tiene valor más que como **accesorio** del hombre. El hombre, marido o amante, proyecta sobre la mujer su luz; es él, y no ella misma, a quien tomamos en consideración como el verdadero elemento de-

terminante de la estructura espiritual y moral de la mujer. En cambio, cuando valorizamos la personalidad del hombre hacemos por anticipado una total abstracción de sus actos con relación a las relaciones sexuales.

La personalidad de la mujer, por el contrario, se valoriza en relación directa con su vida sexual. Este modo de apreciar el valor de una personalidad femenina se deriva del papel que ha representado la mujer durante tantos siglos. La revisión de valores en este dominio esencial sólo se hace, o por mejor decir, se **indica**, de un modo gradual. La atenuación de estas falsas e hipócritas concepciones sólo podrá realizarse con la transformación del papel económico de la mujer en la sociedad, con su entrada en las filas del trabajo independiente.

Los tres factores fundamentales que deforman nuestra psicología son los siguientes: un egocentrismo extremado, la idea del derecho de **propiedad** de los esposos entre sí, y el concepto de la desigualdad entre los sexos en el aspecto psicofisiológico. Estos tres factores son los que cierran el camino que conduce a la solución del problema sexual. La Humanidad no encontrará solución a este problema hasta que no haya acumulado en su psicología suficientes reservas de sensaciones depuradas, hasta que no se haya enseñoreado de su alma el "potencial de amor", hasta que el concepto de la libertad en el matrimonio y en la unión libre no sea un hecho consolidado, en suma, hasta que el principio de camaradería no haya triunfado de los conceptos tradicionales de desigualdad y de subordinación en las relaciones entre los sexos. Sin una reconstrucción total y fundamental de nuestra psicología es insoluble el problema sexual.

¿Pero no será esta condición previa una utopía desprovista de base, utopía en la que basan sus consignas ingenuas los idealistas soñadores? Intentemos aumentar el "potencial de amor" de la Humanidad. ¿Acaso los sabios de todos los pueblos, desde Buda y Confucio hasta Cristo, no se han entregado desde tiempos remotos a esta tarea?

Sin embargo, ¿hay alguien que crea que el "potencial de amor" ha aumentado en la Humanidad? Reducir la cuestión de la crisis sexual a utopías de esta clase, por muy

pen intencionadas que sean, ¿no significará prácticamente un reconocimiento de impotencia y un renunciamiento a buscar la solución anhelada?

Veamos si esto es cierto. La reeducación fundamental de nuestra psicología en el dominio de las relaciones sexuales no es algo imposible de lograr. Esta reeducación es posible porque es algo que no está en contraposición con la vida real. Precisamente en los momentos actuales observamos cómo se inicia un poderoso desplazamiento social y económico, suficiente para engendrar nuevas bases de vida en el campo de los sentimientos, y que, por las condiciones en que han surgido, están de acuerdo con las exigencias señaladas más arriba.

Ya en nuestra sociedad avanza un nuevo grupo social que intenta ocupar el primer puesto y dar de lado a la burguesía con su ideología de clase y su código de moral sexual individualista. Esta clase ascendente, de vanguardia, lleva necesariamente en su seno los gérmenes de nuevas orientaciones entre los sexos, relaciones que forzosamente han de estar estrechamente unidas a sus objetivos sociales de clase.

La compleja evolución de las relaciones económico-sociales que se verifica ante nuestros ojos, que pone en conmoción todas nuestras concepciones sobre el papel de la mujer en la vida social y destruye los fundamentos de la moral sexual parecen contradictorios. Por un lado, observamos los esfuerzos infatigables de la Humanidad para adaptarse a las nuevas condiciones de la economía social transformada, esfuerzos que tienden, o bien a conservar las formas antiguas, dándoles un nuevo contenido (mantenimiento de la forma exterior del matrimonio indisoluble y monógamo, pero al mismo tiempo el reconocimiento de hecho de la libertad de los esposos), o, por el contrario, la aceptación de formas nuevas que lleven en su interior, sin embargo, todos los elementos del código moral del matrimonio burgués (la unión libre en la que el derecho de propiedad de los dos esposos unidos "libremente" sobrepasa los límites del derecho de propiedad del matrimonio legal). Por otra parte, no podemos menos de señalar la aparición lenta, pero invencible, de nuevas formas de unión

entre los sexos; nuevas no tanto en la parte externa como por el espíritu que anima sus normas vivificadoras. La Humanidad sondea con inquietud los nuevos ideales; pero basta examinarlos un poco detenidamente para reconocer en ellos, a pesar de que sus límites no están todavía lo suficientemente marcados, los rasgos característicos merced a los cuales están estrechamente unidos con las tareas del proletariado, clase social a la que incumbe apoderarse de la fortaleza del porvenir. El que quiera encontrar en el laberinto de las normas sexuales contradictorias los gérmenes de relaciones futuras entre los sexos, más sanas y que prometen libertad a la Humanidad de la crisis sexual que atraviesa, tiene necesariamente que abandonar los barrios donde habitan las gentes selectas, con su refinada psicología individualista y lanzar una ojeada a las habitaciones hacinadas de los obreros, en las que, en medio de la obscuridad y del horror causados por el capitalismo, entre lágrimas y maldiciones, surgen a pesar de todo manantiales vivificadores que se abren paso por la nueva senda.

Entre la clase obrera, bajo la presión de duras condiciones económicas, bajo el yugo implacable de la explotación del capital, se observa el doble proceso a que acabamos de referirnos. La influencia destructiva del capitalismo, que aniquila todos los fundamentos de la familia obrera, obliga al proletariado a adaptarse "instintivamente" a las condiciones del mundo que le rodea, y provoca, por lo tanto, una serie de hechos en lo referente a las relaciones entre los sexos, análogos a los que se producen también en otras capas de la sociedad. Debido a los salarios reducidos se retrasa de una manera contiua e inevitable la edad de contraer matrimonio el obrero. Si hace veinticinco años un obrero podía casarse de los veintidós a los veinticinco años, hoy día el prolelariado no puede crear un hogar hasta los treinta años aproximadamente (1). Además, cuanto más desarrolladas están en el obrero las necesidades culturales, tanto más valor concede éste a la posibilidad de seguir el ritmo de la vida cultural, de ir al teatro, asistir a conferencias, leer periódicos, consagrar el tiempo que el

(1) Este ensayo está escrito en 1918.

trabajo le deja libre a la lucha sindical, a la política, a una actividad por la que siente afición, al arte, a la lectura, etc.

Todo contribuye a retrasar la edad a que puede contraer matrimonio el obrero. Sin embargo, las necesidades fisiológicas no tienen para nada en cuenta el estado del bolsillo; son necesidades vitales de las que no se puede prescindir, y el obrero célibe, lo mismo que el burgués célibe, resuelven su problema en la prostitución. Este hecho es un síntoma de la adaptación pasiva de la clase obrera a las condiciones desfavorables de la existencia. Al casarse un obrero, y a causa del nivel tan bajo de los salarios, la nueva familia obrera se ve obligada a resolver el problema del nacimiento de los hijos lo mismo que las familias burguesas.

La frecuencia de los infanticidios y el desarrollo de la prostitución, son dos hechos que se pueden clasificar dentro de un solo y mismo orden. Ambos son medios de adaptación pasiva del obrero a la espantosa realidad que le rodea. Pero lo que no hay que olvidar es que en estos procesos no hay nada que caracterice propiamente al proletariado. Esta adaptación **pasiva** es propia de todas las clases sociales que se ven envueltas en el proceso mundial de la evolución capitalista.

La línea de diferenciación comienza precisamente cuando entran en juego **los principios activos y creadores**, la delimitación se marca allí donde no se trata ya de una adaptación, sino de una reacción frente a la realidad opresora. Comienza donde nacen y se expresan nuevos ideales, donde surgen tímidas tentativas de relaciones sexuales dotadas de un espíritu nuevo. Pero aún hay más: debemos señalar **que este proceso de reacción se inicia únicamente entre la clase obrera**.

Esto no quiere decir, en modo alguno, que las otras clases y capas de la sociedad, principalmente la de los intelectuales burgueses, que es la clase que por las condiciones de su existencia social se encuentra más cerca de la clase obrera, no se apoderen de estos elementos nuevos que el proletariado crea y desenvuelve. La burguesía, impulsada por el deseo instintivo de inyectar vida nueva a las formas agonizantes de la suya, y ante la impotencia de sus

diversas formas de relaciones sexuales, aprende a toda prisa las formas nuevas que la clase obrera lleva consigo; perdí, desgraciadamente, ni los ideales, ni el código de moral sexual elaborados de un modo gradual por el proletariado corresponden a la esencia moral de las exigencias burguesas de clase. Por tanto, mientras la moral sexual nacida de las necesidades de la clase obrera se convierte para esta clase en un instrumento nuevo de lucha social, los "modernismos" de segunda mano que de esa moral deduce la burguesía, no hacen más que destruir de un modo definitivo las bases de su superioridad social.

El intento de los intelectuales burgueses de substituir el matrimonio indisoluble por las lazos más libres, más fácilmente desligables del matrimonio civil, conmueve las bases de la estabilidad social de la burguesía, bases que no pueden ser otras que la familia monógama cimentada en el concepto de la propiedad.

Todo lo contrario sucede en la clase obrera. Una mayor libertad en la unión entre los sexos, una menor consolidación de sus relaciones sexuales concuerda totalmente con las tareas fundamentales de esta clase social, y hasta podemos decir que se derivan directamente de estas tareas. Lo mismo sucede con la negación del concepto de subordinación en el matrimonio que rompe los últimos lazos artificiales de la familia burguesa. Todo lo contrario sucede en la clase proletaria. El factor de la subordinación de un miembro de esta clase social a otro, es lo mismo que el concepto de propiedad, hostil por esencia a la psicología del proletariado. A los intereses de la clase revolucionaria no les conviene en modo alguno "atar" a uno de sus miembros, puesto que a cada uno de sus representantes independientes le incumbe ante todo el deber de servir a los intereses de su clase y no los de una célula familiar aislada. El deber del miembro de la sociedad proletaria es ante todo contribuir al triunfo de los intereses de su clase, por ejemplo, actuar en las huelgas, participar en todo momento en la lucha. La moral con que la clase trabajadora juzga todos estos actos caracteriza con perfecta claridad la base de la nueva moral proletaria.

Supongamos que un financiero acreditado, movido úni-

camente por intereses familiares, retira de los negocios su capital en un momento crítico para la empresa. Su acción, apreciada desde el punto de vista de la moral burguesa, no puede ser más clara, "porque los intereses de la familia deben figurar en primer lugar". Comparemos ahora este juicio con la actitud de los obreros ante el rompe-huelgas, que acude al trabajo durante el conflicto para que su familia no pase hambre. Los intereses de la clase figuran en este ejemplo en primer lugar. Representémonos ahora a un marido burgués que ha conseguido por su amor y devoción a la familia tener alejada a su mujer de todos sus intereses, a excepción de los deberes de ama de casa y de mujer consagrada por completo al cuidado de los hijos. El juicio de la sociedad burguesa será: "Un marido ideal que ha sabido crear una familia ideal". Pero, ¿cuál sería la actitud de los obreros hacia un miembro consciente de su clase que intentase hacer que su mujer se apartase de la lucha social? La moral de la clase exige, a costa incluso de la felicidad individual, a costa de la familia, la participación de la mujer en la vida de lucha que transcurre fuera de los muros de su hogar. Atar a la mujer a la casa, colocar en primer plano los intereses familiares, propagar la idea de los derechos de la propiedad absoluta de un esposo sobre su mujer, son actos que violan el principio fundamental de la ideología de la clase obrera, que destruyen la solidaridad y el compañerismo y que rompen las cadenas que une a todo el proletariado. El concepto de posesión de una personalidad por otra, la idea de la subordinación y de la desigualdad de los miembros de una sola y misma clase, son conceptos contrarios a la esencia del concepto de camaradería, que es el principio proletario más fundamental. Este principio básico de la ideología de la clase ascendente es el que da colorido y determina el nuevo código en formación de la moral sexual del proletariado, merced al cual se transforma la psicología de la Humanidad y llega a adquirir una acumulación de sentimientos de solidaridad y de libertad, en vez del concepto de la propiedad; una acumulación de compañerismo en vez de los conceptos de desigualdad y de subordinación.

Vieja verdad es la que establece que toda nueva cien-

cia ascendente, nacida como consecuencia de una cultura material distinta de la del grado procedente de la evolución económica, **enriquece a toda la Humanidad** con la ideología nueva característica de la clase. El código de la moral sexual constituye una parte integrante de la nueva ideología. Por tanto, basta pronunciar los términos "ética proletaria" y "moral sexual proletaria" para escapar de la trivial argumentación: la moral sexual proletaria no es en el fondo más que una superestructura. Mientras no se experimente la total transformación de la base económica, no puede hacer lugar para ella. ¡Como si una ideología, sea del género que fuere, no se formase hasta que se hubiera producido la transformación de las relaciones económico-sociales necesarias para asegurar el dominio de la clase de que se trate! La experiencia de la Historia enseña que la elaboración de la ideología de un grupo social, y consecuentemente la de la moral sexual también, **se realiza durante el proceso mismo** de la lucha de este grupo.

Esta clase de lucha sólo puede fortalecer sus posiciones sociales con la ayuda de nuevos valores espirituales sacados de su propio seno, y que respondan totalmente a sus tareas como clase ascendente. Sólo mediante normas e ideales nuevos puede esta clase arrebatar el Poder a los grupos sociales contrarios.

La tarea que corresponde, por tanto, a los ideólogos de la clase obrera es buscar el criterio moral fundamental producto de los intereses específicos de la clase obrera y armonizar con este criterio las nacientes normas sexuales.

Ya es hora de comprender que únicamente después de haber tanteado el proceso creador que se realiza allá abajo en las profundas capas sociales, proceso que engendra necesidades nuevas, nuevos ideales y formas, será posible vislumbrar el camino en el caos contradictorio de las relaciones sexuales y desenmarañar la enredada madeja del problema sexual.

Debemos recordar que el código de la moral sexual, en armonía con las tareas fundamentales de clase, puede convertirse en poderoso instrumento que refuerce la posición de combate de la clase ascendente. ¿Por qué no servirse de este instrumento, pues, en interés de la clase obre-

ra, en su lucha para el establecimiento del régimen comunista y, a la vez también, para establecer relaciones nuevas entre los sexos, que sean más perfectas y felices?

EL AMOR EN LA SOCIEDAD COMUNISTA

(CARTA A LA JUVENTUD OBRERA)

El amor como factor social y psíquico

Me preguntas, joven camarada, qué lugar corresponde al amor en la ideología proletaria. Te sorprende el hecho de que en los momentos actuales la juventud trabajadora "se preocupa mucho más del amor y de todas las cuestiones con él relacionadas" que de los grandes problemas que tiene que resolver la República de los obreros. Si esto es así (difícilmente puedo apreciarlo desde lejos), busquemos juntos la explicación de este hecho y hallemos la respuesta a esta primera cuestión: ¿Qué lugar corresponde al amor en la ideología de la clase obrera?

Es un hecho cierto que la Rusia Soviética ha entrado en una nueva fase de guerra civil. El frente revolucionario ha sufrido un desplazamiento. Actualmente la lucha hay que librarla entre dos ideologías, entre dos civilizaciones: la ideología burguesa y la ideología proletaria. Su incompatibilidad se manifiesta cada vez con mayor claridad. Las contradicciones entre estas dos civilizaciones diferentes son de día en día mucho más agudas.

La victoria de los principios e ideales comunistas en el dominio de la política y la economía, tenía necesariamente que ser la causa de una revolución en las ideas sobre la concepción del mundo, en los sentimientos, en toda formación espiritual de la humanidad trabajadora. En los momentos actuales se puede observar ya una transformación de estas concepciones de la vida y de la sociedad, del traba-

po del arte y de las "reglas de nuestra conducta", es decir, de la moral. Las relaciones sexuales constituyen una parte importante de estas reglas de conducta. La revolución en el frente ideológico pondrá fin a la transformación realizada en el pensamiento humano durante los cinco años de existencia de la República de los trabajadores.

Sin embargo, a medida que la lucha entre las dos ideologías, la burguesa y la proletaria, se hace más aguda, a medida que esta lucha se extiende y abarca nuevos dominios, surgen ante la Humanidad nuevos "problemas de la vida", que sólo la ideología de la clase obrera podrá resolver de una manera satisfactoria.

Entre estos múltiples problemas se encuentra, joven camarada, el que tú señalas: "el problema del amor", que la Humanidad, en las diversas fases de su desenvolvimiento histórico, ha pretendido resolver por procedimientos diversos. Sin embargo, el "problema" subsistía; únicamente variaban sus intentos de solución, que diferían, naturalmente, según el período, la clase y el "espíritu de la época", es decir, la cultura.

En Rusia, hasta recientemente, durante los años de la intensa guerra civil y de la lucha contra la desorganización económica, sólo a unos pocos interesaba este problema. Eran otros sentimientos, otras pasiones más reales las que retenían a la humanidad trabajadora. ¿Quién hubiera sido capaz de preocuparse seriamente de las penas y sufrimientos del amor durante aquellos años en que el espectro descarnado de la muerte acechaba a todos? Durante aquellos años la cuestión palpitante se resumía en un ¿quién vencerá? ¿La revolución (el progreso) o la contrarrevolución (la reacción)?

Ante el sombrío aspecto de la enorme contienda, la revolución, el delicados Eros, "dios del Amor", tenía necesariamente que desaparecer apresuradamente. No había tiempo ni fuerzas psíquicas para abandonarse a las "alegrías" y las "torturas" del amor. La Humanidad respondía de siempre a una ley de conservación de la energía social y psíquica. Y esta energía es aplicada siempre al fin esencial e inmediato del momento histórico. Por tanto, durante estos años se adueñó de la situación la simple y natural

voz de la Naturaleza, el instinto biológico de la reproducción, la atracción entre dos seres de sexo contrario. El hombre y la mujer se unían y separaban fácilmente, mucho más fácilmente que durante el pasado. El hombre y la mujer se entregaban mutuamente sin estremecimiento en sus almas y se separaban sin lágrimas ni dolor.

Es cierto que desaparecía la prostitución, pero, en cambio, aumentaban las uniones libres entre los sexos, uniones sin compromisos mutuos, y en las cuales el factor principal era el instinto de reproducción, desprovisto de la belleza de los sentimientos de amor. Muchos fueron los que ante este hecho sintieron espanto, pero es lo cierto que durante aquellos años las relaciones entre los sexos no podían ser de otro modo. No podían darse más que dos formas de unión sexual, o bien el matrimonio consolidado durante varios años por un sentimiento duradero de camaradería, de amistad conservada a través de los años, y que, precisamente, por la seriedad del momento se convertía en un lazo de unión más firme, o, por el contrario, las relaciones matrimoniales que surgían para satisfacer una necesidad puramente biológica, y constituían simplemente un capricho pasajero del que ambas partes se saciaban pronto, y que se apresuraban a liquidar rápidamente para que no obstaculizase el fin esencial de la vida: la lucha por el triunfo de la revolución.

El instinto brutal de reproducción, la simple atracción entre los sexos, que nace y desaparece con la misma rapidez sin crear lazos sentimentales ni espirituales, es ese Eros "sin alas", que no absorbe las fuerzas psíquicas que el exigente Eros "alado" consume, amor tejido con emociones diversas que han sido forjadas en el corazón y en el espíritu. El Eros "sin alas" no engendra noches de insomnio, no hace vacilar la voluntad, ni llena de confusión el trabajo del cerebro. La clase formada por los luchadores no podía dejarse llevar por el Eros de alas desplegadas en aquellos momentos de trastorno de la revolución que llamaban sin cesar al combate de la Humanidad trabajadora. Durante aquellas jornadas era inoportuno desperdiciar las fuerzas psíquicas de los miembros de la colectividad que luchaba, en sentimientos de orden secundario que no contri-

pulan de una manera directa al triunfo de la revolución. El amor individual que constituye la base del matrimonio, que se concentra en un hombre o en una mujer, exige una pérdida enorme de energía psíquica. Durante aquellos años de lucha, la clase obrera, artífice de la nueva vida, no estaba interesada solamente en la mayor economía posible de sus riquezas materiales, sino que intentaba ahorrar también la energía psíquica de cada uno de sus individuos para aplicarla a las tareas generales de la colectividad. No es otra la causa de que durante el período agudo de lucha revolucionaria el "alado Eros", que todo lo consume a su paso, fuera reemplazado por el instinto poco exigente de la reproducción, por el Eros desprovisto de alas.

Pero ahora el cuadro es muy distinto. La República de los Soviets, y con ella toda la Humanidad trabajadora, ha entrado en un período de relativa calma. Ahora comienza una labor muy complicada, puesto que se trata de comprender y de fijar de una manera definitiva todo lo conquistado, todo lo adquirido, todo lo creado. El proletariado, arquitecto de las nuevas formas de la vida, se ve obligado a sacar una enseñanza de todo fenómeno social y psíquico. Debe, por tanto, comprender este fenómeno también; tiene que asimilarlo, apropiárselo y transformarlo en un arma más para la defensa de su clase. Sólo después de haberse asimilado las leyes que presiden la creación de las riquezas materiales y las que dirigen los sentimientos del alma, podrá el proletariado entrar armado hasta los dientes en la liza contra el viejo mundo burgués. Sólo entonces podrá la Humanidad trabajadora vencer en el frente ideológico como ha triunfado en el frente militar y en el del trabajo.

Después del triunfo y la consolidación de la revolución en Rusia, cuando empieza a aclararse la atmósfera del combate revolucionario, y el hombre ya no se entrega por entero a la lucha, reaparece de nuevo y reclama sus derechos el tierno Eros de "alas desplegadas", despreciado durante los años de agitación. Se atreve a salir de nuevo a la sombra del insolente Eros sin alas, del instinto de reproducción, que desconoce los encantos del amor, porque éste ha dejado ya de satisfacer las necesidades de los hombres. En

este período de relativa calma, se ha acumulado un excedente de energía, que los hombres del presente, aún los representantes de la clase trabajadora, no saben todavía aplicar a la vida intelectual de la colectividad. Este excedente de energía psíquica busca su salida en los sentimientos amorosos. Y sucede que la lira de múltiples cuerdas del dios alado del Amor apaga de nuevo el sonido de la monótona voz del Eros "sin alas". El hombre y la mujer no se unen ya como durante los años de la revolución, no buscan una unión pasajera para satisfacer sus instintos sexuales, sino que comienza de nuevo a vivir "novelas de amor", con todos los sufrimientos y el éxtasis amoroso que acompaña al alado Eros.

Presenciamos en la República Soviética un indudable crecimiento de las necesidades intelectuales; cada día se siente mayor avidez de saber; las cuestiones científicas, el estudio del arte, el teatro, despiertan todo nuestro interés. Este afán investigador que se experimenta en la República de los Soviets por encontrar nuevas formas en qué encerrar las riquezas intelectuales de la Humanidad, comprende también, como es lógico, la esfera de los sentimientos amorosos. Se observa, por tanto, un despertar del interés en todo lo que se refiere a la psicología sexual, es decir, en el "problema del amor". Es este un aspecto de la vida del que con mayor o menor intensidad participan todos los individuos. Se observa con asombro cómo militantes que hace algún tiempo no leían más que los artículos editoriales del diario **Pravda**, leen ahora con fruición libros en donde se canta al "dios Eros, el de las alas desplegadas".

¿Debemos interpretar ésto como síntoma de reacción? ¿Acaso como señal de decadencia en la acción revolucionaria? De ningún modo. Ya es hora que rechacemos de una vez para siempre toda la hipocresía del pensamiento burgués. Ha llegado ya el momento de reconocer abiertamente que el amor no es solamente un poderoso factor de la Naturaleza, que no es únicamente una fuerza biológica, sino también un factor social. En su misma esencia es el amor un sentimiento de carácter profundamente social. Lo cierto es que el amor en sus diferentes formas y aspectos ha constituido en todos los grados del desenvolvimiento hu-

mismo una parte indispensable e inseparable de la cultura intelectual de cada época. Hasta la burguesía, que reconoce algunas veces que el amor es "un asunto de orden privado", sabe en realidad cómo encadenar el amor a sus normas morales para que sirva al logro y afirmación de sus intereses de clase.

Pero aún hay otro aspecto de los sentimientos amorosos al que la ideología de la clase obrera debe conceder mayor importancia. Nos referimos al amor considerado como un factor del que se pueden obtener beneficios a favor de la colectividad, lo mismo que de cualquier otro fenómeno de carácter social y psíquico. Que el amor no es en modo alguno un "asunto privado" que interese únicamente a dos "corazones" aislados, sino por el contrario, que el amor supone **un principio de unión** de un valor incalculable para la colectividad, se evidencia con el hecho de que, en todos los grados de su desenvolvimiento histórico, la Humanidad ha establecido reglas que determinaban cuándo y en qué condiciones el amor era considerado "legítimo" (es decir, cuándo correspondía a los intereses de la colectividad), y cuándo tenía que ser considerado como "culpable" (es decir, cuando el amor se encontraba en contradicción con la sociedad).

II

UN POCO DE HISTORIA

Casi desde tiempos inmemoriales comenzó la Humanidad a establecer reglas que regulasen no solamente las relaciones sexuales, sino también los sentimientos amorosos.

En la época del patriarcado, la suprema virtud moral de los hombres era el amor determinado por los vínculos de la sangre. En aquellos tiempos, una mujer que se sacrificase por el marido amado hubiera merecido la reprobación y el desprecio de la familia o la tribu a la que pertenecíese. En cambio, se daba una gran valoración a los sentimientos amorosos con respecto al hermano o a la hermana. La Antígona de los griegos enterraba los cadáveres de sus hermanos muertos con riesgo de su propia vida.

Este sol hecho hace de la figura de Antígona una heroína a los ojos de sus contemporáneos. La sociedad burguesa de nuestro tiempo calificaría esta acción, realizada por la hermana y no por la mujer, como algo extraño y un poco impropio.

Durante los años de dominio de la sociedad patriarcal y de creación de las formas del Estado, el sentimiento de amor más normal fué, sin duda alguna, la amistad entre dos individuos de una misma tribu. Era de una importancia trascendental para la colectividad, que apenas había sobrepasado la fase de la organización puramente familiar y que, por lo tanto, todavía se sentía débil desde el punto de vista social, el que todos sus individuos estuvieran unidos por sentimientos de amor y vínculos espirituales.

Las emociones psíquicas que respondían mejor a esta finalidad eran las determinantes del amor-amistad y no los sentimientos amorosos de las relaciones sexuales. Durante este período, los intereses de la colectividad exigían a la Humanidad el crecimiento y acumulación de lazos psíquicos, no entre las parejas unidas en matrimonio, sino entre los organismos de una misma tribu, entre los organizadores y defensores de la tribu y del Estado. (Para nada se hace aquí mención de la amistad entre las mujeres, puesto que la mujer en aquellos tiempos no podía ser considerada como un factor social).

En el patriarcado se ensalzaban las virtudes del amor-amistad, que era considerado como un sentimiento muy superior al amor entre los esposos. Castor y Polux no pasaron a la posteridad por sus hazañas y los servicios prestados a la patria. Fueron los sentimientos de mutua fidelidad, su amistad inseparable e indestructible los que hicieron que sus nombres llegaran hasta nosotros. La "amistad" (o la apariencia de un sentimiento de amistad) era la que obligaba al marido enamorado de su mujer a ceder al amigo preferido su puesto en el lecho conyugal. Otras veces no era siquiera el amigo, sino el huésped, a quien había que demostrar la verdad de un sentimiento de "amistad", el que ocupaba el puesto del marido al lado de la mujer.

La amistad, sentimiento que suponía "la fidelidad del amigo hasta la muerte", fué considerada en el mundo an-

go como una virtud cívica. Todo lo contrario sucedía con el amor en el sentido contemporáneo de esta palabra, que no jugaba ningún papel en la sociedad y ni siquiera cautivaba la atención de los poetas o de los dramaturgos de la época. La ideología de aquellos tiempos consideraba el amor incluido en el cuadro de los sentimientos exclusivamente personales, de los cuales la sociedad no tenía por qué ocuparse. El amor ocupaba el lugar de otra distracción cualquiera; era un lujo que se podía permitir un ciudadano después de haber cumplido con sus deberes con respecto al Estado.

La cualidad de "saber amar", tan apreciada por la ideología burguesa cuando el amor no va más allá de los límites impuestos por su moral de clase, carecía de significación en el mundo antiguo cuando se trataba de determinar las "virtudes" y cualidades características del hombre. En la antigüedad, el único sentimiento de amor que tenía valor era la amistad. El hombre que realizaba hazañas y exponía la vida por el amigo, conquistaba fama como los héroes legendarios; su acción se consideraba como la expresión de la "virtud moral". En cambio, el hombre que exponía su vida por la mujer amada incurría en la reprobación de todos, reprobación que podía llegar incluso hasta el desprecio. Todos los escritos de la antigüedad condenan los amores de París y la hermosa Elena, que fueron la causa de la guerra de Troya, guerra que sólo "desgracia" podía acarrear a los hombres.

El mundo antiguo valoraba la amistad como sentimiento capaz de consolidar, entre los individuos de una tribu, los lazos espirituales necesarios para el mantenimiento del organismo social, necesariamente débil en aquellos tiempos. Por eso posteriormente dejó la amistad de ser considerada como una virtud moral.

En la sociedad burguesa, edificada sobre los principios de individualismo, concurrencia desenfrenada y emulación, ya no queda lugar para la amistad considerada como factor social. La sociedad capitalista consideraba la amistad como manifestación del "sentimentalismo", por lo tanto, como una debilidad del espíritu completamente inútil y hasta perjudicial para la realización de las tareas burguesas de clase.

La amistad en la sociedad burguesa queda convertida en un motivo de burlas. Si Castor y Polux hubieran vivido en nuestros tiempos, su amistad sin límites hubiera provocado la sonrisa indulgente en la sociedad burguesa de un Nueva York o Londres. La sociedad feudal tampoco reconoció el sentimiento de amistad como una cualidad digna de alabanza y que fuera necesario desarrollar entre los hombres.

La sociedad feudal estaba fundada en el estricto cumplimiento de los intereses de las familias nobles. La virtud no estaba determinada por las relaciones mutuas de los miembros de la sociedad, sino por el cumplimiento de los deberes de un miembro de una familia con respecto a ella y a sus tradiciones. En el matrimonio dominaban los intereses familiares y, por lo tanto, el hombre joven (la muchacha no tenía libertad de elección) que prefería una mujer en contra de los intereses familiares, sabía que tenía que hacer frente a censuras y reproches severísimos. Durante la época feudal no era conveniente para el hombre anteponer sus sentimientos personales a los intereses de su familia; aquel que pretendía romper las normas establecidas era considerado por la sociedad de su tiempo como un "paria". Para la ideología de la sociedad feudal, el amor y el matrimonio no podían encontrarse unidos.

No obstante, durante los siglos del feudalismo es cuando el sentimiento de amor entre dos seres de sexo contrario adquiere cierto derecho por primera vez en la historia de la Humanidad. Parece extraño a primera vista el hecho de que el amor fuera reconocido como tal en aquellos años de ascetismo, de costumbres brutales y crueles, en aquella época de violencias y del reinado del derecho de usurpación. Pero si observamos más detenidamente las causas que han motivado el reconocimiento del amor como un fenómeno social, no sólo legítimo, sino hasta deseable, veremos perfectamente claros los motivos que determinaron el reconocimiento del amor.

El sentimiento del amor puede impulsar al hombre enamorado (en determinados casos y con la ayuda de determinadas circunstancias) a realizar actos que no podría llevar a cabo en otra disposición de espíritu. La caballería andante exigía, en el dominio militar, a todos sus miem-

pues la práctica de elevadas virtudes, pero de carácter estrictamente personal. Tales virtudes eran la intrepidez, la bravura, la resistencia, etc... En aquellos tiempos no era la organización del ejército la que determinaba la victoria en el campo de batalla; el factor decisivo lo constituían las cualidades individuales de los combatientes. El caballero enamorado de su inconquistable dama, "la elevada de su corazón", podía ser el héroe de verdaderos "milagros de bravura", podía triunfar más fácilmente en los torneos, y sabía sacrificar sin temores su vida en nombre de su amada. El caballero enamorado obraba impulsado por el deseo de "distinguirse" para conquistar de este modo los favores de la elegida de su corazón.

La ideología caballeresca tuvo, por consiguiente, en cuenta este hecho. Como reconocía en el amor un poder capaz de provocar en el hombre un estado psicológico útil para las finalidades de la clase feudal, procuró, naturalmente, dar al amor un lugar preferido en los sentimientos determinantes de su ideología. Es aquélla una época en que el amor entre los esposos no puede inspirar los cantos de los poetas, puesto que el amor no era la base en que se fundaba la familia que vivía en los castillos. El amor, como factor social, sólo era valorado cuando se trataba de los sentimientos amorosos del caballero hacia la mujer del otro, sentimientos que le servían de impulso para realizar valientes hazañas. Cuanto más inaccesible se hallaba la mujer elegida, mayor era el esfuerzo realizado por su caballero para conquistar sus favores con las virtudes y cualidades apreciadas en su mundo (intrepidez, resistencia, tenacidad y bravura).

Lo corriente era que la dama elevada por los caballeros ocupase una posición lo más inaccesible posible. La dama de sus pensamientos elegida por el caballero era generalmente la mujer del señor feudal. En ocasiones, el caballero llevaba su osadía hasta posar sus ojos sobre la reina. Este ideal inaccesible se basaba en la concepción de que únicamente el "amor espiritual", el amor sin satisfacciones carnales, que impulsaba al hombre a tomar parte en hazañas heroicas y le obligaba a la realización de "milagros de bravura", era digno de ser cantado como ejemplo y de

merecer la calificación de "virtud". Las muchachas solteras no eran nunca objeto de adoración de los valientes caballeros. Por muy alta que fuese la posición, la adoración del caballero podía terminar en matrimonio. Entonces desaparecía inevitablemente el factor psicológico que impulsaba al hombre a la realización de heroicas hazañas. Ante este peligro, la moral feudal no podía admitir el amor del caballero por la joven soltera. El ideal de ascetismo (abstinencia sexual) tiene puntos de contacto con la elevación del sentimiento amoroso convertido en virtud moral. El deseo de purificar el amor de todo lo que fuera carnal, "culpable", la aspiración de convertir el amor en un sentimiento abstracto, llevaba a los caballeros de la Edad Media a caer en monstruosas aberraciones; elegían como "dama de sus pensamientos" a mujeres que nunca habían visto en la vida, llegaban incluso a enamorarse de la "virgen María"... No creo que sea posible deformar más un sentimiento. La ideología feudal consideraba ante todo el amor como un estimulante para fortalecer las cualidades necesarias a todo caballero; el "amor espiritual", la adoración del caballero por la dama de sus pensamientos, servían directamente a los intereses de la casta feudal. Esta consideración fué la que determinó desde los comienzos de la sociedad feudal el concepto del amor. Ante la traición carnal de la mujer, ante el "adulterio" de la esposa, el caballero de la Edad Media no podía vacilar, y la enclaustraba o la mataba. Pero en cambio se sentía halagado si otro caballero elegía a su mujer como dama de sus pensamientos. Y llegaba, incluso, a permitirla una corte de amor formada por "amigos espirituales".

La moral feudal caballeresca, que cantaba y ensalzaba el amor espiritual, no exigía por el contrario que las relaciones matrimoniales u otras formas de unión sexual tuviesen por base el amor. El amor era una cosa y el matrimonio otra. La ideología feudal establecía entre estas dos nociones una clara diferenciación (1).

---

(1) En el siglo XII, por iniciativa de las mujeres de los caballeros y también de éstos, cuya conducta se encontraba muchas veces en contradicción con la moral reinante, se

Las nociones de amor y matrimonio no se unificaron hasta los siglos XIV y XV, durante los cuales empezó a imponerse la moral burguesa. Esto explica que durante la Edad Media los sentimientos amorosos elevados y delicados choquen con la gran brutalidad de costumbres en el dominio de las relaciones sexuales. Como las relaciones sexuales, tanto en el matrimonio más legítimo como fuera de él, estaban privadas del sentimiento de amor capaz de transfigurarlas, quedaban reducidas al simple acto fisiológico.

La Iglesia aparentaba anatemizar el libertinaje, pero como fomentaba de palabra el "amor espiritual", no hacía en realidad más que patrocinar las relaciones bestiales entre los sexos. El caballero que llevaba siempre sobre el corazón el emblema de la dama de sus pensamientos, que componía en su honor versos llenos de delicadeza, que exponía su vida para merecer una sonrisa de sus labios, violaba tranquilamente a una muchacha de la aldea o mandaba a su escudero que le llevase al castillo, para distraerse, a las campesinas más bellas de los alrededores. Las mujeres de los caballeros no dejaban tampoco, imitando a sus maridos, de gozar de los placeres carnales con trovadores y pajes. Estas mujeres llegaban incluso en algunas ocasiones a admitir las caricias de sus criados, a pesar del desprecio que sentían por la servidumbre.

Cuando la sociedad feudal perdió su fuerza y surgie-

---

ganizaron los "tribunales de amor", en los que las mujeres actuaban de jueces.

En uno de estos curiosos procesos de amor, en el que se trataba de determinar si el "amor verdadero" puede existir en el matrimonio, el fallo del "tribunal de amor" fué el siguiente:

"Los presentes creemos y afirmamos que el amor no puede extender sus derechos a dos seres unidos en matrimonio. Dos amantes se entregan libremente todo cuanto poseen, sin tener en cuenta consideración alguna y sin sentirse obligados por la necesidad. Los esposos, por el contrario, como se sienten unidos por el hogar, están obligados a subordinar la voluntad de uno a la voluntad del otro en virtud de este hecho no pueden negarse nada recíprocamente. Esta decisión, adoptada después de madurada reflexión y que expresa la opinión de numerosas mujeres, deberá ser reconocida como una verdad establecida e indiscutible".

El fallo del tribunal fué dado el 2 de mayo de 1174.

con las nuevas condiciones de vida que imponían los intereses de la clase burguesa en formación, se creó poco a poco un nuevo ideal moral en las relaciones sexuales. La naciente burguesía rechazó el ideal de "amor espiritual" y tomó bajo su defensa los derechos del amor carnal, tan menospreciado durante el feudalismo. La burguesía trae de nuevo al amor la fusión de lo físico con lo espiritual.

La moral burguesa no podía establecer ninguna diferencia entre el amor y el matrimonio. Todo lo contrario, el matrimonio tenía que estar determinado por la inclinación mutua entre los esposos. Aunque la burguesía violaba con gran frecuencia este principio moral, en la práctica por razones de conveniencia, es evidente que reconocía el amor como fundamento del matrimonio. Para ello tenía la burguesía sólidas razones de clase.

En el régimen feudal la familia estaba cimentada en las tradiciones de la nobleza. El matrimonio era de hecho indisoluble; sobre la pareja unida en matrimonio pesaban los mandamientos de la iglesia, la autoridad ilimitada de los jefes de familia, el ascendiente de las tradiciones y la voluntad del señor feudal.

La familia burguesa se formaba en otras condiciones; la familia burguesa no se basaba en la posesión de riquezas patrimoniales, sino en la acumulación del capital. La familia se convertía en la guardadora viva de las riquezas acumuladas. Pero para que esta acumulación se realizase lo más rápidamente posible, era muy importante para la clase burguesa que los bienes adquiridos por el marido o el padre fueran gastados con "economía", de un modo inteligente, para no desperdiciarlos. Era, pues, necesario que la mujer fuera, además de "una buena ama de casa", una amiga y auxiliar del marido.

Al establecer las relaciones capitalistas, sólo la familia, en la que existía una estrecha colaboración entre todos sus miembros interesados en la acumulación de riquezas, era la que quedaba fundamentada sobre sólidas bases. Estos resultados si los esposos y los hijos, con respecto a sus padres, estaban unidos por verdaderos lazos espirituales y de ca-riño.

La nueva estructura económica de esta época, a partir de fines del siglo XIV y principios del XV, contribuyó al nacimiento de la nueva ideología. Poco a poco cambian de aspecto las nociones de amor y matrimonio. Lutero, el reformador religioso y con él todos los pensadores y hombres de acción del Renacimiento y la Reforma (siglos XV y XVI) comprendieron claramente la fuerza social que encerraba el sentimiento de amor. Los ideólogos revolucionarios de la burguesía naciente se dieron cuenta de que para que la familia quedase sólidamente cimentada (unidad económica en la base del régimen burgués) era imprescindible una íntima unión entre todos sus miembros, y proclamaron un nuevo ideal moral de amor: la fusión del amor carnal y el amor psíquico.

Estos reformadores se burlaban sin piedad del "amor espiritual" de los caballeros enamorados obligados a consumirse en sus ansias amorosas sin esperanzas de satisfacerlas. Los ideólogos burgueses, los hombres de la Reforma, reconocieron la legitimidad de la sanas exigencias de la carne. El mundo feudal dividía el amor y le obligaba a tomar dos formas completamente independiente una de otra: el simple acto sexual por un lado (relaciones sexuales del matrimonio o del concubinaje) y un sentimiento de "elevado" amor platónico por otro ser (el amor que sentía el caballero por la dama de sus pensamientos).

El ideal de la moral de la clase burguesa comprendía, en la noción del amor, la sana atracción carnal entre los sexos y la afinidad psíquica. El ideal del feudalismo establecía una diferenciación clara entre el amor y el matrimonio. La burguesía fusionaba estas dos nociones. Para la burguesía, el concepto del amor y el matrimonio eran equivalentes.

En la práctica, naturalmente, la burguesía violaba su propio ideal. Mientras en la época feudal no se sublevaba ante la cuestión de la inclinación mutua, la moral burguesa exigía, aún en el caso de que el matrimonio se hubiera hecho por cuestiones de conveniencia, que los esposos aparentasen exteriormente que se amaban.

Los prejuicios del amor y del matrimonio de la época feudal eran tan fuertes que se han conservado hasta nues-

tros días, por su adaptación al medio ambiente durante los siglos de moralidad burguesa. En nuestros tiempos todavía los miembros de las familias coronadas y de la alta aristocracia que las rodean obedecen a aquellas tradiciones. En estos medios de la sociedad, el matrimonio de inclinación es calificado de "ridículo" y produce siempre escándalo. Los jóvenes príncipes y princesas tienen que someterse a la tiranía de las tradiciones de raza y a la conveniencia política de su país, y unir su vida a un ser que no conocen ni aman. La historia conserva gran número de dramas como el del desgraciado hijo de Luis XV, que fué empujado a realizar un matrimonio secreto a pesar de la profunda pena que experimentaba con el recuerdo de la muerte de su mujer, a la que había amado apasionadamente.

La subordinación del matrimonio a consideraciones de interés existe igualmente entre los campesinos. La familia campesina se distingue precisamente en esto de la familia burguesa de la ciudad. La familia campesina es ante todo una unidad económica de trabajo. Los intereses económicos dominan de tal modo a la familia campesina, que todos los demás lazos de orden psíquico juegan siempre un lugar secundario.

En la familia artesana de la Edad Media tampoco se tomaba nunca en consideración el amor cuando se concertaba un matrimonio. En la época de las corporaciones de artesanos, la familia era también una unidad de producción que descansaba sobre un principio económico de trabajo. El ideal del amor en el matrimonio no comienza a aparecer hasta el momento en que la familia deja de ser una unidad de producción para convertirse en una unidad de consumo y en guardiana del capital acumulado.

Pero aunque la moral de la burguesía proclamaba el derecho de "dos corazones amantes" a unirse aún en contra de las tradiciones familiares, a pesar de que se burlaba del "amor platónico" y del ascetismo, y de que afirmaba que el amor era la base del matrimonio, tenía buen cuidado de poner estrechas limitaciones a todas sus concesiones. El amor no podía ser considerado como un sentimiento legítimo más que en el matrimonio; fuera del matrimo-

nio, el amor era considerado inmoral. Este ideal respondía a consideraciones de orden inmoral. Este ideal respondía a consideraciones de orden económico: impedir que el capital acumulado se dispersase con los hijos nacidos fuera de una unión matrimonial. Toda la moral de la burguesía tenía por función contribuir a la acumulación del capital. El ideal del amor quedaba, por tanto, constituido en la pareja unida en matrimonio, cuyo fin era el aumentar su bienestar material y las riquezas en el núcleo familiar aislado totalmente del resto de la sociedad. Cuando los intereses de la familia y de la sociedad tenían que ponerse frente a frente, la moral burguesa se inclinaba siempre a favor de los intereses familiares. (Por ejemplo, la condescendencia, no admitida por el derecho, pero que la moral burguesa concedía a los desertores; la justificación moral de un administrador de los intereses de varios accionistas que le habían confiado sus fondos, a los que arruinaba para aumentar los bienes de su familia, etc.) (1).

La burguesía, con el espíritu utilitario que la caracterizaba, pretendía sacar provecho del amor y convertir por tanto este sentimiento en un medio de consolidar los lazos de la familia.

Pero los límites impuestos al amor por la ideología burguesa le aprisionaban con fuertes cadenas. Así nacieron y se multiplicaron infinitamente los "conflictos amorosos". La novela, nuevo género literario que la clase burguesa creó, sirvió para expresar los conflictos amorosos originados por el encadenamiento del amor. El amor se salía constantemente de los límites matrimoniales que le habían sido impuestos, y tomaba la forma de unión libre o adulterio, que la moral de la burguesía condenaba, pero que en realidad no hacía más que cultivar.

El ideal burgués del amor no corresponde a las necesidades de la capa social más numerosa, no llena las necesidades de la clase obrera. Tampoco llena las aspiraciones de la vida de los trabajadores intelectuales. A esto se debe precisamente el enorme interés que despiertan en los países de capitalismo muy desarrollado todos los problemas del

---

(1) Estos ejemplos están tomados de Rusia.

sexo y del amor. De aquí nacen las investigaciones apasionadas para encontrar una solución a este problema angustioso que inquieta a la Humanidad desde hace varios siglos. ¿Cómo será posible establecer relaciones entre los sexos que contribuyan a hacer a los hombres más felices, pero que al mismo tiempo no destruyan los intereses de la colectividad?

Este mismo problema se plantea actualmente a la juventud trabajadora de Rusia. Un ligero examen de la evolución de las relaciones matrimoniales y de los sentimientos de amor nos ayudará, joven camarada, a comprender una verdad indiscutible: que el amor no es "una cuestión privada", como parece entenderse a primera vista. El amor es un precioso factor social y psíquico que la Humanidad maneja instintivamente según los intereses de la colectividad. Es la humanidad trabajadora, armada, con el método científico del marxismo y con la experiencia del pasado, la que tiene que comprender el lugar que la nueva Humanidad debe reservar al amor en las relaciones sociales. ¿Cuál es, pues, el ideal de amor que responde a los intereses de la clase que lucha para extender sus dominios por todo el mundo?

III

EL AMOR-CAMARADERIA

La nueva sociedad comunista está edificada sobre el principio de la camaradería, de la solidaridad. Pero ¿qué es la solidaridad? No solamente debemos entender por solidaridad la conciencia de la comunidad de intereses: la solidaridad la constituyen también los lazos sentimentales y espirituales establecidos entre los miembros de una misma colectividad trabajadora. El régimen social edificado sobre principios de solidaridad y colaboración exige, sin embargo, que la sociedad en cuestión posea, desarrollada en alto grado, "la capacidad de potencial de amor", es decir, la capacidad para sensaciones de simpatía.

Si estas sensaciones faltan, el sentimiento de camaradería no puede consolidarse. Por esto intenta la ideología

proletaria educar y reforzar en cada uno de los miembros de la clase obrera sentimientos de simpatía ante los sufrimientos y las necesidades de sus camaradas de clase. También tiende la ideología proletaria a comprender las aspiraciones de los demás y a desarrollar la conciencia de su unión con los otros miembros de la colectividad. Pero todas estas "sensaciones de simpatía", delicadeza, sensibilidad y simpatía se derivan de una fuente común: de la capacidad para amar, no de amar en un sentido propiamente sexual, sino del amor en el sentido más amplio de esta palabra.

El amor es un sentimiento que une a los individuos; podemos incluso decir que es un sentimiento de orden orgánico. La burguesía ha comprendido también toda la fuerza de unión entre los hombres que puede tener el amor, y, por lo tanto, procuraba sujetarlo bien a sus intereses. Por eso la ideología burguesa, al intentar consolidar la familia, recurre a la virtud moral "del amor entre los esposos"; ser "un padre de familia" era a los ojos de la burguesía una de las más grandes y preciadas cualidades del hombre.

El proletariado, por su parte, debe descontar el papel social y psicológico del sentimiento de amor, lo mismo en el amplio sentido de la palabra que en lo que se refiere a las relaciones entre los sexos, que puede y debe lugar para reforzar los lazos, no en el dominio de las relaciones matrimoniales y de la familia, sino los lazos que contribuyen al desenvolvimiento de la solidaridad colectiva.

¿Cuál será, pues, el ideal de amor de la clase obrera? ¿En qué sentimientos tienen que basarse las relaciones sexuales en la ideología proletaria?

Ya hemos visto, mi joven camarada, cómo cada época de la historia pose su ideal de amor peculiar; hemos analizado cómo cada clase, en su propio interés, da a la noción moral del amor un contenido determinado. Cada grado de civilización trae a la Humanidad sensaciones morales e intelectuales más ricas en matices, que recubren de un color determinado las delicadas alas de Eros. La evolución en el desenvolvimiento de la economía y las costumbres sociales, ha ido siempre acompañada de modificaciones nuevas en el concepto del amor. Algunos matices de este sen-

miento se reforzaban, mientras otros caracteres disminuían o desaparecían totalmente.

El amor en el transcurso de los siglos de existencia de la sociedad humana evolucionaba desde ser un simple instinto biológico (el instinto de reproducción, común a todos los seres vivientes superiores o inferiores divididos en dos sexos), y se enriquecía sin cesar con nuevas sensaciones psíquicas, hasta convertirse en un sentimiento muy complicado. (1).

El amor pasó de ser un fenómeno biológico a convertirse en un factor social y psicológico.

El instinto biológico de reproducción que determinó las relaciones entre los sexos en los primeros grados del desenvolvimiento de la Humanidad, tomó, bajo la presión de las fuerzas económicas y sociales, dos sentidos diametralmente opuestos. Por un lado, bajo la presión de las fuerzas económicas y sociales monstruosas, y sobre todo bajo el yugo capitalista, el sano instinto sexual (la atracción física de dos seres de sexo distinto basada en el instinto de reproducción), degeneró y se convirtió en **lujuria malsana**. El acto sexual se transformó en un fin en sí mismo, en un medio para lograr "mayor voluptuosidad", en una depravación exacerbada por los excesos, las perversiones y los malsanos aguijonazos de la carne. El hombre buscaba a la mujer, no impulsado por una sana corriente sexual que le empujase con todo su ímpetu hacia una mujer; el hombre "buscaba" a la mujer sin experimentar ninguna necesidad sexual, y la buscaba con el único fin de provocar esta necesidad mediante la intimidad del contacto con la mujer. De este modo el hombre se procura una voluptuosidad con el hecho mismo del acto sexual. Si la intimidad del trato con la mujer no provoca en el hombre la excitación esperada, los hombres estragados por los excesos sexuales recurren a toda clase de aberraciones.

---

(1) Otro origen biológico natural del amor es el instinto de maternidad; los cuidados que la madre tiene que prestar a su hijo, se mezclan y cruzan entre sí y los dos instintos son los que han creado una base natural para el desarrollo de las sensaciones complejas del amor a los que han contribuido las relaciones sociales.

Esta es una desviación del instinto biológico en una lujuria malsana, que hace que se aleje de su fuente primitiva.

Por otra parte, la atracción física entre los sexos se complica en el transcurso de lo siglos de vida social de la Humanidad y de las diversas civilizaciones, y adquiere toda una gama de matices y sentimientos diversos. En su forma actual, el amor es un estado psicológico muy complejo que desde hace mucho tiempo se desprendió por completo de su fuente originaria, el instinto biológico de reproducción, y que llega en muchos casos a estar incluso en contradicción con él. El amor es un conglomerado de sentimientos diversos: pasión, ternura espiritual, lástima, inclinación, costumbre, etc. Es difícil, pues, ante tan gran complejidad, establecer un lazo de unión directo entre el "Eros sin alas" (atracción física entre los sexos) y el "Eros de alas desplegadas" (atracción psíquica). El amor-amistad, en el que no es posible encontrar ni un átomo de atracción física; el amor espiritual, sentido por la causa, por la idea; el amor impersonal hacia una colectividad, son sentimientos que demuestran claramente hasta qué punto se ha idealizado y se ha alejado de su base biológica el **sentimiento de amor.**

Pero aún se complica el problema mucho más. Con gran frecuencia surge una flagrante contradicción entre las diversas manifestaciones del amor, y comienza la lucha. El amor sentido por la "causa amada" (no el amor sentido simplemente por la causa, sino por la causa amada) no concuerda con el amor sentido por el elegido o elegida del corazón; (1) el amor sentido por la colectividad se presenta en conflicto con el amor sentido por la mujer, el marido o los hijos. El amor-amistad se encuentra en contradicción con el amor pasión. En un caso el amor está dominado por la armonía psíquica; en el otro tiene por base "la armonía del cuerpo".

El amor se ha revestido de múltiples aspectos. Desde el punto de vista de las emociones de amor, el hombre de nuestra época, en el cual los siglos de evolución cultural

---

(1) Este conflicto se da principalmente con gran frecuencia en las mujeres en la época contemporánea de transición.

han hecho que se desarrollen y eduquen los diferentes matices de este sentimiento, se siente como a disgusto en el significado demasiado vago y general del sentido de la palabra amor (3).

La multiplicidad del sentimiento de amor crea, bajo el yugo de la ideología y costumbres capitalistas, una serie de dolorosos e insolubles dramas morales. Desde fines del siglo XIX empezaron los escritores psicólogos a tratar como tema favorito la multiplicidad del sentimiento de amor. Los reflexivos representates de la cultura burguesa empezaron a sentir inquietud y desconcierto ante aquel "enigma" del "amor por dos y hasta por tres seres". H. A. Herzen, nuestro gran pensador y publicista del siglo pasado, intentó encontrar una solución a esta complejidad del alma humana, a este desdoblamiento de sentimientos, en su novela titulada "¿De quién es la culpa?" También Chernychevsky intentó encontrar la solución a este problema en la novela social "¿Qué hacer?". El desdoblamiento del sentimiento del amor, su multiplicidad, ha preocupado a los más grandes escritores de Escandinavia, tales como Hanisen, Ibsen, Bernsen (1) y Heierstan. Los literatos franceses del siglo pasado se han ocupado también de este tema. Romain Rolland, escritor que simpatiza con el comunismo, y Maeterlink (2), que no puede encontrarse más alejado de nuestros ideales, han tratado igualmente de encontrar la solución a este problema. Los genios poéticos como Goethe, Byron y Jorge Sand, este último uno de los **pionnen** más ardientes del dominio de las relaciones entre los sexos, han intentado resolver en la práctica este problema complicado, este "enigma del amor". Herzen, el autor del libro "¿De quién es la culpa?", lo mismo que otros pensadores, poetas

---

(2) La nueva humanidad se verá obligada a encontrar nuevas palabras para expresar los múltiples aspectos de las sensaciones psíquicas que actualmente se traducen en forma grosera, por palabras tales como amor, pasión, anhelo, contacto amoroso y amistad. El estado de alma tan complicado que resulta de la unión de estos sentimientos diversos, no puede ser expresado en modo alguno por estas nociones y definiciones tan vagas.

(1) **Hilde, la mal avenida.**

(2) **Aglaénie el Cellette.**

y hombres de Estado, se han dado cuenta del terrible problema a la luz de su propia experiencia. Pero bajo el peso del "enigma de la dualidad de sentimientos de amor" se doblegan también los hombres que no son "grandes" en modo alguno, pero que buscan en vano la clave de la solución del problema dentro de los límites impuestos por el pensamiento burgués. La solución del problema está precisamente en manos del proletariado. La solución de este problema pertenece a la ideología y al nuevo género de vida de la Humanidad trabajadora.

Cuando hablamos de la dualidad del sentimiento de amor, de las complejidades del "Eros de alas desplegadas", no debemos confundir esta dualidad con las relaciones sexuales de un hombre con varias mujeres, o de una mujer con varios hombres. La poligamia, en la que no se da el sentimiento de amor, puede ser causa de consecuencias nefastas (agotamiento precoz del organismo, mayor facilidad para contraer enfermedades venéreas, etc.); pero estas uniones no crean "dramas morales". Los "dramas", los conflictos surgen cuando nos encontramos en presencia del amor con todos sus matices y manifestaciones diversas. Una mujer puede amar a un hombre "por su espíritu" solamente si sus pensamientos, sus aspiraciones y sus deseos están en armonía con los suyos, y al mismo tiempo puede sentirse arrastrada por la poderosa atracción física a otro hombre. Lo mismo que la mujer, puede el hombre experimentar un sentimiento de ternura lleno de consideraciones, de compasión llena de solicitud por una mujer, mientras que en otra encuentra su apoyo y la comprensión de las más altas y mejores aspiraciones de su "yo". ¿A cuál de estas dos mujeres deberá entregar la plenitud de "Eros"? ¿Tendrá necesariamente que mutilar su alma y arrancarse uno de estos sentimientos cuando sólo puede adquirir la plenitud de su ser con el mantenimiento de estos lazos de amor?

Bajo el régimen burgués el desdoblamiento del alma y del sentimiento lleva consigo inevitables sufrimientos. La ideología basada en el instinto de propiedad ha inculcado al hombre durante siglos y siglos que todo sentimiento de amor debe estar fundamentado en un principio de propie-

dad. La ideología burguesa ha grabado en la cabeza de los hombres la idea de que el amor da derecho a poseer enteramente, y sin **compartirlo con nadie,** el corazón del ser amado. Este ideal, esta exclusividad en el sentimiento de amor era la consecuencia natural de la forma establecida del matrimonio indisoluble y del ideal burgués de "amor absorbente" entre los esposos. Pero un ideal de esta clase, ¿puede responder a los intereses de la clase obrera? Mucho más importante y deseable es desde el punto de vista de la ideología proletaria el que las sensaciones de los hombres se enriquezcan cada vez con mayor contenido y se hagan más múltiples. La multiplicidad del alma constituye precisamente un hecho que facilita el desarrollo y educación de los lazos del corazón y del espíritu, mediante los cuales se consolidará la colectividad trabajadora. Cuanto más numerosos son los hilos tendidos entre las almas, entre los corazones y las inteligencias, más solidez adquiere el espíritu de solidaridad y con más facilidad puede realizarse el ideal de la clase obrera: camaradería y unión.

El exclusivismo y "la absorción" en el sentimiento de amor, no pueden constituir, desde el punto de vista de la ideología proletaria, el ideal del amor determinante de las relaciones entre los sexos. Todo lo contrario. El proletariado, al darse cuenta de la multiplicidad del "Eros de alas desplegadas", no se asusta en absoluto de este descubrimiento, ni tampoco experimenta indignación moral como lo aparenta la hipocresía burguesa. El proletariado trata, en cambio, de dar a este fenómeno (que es el resultado de complicadas causas sociales) una dirección que sirva a sus fines de clase en el momento de la lucha y de la edificación de la sociedad comunista.

¿Estará acaso la multiplicidad del amor en sí misma en contradicción con los intereses del proletariado? Todo lo contrario esta multiplicidad del sentimiento de amor facilita el triunfo del ideal de amor en las relaciones entre los sexos, que se forman y cristalizan ya en el seno mismo de la clase obrera: el amor-camaradería.

La humanidad del patriarcado se representó al amor como el cariño entre los miembros de una familia (amor entre hermanas y hermanos, entre los hijos y los padres).

El mundo antiguo anteponía a todo otro sentimiento el amor amistad. El mundo feudal hacía su ideal de amor el amor "espiritual" del caballero, amor independiente del matrimonio y que no llevaba consigo la satisfacción de la carne. El ideal de amor de la sociedad burguesa era el amor de una pareja unida por un sentimiento legítimo.

El ideal de amor de la clase obrera está basado en la colaboración en el trabajo, en la solidaridad de espíritu y de la voluntad de todos los miembros, hombres y mujeres, y se distingue, por lo tanto, de un modo absoluto de la noción que del amor tenían las otras épocas de civilización. ¿Qué es, pues, el "amor-camaradería"? ¿Querrá todo esto decir que la severa ideología de la clase obrera, forjada en una atmósfera de lucha para el triunfo de la dictadura del proletariado, se dispone a arrojar de un modo despiadado al delicado Eros alado? De ningún modo. La ideología de la clase obrera no puede desplazar al "Eros de alas desplegadas". Más bien todo lo contrario; es decir, prepara el reconocimiento del sentimiento de amor fuerza social y psíquica.

La hipócrita moral de la cultura burguesa que obligaba al dios Eros a no visitar más que a la "pareja unida legalmente", le arrancaba sin piedad las plumas más bellas de sus alas de brillantes colores. Fuera del matrimonio no podía existir para la ideología burguesa más que el Eros sin alas, el Eros despojado de sus plumas de vivos colores; la atracción pasajera entre los sexos bajo la forma de caricias compradas (prostitución) o de caricias robadas (adulterio).

La moral de la clase obrera, por el contrario, rechaza francamente la forma exterior que establece las relaciones de amor entre los sexos.

Para el logro de las tareas del proletariado es completamente igual que el amor tome la forma de una unión estable o que no tenga más importancia que la de una unión pasajera. La ideología de la clase obrera no puede fijar límites formales al amor. Por el contrario, esta ideología empieza a sentir inquietud por el contenido del amor, por los lazos de sentimientos y emociones que unen a los dos sexos. **Por eso en este sentido la ideología proletaria tiene que**

perseguir al "Eros sin alas" (lujuria, satisfacción única de los deseos carnales por la prostitución, transformación del "acto sexual" en un fin en sí mismo, lo que hace de él un "placer fácil", etc.), más implacablemente que lo hacía la moral burguesa. El "Eros sin alas" está en contradicción con los intereses de la clase obrera. En primer lugar, este amor supone inevitablemente los excesos y el agotamiento físicos, todo lo cual contribuye a que disminuya la reserva de energía de la Humanidad. En segundo lugar, el "Eros sin alas" empobrece el alma porque impide el desenvolvimiento entre los seres humanos de lazos psíquicos y de sensaciones de simpatía. En tercer lugar, este amor tiene por base la desigualdad de derechos entre los sexos en las relaciones sexuales; es decir, está fundado en la dependencia de la mujer con relación al hombre, en la fatuidad e insensibilidad del hombre; todo lo cual ahoga necesariamente toda posibilidad de experimentar un sentimiento de camaradería. En cambio, la acción ejercida sobre los seres humanos por el "Eros de alas desplegadas" es completamente distinta.

Es indudable que en el fondo del "Eros de alas desplegadas" se encuentra, lo mismo que en el "Eros sin alas", la atracción física entre los sexos. La diferencia consiste precisamente en que en el ser movido por sentimientos de amor que le empujan hacia otro ser, se despiertan y se manifiestan justamente aquellas cualidades del alma necesarias a los constructores de la nueva cultura: sensibilidad, delicadeza y deseo de ser útil a otro. La ideología burguesa, en cambio, exige que el hombre o la mujer no hagan gala de estas cualidades más que en presencia del elegido o elegida, es decir, en sus relaciones con un solo hombre o con una sola mujer. Lo más importante para la ideología proletariada es que estas cualidades se despierten, se desarrollen y se eduquen en todos los hombres y, por tanto, que no se manifiesten sólo en las relaciones con el objeto amado, sino en las relaciones con todos los demás miembros de la colectividad.

En realidad, para el proletariado no tienen importancia los matices y sentimientos predominantes en el "Eros de alas desplegadas"; el proletariado se siente indiferente

ante los delicados tonos del complejo amoroso, ante los encendidos colores de la pasión o ante la armonía del espíritu. Lo único que le interesa es que en todas las manifestaciones y sentimientos de amor existan los elementos psíquicos que desarrollan el sentimiento de camaradería.

El ideal de amor-camaradería forjado por la ideología proletaria para sustituir al "absorbente" y "exclusivo" amor conyugal de la moral burguesa, está fundado en el reconocimiento de derechos recíprocos, en el arte de saber respetar, incluso en el amor, la personalidad de otro, en un firme apoyo mutuo y en la comunidad de aspiraciones colectivas.

El amor-camaradería es el ideal necesario al proletario en los períodos difíciles de grandes responsabilidades, en los que luchan para el establecimiento de su dictadura o para fortalecer su mantenimiento. Sin embargo, cuando el proletariado haya triunfado totalmente y sea ya un hecho la sociedad comunista, el amor, el "Eros de alas desplegadas" se presentará en una forma completamente distinta, revestirá un aspecto diferente en absoluto al que tiene actualmente, adquirirá un aspecto completamente desconocido hasta ahora por los hombres. Los "lazos de simpatía" entre los miembros de la nueva sociedad se habrán desarrollado y fortalecido, la "capacidad para amar" será mucho mayor, y el amor-camaradería se convertirá en "animador", papel que en la sociedad burguesa estaba reservado al principio de concurrencia y al egoismo. El colectivismo del espíritu y de la voluntad triunfarán sobre el individualismo que se bastaba a si mismo. Desaparecerá el "frío de la soledad moral", de la que en el régimen burgués intentaban escapar los hombres refugiándose en el amor o en el matrimonio; los hombres quedarán unidos entre sí por innumerables lazos sentimentales y psíquicos. Los sentimientos de los hombres se modificarán en el sentido de los intereses cada vez más grandes hacia la cosa pública. Desaparecerán en el olvido sin dejar el menor rastro la desigualdad entre los dos sexos y todas las formas de dependencia de la mujer con relación al hombre.

En esta nueva sociedad, colectivista por su espíritu y sus emociones, caracterizada por la unión feliz y las rela-

ciones fraternales entre los miembros de la colectividad trabajadora y creadora, Eros, el dios del amor, ocupará un puesto de honor, como sentimiento capaz de enriquecer la felicidad humana. ¿Cómo se transfigurará este Eros? Ni la fantasía más creadora es capaz de imaginárselo. Lo único indiscutible es que **cuanto más unida esté la Humanidad por los lazos duraderos de la solidaridad, tanto más íntimamente unida estará en todos los aspectos de la vida, de la creación o de las relaciones mutuas. Por consiguiente, tanto menos lugar quedará para el amor en el sentido contemporáneo de la palabra.** En nuestros tiempos el amor peca siempre por un exceso de absorción de todos los pensamientos, de todos los sentimientos entre dos "corazones que se aman", y que, por lo tanto, aísla y separa a la pareja amante del resto de la colectividad. Este apartamiento, este aislamiento moral de la "pareja amorosa", no sólo será completamente inútil, sino que psicológicamente será imposible en una sociedad en la que estén íntimamente unidos los intereses, las tareas y las aspiraciones de todos los miembros de la colectividad. En este mundo nuevo la forma reconocida, normal y deseable de las relaciones entre los dos sexos estará basada puramente en la atracción sana, libre y natural (sin perversiones ni excesos) de los sexos; las relaciones sexuales de los hombres en la nueva sociedad estarán determinadas por el "Eros transfigurado".

Pero actualmente nos encontramos en el recodo donde se cruzan dos civilizaciones: la civilización burguesa y la civilización proletaria. En este período de transición, en el que estos dos mundos luchan encarnizadamente en todos los frentes, incluso naturalmente en el frente ideológico, el proletariado está muy interesado en lograr por todos los medios a su alcance la acumulación más rápida posible de "sensaciones y sentimientos de simpatía". En este período de transición la idea moral que determina las relaciones entre los sexos no puede ser el brutal instinto sexual, sino las múltiples sensaciones del amor-camaradería experimentadas por hombres y mujeres. Para que estas sensaciones correspondan a la nueva moral proletaria en formación, es

necesario que estén basadas en los tres postulados siguientes:

1.o) Igualdad en las relaciones mutuas (es decir, desaparición de la suficiencia masculina y de la servil sumisión de la individualidad de la mujer al amor).

2.o) Reconocimiento mutuo y recíproco de sus derechos, sin pretender ninguno de los seres unidos por relaciones de amor la posesión absoluta del corazón y el alma del ser amado. (Desaparición del sentimiento de propiedad fomentado por la civilización burguesa).

3.o) Sensibilidad fraternal; el arte de asimilarse y comprender el trabajo psíquico que se realiza en el alma del ser amado. (La civilización burguesa sólo exigía que la mujer poseyése en el amor esta sensibilidad).

Pero aunque la ideología de la clase obrera proclame los derechos del "Eros de alas desplegadas" (del amor), subordina al mismo tiempo el amor que los miembros de la colectividad trabajadora sienten entre sí a otro sentimiento mucho más poderoso, un sentimiento de deber con la colectividad. Por muy grande que sea el amor que una a dos individuos de sexos diferentes, por mucho que sean los vínculos que unan sus corazones y sus almas, los lazos que los una a la colectividad tienen que ser mucho más fuertes, más numerosos y orgánicos. "Todo para el hombre amado", proclamaba la moral burguesa; "Todo para la colectividad", establece la moral proletaria.

Ahora te oigo argumentar, mi joven camarada: "Concedido, como afirmas, que las relaciones de amor, basadas en el espíritu de fraternidad, se conviertan en el ideal de la clase obrera. Pero, "¿no pesará demasiado este ideal, esta "medida moral" del amor sobre los sentimientos amorosos? ¿No pudiera ocurrir que este ideal destroce y mutile las delicadas alas del "suspicaz Eros". Hemos libertado al amor de las cadenas de la moral burguesa; pero, ¿no le crearemos talvez otras?

Tienes razón, mi joven camarada. La ideología proletaria, al rechazar "la moral" burguesa en el dominio de las relaciones matrimoniales, se forja inevitablemnete su propia moral de clase, sus nuevas normas reglamentadoras de las relaciones entre los sexos, que corresponden mejor a

las tareas de la clase obrera, que sirven para educar los sentimientos de sus miembros y que, por lo tanto, constituyen hasta cierto punto cadenas que aprisionan el sentimiento del amor. Si hablamos del amor patrocinado por la ideología burguesa, es indudable que el proletariado arrancará irremisiblemente muchas plumas de las alas del dorado Eros, tal y como se lo representa aquella ideología. Pero lo que no se puede hacer, porque significa no darse cuenta del porvenir, es lamentarse de que la clase obrera imprima su sello en las relaciones sexuales, con el fin de lograr que el sentimiento de amor corresponda con sus tareas de clase. Es evidente que en vez de las viejas plumas arrancadas a las alas de Eros, la clase ascendente de la Humanidad hará que le crezca otras de una belleza, fuerza y brillo hasta ahora desconocidos. No olvides, joven camarada, que el amor cambia de aspecto y se transforma de una manera inevitable a la vez que cambian las bases económicas y culturales de la sociedad.

Si logramos que de las relaciones de amor desaparezca el ciego, el exigente y absorbente sentimiento pasional; si desaparece también el sentimiento de propiedad lo mismo que el deseo egoista de "unirse para siempre al ser amado; si logramos que desaparezca la fatuidad del hombre y que la mujer no renuncie criminalmente a su "yo", no cabe duda que la desaparición de todos estos sentimientos hará que se desarrollen otros elementos preciosos para el amor. Así se desarrollará y aumentará el respeto hacia la personalidad de otro, lo mismo que se perfeccionará el arte de contar con los derechos de los demás; se educará la sensibilidad reciproca y se desarrollará enormemente la tendencia de manifestar el amor no solamente con besos y abrazos, sino también con una unidad de acción y de voluntad en la creación común.

La tarea de la ideología proletaria no es pues, separar de sus relaciones sociales al "Eros alado". Consiste simplemente en llenar su carcaj con nuevas flechas, consiste en hacer que se desarrolle el sentimiento de amor entre los sexos, basado en la más poderosa fuerza psiquica nueva: la solidaridad fraternal.

Espero, joven camarada, que ahora verás claramente

que el hecho de que el problema del amor despierte un interés tan extraordinario entre la juventud trabajadora no es en modo alguno síntoma de "decadencia". Creo que ahora podrás encontrar por ti mismo el lugar que debe corresponder al amor, no sólo en la ideología del proletariado, sino en la vida diaria de la juventud trabajadora

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

FIN

INDICE

	Págs.
Prólogo	5
CAPITULO PRIMERO. La mujer moderna	13
I	13
II	33
III	49
CAPITULO SEGUNDO. El amor y la moral nueva	58
CAPITULO TERCERO. Las relaciones entre los sexos y la lucha social	76
El amor en la sociedad Comunista	96
I El amor como factor social y psíquico	96
II Un poco de Historia	101
III El amor-camaraderia	113

editorial aYuso

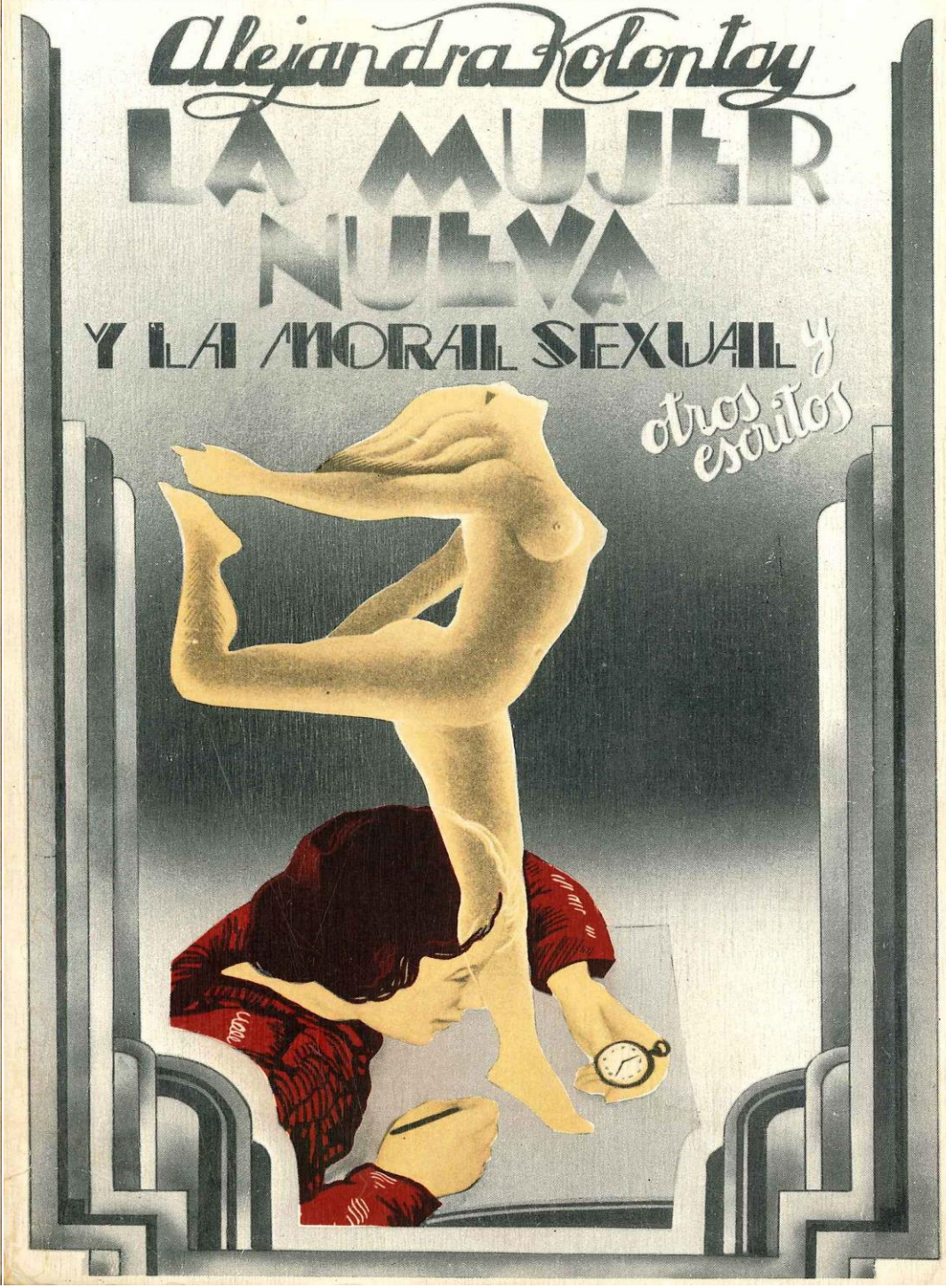
Alejandra Kolontay no fue sólo —como ella se definió en 1924— la primera mujer que participó en un gobierno y que ocupó los cargos diplomáticos de representante plenipotenciaria y enviada extraordinaria de su país; por encima de estos puestos oficiales, su importancia histórica se encuentra en la fusión —en su persona y en su obra— del marxismo revolucionario y el feminismo militante. A esta última faceta de su personalidad corresponden los trabajos sobre el amor, la moral sexual, las relaciones entre los sexos y la familia en la sociedad revolucionaria, publicados por primera vez en la URSS entre 1919 y 1921 y que la BIBLIOTECA DE TEXTOS SOCIALISTAS recoge en el presente volumen. Al margen de las referencias concretas al momento en que se escribieron estos trabajos, las opiniones de A. Kolontay siguen teniendo plena vigencia como respuesta a la problemática actual de los movimientos feministas, que se debaten —como señala Carmen Parrondo en su introducción a esta edición— entre «el apoliticismo, acompañado de una actitud sexista» imperante en algunos grupos, por un lado, y por otro, «la indiferencia y el paternalismo de la mayoría de los partidos progresistas ante la situación de la mujer en su práctica cotidiana».

Biblioteca de
textos socialistas
núm.6
editorial aYuso

Alejandra Kolontay

LA MUJER NUEVA

Y LA MORAL SEXUAL y otros escritos



Biblioteca de textos socialistas

núm. 6

Alejandra Kolontay

La mujer nueva y la moral sexual y otros escritos

Prólogo de Carmen Parrondo

Editorial Ayuso

Colección dirigida por Juan J. Trías Vejarano, Antonio Elorza y Manuel Pérez Ledesma.

Cubierta de César Bobis.

Traducción de María Teresa Andrade, excepto *El comunismo y la familia*, que corresponde a la versión de «Editorial Marxista» de Barcelona (1937).

2.ª edición

© EDITORIAL AYUSO
San Bernardo, 34
Madrid, 1976
ISBN: 84-336-0122-9
Depósito legal: M. 37.484 - 1976
Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Martínez Paje, 5. Madrid-29

Indice

Alejandra Kolontay, bolchevique y feminista
C. Parrondo ... 11

La mujer nueva y la moral sexual ... 39

El amor y la moral sexual ... 87

Las relaciones entre los sexos y la lucha social ... 107

El amor en la sociedad comunista ... 129
El amor, como factor social y psíquico, 131.—Un poco de historia, 136.—El amor-camaradería, 147.

El comunismo y la familia ... 161
La mujer no depende ya del hombre, 163.—Desde la familia genésica a nuestros días, 164.—El capitalismo ha destruido la vieja vida familiar, 166.—Treinta millones de mujeres soportan una doble carga, 167.—Los trabajadores aprenden a existir sin vida familiar, 168.—El trabajo casero no es ya una necesidad, 169.—El trabajo industrial de la mujer en el hogar, 170.—La mujer casada y la fábrica, 171.—Los quehaceres individuales están llamados a desaparecer, 172.—La aurora del trabajo casero colectivo, 173.—La crianza de los hijos en el régimen capitalista, 174.—El niño y el Estado comunista, 176.—La subsistencia de la madre asegurada, 177.—El matrimonio dejará de ser una cadena, 178.—La familia como unión de afectos y camaradería, 179.—Se acabará para siempre la prostitución, 181.—La igualdad social del hombre y la mujer, 182.

Hermanas ... 183

LA MUJER NUEVA Y LA MORAL SEXUAL

I

El problema de la existencia de un nuevo tipo de mujer, es decir, de la mujer moderna, es un tema de palpitante actualidad. Pero, ¿es que existe en realidad este nuevo tipo de mujer? ¿No será, acaso, un producto de la imaginación creadora de los literatos, siempre en busca de novedades sensacionales? Y, caso de que exista, ¿cómo es y quién es esta mujer moderna?

Para convencernos de su existencia basta mirar en torno nuestro. Un breve análisis, una no muy detenida reflexión, es lo bastante para convencernos de que la mujer del nuevo tipo es algo que vive, que encontramos en la realidad.

La mujer moderna actúa a nuestro lado, fácil es conocerla; nos hemos acostumbrado a verla, y la encontramos con gran frecuencia en la vida, en todas las clases sociales, lo mismo en la obrera que entre las mujeres entregadas al estudio de las ciencias, en la modesta empleada y en la artista genial. Lo único sorprendente es que esta mujer nueva, que se da cada día con mayor frecuencia en todas las manifestaciones de la vida no aparece en la literatura con sus rasgos propios, como heroína, hasta en las novelas de los últimos tiempos. La vida de las últimas décadas ha forjado, en el pesado yunque de la necesidad vital, una mujer de tipo psicológico completamente desconocido hasta ahora; una mujer con nuevas necesidades y emociones. Mientras que la literatura continuaba presentándonos mujeres del viejo tipo; mientras los litera-

tos se esforzaban en dibujar tipos de mujeres del pasado, que la vida hacía desaparecer, la realidad rusa del período comprendido entre 1870 a 1880 producía figuras del nuevo tipo de mujer que nacía a la vida, llenas de luminosidad y encanto. Pero los escritores pasaban por su lado sin sentirlas ni oírlas; eran incapaces de asimilárselas y distinguirlas... Turguenev es el único escritor que se ha atrevido a rozar estas figuras con su pincel suave; pero las imágenes que nos presenta son mucho más pálidas, mucho más pobres que la realidad. En el poema en prosa dedicado a la muchacha rusa es únicamente donde Turguenev se inclina ante la conmovedora figura de la mujer que se ha atrevido a franquear el umbral sagrado.

Las mujeres heroicas, cuyos nombres han quedado grabados en las páginas de la Historia, fueron seguidas por una muchedumbre de desconocidas que perecieron como abejas en un panal destrozado. Sus cadáveres sembraron el camino pedregoso que lleva al santo, al deseado porvenir. El número de mujeres del nuevo tipo aumentaba, se multiplicaba en el transcurso de los años, pero los escritores y los poetas pasaban por su lado sin verlas, como si una espesa venda les cubriera los ojos. La mirada del escritor, aprisionada por los tipos tradicionales de mujer, no podía penetrar ni comprender la nueva realidad que pasaba ante sus ojos. La literatura evolucionaba, se perfeccionaba y seguía nuevos derroteros; enriquecía sus medios de expresión con nuevos matices y palabras; pero, en cambio, continuaba obstinada en presentarnos débiles criaturas engañadas, mujeres abandonadas entregadas al dolor, esposas ávidas de venganza, seductoras hembras, almas «sin voluntad no comprendidas», y encantadoras jovencitas puras y «sin personalidad».

En la misma época en que Flaubert escribía *Madame Bovary*, vivía a su lado en carne y hueso Jorge Sand, la más luminosa precursora del nuevo tipo de mujer que despertaba a la vida.

Tolstoi estudiaba la psicología estrecha y limitada de la mujer, producto de la esclavitud de que ha sido víctima en el transcurso de los años, en una Ana Karenina; se complacía en acariciar la imagen encantadora de la inofensiva Ketty; jugaba con la ardiente naturaleza de mujer de Natacha Rostova, mientras a su lado la implacable realidad encadenaba duramente a las mujeres del nuevo tipo en formación, cuyo número crecía sin cesar. Los grandes talentos del siglo XIX no sientieron la necesidad de sustituir la gracia seductora de sus heroínas por las cualidades características de la nueva mujer en formación. Los escritores más modernos de los últimos diez o quince años, particularmente las mujeres escritoras, son ya los que no han podido dejar pasar en silencio el nuevo tipo femenino que se afirmaba en torno suyo: la mujer nueva queda al fin grabada en las páginas de sus últimas obras.

Actualmente el nuevo tipo femenino no es ya una novedad sensacional. Lo encontramos en la novela de tesis «de vanguardia», en que se estudia un complicado problema, y también en la narración modesta, en la narración sin pretensión literaria alguna.

El tipo de mujer nueva varía, como es natural, de un país a otro. La clase social a que pertenecen estas nuevas mujeres les imprime igualmente un sello particular. También pueden variar considerablemente los rasgos psicológicos, los deseos y la finalidad vital de la heroína. Pero por muy diferentes que se presenten ante nosotros estas mujeres del nuevo tipo, es lo cierto que encontramos en todas ellas un rasgo común, un algo que podemos considerar «racial» y que nos permite diferenciarlas inmediatamente de las mujeres del pasado. Las mujeres del pasado veían el mundo de una manera distinta y reaccionaban ante él en otra forma; tomaban la vida de un modo igualmente distinto. No hace falta poseer conocimientos especiales históricos o literarios para conocer la fisonomía de la mujer del nuevo tipo en medio de la densa muchedumbre del pasado que la rodea. No siempre nos damos cuenta de cuáles son esos nuevos rasgos, ni en qué consiste la diferencia; pero es un hecho evidente que en alguna parte, en la región de lo subconsciente quizá, tenemos nuestro juicio ya plenamente formado, me-

diante el cual debemos clasificar y determinar los nuevos tipos femeninos.

Determinemos, pues, quiénes son estas mujeres que constituyen el nuevo tipo femenino. Desde luego no son las encantadoras y «puras» jovencitas cuya novela terminaba con un matrimonio feliz, ni las esposas que sufren resignadamente las infidelidades del marido, ni las casadas culpables de adulterio. No son tampoco las solteronas entregadas toda su vida a llorar un amor desgraciado de su juventud, ni las «sacerdotisas de amor», víctimas de las tristes condiciones de la vida o de su propia naturaleza «viciosa». No; estas mujeres son algo nuevo, es decir, un quinto «tipo de heroína» desconocido anteriormente; heroínas que se presentan a la vida con exigencias propias; heroínas que afirman su personalidad; heroínas que protestan de la servidumbre de la mujer dentro del Estado, en el seno de la familia, en sociedad; heroínas que saben luchar por sus derechos. Representan un nuevo sexo. Son mujeres «célibes», denominación la más apropiada que podemos dar a este nuevo tipo de mujer.

El tipo esencial de la mujer del próximo pasado era «la esposa», la mujer sólo resonancia, instrumento, complemento del marido. La mujer del nuevo tipo «célibe» está bien lejos de ser una resonancia del marido; ha cesado de ser un simple reflejo del hombre. La mujer «célibe» posee su propio mundo interior, vive entregada a intereses humanos generosos; es independiente exterior e interiormente. Hace veinticinco años, una definición de esta clase hubiera carecido de sentido, hubiera sido considerada vacía de significado. Los cuadros eran sencillos y definidos: la jovencita, la madre, la «literata», la amante o la mundana, del género de Elena Kurakin, en la novela *Guerra y Paz*, de Tolstoi. Estos tipos eran moneda corriente, clara y comprensible. Para la mujer «célibe» no quedaba sitio en la literatura ni en la vida.

Cuando la Historia producía mujeres con rasgos semejantes a las heroínas contemporáneas, eran consideradas como desviaciones puramente accidentales de la norma, como verdaderos fenómenos psicológicos.

Pero la vida no puede permanecer inmóvil y la rueda de la Historia, al girar cada vez con ritmo más acelerado, obliga a los hombres de una misma generación a aceptar nociones diferentes, les hace enriquecer su vocabulario con un material nuevo. El nuevo tipo de mujer, la mujer «célibe», desconocida de nuestras abuelas y hasta de nuestras mismas madres, es en nuestra época un hecho real, un ser vivo con existencia propia.

Las mujeres del nuevo tipo, las mujeres «célibes», son esos millones de figuras envueltas en trajes grises que se mueven desde las primeras horas del alba en interminable fila desde los barrios obreros a los almacenes, a las fábricas y estaciones, que llenan los trenes y tranvías, camino del trabajo. Las mujeres «célibes» son esos miles de muchachas o de mujeres ya maduras que en las grandes ciudades hacen aumentar las estadísticas de hogares independientes. Son las muchachas y mujeres que sostienen una sorda y continua lucha por la vida, que pasan toda su existencia sentadas ante la mesa de la oficina, junto a los aparatos telegráficos y detrás del mostrador de las tiendas. Las mujeres «célibes» son esas jóvenes de alma alegre que, con la cabeza llena de sueños y proyectos audaces, se atreven a llamar a la puerta de los templos de la ciencia y del arte; son las que con paso firme, casi masculino, recorren las calles de la ciudad en busca de una lección mal retribuida o de algún trabajo ocasional. Se encuentra a la mujer «célibe» sentada ante la mesa de trabajo, en el laboratorio entregada a un experimento científico, en los archivos hojeando libros, cumpliendo con el trabajo de su clínica o dedicada a preparar un discurso político.

Estas figuras no se parecen en nada a las heroínas del próximo pasado, a aquellas seductoras y conmovedoras mujeres de Turguenev, de Chejov, a las heroínas de Zola y Maupassant, a los tipos femeninos de virtud impersonal de la literatura inglesa y alemana de 1880, y hasta de la última decena del siglo pasado. La vida es la creadora de estas mujeres nuevas, que la literatura refleja después.

Como en larga cinta de abigarrados colores, se despliega ante nosotros la vanguardia de las heroínas del

nuevo tipo femenino. A la cabeza, sin detenerse ante la espesa barrera que forman las zarzas espinosas de la realidad contemporánea, se adelanta con tranquilo paso, valiente y resuelta, la obrera Matilde (1).

Las zarzas del camino de la vida hacen sangrar las manos y los pies de Matilde, y desgarran su pecho. Pero su semblante endurecido, templado en las desgracias y el sufrimiento, no expresa la menor vacilación.

Sólo unas arrugas amargas se pliegan más profundamente al lado de la boca; únicamente su mirada invenciblemente desafiadora brilla con una expresión más fría. Un nuevo dolor, un nuevo destello de alegría, de esa rara visitante del mundo obrero, pasan por Matilde sin conmoverla. Envuelta en su chal gris se mantiene firme sobre la montaña, valiente e invencible, como estatua de la tristeza. Sólo sus ojos fijos en lo desconocido ven un lejano porvenir en el que cree. Templada su alma por precoces choques con la vida, Matilde va a la ciudad, alegre, joven, rebosante de salud. Llama a la puerta de la fábrica y entra en el taller. El monstruo de ladrillo se ha tragado una nueva víctima. Pero Matilde no tiene miedo a la vida. Con paso seguro y confiado, se deshace de los lazos que el destino burlón tiende a la joven que camina sola, sin rumbo. El lodo y las bajezas de la vida no manchan su limpio vestido. Matilde conduce su inquebrantable fe, con ignorancia ingenua, su «yo» humano, claro y puro, a través de la vida. No es más que «una joven obrera, sola y pobre»; pero se siente orgullosa de ser lo que «es», satisfecha de su fuerza interior y de su independencia.

Viene después el primer amor, tierno y claro, como la misma juventud, y la primera alegría de la maternidad. La primera sensación de dependencia amorosa, la tímida «rebelión» por la libertad perdida. Después, la inquietud de una nueva pasión ardiente como el estío. Los sufrimientos y los tormentos del amor; deseo, dolor y decepción. Otra vez la maternidad y, de nuevo, el abandono. Pero ahora no tenemos ante nosotros

(1) *Matilde*, novela de Karl Hauptmann.

una muchacha abandonada, «perdida», un pobre ser oprimido, sino toda una individualidad; madre digna, sola y encerrada en sí misma. La personalidad de Matilde crece, se hace más fuerte. Un nuevo dolor no es más que una nueva página en su vida, que revela con mayor claridad su «yo» poderoso e invencible.

Al lado de Matilde camina con paso suave Tatiana, la muchacha de Riasan, con los pies desnudos, curtidos y agrietados por el calor y el mal tiempo. Tatiana camina con los vagabundos sin asilo, sin hogar como ella. «Pedazo de cobre entre un montón de chatarra carcomida por el orín.» Unas veces trabajando en Maikope durante la siega; otras vagando sin rumbo por las orillas del Don, con una cuadrilla de compañeros del azar, de hombres al acecho de una modesta ganancia.

Tatiana marcha con ellos, libre como el viento, solitaria como la hierba de la estepa. Nadie la quiere, nadie la defiende. Mantiene una lucha cara a cara, cuerpo a cuerpo, continua e interminable con el destino, que, implacablemente, la atormenta. Para las mujeres de tipo «célibe», como Tatiana y Matilde, ya no queda ternura en el mundo; para ellas sólo asperezas les reserva la vida.

Tatiana tampoco se doblega a los latigazos de la vida. En su alma lleva profundamente escondido el sueño de un futuro terrenal, de inocencia transparente, como un día de verano sin soplo de viento. Tatiana camina por el mundo en busca de la dicha; pero ésta, como si quisiera mofarse de ella, se aleja, cada vez más. Y la dulce y soñadora Tatiana de Riasan, ávida de vida, tan ardientemente confiada, sólo recoge las sobras de unas pocas alegrías que le proporciona la tierra.

Un caminante conmueve su alma, la hace llorar, la anima, y ella se entrega a él llanamente, con toda sinceridad, como sólo se entregan estas mujeres solitarias y «célibes», por necesidad, estas obreras nómadas, para arrancar a la vida sus pequeñas alegrías terrestres. Sin embargo, Tatiana se niega a unir su vida a la del caminante cruzado en su ruta. «Esto no es para mí; yo no quiero. Si tú fueras un campesino, quizá; pero así no

tiene sentido. No se mide la vida por una hora, sino por años.»

Y Tatiana, con una dulce sonrisa por adiós, parte en busca de su sueño de dicha, parte con sus pensamientos, como si estuviese sola en el mundo, y como si le estuviera destinada únicamente a ella la tarea de crearlo por completo de nuevo.

Así caminan Matilde y Tatiana, abriéndose paso a través de las zarzas de la vida, despejando con el pecho y las manos el camino nuevo hacia un porvenir ansiado. Detrás de ellas vienen, siguiéndolas de cerca, las mujeres del nuevo tipo, pertenecientes a otras clases sociales, deseosas de alcanzar el camino abierto. Las espinas las enganchan y las hieren; sus pies, no acostumbrados a caminar sobre afiladas puntas, se cubren de llagas, y sus huellas quedan marcadas con rojos hilillos de sangre. Pero no es posible detenerse; una muchedumbre compacta, cada vez más densa, avanzaba por la nueva ruta que se extiende sin límites. ¡Desgraciadas las débiles! Inmediatamente son arrojadas al borde del camino por las filas apretadas que apresuran su marcha. Las vecinas que se han aventurado a lanzar una mirada hacia el castillo gris de la esclavitud del pasado, continúan con la cabeza baja su marcha a la sombra de la nueva ruta.

Entre la densa muchedumbre de mujeres que caminan por la nueva senda, podemos encontrar heroínas de todas las nacionalidades y de todas las clases sociales. En primera fila se destaca la fina silueta de la actriz Magda (2), la muchacha orgullosa de su arte, de sus luchas y de su audaz lema: «Yo soy yo, y todo lo que soy lo debo a mi esfuerzo.» Magda ha sabido vencer las tradiciones de un hogar después de una pequeña ciudad provinciana; se ha atrevido a lanzar un reto a la moral burguesa. Mantiene su gesto de orgullo, ella que ha «pecado» en la casa paterna, en su «tierra». Magda conoce todo lo que vale su individualidad y defiende inflexible su derecho a ser lo que es. «Elevarse por encima del pecado vale mucho más que la pureza que predicáis aquí.»

(2) Sudermann, *La Patria.*

Llena de resolución entra en el nuevo camino la audaz e inteligente Olga, arrancada del seno de una familia judía de costumbres tradicionales. Después de vencer una serie de obstáculos se ve lanzada en el torbellino de la vida de una gran ciudad europea. Olga forma parte de un círculo intelectual selecto, «la crema de la sociedad». Ante ella desfila la vida, llena de atractivos, de un centro cultural capitalista. En su lucha por la vida, en lucha contra el paro forzoso de los intelectuales, en la lucha para la afirmación de sí misma como individualidad humana y como mujer, Olga vive como viven miles de muchachas intelectuales en una gran ciudad civilizada, una vida de soledad y de trabajo. No teme a la vida y pide con audacia al destino su parte de dicha personal. Olga siente que el hombre que ama está muy cerca y muy lejos de ella. Sus destinos se cruzan en momento. Pero fundar una vida común no corresponde a sus intereses individuales. El amor no es más que una parte de su vida intensa y múltiple. La pasión palidece, se extingue; el amor muere también. Se separan, pues. No tenemos ante nosotros, una vez más, a la débil muchacha abandonada, sino toda una individualidad que ha bebido la copa del placer en la que el vino estaba mezclado con veneno. Olga es más fuerte que el hombre por ella elegido. En sus horas de tristeza, incluso en aquellas de desengaño amoroso, él corre en busca de Olga, que ha sabido seguir siendo su única amistad fiel. En la vida complicada de Olga, rica en acontecimientos y luchas, la novela de amor no constituye más que un «episodio».

Entre la muchedumbre de mujeres nuevas, erguida la hermosa cabeza, se adelanta, con paso seguro, Lansovelo (3), la mujer médico, heroína típica de mujer «célibe». Su vida toda está dedicada a la ciencia y a la práctica de la medicina. Las salas clínicas son, a la vez, templo y hogar. Ha conquistado, por parte de sus colegas masculinos, la estimación y el reconocimiento de su valer, y ha sabido rechazar con dulzura, pero con obstinación, sus proposiciones matrimoniales. Lansovelo necesita libertad y la soledad para consagrarse de

(3) Colette Ivert, *Princesas de la ciencia.*

lleno al trabajo, sin el cual no podría vivir ni respirar. Ante esta figura de «mujer emancipada», vestida sobriamente, cuya vida está dividida en horas de trabajo, lucha por el ejercicio de su profesión, y triunfos de amor propio al emitir un diagnóstico exacto, el lector se siente sobrecogido por una corriente de frialdad. Pero, de repente, como escena observada casualmente, la doctora se nos revela en otro aspecto completamente distinto. Han llegado las vacaciones y Lansovelo descansa en el campo con «su amigo», médico como ella. Allí se nos revela la mujer; allí reina su «yo» femenino. Sus vestidos son vaporosos y claros; su risa, alegre. No esconde «sus amores». Si en París no vive con su amante, es porque les resulta más «cómodo» a los dos para su trabajo profesional.

Dejando atrás a la doctora, corre la ardiente Teresa (4), toda fuego y pasión. Teresa es una socialista austríaca, una valiente propagandista. Ha estado en la cárcel, trabaja con toda su alma por el partido. Pero cuando se apodera de ella la pasión, Teresa no renuncia a este esplendor que alegra la vida, no se envuelve hipócritamente en el manto desteñido de la virtud femenina. Todo lo contrario. Teresa tiende la mano al hombre elegido y parte con él por varias semanas para beber hasta la última gota del placer y convencerse de su profundidad. Cuando Teresa se da cuenta de la vulgaridad que encierra, la rechaza sin remordimientos ni amarguras. ¡Pobre Teresa! Para ella, como para la mayoría de sus camaradas masculinos, el amor no puede ser más que una etapa, un acto momentáneo en el camino de la vida. El fin de su existencia, todo su contenido, son el partido, sus ideales, la propaganda y el trabajo.

Agnes Petrovna, otra mujer nueva, una de las primeras heroínas rusas del tipo «célibe», elige la nueva ruta de la vida después de madura reflexión. Agnes es escritora y secretaria de redacción; es, «ante todo, una mujer que ama el trabajo». Ante la mesa de trabajo, cuando en su mente se forja un pensamiento, una idea nueva, nada ni nadie existen para Agnes. «No podría

(4) Schnitzler, *Camino de la libertad.*

compartir estos momentos con nadie —dice—; por eso necesito mi libertad.» Pero cuando Agnes vuelve a su casa de la redacción y cambia su sencillo vestido de trabajo por una cómoda bata, le encanta sentirse «solamente mujer» y experimentar el influjo de sus atractivo sobre el hombre. No busca en el amor el contenido y el fin de la vida, sino sólo lo que es corriente en los hombres: el reposo, la poesía, la luz. Agnes no reconoce, ni al hombre amado, ni el menor derecho sobre ella, sobre su «yo».

«Pertenecer a un hombre como una cosa, entregarle la voluntad y el corazón, consagrar toda la inteligencia y todos los esfuerzos para hacer su felicidad, conscientemente, esto quizá pueda hacer a una mujer feliz. Pero, ¿por qué dedicar todos esos esfuerzos a un hombre solo? Si es preciso olvidarse de sí misma, yo no lo haría por un hombre, no le procuraría a él únicamente una buena comida y un consuelo tranquilo; lo haría también por otros muchos desgraciados...» Y cuando Miatlev quiere atentar contra la libertad de Agnes, cuando exige que elija entre su amor y el trabajo, Agnes considera su unión rota, y los caminos de su vida se separan.

Sin prisa, con cierta vacilación y duda, sigue a Agnes otra figura, no tan completa, de la mujer del nuevo tipo «célibe». Vera Nikodinovna (5) pertenece a la antigua generación con un ligero matiz de modernismo. Vera es una mujer «con un pasado» terminado de una manera «terriblemente banal» y que ha dejado una huella sombría en su alma. No es precisamente la «necesidad fisiológica» la que ha arrojado a la razonable y más bien fría Vera en brazos del hombre. «Nadie se puede imaginar qué lejos estaba mi acción de la sexualidad, qué lejos estaba de dejarme llevar», declara Vera a su joven amiga. Algo distinto la ha impulsado. ¿Sed de maternidad? Quizá sólo el deseo de encontrar un alma cercana a la suya, un ser capaz de comprenderla; peligroso anzuelo en el que se dejan alcanzar hasta las mujeres del tipo «célibe», en las cuales predomina la facultad razonadora. Después de «aquello» Vera se ve

(5) Potapenko, *En la niebla.*

asediada de hombres que la desean; pero evita acercarse a ellos, aunque mantiene sus esperanzas por un hábito heredado de las generaciones pasadas. La «seducción» es la especialidad de Vera. Sin embargo, se aleja del pasado al mantener ante todo su libertad. Fuera del «coqueteo» de salón, Vera es una mujer-individualidad de trabajo y pensamiento.

Con su sonrisa triste, pasa también la dulce figura de la tuberculosa Mary (6). A continuación, taconeando con sus zapatos desgastados, corre en busca de trabajo la pequeña Talia (7), intrépida luchadora. Después de ella se oye la risa mezquina de la ligera Annette (8), pobre de espíritu, especie de parodia del tipo de mujer «célibe». La heroína de Sangar, Anna (9), se abre paso con ingenuidad brutal en el camino nuevo. Cogidas de la mano caminan Mira, Lydia y Nolly (10). Cada una de ellas interesante en sí por algo «sagrado» que no es sólo cualidad propiamente femenina. Hasta la pequeña Lydia, insignificante en apariencia, posee vanidad y ambiciones. Cuando se presenta el amor, cuando su naturaleza de mujer les plantea sus exigencias, todas estas muchachas franquean el umbral prohibido a las jóvenes solteras, sin el miedo sentimental a sí mismas que sentían las mujeres del pasado. Arrastradas por los múltiples intereses de la vida, el amor no es para todas estas mujeres más que una melodía iniciadora.

Acariciando nuestra mirada con la finura de su alma, como tejida enteramente de suaves tonos, camina dulcemente, para evitar poner su paso sobre las piedras puntiagudas, la actriz de variedades, Renée (11). Con las ilusiones rotas y el corazón herido, deja a su marido y lanza un reto al mundo, que hasta entonces le había pertenecido. Toda su vida está ahora en el arte, en la danza, en las pantomimas que ella sabe crear. Una vida errante, fatigosa, consagrada al trabajo. No va en busca de aventuras; las rehúye porque su

(6) Winnitchenko, *En la balanza de la vida.*
(7) *Idem.*
(8) *Idem.*
(9) Sangar, *Notas de Anna.*
(10) Grigoriev, *El ocaso.*
(11) Colette Willy, *La vagabunda.*

corazón ha sufrido demasiado. La libertad, la independencia y la soledad constituyen el contenido de todos sus deseos individuales. Sin embargo, cuando Renée se sienta junto a la chimenea de su hogar solitario, después de una jornada de duro trabajo, experimenta la sensación de que la melancolía de la soledad, con sus fríos ojos, ha penetrado en la habitación y se ha instalado detrás de la butaca en que está sentada.

«Estoy acostumbrada a vivir sola —anota en su diario—; ¡pero hoy me siento tan solitaria! ¿No soy libre, independiente?... Sí; pero terriblemente sola.» En esta queja hay algo de la mujer del pasado acostumbrada a escuchar en torno suyo voces conocidas y amadas, a sentirse rodeada de una ternura que le es necesaria. Así, cuando Renée encuentra en su camino un amor obstinado se deja prender en él, envuelta en el vacío cada vez más profundo en que vive. Pero la pasión no la ciega, no turba su cerebro, acostumbrado al análisis.

«Unicamente son mis sentidos los atacados», declara en un arrepentimiento lleno de melancolía. «No siento más delirio que el de los sentidos.» Renée vuelve a ser lo que era. El nuevo amor no le ha dado lo que su alma buscaba. En los brazos del amado se siente tan sola como antes. La «vagabunda» huye, huye de su amor, huye porque esta pasión está muy lejos, no tiene la menor relación con las exigencias delicadas del amor.

La carta de despedida de Renée al hombre que abandona es un documento revelador de la mujer contemporánea, de las nuevas exigencias que este tipo de mujer plantea a la vida.

Detrás de Renée pasa la heroína de Bennet (12), una mujer escritora. Un anhelo de éxtasis, de adoración la lleva a los brazos de un gran músico; pero esta pasión sólo sirve para encontrarse a sí misma, para afirmar su personalidad, para revelar su talento de escritora y enfrentarse con la vida con más calma, con mayor reflexión, de un modo más consciente. Algún tiempo después, cuando un nuevo amor se le acerca, no huye asustada, como lo hubieran hecho las heroínas de las viejas

(12) Bennet, *El amor sagrado.*

novelas inglesas, por considerarse una mujer indigna, «perdida», sino todo lo contrario, sale sonriente a su encuentro.

Llena de dolor se adelanta la inquieta, la apasionada Maia (13), la de espíritu irónico. Todos los acontecimientos de su vida no son más que etapas en la busca de sí misma, en el desenvolvimiento de su personalidad. La lucha con su familia para conquistar la independencia; la ruptura con su primer marido; un corto idilio con un héroe oriental; un segundo matrimonio, lleno de complicaciones psicológicas; la lucha ardiente en el alma de Maia entre la mujer del «pasado» y la nueva mujer que vive dentro de su ser; otra vez la ruptura y de nuevo la búsqueda, hasta que encuentra el hombre que sabe respetar «su voz» interior, símbolo de la personalidad, el hombre que reconoce su valor y puede crear esa unión amorosa interiormente libre con la que Maia ha soñado durante su vida.

La vida de Maia está llena de complicaciones psicológicas y de acontecimientos diversos. Lo que desde muy pronto hubiera agotado a una mujer del pasado, la traición del hombre amado, la ruptura con sus dos maridos, no sirve a Maia más que de «lección», gracias a la cual puede examinarse y comprenderse mejor a sí misma. De una manera inconsciente sigue Maia el consejo de Goethe: «Comenzar todos los días la vida de nuevo como si realmente comenzase...» «Mi fuerte e inquebrantable voluntad, que nada ha podido romper, es la que me ha salvado. Mi voluntad de conservación inconsciente, como la mano de un ángel de la guarda, me ha conducido por la vida», dice Maia. La mujer del tipo nuevo, independiente, interiormente libre, tiene que luchar continuamente con una tendencia atávica que la pone en el peligro de convertirse en «sombra del marido», en su eco. Son bien conocidos los esfuerzos ingenuos y conscientes de la mujer para «adaptarse», incluso interiormente, a los gustos del hombre amado; para «corregirse», según el ideal de su elegido. Como si por sí misma no tuviese la mujer ningún valor, como si su personalidad sólo se midiese por

(13) Grete Meisel, *La voz.*

la actitud de los hombres hacia ella. Es este rasgo atávico de la mujer el que ha hecho que personalidades tan magníficas, luminosas y seductoras como la de Jorge Sand, se hayan visto tentadas unas veces a abandonar la tierra con el entusiasta Musset y otras a renunciar al vuelo hacia el mundo estrellado de la creación artística. Pero la fuerte individualidad de Jorge Sand era la que ponía límite a sus experiencias. Llegaba un momento en que Jorge Sand sentía que comenzaba a perder su personalidad, en que como consecuencia de la adaptación, la mujer en ella, Aurora Dudevant, acabaría por devorar, por aplastar al audaz, al rebelde, al ardiente soñador, al poeta Jorge Sand. Entonces se rehacía repentinamente desde su altura y rompía implacablemente con la antigua unión. Cuando en su alma había madurado esta decisión, no había fuerza humana, ni siquiera su propia pasión, capaz de torcer la voluntad de esta fuerte personalidad. Cuando Aurora Dudevant, en un sombrío otoño, deja su morada para celebrar una última y breve entrevista con su amante, una vez adoptada la decisión de romper con él, no sentimos miedo por Jorge Sand, porque sabemos que la entrevista no podrá hacerle cambiar de resolución, porque acude a ella como último tributo a la agonizante pasión que Jorge Sand arroja a la sollozante Aurora. La etapa ha concluido. Un punto termina el episodio.

La Maia de Meisel-Hess es, naturalmente, mucho más pequeña y débil que Jorge Sand. Pero en ella también se descubre el deseo de adaptarse a los deseos del hombre amado, y la tendencia atávica a renunciar a sí misma, a desaparecer, a disolverse en el amor, que choca con la personalidad humana que se ha desarrollado y se presenta en ella de un modo determinado. En el momento preciso, Maia sabe también cómo rehacerse y partir para salvar su «voz».

Aun para la mujer de nuestros días es muy difícil librarse de esta facultad de la mujer, formada en el transcurso de centenares de siglos, de asimilación al hombre que el destino le ha dado por «amo». ¡Cuán difícil es convencerse de que para la mujer es también un crimen renunciar a sí misma, aun en favor del hombre amado, en nombre del amor!

Al lado de Maia camina, con paso firme, la ambiciosa Outa, la de calculadora razón; Outa es actriz, pero consagra toda su vida a dar un valor y ornato a su «yo», que para ella es lo mejor del mundo. Parece que sólo ama al arte porque es un medio de desenvolver y revelar con mayor grandeza y variedad su fuerte personalidad. Hay en Outa como una reacción natural ante la secular humillación de la mujer, una protesta contra su renuncia al derecho de ser una personalidad con valor propio.

Una fuerte y apasionada ambición, una razón calculadora, un inmenso egoísmo y un excepcional talento de actriz, le hacen rechazar a la mujer Outa a un lugar oscuro. Pasa indiferente al lado de la dicha personal, al lado de la devoción infinita de Klodt. Aprecia este amor porque le place contemplar el reflejo como si se mirara en un espejo. Cuando Klodt, impulsado por su desesperación, atormentado por su indiferencia, la traiciona, Outa llora; pero no es la mujer la que siente la ofensa, sino es la artista expuesta a las miradas de todos la que sufre porque su adorador se ha atrevido a dejarla por una rival. Es por su orgullo herido, y no por el amor humillado por lo que Outa solloza. Esta mujer sigue siempre hasta el fin fiel a sí misma. A través de la vida le acompaña su alma fría y la adoración a su «yo». Precisamente porque carece del «fuego sagrado» que alienta en los grandes artistas es derrotada por una mujercita indiferente y apasionada, la fina e inteligente Outa, «gran» artista en la comprensión del arte, pero a la que falta la pasión creadora.

Entre la muchedumbre de mujeres nuevas pasa la artista Tania, a la que la vida reserva todas sus caricias. Tania es una mujer casada, y, sin embargo, pertenece al tipo de mujeres «célibes», lo mismo que Maia, la casada tres veces. Este aspecto de su vida corresponde en absoluto a su fisiología. Por lo demás, Tania, que vive bajo el mismo techo que su marido legal, continúa siendo, como antes de casarse, una individualidad libre, independiente. Tania frunce las cejas cuando su marido la presenta a sus amigos como su mujer, sin designarla por su nombre de soltera.

Marido y mujer viven en su propio mundo. Ella

consagrada al arte y él dedicado a la investigación científica. Constituyen una pareja de buenos compañeros, unidos por lazos espirituales sólidos, que no impiden su mutua libertad.

La clara atmósfera en que viven se rompe por la ciega pasión física que Tania siente por el hermoso macho Stark. Tania no ama en Stark su fisonomía espiritual, su alma; Tania ama en Stark el «eterno masculino» que la ha arrastrado hacia él desde su primer encuentro. Para Tania no tiene ningún interés la vida espiritual del hombre amado, lo mismo que para los hombres, aun los más modernos, no tiene importancia el alma de la mujer amada apasionadamente. Cuando una Ana, una Maia o una Lisa lanzan al hombre amado el reproche habitual: «Yo quiero tu alma, que nunca me entregas...», el hombre se siente desconcertado. La actitud de Tania con respecto a Stark tiene, por tanto, algo de masculino. Sentimos que la personalidad de Tania es más fuerte, está más desarrollada que la de su amado. Tania es demasiado humana, demasiado poco «hembra» para que una pasión desnuda pueda satisfacerla; reconoce que la pasión por Stark empobrece y seca su alma, en vez de enriquecerla. Es característico de estas mujeres como Tania el que en las horas en que la embriaguez de la pasión se disipa, no sufren tanto con el pensamiento de una infidelidad hecha al marido como ante la imposibilidad de conciliar su pasión con el trabajo paciente y metódico que constituye su vida. La pasión devora sus energías y le roba el tiempo que debe consagrar al trabajo; la pasión pone trabas a su libre trabajo creador. Tania siente que comienza a perderse a sí misma y a perder, además, lo más preciado para ella en la vida. Tania se va; Tania vuelve al lado de su marido, no impulsada por un sentimiento de lo que debía ser su «deber», sino para salvar su personalidad (14). Al lado de Stark acabará por

(14) La novela debería terminar en este punto. Todo lo que sigue, todo el resto de sus amores con Stark, es completamente artificial. En esa Tania que se amolda a las circunstancias, que reniega de su arte, que se convierte totalmente en un objeto de placer para Stark, no podemos reconocer a la antigua Tania, de

perderse a sí misma; se va de su lado llevando un hijo suyo en su seno, y cuando la pasión no se ha extinguido todavía. ¿Qué heroína de novela de los buenos tiempos pasados hubiera tenido valor para obrar como Tania?

Tania tiene que enfrentarse con el mismo dilema que la Ellida de Ibsen, una de las primeras mujeres del nuevo tipo psicológico. Cuando el «hombre del mar» exige a Ellida que se vaya con él, ella se queda al lado de su marido que le ha dado plena libertad para decidirse. Ellida se queda, consciente de que así podrá conservar su libertad interior, que perdería al lado del «hombre del mar». Se da cuenta de que está amenazada de la más terrible esclavitud para una mujer: la esclavitud de la pasión. Comprende la superioridad de quien tiene sujeto entre las manos su corazón de mujer.

Josefa (15), la de alma firme, fuerte de espíritu, se abre el camino de la vida modestamente. Avanza entre las zarzas que obstruyen todavía los bordes de la ruta. Perpara la senda hacia la independencia económica de las mujeres de clase burguesa. Josefa inicia el camino hacia las profesiones liberales. Con paso indeciso va tanteando la nueva senda la fina y prudente Christa Rouland (16), deliciosa figura espiritual de mujer que despierta, que interroga al mundo con grandes ojos extraordinariamente abiertos, que busca la «verdad nueva»; figura de mujer que por primera vez se da cuenta de sí misma de una manera consciente. «Yo soy yo y tú eres tú, y sólo en el amor podemos fundirnos», es su divisa.

La heroína de Yuchketvicht, la extraña y acongojada Elena (17), pasa tímidamente al borde del camino con los ojos todavía cerrados a la «verdad nueva», mientras procura ocultar la tragedia de su alma, su gran tristeza humana, incomprensible hasta para ella

personalidad viviente y entera. Es lamentable que el autor haya calumniado a su Tania de esta forma.

(15) Ilsa Frapan, *Trabajo.*
(16) Hedwig Dohn, *Christa Rouland.*
(17) Yuchketvicht, *Salida del Círculo.*

misma. Elena no es una mujer del tipo «célibe». No es una mujer nueva; los rasgos del viejo y nuevo tipo se funden en ella en complicado nudo. Un pujante y acusado «eterno femenino», equilibrado por el espíritu, por un «yo» humano, que se plantea serios problemas. Su dulce alma de mujer, cariñosa, amante, está llena de contradicciones femeninas, y hasta de mentiras de esclava, mientras que su espíritu rebelde, investigador, en un continuo interrogarse, hace de Elena una figura de mujer del tipo nuevo. Yuchketvicht ha sabido pintar a su heroína con tonos suaves; ha expresado su imagen con tanto cuidado y cariño como si temiese quebrar con una palabra esta delicada alma de mujer, que se pierde a sí misma en la tragedia de su espíritu. Entre la multitud de mujeres nuevas se destaca Renata Fuchs (18), «alma rebelde», que ha sabido conservar la pureza de su alma en medio de la vergüenza y el fango.

El semblante de Renata está penetrado de una calma majestuosa; en sus brazos de muchacha soltera descansa un niño, que será un «hombre nuevo». Al lado de Renata camina la heroína de Grent Allena (19), que, llena de orgullo, lleva de la mano a su hijita ilegal, fruto de una unión que de una manera «demostrativa» ha rechazado la forma legal. Con expresión atareada apresura su marcha al laboratorio Maia (20), la de la clara sonrisa, que ha encontrado la armonía de la vida. Con la cabeza en alto, la prostituta Mylada (21) mantiene en medio del fango de la vida que le rodea su «misión sagrada». La socialista revolucionaria Anna Siemenovna (22) sabe sobreponerse a su propia pasión, escondida tras la máscara de «mujer coqueta». La estudiante inglesa Fanny (23), que se burla de los prejuicios del mundo, se desliza también por la nueva ruta con paso ligero, sin desgarrar sus vestidos frágiles en las zarzas de la vida. La imagen de la estudiante del

(18) Wassermann, *Renata Fuchs.*
(19) Grent Allena, *La mujer que se ha atrevido.*
(20) Winnitchenko, *En la balanza de la vida.*
(21) Else Jerusalén, *El escarabajo sagrado.*
(22) O. Rounow, *Lucha.*
(23) Bernard Shaw, *La primera obra de Fanny.*

lejano Norte Anna Mahr (24), nos saluda también al pasar. Las heroínas de Bjoernson, de Jonas Lie, las hijas del comandante Jakobsen, de Loffler, quieren también entrar en la nueva senda. Llena de inquietudes avanza indecisa Jenny (25), como si escuchara aún en su alma la voz de la mujer del pasado. Como la Tania de Nadgrodskaia, Jenny abandona al padre del hijo que espera, temerosa de que la maternidad haga mucho más fuertes los lazos que empiezan ya a aprisionarla. Audazmente continúa su camino; pero la voz de mujer del tipo viejo le recuerda el pasado, despierta en ella sentimientos y concepciones ya olvidados. Jenny detiene su marcha, mira hacia atrás y desfallece...

Pero a su lado pasan figuras siempre nuevas de mujeres que despiertan, que se rebelan, que buscan el nuevo camino. La dulce y encantadora silueta de Françoise Houdon (26), la que sabe sentir un amor-amistad por Christophe y una pasión por otro; la de temperamento de fuego, ambición insaciable de artista, voluntad de hierro y alma sensible y delicada. A su lado, el tipo lleno de vida y tan real de la trabajadora Cecilia (27), la de las fuerzas equilibradas, que ignora que en su tranquila «conquista» está contenida toda la «verdad nueva». La sufragista Julia France (28), la emigrada rusa María Antine (29), la muchacha judía que logra los derechos de ciudadanía norteamericana y lucha hasta conquistar una posición segura, y así todas las heroínas de Rikarda Huch (30), Gabriela Reuther, Sarah Grande y hasta las heroínas del mundano Marcel Prevost (31).

(24) Hauptmann, *Solitarias.*
(25) S. Undset, *Jenny.*
(26) Romain Rolland, *Jean Christophe.*
(27) *Idem.*
(28) G. Aterton, *Julia France y su época.*
(29) Marie Antine, *La tierra prometida.*
(30) Por ejemplo: Rosa de Vita, *Omniun breve.*
(31) La mayoría de los autores citados en esta reseña son mujeres. Muchas de sus obras carecen de verdadero valor artístico; pero nos ofrecen un punto de vista incomparablemente más exacto para el fin que nos proponemos demostrar en estas páginas, que las obras de los escritores masculinos, superiores en general por su valor literario. Casi todas las novelas escritas por mujeres contienen trozos puramente biográficos, que son precisamente los que mayor interés tienen para nosotros. Aquellas obras que reflejen sin artificio la verdad de la vida, las que nos descubran de una manera más exacta la psicología de la mujer contemporánea, sus dolores, sus problemas, sus deseos, contradicciones, complicaciones y tendencias, serán las que mejor nos sirvan para enriquecer nuestro material, en el estudio del nuevo tipo de mujer en formación. Desde que las mujeres escritoras han dejado de imitar ciegamente los modelos creados por los hombres, y se han atrevido a descubrir los misterios del alma femenina que hasta ahora habían permanecido ocultos incluso para los artistas más geniales; desde que las mujeres escritoras han empezado a expresar en su «propia lengua» sobre los problemas de la «mujer», sus obras, aunque carezcan algunas veces de la belleza exterior de la creación artística, tienen un valor y una significación especial. En suma, todos estos trabajos nos ayudan a conocer a la mujer «célibe», a la mujer del nuevo tipo en formación.

Son tantas las heroínas del nuevo tipo, que es completamente imposible citarlas en este breve estudio. Precisamente el hecho de que sean tantas las mujeres que pertenecen a este nuevo tipo, que crece todos los días con nuevas fuerzas, aunque algunas de estas nuevas figuras aparezcan bajo una forma banal y en literatura de folletín, es signo de que la vida crea y forma sin cansarse el nuevo tipo de mujer.

La mujer nueva trae consigo algo que no es completamente extraño, que a veces llega incluso a repugnarnos por su originalidad. Contemplamos y buscamos en este nuevo tipo de mujer los rasgos queridos y conocidos de nuestras madres y abuelas. Ante nosotros se alza, cubriendo totalmente el pasado, un mundo de emociones, de sentimientos, de necesidades, completamente nuevo. ¿Dónde encontrar la encantadora sumisión femenina, la dulzura de nuestras mujeres del pasado? ¿A dónde ha ido a parar aquel su talento especial para «adaptarse» al matrimonio, para saber desaparecer incluso ante un hombre insignificante, para cederle siempre el primer puesto en la vida?

Tenemos ante nosotros la mujer-individualidad, una personalidad que tiene valor propio, con un mundo interior suyo, una personalidad que se afirma, es decir, en suma, a la mujer que arranca las enmohecidas cadenas que aprisionaban su sexo.

II

¿Cuáles son, pues, los rasgos característicos, los sentimientos nuevos, las cualidades psicológicas de la mujer que nos permiten clasificarla, de acuerdo con su fisonomía interna, dentro de la clase de «mujeres célibes»?

La característica típica de la mujer del pasado, considerada además como su mayor ornato y defecto, era el predominio del sentimiento. La realidad contemporánea, que ha arrastrado a la mujer a la activa lucha por la existencia, le exige ante todo la ciencia de saber vencer sus sentimientos y los numerosos obstáculos de orden social que se interponen en nuestro camino, así como la capacidad de fortalecer su espíritu poco resistente, su espíritu, que cede con demasiada facilidad, por medio de la voluntad. Para conservar los nuevos derechos conquistados, la mujer tiene que realizar un trabajo de autoeducación mucho más profundo que el del hombre. Sobre la Josefa de la novela de Ilse Frapan, *Trabajo,* pesan sombríos pensamientos, graves cuidados. Sus débiles espaldas no pueden sostener la pesada carga de la vida. Josefa quisiera poder sollozar, llorar por sí misma, entregarse a su dolor como lo hacían las mujeres del pasado. Pero el trabajo en la clínica, su trabajo, ordenado, dividido en horas, no admite espera. El trabajo de la clínica no es un trabajo que se puede dejar para otro día, como los quehaceres de la casa o el remendar la ropa de los niños. Josefa tiene que hacer el esfuerzo de voluntad sobre sí misma a que el hombre está acostumbrado, pero que era completamente desconocido de las mujeres de los tiempos pasados; tiene que hacer el esfuerzo de esconder su vida privada como detrás de un muro y presentarse a trabajar a la hora en punto, como siempre.

Matilde ve morir a su hijo, que constituye toda su alegría, y que es todo lo que le ha quedado de su ardiente amor. Pero su oficio la ata con todas sus fuerzas al taller y sus dedos prácticos trabajan, como siempre, sin romper el hilo.

La realidad contemporánea exige de una manera

implacable que toda mujer que se vea obligada a trabajar en un oficio o profesión, en cualquier trabajo que la lleva fuera del hogar, posea una autodisciplina, una fuerza de voluntad necesaria para saber vencer sus sentimientos, cualidades que sólo podían encontrarse de una manera excepcional en las mujeres de tipo antiguo.

Los celos, la desconfianza, la absurda «venganza femenina» eran los caracteres definidos de la mujer de tipo antiguo. Los celos son el sentimiento que origina todas las tragedias del alma femenina. Es cierto que los celos constituyen también una tragedia para el hombre, pero no debemos olvidar que Shakespeare no eligió para su Otelo un inglés disciplinado, educado, ni un veneciano de inteligencia refinada, sino un moro dominado por las pasiones.

Precisamente es la dependencia de la mujer con relación a sus sentimientos lo que la ha arrastrado a expresar su odio por una rival en formas verdaderamente monstruosas, con lo que no ha hecho más que sacar a la superficie sus cualidades más bajas de «esclava». Si la heroína no desfiguraba a su rival con vitriolo en todos los casos, no dejaba por lo menos de arrojar sobre ella todo el veneno de la calumnia.

Las mujeres del tipo nuevo no presentan la reivindicación de la propiedad de su amor. Al exigir el respeto a su propia libertad de sentimientos, tiene que aprender a admitir esa misma libertad en los demás. Es realmente interesante observar la actitud de las heroínas de una serie de novelas contemporáneas con respecto a una rival. Las mujeres del tipo nuevo no emplean el vitriolo ni la calumnia. En su lugar nos encontramos con una actitud llena de delicadeza comprensiva hacia la otra mujer, hacia la rival. Por ejemplo, en la novela *Voz,* la heroína Maia, y la primera mujer del hombre que ama, no sólo no se odian, sino que llegan a encontrar un lenguaje común y descubren que en muchos puntos se encuentran entre sí más íntimamente unidas con el hombre que las dos aman. Maia llora cuando se entera de cómo «él» ha herido el corazón de su rival. Maia se siente humillada personalmente cuando conoce los sufrimientos de su rival, cuan-

do le cuenta que el hombre amado la considera como una cosa que le pertenecía «legalmente», y que no tenía para ella la menor ternura confortadora. Maia se siente ofendida por la ofensa hecha a la «mujer», porque sabe sentir más allá de los límites propiamente individuales. En Maia se manifiesta ya un sentimiento completamente desconocido de la mujer del pasado: el sentimiento de colectividad, de compañerismo.

Igualmente característica es la actitud que Maia adopta ante la traición absurda e inútil de su segundo marido. Maia no se desmaya ni arma un escándalo al enterarse. Simplemente corre a refugiarse al lado de las camas de los hijos de la primera mujer de su marido. Las cabecitas dormidas tienen el poder de disipar su tristeza. Después regresa a su hogar solitario.

Maia tiene frío. Enciende el fuego, se arropa en un chal y se impone a sí misma la lectura de un libro interesante. Así logrará librarse lo más rápidamente posible de sí misma, de sus propios pensamientos; así recuperará el equilibrio necesario.

Irina, la heroína de la novela de Kredo *En la niebla de la vida*, acepta no solamente la antigua unión de Víctor, sino que le exige con respecto a su rival una actitud delicada. Todo lo contrario sucede cuando Víctor, enterado del pasado de Irina, le dice con tono de macho ofendido: «¿Qué número hago yo? Quiero saberlo... ¿Han sido muchos?» Víctor es un hombre de vanguardia, un escritor; pero dentro de él, lo mismo que dentro de los otros, la «bestia» es más fuerte que en la insignificante Irina, que sólo es interesante porque ella tiende sus brazos hacia la nueva verdad de la vida.

En el nuevo tipo de mujer nueva, «la mujer celosa» es vencida cada vez con mayor frecuencia por «la mujer-individualidad». Otro rasgo característico de la mujer contemporánea consiste en las exigencias, cada vez mayores, que plantea al hombre. La mujer del pasado estaba acostumbrada por su amo y señor, durante siglos y siglos, a olvidarse de sí misma, a descuidar por completo su pequeño mundo espiritual. La mujer del pasado no le daba ningún valor a su personalidad, acostumbrada a las sonrisas indulgentes que los hombres

tienen para sus debilidades y penas de mujer. Por esto se resignaba sin protesta a que su compañero no prestase la menor atención a lo que pensaba y sentía. Todavía en nuestros tiempos nos asombramos de que solamente algunos hombres extraordinarios sepan comprender a la mujer, aun en los momentos de mayor intimidad. La causa de casi todas las tragedias familiares de todas las épocas ha sido la actitud superficial de abandono del hombre hacia el «yo» femenino.

Los donjuanes con experiencia sabían tomar el cuerpo de la mujer; pero también se apoderaban de su alma, con lo cual representaban hipócritamente la comedia de la «comprensión»; afectaban un interés lleno de amor hacia el «yo» insignificante de la mujer, al cual su marido, más sincero, no prestaba la menor atención. Pero como los donjuanes venían y desaparecían, y el señor legal se quedaba, la mujer iba reduciendo sus necesidades y exigencias, obligada durante siglos y siglos a adaptarse a la vida, hasta llegar a convertir su concepción de la felicidad en la satisfacción de las cosas exteriores y concretas.

«El» le regalaba sortijas y pendientes; «él» le llevaba flores y bombones. No hacía falta otra prueba de su amor. Si se portaba con relación a ella de una manera grosera y despótica, si imponía una serie de prohibiciones y exigencias, era su derecho, el derecho de amo de su corazón.

La mujer contemporánea se hace exigente. Desea y exige el respeto a su personalidad, a su alma; pretende que se tenga en consideración su «yo». No consiente el despotismo. Cuando el amante de Maia le prohíbe que cante en conciertos y ella no le obedece, él decide, «para castigarla», no escribirle durante dos semanas. Este acto mató en Maia todo sentimiento hacia su amante. «¿Cómo puede castigarla a ella, que le ha entregado libremente su corazón?»

En esta lucha de la mujer moderna para proteger su libertad interior hay algo que recuerda a las mujeres de las antiguas leyendas, a las mujeres de los tiempos heroicos. «Se ha cumplido tu voluntad, pero yo ya no soy tu mujer», increpa Rosamunda a su real esposo cuando le obliga a beber en el cráneo de su

padre, asesinado por él. Y en boca de Rosamunda no son estas palabras una simple amenaza. Rosamunda mata a su marido, a quien había amado apasionadamente hasta aquel momento.

La mujer contemporánea perdona muchas cosas que para la mujer del pasado eran las más amargas de perdonar. Perdona la incapacidad del hombre para proporcionarle un bienestar material; perdona una falta de atención de orden exterior con respecto a ella; incluso puede perdonar una infidelidad; pero, en cambio, no olvidará nunca ni aceptará una falta de atención con respecto a su «yo» espiritual, hacia su alma. Si su amigo no es capaz de «comprenderla», sus relaciones pierden para la mujer moderna la mitad de su valor.

Cuando Christa Rouland le pregunta a su amante lo que piensa sobre las mujeres, y éste le contesta primero con unas bromas ligeras, y luego en una forma banal corriente, Christa experimenta un alejamiento involuntario. No puede comprender cómo el hombre que ha sabido conquistar su corazón a causa del interés que ha demostrado por su «personalidad», por su «yo» espiritual, puede mostrarse tan «sordo» y no comprender la enorme importancia que para ella tenía el oírle expresarse en otra forma. Lo que Christa no puede perdonar a Frank, y lo mismo les sucede a todas las mujeres del nuevo tipo, es el cambio que experimenta el hombre después de la posesión. El hombre temeroso de perder a la mujer amada tiene que extinguir en ella, aun en aquella mujer querida precisamente por el audaz vuelo de su espíritu, por la independencia de su pensamiento, el «fuego sagrado» de la investigación. Se esfuerza, colmándola de caricias, en convertirla sólo en un objeto para su placer, para su goce. Christa Rouland observa, llena de asombro, cómo el mismo Frank, que quería arrastrarla a la esfera de sus propios intereses espirituales, que soñaba siempre con una actividad realizada en común, empieza a separarse de ella, a vivir en un mundo intelectual exclusivamente suyo. Ya no se trata de un trabajo realizado en colaboración. En aquellos momentos en que Christa toma parte con gran interés en el trabajo de

su pensamiento, Frank no ve en ella más que a la mujer, tanto más seductora por ser más fina y espiritual. Christa siente que su espíritu, su capacidad para elevarse con él hacia las altas regiones del pensamiento, no hacen más que aumentar su deseo sexual hacia ella. La mujer del tipo nuevo perdonará la ofensa hecha a la «hembra», pero le será imposible olvidar una simple falta de atención hacia su personalidad. Lo mismo sucede con la exigencia de la mujer moderna de que el hombre por ella elegido tenga una formación espiritual, cuestión de la que nos habla también Vera Nikodinovna. «En la mujer —piensa Vera— la inteligencia, aun cuando sea de la mejor calidad, no juega más que un papel de segundo orden. Lo esencial en la mujer es la base moral. Precisamente el estudio y las lecturas desarrollan esta base moral, la hacen más refinada y aguda. En los hombres esta base moral, por el contrario, se cristaliza, y cuando se desarrolla es de una manera débil. Esta es la causa de que seamos desgraciadas... Los hombres no comprenden casi nunca lo que nos separa de ellos.»

La necesidad que tiene la mujer de sentirse amada, no tanto por el eterno femenino, sino por el contenido espiritual de su «yo», se hace mucho más intensa, como es natural, cuanto más conciencia tiene de sí misma como individualidad. «Maldigo mi cuerpo de mujer por su culpa. No podéis ver que hay dentro de mí algo mucho más valioso...» Esto se manifiesta en todas las páginas del libro *Notas de Ana*, de Nadejda Sanjar. Esta protesta, expresada en una u otra forma, la repiten las heroínas de todas las nacionalidades. Hasta el alma sencilla de la Tatiba de Gorki protesta de que se quiera hacer de ella simplemente un instrumento de placer.

«Me hubiera poseído... Pero yo no quiero, yo no quiero que sea así, sin cariño, como los perros... ¡Qué seres tan bajos sois todos los hombres!»

Cuanto más viva es la personalidad de la mujer, cuando se siente con mayor intensidad como «ser humano», más fuerte también siente la ofensa del hombre que, con una mentalidad formada al correr de los

siglos, no sabe percibir detrás de la mujer deseada una individualidad que despierta.

Las exigencias que con respecto al hombre tienen las mujeres contemporáneas es la causa de que las heroínas de las novelas de nuestra época se entreguen de una pasión a otra, que dejen un amor por otro amor en un doloroso luchar por el logro de un ideal inaccesible: la armonía de la pasión y la afinidad espiritual, la conciliación entre el amor y la libertad, la unión nacida del compañerismo y de la independencia recíproca.

Maia, la infatigable exploradora de la dicha, exclama: «Mi más ardiente deseo es encontrar un hombre del que no quisiera separarme nunca.» Y la «vagabunda» termina las relaciones con su amigo, únicamente porque aspira a lograr el inextinguible ideal de una unión amorosa más completa. La realidad presente engaña a todas estas mujeres, ansiosas de encontrar un amor perfecto y lleno de armonía. Implacablemente tienen que romper los lazos del amor y partir de nuevo en busca de la realización de su sueño. Pero es que estas infatigables soñadoras olvidan que lo que ellas buscan actualmente con tanto afán no podrá realizarse más que en un porvenir muy lejano, cuando los hombres hayan modelado de nuevo sus almas, cuando los hombres hayan logrado asimilarse de una manera orgánica la idea de que en toda unión amorosa el primer puesto le corresponde al compañerismo y a la libertad.

La mujer del pasado no sabía apreciar la independencia personal. Pero, ¿le hubiera servido de algo apreciarla? No hay nada más doloroso, nada que dé una mayor sensación de impotencia, que una esposa o un amante del tipo de mujer del pasado abandonada. Cuando el hombre la abandonaba o se moría, la mujer no solamente perdía su existencia material, sino también su único apoyo moral. La mujer del pasado, incapaz de enfrentarse sola en la vida, tenía miedo a la soledad y por eso estaba siempre dispuesta a renunciar, en cuanto se le presentaba la menor ocasión, a su inútil y desagradable independencia.

La mujer del tipo nuevo no solamente no tiene miedo a la independencia, sino todo lo contrario; cada día aprecia más su valor, a medida que sus intereses sobrepasan los límites impuestos por la familia, el hogar y el amor. Así no hay nada más espantoso para Vera Nikodinovna que la dependencia material con respecto al hombre: «¡Oh, si yo dependiera de un hombre, si yo me viera precisada a escoger a uno para que fuera mi marido y me mantuviese, ésta sería mi mayor desgracia», le dice a una amiga. Para Vera, el tener un marido «propietario y dueño de su alma» es un pensamiento tan terrible como la cárcel para el prisionero que ha logrado conquistar la libertad con la huida. «Jamás —continúa Vera— aceptaré esa esclavitud... He pasado ya por una experiencia semejante...»

«—¿Has estado casada?

—No, no me he casado nunca; pero he vivido mi novela, he tenido una pasión.»

La mujer del tipo nuevo se siente encadenada en el matrimonio, aunque éste no suponga más que lazos exteriores. La mentalidad del hombre «del pasado», que todavía se manifiesta viva, crea lazos morales que no son menos sólidos que las cadenas de forma externa.

Por tanto, las nuevas heroínas de nuestra literatura huyen obstinadamente de todo aquello que pudiera atarlas, aunque nada más sea exteriormente, al hombre amado. La dependencia material de la mujer con respecto al hombre, su completa impotencia para enfrentarse con el mundo sin ir apoyada del brazo de un hombre, obligaba a la mujer del «pasado» a preocuparse ante todo de concretar sus relaciones con el hombre, a consolidar en alguna forma las relaciones amorosas. Sólo entonces se sentía segura. Esta mujer del nuevo tipo, obligada a resolver por sí sola los cuidados materiales de la vida, observa una actitud negativa o indiferente ante todas estas formalidades, que para ella no tienen objeto. Este nuevo tipo de mujer no tiene ninguna prisa en dar una forma determinada a sus relaciones amorosas. Cuando la amiga de Renée, en *La Vagabunda,* le interroga sobre qué clase de relaciones tiene con el hombre que ama, si una unión legal o simplemente una unión amorosa momentánea, Renée no puede contestarle más que con un movimiento de hombros.

«—¿Nosotros? Nosotros sencillamente nos amamos.
—Bueno, pero, ¿y el porvenir?
—¡Oh, Margot —exclama Renée—, yo no pienso en el porvenir!»

Hasta ahora el contenido fundamental de la vida de la mayoría de las heroínas se reducía a los sentimientos del amor. El amor bastaba para dar colorido incluso a una vida llena de privaciones de orden material. Por el contrario, la ausencia del amor hacía pobre y vacía la vida de una mujer. Ni las riquezas exteriores, ni los honores, ni siquiera las alegrías de la maternidad podían reemplazar para la mujer la pérdida de un amor dichoso (32).

Si una mujer no amaba, la vida se le parecía tan vacía como su corazón. Esta es una de las características que establecen una diferencia neta entre la mujer del pasado y el hombre. En el hombre, al lado de la vida de su corazón, existía siempre una actividad particular. Mientras que la mujer languidecía esperando a «él», al hombre, éste luchaba contra el destino, en un mundo desconocido para la mujer, y, por tanto, incomprensible. La mayor parte de las tragedias psicológicas de las relaciones entre hombre y mujer tenían por causa el que el hombre, ansiadamente esperado, al regresar a casa después de una ausencia debida a los negocios o al trabajo, sacaba los papeles de la cartera, comía de prisa y corriendo para marcharse a alguna reunión, o se entregaba ávidamente a la lectura de un libro en vez de dedicar toda su atención a la mujer que con tanto afán le había esperado. La mujer no podía comprender esta actitud del hombre, y su corazón

(32) Es característico observar cómo la maternidad ha sido casi siempre considerada como el último refugio de la felicidad de la mujer. Si el matrimonio no le había hecho feliz, si la mujer se veía obligada a renunciar a una unión amorosa o enviudaba, quedaban entonces como último «refugio» los cuidados y las alegrías de la maternidad. La maternidad sólo rara vez era considerada como un fin en sí misma. Solamente ya cerca de la vejez se despertaban en la mujer los sentimientos atávicos de la «raza». Sólo entonces aparecía la familia con algún sentido en la vida, y se convertía en un ídolo, que adoraba, y para el que exigía, además, de una manera despótica, la adoración de los otros miembros de la familia.

estallaba en reproches. Ella había dejado sin acabar, por esperarle, una blusa; había abandonado la comida a medio hacer; había acostado a los niños con el único fin de estar sola a su lado, para hacerle olvidar los asuntos, los trabajos y la política. Las mujeres de todas las clases sociales sufrían igualmente por esta incomprensión del hombre y de sus intereses; porque tanto el hombre como sus actividades estaban situados en un mundo para ellas completamente desconocido, muy distante de los límites de todo nido familiar. La falta de comprensión de la psicología del hombre era igual en la mujer del profesor que en la mujer del funcionario, lo mismo en la mujer del obrero que en la del empleado.

La exclamación de la esposa ofendida: «¡Otra vez te vas a tu aborrecible reunión», acompañaba y aún acompaña lo mismo al marido banquero que al proletario.

Sin embargo, a medida que la mujer interviene en el movimiento de la vida social, a medida que se convierte en resorte activo del mecanismo de la vida económica, su horizonte se ensancha. Los muros de su casa, que antes encerraban para ella todo el mundo, se derrumban, y la mujer se apodera, inconscientemente, al principio, hasta acabar por asimilárselos, de los intereses que poco antes le eran completamente desconocidos e incomprensibles.

El amor deja de ser para la mujer el contenido único de su vida, empieza a quedar relegado a un lugar secundario, como sucede con la mayoría de los hombres. Es cierto que las mujeres del nuevo tipo pasan algunos períodos de su vida en los que el amor o la pasión llenan por completo toda su alma, su inteligencia, su corazón y hasta su voluntad; en épocas en las que todos los demás intereses de la vida palidecen o quedan relegados a un segundo término. En estos momentos, la mujer del tipo nuevo puede también vivir lo mismo que las mujeres del pasado. Pero en la mujer moderna, la pasión, el amor, no constituyen más que una parte de su vida, cuyo verdadero contenido es algo más «sagrado» y a cuya realización se entrega; es decir, un ideal social, el estudio de la ciencia, una

vocación o el trabajo creador. Esta finalidad de su vida es en general para la mujer moderna algo mucho más importante, mucho más preciado, mucho más sagrado que todas las alegrías del amor y que todos los placeres de la pasión.

De aquí nace la actitud completamente nueva de la mujer con respecto al trabajo, actitud que era imposible encontrar en las heroínas de los buenos tiempos pasados.

La heroína de Bennet ha celebrado la primera entrevista amorosa con el hombre amado. Cuando él le propone ir a verla al día siguiente por la mañana, ella le interrumpe, casi con espanto, a pesar de su amor y de su felicidad:

—«No vengas hasta después del almuerzo.

—¡Después del almuerzo! ¿Por qué?

El no sabía qué pensar.

—Pero es que durante cinco años de mi vida yo me he acostumbrado a ser la dueña de mis propios actos. Todos mis gustos, mis costumbres, mi régimen de vida están ya establecidos. Nunca recibo a nadie antes del almuerzo. Mañana, precisamente mañana, tengo mucho que hacer. ¿Es que este hombre, como un conquistador, vendrá a robarme mis mañanas de trabajo? Sin darme cuenta se ha despertado en mí una sorda inquietud por mi libertad e independencia.»

Esta confesión nos revela una nueva característica de la psicología del tipo de la mujer nueva. Una mujer es capaz de retrasar por su propia voluntad una entrevista deseada, un encuentro que la hará dichosa. Y hará esto únicamente porque está acostumbrada a escribir por las mañanas, únicamente porque le duelen las horas perdidas, robadas al trabajo. Para la mujer del pasado, ¿cómo era posible que las horas entregadas al amor fueran horas perdidas? Tania, la heroína de la novela de Nagrodsakia, durante la luna de miel con Stark, se siente continuamente atormentada por la conciencia de su ociosidad.

«Decididamente, quiero reservarme el día de hoy. Le rogaré a Stark que me deje sola.» Pero Stark se indigna y protesta ante su proposición. Este papel estaba reservado en las novelas del pasado a las heroínas.

«—Todo un día sin ti —le dice en un tono de niño caprichoso—. No te molestaré. Me estaré quieto.»

Y luego, un poco después, añade:

«—Empiezo a odiar tu arte. Es un rival con el que es difícil luchar.»

Tania cede una vez más, pero la conciencia del trabajo abandonado la martiriza. No es posible para Tania entregarse con plenitud al placer, hallar la calma en sus goces amorosos, si su trabajo tiene que sufrir las consecuencias.

«Hoy he trabajado —escribe Tania dichosa—; he trabajado ávidamente, con alegría, casi sin interrupción, desde las primeras horas de la mañana.» Y la reseña de este día de trabajo está escrita en un tono claro y alegre. Se siente al leer estas líneas que el ser de Tania se ha libertado temporalmente de la embriaguez de la pasión y se ha encontrado de nuevo a sí mismo. Con la paleta en la mano, Tania, entregada al trabajo, ha despertado de su sueño y se ha dado cuenta de repente de que, independientemente de ella y de Stark, más allá de su atmósfera de pasión que los lleva hasta el éxtasis, existe un mundo, lleno de colores y placeres, con sus propias alegrías y sufrimientos. De repente, se acuerda de su amigo Weber y lamenta su abandono. No es posible encontrar una mujer del tipo antiguo capaz de lanzar un suspiro de alivio, a la manera de los hombres, al verse libre de la embriaguez de la pasión y reanudar el trabajo abandonado, al apreciar de nuevo el valor de su existencia independiente, de su propia individualidad.

El mayor dolor para la mujer del pasado era la pérdida o la traición del hombre amado. Para la mujer nueva la mayor desgracia es la pérdida de sí misma, el renunciamiento a su propio «yo», sacrificado al hombre amado, a la felicidad del amor. Las mujeres del nuevo tipo se sublevan, no sólo contra las cadenas exteriores, sino también contra «la esclavitud amorosa en sí». Tienen miedo a las cadenas del amor con que la psicología deformada de nuestra época aprisiona a los amantes. Acostumbrada a perderse totalmente en los torrentes de la pasión, la mujer, aun la mujer del nuevo tipo, va al encuentro del amor casi siempre con

un sentimiento de ansiedad, temerosa de que la pasión la obligue a renunciar a sí misma, a abandonar su trabajo, su vocación y la finalidad de su vida. Ya no se trata de la lucha por el derecho al amor, sino de la protesta contra la «esclavitud» moral de un sentimiento que exteriormente puede ser libre. Todo esto significa la «rebelión» de las mujeres de nuestro período de transición, las cuales todavía no han aprendido a conciliar la independencia y la libertad interior con la fuerza renovadora del amor.

La mujer del pasado, cuando se alejaba del amor, se sumergía en el mundo incoloro de su vida gris y pobre de contenido. La mujer del nuevo tipo, cuando se escapa del cautiverio amoroso, recobra su libertad, con alegría y sorpresa. «Ya terminó la servidumbre del pensamiento», escribe triunfalmente la heroína de Kredo, después de haberse convencido de que ha pasado la embriaguez de la pasión, de que ya terminaron todos los sufrimientos, la agitación y los temores. Otra vez se siente libre, y, después de todo, su corazón no está destrozado, a pesar de que el hombre amado ha desaparecido repentinamente de su alma. Irina se regocija cuando «siente que recupera las fuerzas y la energía, fuerzas y energía que disminuían siempre que intentaba penetrar en las profundidades de un alma extraña a la suya, esfuerzo que le daba una sensación de humillación. Por eso el despertar de Irina era alegre».

Libertarse del cautiverio de un pensamiento ajeno, escapar al dolor y al sufrimiento, volver «a sí misma», encontrar de nuevo la personalidad perdida constituye la mayor felicidad para la mujer-individualidad; sentimientos éstos incomprensibles y desconocidos para las mujeres del pasado.

Ha sido necesario, para que no fracasen todos los sentimientos de la mujer en el momento en que el hombre se apartaba de su vida, que se produjese una enorme transformación en su alma; ha sido preciso que enriqueciese poderosamente su vida intelectual y que llegase a acumular un gran capital de valores propios. Precisamente porque la vida de la mujer nueva no se reduce a amar, porque tiene en su alma una reserva de necesidades e intereses que hacen de ella una individualidad, cambiamos nuestro criterio de apreciación sobre la personalidad de la mujer. Durante muchos siglos, la mujer ha sido valorada no por las propiedades de su alma, sino por las virtudes femeninas que le exigía la moral burguesa de la propiedad: la «pureza», la virtud sexual. No podía haber perdón para la mujer que había pecado según el código de la moralidad sexual. Por eso los novelistas evitaban, con todo género de precauciones, la «caída» de sus heroínas preferidas, mientras que dejaban que las otras «pecasen» como los hombres, aunque éstos no perdiesen por ello su valor moral.

Las heroínas de las novelas contemporáneas, las mujeres del nuevo tipo «célibe», infringen a menudo las prohibiciones del código corriente de la virtud sexual, sin que ni el autor ni el lector consideren como «tipos viciosos» a estas heroínas. Admiramos a la audaz Magda, de Sudermann, aun cuando esta muchacha haya «pecado» varias veces. Matilde, la heroína de Hauptmann, nos conmueve a pesar de sus amores ilegítimos y de que tiene hijos de varios amantes (33). En la mayoría de los hombres se da este caso y, sin embargo, los «respetamos» lo mismo.

Sin darnos cuenta de ello, hemos experimentado un cambio en nuestra psicología en lo que se refiere a la moral nueva en formación. Lo que hace cincuenta años calificábamos como una «mancha» imborrable en una muchacha soltera o en una mujer, hoy lo consideramos como un hecho que no necesita ni justificación ni perdón. Jorge Sand tuvo que defender el derecho de la mujer a abandonar a su marido por un amante elegido libremente por su corazón. En la paradisíaca Inglaterra, Grent Allan todavía ha tenido no hace mucho que tomar bajo su protección a la madre soltera. Pero a medida que la mujer se hace independiente, cuando deja de depender de un padre o de un marido, a me-

(33) Las aventuras amorosas de Matilde no impiden que dejemos de respetar su personalidad íntegra y pura. Lo mismo que Matilde, sentimos una piedad despreciable por su hermana Marta, obrera como ella, pero que regresa con dinero de cada aventura amorosa. Hay todo un abismo entre la libertad de Matilde y la venalidad de Marta.

dida que participa al lado del hombre en la lucha social, el viejo criterio resulta completamente inútil.

La acumulación gradual en la mujer de caracteres y sentimientos morales humanos nos enseña a apreciar en ella, no sólo a la representante del sexo, sino también a una individualidad. Al mismo tiempo desaparece la antigua valoración que consideraba a la mujer como la hembra capaz de asegurar al marido un retoño legal.

Primeramente la vida nos enseña a aplicar esta medida sólo a las «almas superiores»; por esto perdonamos las infracciones del código corriente de la moral sexual a las artistas, a las mujeres de talento.

«Pero ¿por qué han de ser solamente las almas superiores las únicas que gocen de estos derechos?», pregunta con razón Bebel.

«Si Goethe y Jorge Sand —tomemos estas dos personalidades como ejemplo, aunque sean muchos los que obraron del mismo modo— se atrevieron a vivir conforme a los deseos de su corazón; si las aventuras amorosas de Goethe llenan volúmenes enteros, devovorados con un entusiasmo respetuoso por admiradores de ambos sexos, ¿por qué condenar en otros lo que precisamente nos encanta en Goethe y Jorge Sand?» (34).

Seguramente nos burlaríamos de los hipócritas que fueron capaces de negarse a estrechar la mano de Sara Bernhardt o de abandonar un espectáculo por inmoral. Pero, sin embargo, cuando se trata de «simples» mortales vacilamos con frecuencia antes de reconocer una personalidad, y dudamos de la actitud que debemos adoptar ante una mujer libre del tipo «célibe».

Si verdaderamente estuviésemos decididos a aplicar a estas mujeres la medida moral de los tiempos pasados, nos veríamos obligados a rechazar todas las figuras de mujeres más bellas y humanas de la literatura contemporánea. Mientras que las mujeres del pasado, educadas en el respeto a la pureza inmaculada de la virgen, se esforzaban en conservar «su virtud» y tenían necesariamente que esconder y disimular los sentimientos reveladores de las necesidades naturales de su cuerpo, el rasgo característico de la mujer del nuevo tipo es la afirmación de sí misma, no solamente como individualidad, sino como representante de su sexo. La rebelión de las mujeres contra la falsedad de la moral sexual es uno de los rasgos más vivos de la mujer nueva.

(34) A. Bebel, *La mujer y el socialismo.*

Tiene que ser así, porque en la mujer, en la madre, la vida fisiológica juega, contrariamente a las concepciones que le han inculcado de una manera hipócrita, un papel mucho más importante que en el hombre. La libertad de sentimiento, la libertad de elección del hombre amado, que puede llegar a ser el padre de los hijos de «ella», la lucha contra el fetiche de la moral hipócrita, tales son los puntos del programa que realizan de una manera silenciosa las mujeres del nuevo tipo. El rasgo típico de la mujer del pasado era el renunciamiento a la atracción de la carne, la «máscara de la pureza», incluso en el matrimonio. En cambio, la mujer nueva no abdica de su naturaleza de mujer, no huye de la vida ni de sus alegrías «terrenales», que la realidad, tan avara en sonrisas, le concede. Las heroínas modernas son madres sin estar casadas: abandonan a su marido a su amante; su vida puede ser rica en aventuras amorosas, y, sin embargo, ni ellas mismas ni el autor o el lector contemporáneo las consideran como «criaturas perdidas». Las aventuras del amor libre y sincero de Matilde, de Olga, de Maia, tienen una ética propia, quizá más perfecta que la pasiva virtud de la Tatiana de Puchkin (35) o la moral perezosa de Lisa de Turguenev (36).

Esta es la mujer moderna: la autodisciplina, en vez de un sentimentalismo exagerado; la apreciación de la libertad y la independencia en vez de la sumisión y de la falta de personalidad; la afirmación de su individualidad y no los esfuerzos estúpidos por compenetrarse con el hombre amado; la afirmación del derecho a gozar de los placeres terrenales y no la máscara hipócrita de la «pureza», y, finalmente, la subordinación de

(35) Puchkin, *Eugenia Onieguin.*
(36) Turguenev, *Un nido de gentileshombres.*

las aventuras de amor a un lugar secundario en la vida. Ante nosotros tenemos, no una hembra, ni una sombra del hombre, sino una «mujer-individualidad».

III

¿Quiénes son las mujeres modernas? ¿Cómo las ha creado la vida?

La mujer moderna, la mujer que denominamos «célibe», es hija del sistema económico del gran capitalismo. La mujer «célibe», no como tipo accidental, sino como una realidad cotidiana, como una realidad de la masa, como un hecho que se repite de una manera determinada, ha nacido con el ruido infernal de las máquinas de las usinas y la sirena de llamada de las fábricas. La inmensa transformación que han sufrido las condiciones de producción en el transcurso de estos últimos años, incluso después de la influencia de las constantes victorias de la producción del gran capitalismo, obliga también a la mujer a adaptarse a las nuevas condiciones creadas por la realidad que la rodea. El tipo fundamental de la mujer está en relación directa con el grado histórico de desenvolvimiento económico por que atraviesa la Humanidad. Al mismo tiempo que se experimenta una modificación de las condiciones económicas, simultáneamente con la evolución de las relaciones de la producción, se experimenta un cambio en el aspecto psicológico de la mujer. La mujer moderna, como tipo, no podía aparecer más que con el aumento cuantitativo de las fuerzas del trabajo femenino asalariado. Hace cincuenta años todavía se consideraba la participación de la mujer en la vida económica como una desviación de lo normal, como una infracción del orden natural de las cosas. Las mentalidades más avanzadas, los mismos socialistas, se dedicaban a buscar los medios adecuados para que la mujer volviera al hogar. Hoy día, únicamente los reaccionarios, encerrados en prejuicios y en las más sombrías ignorancias, son capaces de repetir estas opiniones abandonadas y rechazadas desde hace tiempo.

Hace cincuenta años, las naciones civilizadas no

contaban entre las filas de la población activa más que unas decenas, todo lo más unos centenares de miles de mujeres. Actualmente, el crecimiento de la población femenina trabajadora es superior al crecimiento de la población masculina. Los pueblos civilizados disponen, no de unos cientos de miles, sino de millones de brazos femeninos. Millones de mujeres forman las filas proletarias; millares de mujeres tienen una profesión, consagran sus vidas a la ciencia o al arte. En Europa y los Estados Unidos las estadísticas acusan más de sesenta millones de mujeres inscritas dentro de la clase trabajadora. ¡Marcha grandiosa la de este ejército independiente de mujeres! El 50 por 100 de este ejército está integrado por mujeres del tipo «célibe», es decir, por mujeres que en la lucha por la existencia no cuentan más que con sus propias fuerzas; de mujeres que no pueden, según la antigua costumbre, vivir únicamente a costa de un marido «que las mantenga».

Las relaciones de la producción, que durante tantos siglos han tenido a la mujer encerrada en la casa y sometida al hombre «que la mantenía», son las mismas que al arrancar las cadenas enmohecidas que la aprisionaban empujan a la mujer, débil e inadaptada, hacia el camino cubierto de espinas que se abre ante ella, y que la aprisionan de nuevo a la dependencia económica del capital. La mujer amenazada con perder todo asilo, ante el temor de padecer privaciones y hambre, se ve obligada a aprender a mantenerse sola, sin el apoyo del padre o del marido. La mujer tiene que enfrentarse con el problema de adaptarse rápidamente a las nuevas condiciones de su existencia, y tiene que revisar a toda prisa las «verdades» morales que le han inculcado las abuelas que disfrutaron de los buenos tiempos pasados. Se da cuenta, con asombro, de toda la inutilidad del equipaje moral con que la han cargado para recorrer el camino de la vida. Las virtudes femeninas —pasividad, sumisión, dulzura—, que le fueron inculcadas durante siglos, le resultan ahora completamente superfluas, inútiles y perjudiciales. La dura realidad exige otras cualidades a las mujeres trabajadoras. Lo que ahora se precisa es firmeza, decisión y

energía, es decir, aquellas «virtudes» que se consideran como propiedad exclusiva del hombre. Privada de la protección que hasta entonces le prestaba la familia, al encontrarse lanzada desde el nido abrigado y blando a la batalla de la vida y de la lucha de clases, la mujer no tiene más remedio que armarse, que acorazarse a toda prisa con las fuerzas psicológicas propias del hombre, de su compañero, que siempre está en mejores condiciones para vencer en la lucha por la vida. En esta urgente adaptación a las nuevas condiciones de su existencia, la mujer se apodera y asimila, frecuentemente sin someterlas a ninguna crítica, «verdades» propiamente masculinas, que luego, examinadas más detenidamente, son tan sólo «verdades» para la clase burguesa (37).

La realidad capitalista contemporánea parece esforzarse en crear un tipo de mujer que, por la formación de su espíritu, se encuentra incomparablemente más cerca del hombre que de la mujer del pasado. Este tipo de mujer es una consecuencia natural e inevitable de la participación de la mujer en la corriente de la vida económica y social. El mundo capitalista no recibe más que a las mujeres que han sabido rechazar a tiempo las virtudes femeninas y que se han asimilado la filosofía de la lucha por la vida. Para las «inadaptadas», es decir, para aquellas mujeres pertenecientes al tipo antiguo, no queda sitio en las filas de las huestes trabajadoras. De esta manera se crea una especie de «selección natural» entre las mujeres de diversas capas sociales. Las filas de «las trabajadoras» están siempre formadas por las naturalezas más fuertes y resistentes, por las mujeres de espíritu más disciplinado. Las naturalezas débiles y pasivas continúan fuertemente atadas alrededor del hogar familiar. Si las necesidades materiales las arrancan de él para lanzarlas al torrente de la vida, estas mujeres se dejan llevar por el camino fácil de la prostitución «legal» o «ilegal», se casan «por conveniencia» o se lanzan a la calle. Las mujeres trabajadoras constituyen la vanguardia de todas las mujeres y comprenden en sus filas a representantes de las diversas capas sociales. Sin embargo, la inmensa mayoría de esta vanguardia femenina no la constituyen mujeres del tipo de Vera Nikodinovna, orgullosas de su independencia, sino millones de Matildes envueltas en chales grises, Tatianas de Riasan con los pies descalzos, empujadas por la miseria al nuevo sendero erizado de espinas. Es un profundo error pensar todavía que el nuevo tipo de mujer, la mujer «célibe», es el fruto de los esfuerzos heroicos de algunas individualidades fuertes que se dieron cuenta de su propia personalidad. Ni la voluntad individual, ni el ejemplo audaz de Magda, ni el de la decidida Renata han sido capaces de crear el nuevo tipo de mujer. La transformación de la mentalidad de la mujer, de su estructura interior espiritual y sentimental se realiza primero, y principalmente, en las capas más profundas de la sociedad, es decir, allí donde se produce necesariamente la adaptación de la obrera a las condiciones radicalmente transformadas de su existencia. Estas mujeres, las Matildes y las Tatianas, no resuelven ningún problema.

Es más, intentan aún agarrarse con todas sus fuerzas al pasado. Muy a pesar se ven obligadas a inclinarse ante las leyes de la necesidad histórica —las fuerzas de la producción— y a dar sus primeros pasos por la nueva ruta. Caminar al azar dominadas por la tristeza, sembrando su paso de maldiciones y acariciando en su interior el sueño de un hogar acogedor en donde poder disfrutar de las tranquilas y modestas alegrías familiares. ¡Ah, si fuera posible abandonar el camino, desandar lo andado! Pero esto es irrealizable porque las filas de compañeras son cada vez más densas y la arrolladora corriente femenina las empuja cada vez

(37) Tomemos, como ejemplo, la moral simplista del hombre en sus relaciones sexuales, moral que considera como un hecho natural e inevitable la prostitución. Dora, la heroína de vanguardia de la novela de Winnitchenko, *La autolealtad*, es una mujer que se siente interiormente libre y que se asimila, sin someterla a crítica, esa «verdad» masculina del mundo burgués. Con «una finalidad superior», para demostrar la profundidad de su sentimiento por el hombre que ama, para afirmar su personalidad y evidenciar lo alejados que están sus sentimientos de una simple agitación de la sangre, Dora «compra» a un hombre... La falsa verdad masculina de clase es aceptada en este caso por una mujer que aspira a libertarse buscando una verdad superior.

más lejos del pasado. Es preciso adaptarse a la angustiosa falta de espacio, prepararse para la lucha, ocupar el sitio que a cada una le corresponde; hay que defender el derecho a la vida.

La mujer de la clase obrera contempla cómo nace y se fortalece dentro de sí la conciencia de su individualidad independiente, y consecuentemente nace en ella la fe en sus propias fuerzas. Gradualmente, de una manera inevitable y poderosa, se desarrolla el proceso de la acumulación de nuevos caracteres morales y espirituales de la mujer obrera, caracteres que le son indispensables como representante de una clase determinada. Pero hay algo todavía más esencial, y es que este proceso de transformación de la estructura interior de la mujer no queda reducido únicamente a personalidades, sino que corresponde a grandes masas, a círculos muy grandes, cada vez más extensos. La voluntad individual se sumerge y desaparece en el esfuerzo colectivo de millones de mujeres de la clase obrera, para adaptarse a las nuevas condiciones de la vida. También en esta transformación despliega el capitalismo una gran actividad. Al arrancar del hogar, del lado de la cuna, a millares de mujeres, convierte el capitalismo a estas naturalezas sumisas y pasivas, a las esclavas obedientes del marido, en un ejército que lucha por sus propios derechos y por los derechos y los intereses de la comunidad humana; hace que se despierte el espíritu de protesta y educa la voluntad. Todo lo cual contribuye a que se desarrolle y fortalezca la individualidad de la mujer.

¡Pero desgraciada la obrera que crea en la fuerza invencible de la individualidad aislada! La pesada carreta del capital la aplastará fríamente sin piedad; las filas apretadas de mujeres combatientes es la única fuerza capaz de desviar de su ruta a la pesada carreta del capitalismo. De esta manera, al mismo tiempo que se desarrolla la conciencia de su personalidad y de sus derechos, nace y se desarrolla en la mujer obrera del nuevo tipo el sentido de la colectividad, el sentido del compañerismo que sólo se desenvuelve muy débilmente en la mujer del nuevo tipo perteneciente a otras clases sociales. Este es el sentimiento fundamental, la esfera de sensaciones que separa con una línea divisoria definitiva a las mujeres trabajadoras del tipo «célibe» pertenecientes a las dos clases fundamentales de la sociedad. En las mujeres del nuevo tipo, pero pertenecientes a distintas clases sociales, es común la distinción cualitativa de las mujeres del pasado; como partes integrantes de las huestes de mujeres trabajadoras, su estructura interior ha experimentado igual transformación, es decir, han logrado desarrollar su inteligencia, reforzar su personalidad y ensanchar su mundo espiritual. Pero la esfera de pensamientos y sentimientos que se derivan del concepto de clase son los que separan de una manera fundamental a las mujeres sociales. Las obreras sienten el antagonismo de la clase con una intensidad infinitamente más grande que las mujeres del tipo antiguo, que desconocían la inevitable lucha social. Para la obrera que ha franqueado el umbral de su casa, que ha experimentado sobre sí misma toda la fuerza de las contradicciones sociales y que se ha visto obligada a participar activamente en la lucha de clases, una ideología de clase clara y definida adquiere la importancia de un arma en la lucha por la existencia. La realidad capitalista separa de una manera absoluta a la Tatiana de Gorki de la Tatiana de Nagrodskaia. Es esta realidad capitalista la que hace que la propietaria de un taller se encuentre por su ideología mucho más alejada de una de sus obreras que la buena ama de casa con relación a su vecina la mujer de un obrero. Esta realidad capitalista es la que agudiza la sensación del antagonismo social entre las mujeres trabajadoras. Para esta categoría de mujeres de un tipo nuevo, sólo puede haber un punto común: su distinción cualitativa de la mujer del pasado, las propiedades específicas que caracterizan a la mujer independiente, del tipo que hemos denominado «célibe». Las mujeres del nuevo tipo pertenecientes a estas dos clases sociales atraviesan por un período de antagonismo; las dos clases luchan por la afirmación de su personalidad; las de una clase, de una manera consciente por «principio»; las de la otra clase, de una manera elemental, colectiva y bajo el yugo de lo inevitable.

Pero mientras que en la mujer nueva perteneciente

a la clase obrera la lucha por la afirmación de su derecho y de su personalidad coincide con los intereses de su clase, las mujeres del nuevo tipo pertenecientes a otras clases sociales tienen necesariamente que tropezar con un obstáculo: la ideología de su clase, que es hostil a la reeducación del tipo de mujer. En el medio burgués, la insurrección de la mujer adquiere un carácter mucho más agudo, y los dramas morales de la mujer del tipo nuevo son mucho más vivos, tienen más colorido, ofrecen mayores complicaciones (38).

En el medio obrero no hay ni pueden existir conflictos agudos entre la psicología en formación de la mujer del nuevo tipo y la ideología de su clase. Tanto su psicología en formación como su ideología de clase se encuentran en un proceso de formación, en una fase de su desarrollo.

El nuevo tipo de la mujer, que es interiormente libre e independiente, corresponde totalmente a la moral que elabora el medio obrero en interés de su propia clase. La clase obrera necesita para la realización de su misión social mujeres que no sean esclavas; no quiere mujeres sin personalidad en el matrimonio y en el seno de la familia, ni mujeres que posean las virtudes pasivas femeninas; necesita compañeras con una individualidad capaz de protestar contra toda servidumbre, que puedan ser consideradas como un miembro activo, en plena posesión de sus derechos, y que conscientemente sirvan a la colectividad y a su clase.

La psicología de la mujer del nuevo tipo, de la mujer independiente y «célibe», se refleja sobre la de las mujeres que permanecen aún en la retaguardia de su tiempo. Los rasgos característicos, formados en la lucha por la vida, de las mujeres de las filas trabajadoras, se convierten poco a poco, de una manera gradual,

(38) Esto explica por qué los novelistas contemporáneos eligen sus heroínas entre las mujeres representantes del medio burgués. Apenas si encontramos una heroína perteneciente a la clase obrera. Sin embargo, los escritores encontrarían un rico material si se decidieran a descender hasta estas capas de la sociedad, donde la dura realidad contemporánea crea, no de una manera aislada, sino en masa, el tipo de mujeres dotadas de una nueva estructura moral, con nuevas necesidades y emociones.

en las características de las otras mujeres que se han quedado rezagadas. Poco importa, pues, que las mujeres trabajadoras no sean todavía más que una minoría, que por cada mujer del nuevo tipo haya dos, quizá tres mujeres pertenecientes al tipo antiguo. Las mujeres trabajadoras son las que dan el tono a la vida y determinan la figura de mujer que caracteriza una época determinada.

Las mujeres del nuevo tipo, al crear los valores morales y sexuales, destruyen los viejos principios en el alma de las mujeres que todavía no se han aventurado a emprender la marcha por el nuevo camino. Son estas mujeres del tipo nuevo las que hacen que los dogmas que las esclavizaban por la concepción que tenían del mundo pierdan todo su poder sobre el alma.

La influencia de las mujeres trabajadoras se extiende mucho más allá de los límites de su propia existencia. Las mujeres trabajadoras «contaminan» con su crítica la inteligencia de sus contemporáneas, destruyen los viejos ídolos y enarbolan el estandarte de la insurrección para protestar contra las «verdades» a las que han vivido sometidas generaciones de mujeres. Las mujeres del nuevo tipo «célibe» e independientes, al libertarse a sí mismas libertan el espíritu, encadenado durante siglos, de sus hermanas pasivas y atrasadas.

Es cierto que la mujer del nuevo tipo ha entrado ya en la literatura; pero todavía está muy lejos de haber desterrado a las heroínas de estructura moral pertenecientes a los tiempos pasados. Tampoco ha logrado todavía la mujer-individualidad descartar el tipo de mujer esposa, eco del hombre. Sin embargo, fácil es observar que aun en las heroínas del tipo antiguo se encuentran, cada vez con mayor frecuencia, las propiedades y los rasgos psicológicos que han aportado a la vida las mujeres de tipo «célibe» e independiente. Los escritores dotan involuntariamente a sus heroínas con sentimientos y características que no eran, en modo alguno, propios de las heroínas de la literatura del período precedente (39).

(39) Los rasgos psicológicos aislados característicos de la mujer nueva se encuentran en las heroínas de Gorki mucho

La literatura contemporánea es rica, sobre todo, en figuras de mujeres del tipo transitorio; es rica en heroínas que tienen simultáneamente las características de la mujer antigua y de la mujer nueva. Por otra parte, aun en las mujeres de tipo «célibe» ya formado, se observa todavía un cruel proceso de transformación de los valores nuevos, que quiere ser ahogado por la tradición y por una serie de pensamientos pertenecientes al pasado. La fuerza de los siglos es demasiado grande y pesa mucho sobre el alma de la mujer del nuevo tipo. Los sentimientos atávicos perturban y debilitan las nuevas sensaciones; las viejas concepciones de la vida encadenan todavía el espíritu de la mujer que busca su liberación. Lo antiguo y lo nuevo se encuentran en continua hostilidad en el alma de la mujer. Por tanto, las heroínas contemporáneas tienen que luchar contra un enemigo que presenta dos frentes: el mundo exterior y sus propias tendencias, heredadas de madres y abuelas.

Como dice Hedwing Dohn, «los nuevos pensamientos han nacido ya en nosotros, pero los antiguos no han muerto todavía». Los restos de las generaciones pasadas no han perdido su fuerza, aunque poseemos ya la formación intelectual, la fuerza de voluntad de la mujer nueva. «La reeducación de la psicología de la mujer necesaria para adaptarse a las nuevas condiciones de su existencia económica y social no puede lograrse sin una profunda y dramática lucha. Cada paso en este sentido provoca conflictos que eran completamente desconocidos de las heroínas de los tiempos pasados. Son estos conflictos los que inundan el alma de la mujer, los que poco a poco llaman la atención de los escritores y acaban por convertirse en manantial de inspiración artística. La mujer se transforma gradualmente, y de un objeto de la tragedia masculina se convierte en el sujeto de su propia tragedia.»

---

más a menudo que en los otros escritores rusos. Su alma de artista sensible, abierta a la realidad futura, sabe apoderarse con mucha más facilidad que la de los otros escritores de los rasgos que escapan a las miradas de los demás, los cuales se encuentran más estrechamente ligados a la realidad capitalista.

EL AMOR Y LA MORAL SEXUAL

En los años de 1910 a 1911, período durante el cual disminuyó en Rusia el interés por los problemas sexuales, apareció en Alemania el estudio psicosociológico de Grete Meisel-Hess (1) sobre la «crisis sexual», libro que no fue un éxito de público. La novela de Karin Michaelis, *La edad peligrosa,* publicada poco después, libro que carace de gran valor artístico y cuya audacia no va más allá de límites permitidos por las conveniencias de «buen tono» literario, relegó a segundo término, con su éxito no merecido, la obra de Meisel-Hess. Fue calificado por la crítica como «un libro bien escrito, pero sin ningún valor científico». Unicamente entre las altas esferas intelectuales, entre la «crema» de la sociedad alemana, fue saludado este libro con entusiastas aplausos por parte de unos y muestras de desagrado e indignación de los otros, suerte común a todo investigador sincero de la verdad.

El hecho de que el libro de Meisel-Hess carezca de una serie de cualidades científicas; el hecho de que se le pueda reprochar la falta de método y examen; el que no siga un procedimiento sistemático; el que su pensamiento sea en algunos momentos inseguro y sinuoso, y que repita cosas ya expuestas, no puede disminuir en modo alguno el valor de este trabajo.

Un hálito de frescura se desprende del libro; la investigación de la verdad llena las páginas vivas y apasionadas de esta exposición, en la cual se refleja una vibrante alma de mujer, que conoce profundamente la vida. Los pensamientos de Meisel-Hess no son nuevos,

(1) Grete Meisel-Hess, *La crisis sexual,* Jena Diederichs.

flotan en el ambiente, llenan y saturan toda nuestra atmósfera moral.

Los problemas que Meisel-Hess examina nos son conocidos. Todos hemos meditado sobre ellos, los hemos vivido en todo su dolor. No hay ninguna persona que después de reflexionar sobre estos problemas no haya llegado por un camino o por otro a las conclusiones grabadas en las páginas del libro *La crisis sexual.* Pero, fieles a la hipocresía que nos domina, continuamos adorando públicamente al viejo ídolo: la moral burguesa. El mérito de Meisel-Hess es semejante al del niño del cuento de Andersen. Meisel-Hess se ha atrevido a gritar a la sociedad que «el rey no tiene camisa», es decir, que la *moral sexual* contemporánea no es más que una *vana ficción.*

En efecto, las normas morales que regulan la vida sexual del hombre no pueden tener más que dos finalidades, dos objetivos. Primero, asegurar a la humanidad una descendencia sana, normalmente desarrollada; contribuir a la selección natural en interés de la raza. Segundo, contribuir al desenvolvimiento de la psicología humana, a enriquecerla con sentimientos de solidaridad, de compañerismo, de colectividad. La moral sexual actual, como moral que sirve únicamente a los intereses de la propiedad, no llena ninguna de estas dos finalidades. Todo el código complicado de la moral sexual contemporánea, con el matrimonio monógamo indisoluble, que rara vez está basado en el amor, y la institución de la prostitución, tan extendida y organizada, no sólo no contribuye al saneamiento de la raza, sino que produce efectos contradictorios, es decir, favorece «la selección natural en sentido inverso». La moral contemporánea no hace más que conducir a la Humanidad por el camino de la degeneración ininterrumpida.

Los matrimonios tardíos, la esterilidad forzada en el período más favorable para la concepción, el recurso de la prostitución completamente «inútil» desde el punto de vista del interés de la raza, la ausencia de un factor tan importante como el «éxtasis amoroso» en los matrimonios de conveniencia, en el matrimonio legal indisoluble; el que los ejemplares «más hermosos»

femeninos, los más capacitados para provocar las emociones eróticas de los hombres queden reducidos a la esterilidad de la prostitución; la condena a muerte que pesa sobre los «hijos del amor», productos ilegales de la raza, frecuentemente los más valiosos por ser los más sanos y vigorosos, todos éstos son los resultados directos de la moral corriente, resultados que conducen irremediablemente a la fealdad, decadencia y degeneración física y moral de la raza humana.

El intento de Meisel-Hess de armonizar la moral sexual y el objetivo de «la higiene de la raza», merece una gran atención, y debe interesar principalmente a los partidarios de la concepción materialista de la Historia. La defensa de la joven generación trabajadora, la protección de la maternidad y de la infancia, la lucha contra la prostitución y otras reivindicaciones de los programas socialistas persiguen en esencia «la higiene de la raza» en su más amplia acepción. Arrancar a la moral sexual la aureola del inviolable «imperativo categórico», armonizar la moral sexual con las necesidades vitales y prácticas y con las exigencias de la vanguardia de la Humanidad, es la tarea que debe figurar en el orden del día, y que reclama de una manera imperiosa la atención reflexiva y consciente de todos los programas socialistas.

Por muy valiosos que sean los pensamientos de Meisel-Hess sobre esta cuestión, rebasaríamos indudablemente los límites de este breve ensayo si nos dedicásemos a analizar de una manera detenida esta parte del libro. Por tanto, nos limitaremos a examinar aquí la segunda parte del problema sexual. Unicamente estudiaremos las respuestas, no menos valiosas e interesantes, de Meisel-Hess a la segunda pregunta: Las formas actuales de la moral sexual, ¿cumplen con los fines de esta segunda cuestión? Es decir, ¿contribuyen a desarrollar en el hombre sentimientos de solidaridad y compañerismo, y, por tanto, al enriquecimiento de la psicología humana?

Después de someter a un análisis sistemático las tres formas fundamentales de la unión entre los sexos, el matrimonio legal, la unión libre y la prostitución,

Meisel-Hess llega a la deducción pesimista, pero inevitable, de que en el mundo capitalista todas estas formas, tanto las unas como las otras, marcan y deforman el alma humana y hacen perder toda esperanza de conseguir una felicidad sólida y durable, en una comunidad de almas profundamente humana: en el estado invariable y estacionario de la psicología contemporánea no hay solución posible para la crisis sexual.

La puerta prohibida sólo puede abrirla una transformación fundamental de la psicología humana; sólo un enriquecimiento de nuestra psicología en «potencial de amor» puede transformar las relaciones entre los sexos y convertirlas en relaciones impregnadas de verdadero amor, dotadas de una afinidad real, en uniones sexuales que nos hagan felices. Pero una transformación de este género exige de una manera inevitable la transformación fundamental de las relaciones económico-sociales; es decir, exige el establecimiento de un régimen comunista.

¿Cuáles son los efectos fundamentales, los lados sombríos del matrimonio legal? El matrimonio legal está basado en dos principios igualmente falsos: la indisolubilidad, por un lado, y el concepto de *propiedad*, de la posesión absoluta de uno de los cónyuges por el otro.

La indisolubilidad del matrimonio legal está basada en una concepción contraria a toda ciencia psicológica; en la invariabilidad de la psicología humana en el transcurso de una larga vida. La moral contemporánea obliga al hombre a encontrar su «felicidad» a cualquier precio, y, al mismo tiempo, le exige descubra esa «felicidad» de primera intención, sin equivocarse nunca. La moral contemporánea no admite que el hombre pueda equivocarse en su elección entre millares de seres que le rodean. Necesariamente tiene el hombre que encontrar el alma en armonía con la suya, ese segundo «yo» único, que le hará feliz en el matrimonio. Cuando un ser humano se equivoca en la elección, principalmente si el ser que vacila y se pierde en la busca del ideal es una mujer, la sociedad, tan exigente y tan deformada por la moral contemporánea, no acude en

socorro de sus miembros necesitados. Poco le importa a nuestra sociedad que el alma y el corazón de una mujer que se equivoca queden destrozados en las punzantes espinas de las decepciones; no acudirá en su ayuda, pero, en cambio, la perseguirá con furia vengadora, e inexorablemente la condenará.

La delicada flor de nuestra moral sexual es una «felicidad» adquirida a costa de nuestra esclavitud a la sociedad. Una separación leal en una unión amorosa es considerada por nuestra sociedad actual, interesada únicamente por la idea de la propiedad, y que no considera nunca los intereses de la «especie», ni siquiera los de la felicidad individual, como la ofensa más grande que se le puede infligir. Y, sin embargo, nada más cierto, observa con gran tristeza Meisel-Hess, que el parecido entre el matrimonio y un piso habitable: sus malas condiciones sólo se descubren después de haber vivido algún tiempo en él. «Si nos vemos obligados a mudarnos con frecuencia de pisos faltos de comodidades y poco apropiados a nuestras necesidades, nos sentimos como perseguidos por una "mala estrella"; pero indiscutiblemente la situación es mucho más terrible si la sociedad nos obliga a vivir todo el resto de nuestra existencia en malas condiciones.» «El cambio de uniones amorosas en el curso de la vida humana —continúa Meisel-Hess—, y durante el proceso de evolución de una individualidad, es un hecho que tendrá que ser reconocido por la sociedad futura como algo normal e inevitable.»

«La indisolubilidad del matrimonio legal es todavía más absurda si se tiene en cuenta que la mayoría de los matrimonios se hacen "a ciegas", es decir, que las dos partes contrayentes sólo tienen el uno del otro una idea confusa. No es sólo que uno de los esposos desconozca en absoluto la naturaleza psicológica del otro, sino algo todavía mucho más grave. Los esposos ignoran al contraer matrimonio legal que va a ser un lazo indisoluble, si existe entre ellos una afinidad física, esa consonancia sin la cual no es posible la felicidad.» «Las "noches de prueba", practicadas con tanta frecuencia durante la Edad Media —dice Meisel-Hess— no son en modo alguno" una absurda indecencia". Practicadas en

otras condiciones y teniendo como finalidad el interés de la raza y consideradas como medio de asegurar la felicidad individual, podrían incluso conquistar derecho de ciudadanía.»

El segundo factor que envenena el matrimonio legal es la idea de *propiedad,* de «posesión absoluta» de uno de los cónyuges sobre el otro. No puede darse en la realidad un contrasentido más grande; dos seres cuyas almas sólo tienen raros puntos de contacto, tienen «necesariamente» que adaptarse el uno al otro, en todos los diversos aspectos de su múltiple «yo». El absolutismo de la posesión lleva irremediablemente la presencia continua de estos dos seres, comunidad que es tan molesta para el uno como para el otro. La idea de la posesión no deja libre el «yo», no hay momento de soledad para la propia voluntad, y, si a esto se añade la coacción ejercida por la dependencia económica, ya no queda ni siquiera «un pequeño rincón» propio. La presencia continua, las «exigencias» inevitables que se tienen con el «objeto poseído» son la causa de que un amor ardiente se transforme en indiferencia, esa terrible indiferencia que lleva dentro de sí razonamientos insoportables y mezquinos. En efecto: tenemos necesariamente que estar de acuerdo con Meisel-Hess cuando dice que una vida en común demasiado estrecha es la causa principal que marchita la delicada flor primaveral del entusiasmo amoroso más puro. ¡Cuántas «precauciones» tiene que tener un alma con la otra; qué inmensas reservas de calor afectuoso son necesarias para poder recoger, ya en el otoño, los frutos sabrosos de una profunda adhesión indisoluble entre dos almas!

Pero hay todavía más. Los factores de indisolubilidad y propiedad, fundamentos del matrimonio legal, ejercen un efecto nocivo sobre el alma humana. Estos dos factores exigen pocos esfuerzos psíquicos para conservar el amor de su compañero de vida, puesto que está ligado indisolublemente a él por cadenas exteriores. La forma actual del matrimonio legal no hace, por tanto, más que empobrecer el alma, y no contribuye en modo alguno a la acumulación en la Humanidad de

reservas de «ese gran amor» que fue la profunda nostalgia de toda la vida del genio ruso Tolstoi.

Todavía se deforma más la psicología humana con otro aspecto de la unión sexual: la *prostitución.*

«¿Puede darse algo más monstruoso que el acto amoroso degradado hasta el punto de hacer de él una profesión?»

Dejemos a un lado todas las miserias sociales que van unidas a la prostitución, los sufrimientos físicos, las enfermedades, las deformidades y la degradación de la raza, y detengámonos solamente ante la cuestión de la influencia que la prostitución ejerce sobre la psicología humana. No hay nada que seque tanto las almas como la venta forzada y la compra de caricias de un ser con el que no hay nada en común. La prostitución extingue el amor en los corazones.

La prostitución deforma las ideas normales de los hombres, empobrece y envenena el alma; la prostitución roba algo que es lo más valioso de los seres humanos: la capacidad para sentir apasionadamente el amor, esa pasión que enriquece la personalidad por la aportación de los sentimientos vividos. La prostitución deforma todas aquellas nociones que nos conducen a considerar el acto sexual como uno de los factores esenciales de la vida humana, como acorde final de múltiples sensaciones físicas, y nos empuja a estimarlo, en cambio, como un acto vergonzoso, bajo y groseramente bestial. La vida psicológica de las sensaciones en la compra de caricias tiene repercusiones que pueden producir consecuencias muy graves en la psicología masculina. El hombre acostumbrado a la prostitución, relación sexual en la que están ausentes los factores psíquicos, capaces de ennoblecer el verdadero «éxtasis erótico», adquiere el hábito de aproximarse a la mujer con deseos reducidos, con una psicología simplista y desprovista de tonalidades. Acostumbrado a las caricias sumisas y forzadas, no intenta siquiera comprender la múltiple actividad a que se entrega el alma de la mujer amada durante el acto sexual. Este tipo de hombre no puede «percibir» los sentimientos que despierta en el alma de la mujer; es incapaz de captarse

sus múltiples matices. Muchos dramas femeninos no tienen otra causa que esta psicología simplista con que el hombre se aproxima a la mujer, y que ha sido engendrada en las casas de lenocinio. La prostitución extiende de un modo inevitable sus alas sombrías sobre la cabeza de la mujer «libremente amada» lo mismo que sobre la esposa ingenuamente amorosa y sobre la amante intuitivamente exigente. La prostitución envenena implacablemente la felicidad del amor de las mujeres que buscan en el acto sexual la compenetración final de una pasión correspondida, armoniosa y omnipotente (2).

La mujer normal busca en el acto sexual la plenitud y la armonía. El hombre, por el contrario, formado como está en la prostitución, que extermina la múltiple vibración de las sensaciones de amor, no se entrega más que a un pálido y uniforme deseo físico que deja en ambas partes una sensación de falta de satisfacción y de hambre psíquica. La incomprensión mutua crece; cuanto más desarrollada está la individualidad de la mujer, más múltiples son sus exigencias psíquicas, lo que trae como resultado una crisis sexual más aguda. Por tanto, la prostitución es peligrosa, porque su influencia se extiende aún mucho más allá de su propio dominio.

(2) Conviene señalar que las consideraciones expuestas por Meisel-Hess, acerca de la deformación de la psicología masculina, nos facilitan la clave de otro fenómeno que hasta ahora había permanecido oculto. La poca costumbre que los hombres tienen de tomar en consideración la psicología femenina, la incapacidad para comprender sus sentimientos, no solamente les conducen a no prestar la menor atención al alma de la mujer, sino que van mucho más allá todavía: conducen a los hombres a ignorar en absoluto, con la más sorprendente de las ignorancias, las sensaciones fisiológicas de la mujer durante el acto más íntimo de sus relaciones mutuas. Los médicos son los únicos que conocen perfectamente, por ser causa frecuente de enfermedades nerviosas, la falta de satisfacción que algunas mujeres encuentran en el acto sexual. Es sorprendente que la literatura, impregnada en absoluto por la psicología masculina, haya dejado pasar en silencio este hecho que explica toda una serie de dramas de familia y de amor. Cuando Maupassant se atreve a tocar esta cuestión en la novela *Una vida,* su «revelación» provoca una ingenua sorpresa en la mayoría de los hombres.

Meisel-Hess dice:

«Aun dejando a un lado la cuestión de la degeneración fisiológica de la Humanidad, las enfermedades venéreas, el empobrecimiento físico de la raza, hay que tener en cuenta todavía otro factor psicológico que oscurece los impulsos morales, mancha y deforma la conciencia erótica y hace que el hombre y la mujer se comprendan cada vez menos y no sepan gozar mutuamente sin engañarse el uno al otro.»

La tercera forma de las relaciones sexuales, la unión libre, lleva dentro de sí también muchos aspectos igualmente sombríos. Las imperfecciones de esta forma sexual son más bien de un carácter reflejo; el hombre de nuestra época va a la unión libre con una psicología ya deformada por una moral falsa y malsana, fruto del matrimonio legal, por una parte, y del lúgubre abismo de la prostitución, por otra. El amor libre choca con dos obstáculos inevitables: «la incapacidad para sentir el amor verdadero», esencia de nuestro mundo individualista, y la falta del tiempo indispensable para entregarse a los verdaderos placeres morales. El hombre actual no tiene tiempo «para amar». Nuestra sociedad, fundada sobre un principio de concurrencia, la lucha cada vez más dura por la existencia, la persecución implacable para la conquista de un pedazo de pan, de un sueldo o de una carrera, no deja lugar para el culto del exigente y delicado Eros. La pobre Aspasia esperará inútilmente en nuestros tiempos, sobre su lecho cubierto de rosas, al «compañero» de sus placeres de amor. Aspasia no puede compartir su lecho con un hombre grosero, de nivel moral indigno de ella; pero el hombre «moralmente noble» carece de tiempo para pasar las noches a su lado.

Meisel-Hess hace notar con mucha razón un hecho que se da con extraordinaria frecuencia: el hombre de nuestro tiempo considera el amor-pasión como «la más grande de las desgracias» que le pueden suceder. El amor-pasión es un obstáculo para la realización de los objetivos esenciales de su vida: la conquista de la posición, de un capital, de una colocación segura, de la gloria, etc. El hombre tiene miedo a los lazos de un amor fuerte y sincero que le «apartaría» posiblemente

del principal objetivo de su vida. La unión libre, en el complicado ambiente que nos rodea, exige a su vez una pérdida de tiempo y de fuerzas morales infinitamente más grande que un matrimonio legal, o que las fugitivas caricias compradas.

Solamente las citas devoran unas horas preciosas para «los negocios». Al mismo tiempo, miles de demonios amenazan a la pareja unida únicamente por los lazos del amor. Basta que por una casualidad se origine un desacuerdo momentáneo, para que inmediatamente se produzca la ruptura. El amor libre en las condiciones actuales de nuestra sociedad termina siempre en una separación o un matrimonio legal.

Según Meisel-Hess, «no ha nacido todavía» el hombre fuerte y consciente que sea capaz de considerar el amor como parte integrante en la totalidad de sus objetivos vitales. Por esta razón, el hombre de nuestra época, absorbido por serios trabajos, prefiere abrir la bolsa y mantener una querida o cumplir con una mujer, dándole su «nombre», tomando bajo su responsabilidad la carga de una familia legal. Todo antes que perder un tiempo «tan valioso» y que dilapidar sus energías en horas entregadas a placeres de amor...

La mujer, lo mismo que el hombre, particularmente las mujeres que viven de un trabajo independiente (este tipo de mujer constituye del cuarenta al cincuenta por ciento en todos los países cultos), tienen que enfrentarse con el mismo dilema que el hombre; se ven obligadas a elegir entre el amor o su profesión. La situación de la mujer que trabaja se complica todavía más con el factor de la maternidad. Basta detenerse un momento en la biografía de las mujeres que se han distinguido en la vida, para convencerse del conflicto inevitable entre el amor y la maternidad, por un lado, y la profesión y la vocación, por otro. Quizá la causa de que las exigencias de la mujer «célibe» independiente con respecto al hombre sean cada vez mayores estribe precisamente en que este tipo de mujer deposita en la balanza de la felicidad del amor libre, además de su alma, su trabajo querido, una profesión conquistada. Debido a esto, esta mujer exige, en cambio, como

la mayor compensación a todo lo entregado, «el más rico don»: el alma del hombre amado.

La unión libre sufre las consecuencias de la ausencia de un factor moral, de la falta de conciencia de «un deber interior». En el estado actual de las relaciones sociales no hay motivo para creer que esta forma de unión sexual será lo bastante potente para ayudar a salir a la Humanidad del callejón en que se encuentra la crisis sexual, solución que esperan, sin embargo, los partidarios del amor libre. La solución a este complicado problema sólo es posible mediante una reeducación fundamental de nuestra psicología, reeducación que, a su vez, sólo es posible por una transformación de todas las bases sociales que condicionan el contenido moral de la Humanidad. Las medidas y reformas pertenecientes al dominio de la política social, que indica como remedios Meisel-Hess, no contienen en el fondo nada esencialmente nuevo. Corresponden por completo a las reivindicaciones del programa socialista: independencia económica de la mujer, verdadera protección y seguro a la maternidad y la infancia, lucha contra la prostitución en su base económica, supresión de la noción de hijos legítimos e ilegítimos, sustitución del matrimonio religioso por el matrimonio civil, fácilmente anulable, reconstrucción fundamental de la sociedad según los principios comunistas. El mérito de Meisel-Hess no descansa, pues, en las reivindicaciones político-sociales, que juzga necesarias, y que son análogas a las de los programas socialistas. Lo verdaderamente esencial de su detenida investigación en busca de la verdad sexual es que haya caído inconscientemente, sin ser socialista militante, en el único camino de una solución posible del problema sexual. Pero todas las reformas sociales, condiciones indispensables para las nuevas relaciones entre los sexos, serán insuficientes para resolver la crisis sexual si al mismo tiempo no se forma una fuerza creadora poderosa, capaz de aumentar el «potencial de amor» de la Humanidad.

La agudeza intelectual de Meisel-Hess es la que hace que por un medio completamente intuitivo llegue esta escritora a la misma conclusión. Meisel-Hess ha com-

prendido que toda la atención de la sociedad en lo referente a la educación y formación del alma, en el dominio de las relaciones sexuales, debe modificarse en esta forma.

La unión de los sexos tal y como la entiende Meisel-Hess, es decir, la unión fundada en una profunda compenetración, en una armoniosa consonancia de los cuerpos y de las almas, seguirá siendo por mucho tiempo el ideal de la Humanidad futura. Porque no hay que olvidar que un matrimonio basado en el «amor verdadero» es algo que se da raramente, puesto que el «amor verdadero» es un don que el destino sólo concede a algunos elegidos. Este poderoso mago, es decir, el «amor verdadero», que calienta nuestra vida con sus rayos luminosos, sólo toca con su varita mágica a unos cuantos corazones. Millones de seres no han conocido en su vida sus encantos. ¿Cuál será, pues, la suerte de estos desheredados? ¿Estarán para siempre condenados a los fríos abrazos del matrimonio de conveniencia? ¿No tendrán más recurso que la prostitución? ¿Tendrán que plantearse eternamente el dilema, planteado a la sociedad de nuestra época, de enfrentarse con el poco frecuente «amor verdadero» o de padecer hambre sexual?

Meisel-Hess sigue su investigación y descubre una nueva solución. Donde no existe el «amor verdadero», éste puede ser reemplazado por el «amor juego». Para que el «amor verdadero» llegue a ser patrimonio de toda la Humanidad, es preciso pasar por una difícil, pero ennoblecedora «escuela de amor». El «amor juego» es también una escuela, es un medio de acumulación de «potencial de amor» en la psicología humana.

¿Qué será este «amor juego» en el que Meisel-Hess funda tantas esperanzas?

El «amor juego», en sus diversas formas, se encuentra en todas las épocas de la historia de la Humanidad. En las relaciones entre la antigua hetaira y su amigo, en el amor galante de la época del Renacimiento entre la cortesana y su «amante-protector», en la amistad erótica de la modistilla, libre como un pájaro, y su «compañero» estudiante. En todas estas relaciones podemos encontrar fácilmente los elementos

principales de este sentimiento. No es el Eros de semblante trágico que todo lo devora, que exige la plenitud y la posesión absoluta, pero tampoco es la brutal sexualidad reducida meramente al acto fisiológico. El «amor juego» que nos describe Meisel-Hess no puede ser tampoco el amor nacido de una psicología simplista.

El «amor juego» es exigente. Seres que se aproximan únicamente sobre la base de una simpatía mutua, que sólo esperan el uno del otro lo más amable y sonriente de la vida, no pueden permitir que se torture impunemente su alma, no pueden consentir que se deje en olvido su personalidad ni que se ignore su mundo interior. El «amor juego», que exige entre los dos seres unidos mayor atención mutua, más delicadeza en todas sus relaciones, puede hacer que el hombre pierda poco a poco el egoísmo sin fondo que hoy día marca indeleblemente todos sus sentimientos amorosos. Una actitud llena de solicitud con respecto al alma del otro, además de servir de estímulo a los sentimientos de simpatía, hace que se desarrolle la intuición, la sensibilidad y la delicadeza.

En tercer lugar, el «amor juego», como no tiene por punto de partida el principio de la posesión absoluta, acostumbra a los hombres a entregar a la persona amada la parte más agradable de su «yo», aquella parte que hace que la vida sea más agradable y armoniosa. Piensa Meisel-Hess que este «amor juego» iniciaría a los hombres en una virginidad superior. Les enseñaría a no entregarse enteramente más que cuando se enfrentasen con un sentimiento constante y profundo. Nuestra tendencia actual nos lleva a atentar contra toda la personalidad del otro «desde el primer beso». Estamos dispuestos a entregar «totalmente» nuestro corazón cuando el otro no siente todavía ninguna atracción. Es necesario no olvidar nunca que únicamente el sagrado «amor verdadero» puede tener suficiente fuerza para conceder «derechos».

Todavía tiene otras ventajas el «amor juego» o la amistad erótica. Esta relación sexual protege a los hombres de los dardos mortales del amor, enseña a los hombres a saber resistir a la pasión que degrada y opri-

me al individuo. Meisel-Hess afirma: «Este acto espantoso que podemos calificar de penetración por la violencia en el "yo" de otro, no puede darse en el "amor juego".» El «amor juego» excluye el «pecado» más grande del amor: «la pérdida de la personalidad en la corriente arrolladora de la pasión». La Humanidad contemporánea vive bajo el sombrío signo de la pasión, siempre ávida de devorar el «yo» de otro. En la novela de Laswitz, una habitante de Marte contesta a la proposición amorosa de un habitante de la Tierra: «Desde el juego alado de los sentimientos, tendría que descender y doblegarme a la esclavitud de la pasión, perder mi libertad, descender contigo a la Tierra... Vuestra Tierra es más grande, quizá más bella que nuestro planeta, pero yo me moriría seguramente en su atmósfera densa. Pesados como vuestro aire son vuestros corazones. Yo no soy más que Numa...»

Nuestra época se caracteriza por la ausencia del «arte de amar». Los hombres desconocen en absoluto el arte de saber conservar relaciones amorosas, claras, luminosas, aladas; no saben todo el valor que encierra la amistad amorosa. El amor para los hombres de nuestra época es una tragedia que destroza el alma, o un «vodevil». Es preciso hacer salir a la Humanidad de este atolladero; hay que enseñar a los hombres a vivir horas llenas de belleza, claras, sin graves cuidados. La psicología del hombre no estará abierta para recibir el amor verdadero, purificado de todos sus aspectos sombríos, hasta que no pase por la escuela de la amistad amorosa. Cada nuevo amor (no nos referimos naturalmente al acto meramente fisiológico brutal), en vez de empobrecer el alma humana, contribuye a enriquecerla. «Un corazón humano sano y rico —dice Meisel-Hess— no es un pedazo de pan que disminuye a medida que nos lo comemos.» El amor es una fuerza que crece más cuanto más se gasta. «Amar siempre, amar profundamente, en todos los momentos de nuestra vida, amar siempre y cada vez con mayor abnegación, ése es el destino ardiente de todo gran corazón.» El amor en sí es una gran fuerza creadora. Engrandece y enriquece el alma del que lo siente, tanto como el alma de quien lo inspira.

Si la Humanidad no tuviese al amor, se sentiría robada, desheredada y desgraciada. El amor será seguramente el culto de la Humanidad futura. Ya hoy día el hombre necesita para poder luchar, vivir, trabajar y crear, sentirse «afirmado», reconocido. El que se siente amado sabe que hay alguien que reconoce su personalidad en todo su valor, y precisamente de esta conciencia de sentirse «afirmado» nace la suprema alegría de vivir. Pero es que este reconocimiento del «yo», esta victoria sobre el fantasma amenazador de la soledad moral no puede lograrse, en modo alguno, con la satisfacción brutal del deseo fisiológico. «Sólo el sentimiento de una total armonía con el ser amado puede extinguir esa sed.» Sólo el «verdadero amor» puede darnos la plena satisfacción. Por tanto, la crisis sexual es mucho más aguda cuando las reservas del «potencial del amor» del alma humana son menores, cuando los lazos sociales son más limitados, cuando la psicología humana es más pobre en sentimientos de solidaridad.

Desarrollar ese imprescindible «potencial de amor», educar, preparar la psicología humana para que esté en condiciones de recibir el «amor verdadero», ésa es precisamente la finalidad que tiene que cumplir el «amor juego» o amistad erótica.

Podemos decir que el «amor juego» no es más que un sustitutivo del «amor verdadero». «Eso no es suficiente», dirán quizá algunos. En ese caso, responde Meisel-Hess, que se atrevan a mirar en torno suyo y se den cuenta con qué sutituyen en nuestra sociedad el «amor verdadero». ¡La prostitución disfrazada de «amor verdadero»! ¡Qué gran hipocresía, qué terribles reservas de mentira sexual se acumulan en este aspecto! Pongamos un ejemplo de la vida, tomado al azar. Dos novios se sienten poseídos por el mismo deseo; la severa moral contemporánea les prohíbe su satisfacción y les impone un terminante «todavía no». Por tanto, el novio va a casa de la prostituta, que no desea sus caricias, pero que *tiene* que entregarse a él, mientras que la novia se consume en la espera de la autorización legal. Sería mucho más natural, y desde luego mucho más moral, que estos dos seres, animados de un

mismo deseo, encontraran la mutua satisfacción de su carne en sí mismos sin buscar la complicidad de una tercera persona, completamente ajena a una situación que ellos mismos han creado.

Además de los aspectos fundamentales de carácter económico-social, la prostitución implica un factor psicológico determinante y que está profundamente grabado en el alma humana: la satisfacción de una necesidad erótica sin otra preocupación ulterior, la libertad de su alma y de su porvenir, sin tener necesidad de ponerse a los pies de un ser interiormente alejado a su «yo». Es necesario dar libre paso a este instinto natural. No se puede ahogar a un desgraciado ser enamorado con la soga del matrimonio. El «amor juego» nos indica el camino a seguir. «Si queremos ser sinceros, si rechazamos la hipocresía de la moral y la mentira sexual, no hay motivo para negar la posibilidad de una solución semejante para la Humanidad colocada en un grado superior de la evolución social», dice Meisel-Hess.

En presencia de una serie de reformas sociales, que Meisel-Hess señala como la condición indispensable de todas sus deducciones morales, ¿qué delito puede haber en que el éxtasis erótico sea el que arroje a un ser en los brazos del otro?

Finalmente, los límites de la amistad erótica son muy amplios y aún pueden extenderse más. Ocurre con mucha frecuencia que dos seres que se han aproximado atraídos por una simpatía libre lleguen a «conocerse mutuamente», es decir, que del «amor juego» nazca el «amor verdadero». Para que esto suceda no hay más que crear posibilidades objetivas. ¿Cuáles son, pues, las deducciones y reivindicaciones prácticas a que llega Meisel-Hess?

En primer lugar, la sociedad tendrá que acostumbrarse a reconocer todas las formas de unión entre los sexos, aunque se presenten ante ella con contornos nuevos y desconocidos; pero siempre que respondan a dos condiciones: que no ofrezcan peligro para la raza y que su factor determinante no sea el yugo económico. El ideal continuará siendo la unión monógama basada en un amor verdadero, pero sin los caracteres de «invariabilidad» e «indisolubilidad». El cambio será tanto más inevitable cuanto más diversa sea la psicología del hombre. El concubinato o «monogamia sucesiva» será la forma fundamental del matrimonio. Pero al lado de esta relación sexual existe toda una gama de aspectos diversos de uniones amorosas, siempre dentro de los límites de la amistad erótica.

La segunda exigencia es el reconocimiento real, no solamente de palabra, sino de hecho, de la santidad de la maternidad. La sociedad tiene la obligación de establecer en todo el camino de la vida de la mujer, bajo todas las formas posibles, «puestos de socorro» que sostengan a la mujer moral y materialmente durante el período de mayor responsabilidad de su vida.

Por último, y con el fin de que las relaciones más libres no supongan para la mujer «el espantoso desenfreno», es indispensable revisar todo el equipaje moral con que se carga a la mujer soltera cuando entra en el camino de la vida.

La educación contemporánea tiende totalmente a limitar en la vida de la mujer los sentimientos de amor. Esa educación es la causa de esos «corazones destrozados», de esas figuras de mujeres desesperadas, que se ahogan en la primera tempestad de la vida. Es preciso que se abran ante la mujer las múltiples puertas de la vida; hay que endurecer su corazón y templar su voluntad. Ya es hora de enseñar a la mujer a que considere al amor no como la única base de su vida, sino sólo como una etapa, como un medio de revelar su «yo» verdadero. Es necesario que la mujer aprenda a salir de los conflictos del amor, no con las alas rotas, sino como salen los hombres, con el alma fortalecida. Es necesario que la mujer acepte el lema de Goethe: «Saber rechazar el pasado en el momento en que se quiera, y recibir la vida como si acabara de nacer.» Afortunadamente, ya brilla la luz, ya se dibujan los tipos femeninos nuevos, las mujeres «célibes» para las cuales los tesoros que puede ofrecer la vida no se limitan al amor.

En el dominio de los sentimientos de amor, este nuevo tipo de mujer no permite que las corrientes de la vida sean las que dirijan su barca: el timón está

en manos de piloto experimentado, su voluntad se ha endurecido ya en la lucha por la vida. La vieja exclamación «¡Es una mujer de historia!», es ahora glosada por la mujer del tipo «célibe», en la forma siguiente: «¡Esa mujer no tiene historia! ¡Qué triste destino el suyo!»

Es cierto que este nuevo tipo de mujer no abunda todavía en la realidad; es igualmente cierto que la nueva era sexual, fruto de una organización de la sociedad más perfecta, no comenzará en un mañana inmediato; la deprimente crisis sexual no podrá resolverse de una sola vez, no podrá dejar el paso libre a la moral del porvenir sin lucha; pero es igualmente cierto que el camino haya sido ya encontrado y que a lo lejos brilla la puerta anhelada abierta de par en par.

El libro de Meisel-Hess nos facilita el hilo de Ariadna en el laberinto complejo de las relaciones sexuales, de los dramas psicológicos. No falta ya nada más que utilizar el precioso tropel de pensamientos que nos ofrece y sacar las consecuencias en armonía con las tareas esenciales de la clase que se eleva a un primer puesto en la sociedad. Nuestra tarea será, por tanto, después de dejar a un lado pequeños detalles sin valor, después de subsanar inexactitudes insignificantes, buscar también en este problema, en el dominio de las relaciones entre los sexos, en la psicología del amor, los principios de la nueva cultura en marcha, cuyo triunfo se avecina de un modo inevitable, es decir, los principios de la cultura proletaria.

LAS RELACIONES ENTRE LOS SEXOS Y LA LUCHA SOCIAL

Entre los múltiples problemas que perturban la inteligencia y el corazón de la Humanidad, ocupa indiscutiblemente uno de los primeros puestos el problema sexual. No hay una sola nación, un solo pueblo en el que la cuestión de las relaciones entre los sexos no adquiera de día en día un carácter más violento y doloroso. La Humanidad contemporánea atraviesa por una crisis sexual aguda en la forma; una crisis que se prolonga y que, por tanto, es mucho más grave y más difícil de resolver.

En todo el curso de la historia de la Humanidad no encontraremos seguramente otra época en la que los problemas sexuales hayan ocupado en la vida de la sociedad un lugar tan importante, otra época en la que las relaciones sexuales hayan acaparado, como por arte de magia, las miradas atormentadas de millones de hombres. En nuestra época, más que en ninguna otra de la Historia, los dramas sexuales constituyen fuente inagotable de inspiración para los artistas de todos los géneros del Arte.

Como la terrible crisis sexual se prolonga, su carácter crónico adquiere mayor gravedad y más insoluble nos parece la situación presente. Por esto la Humanidad contemporánea se arroja anhelante sobre todos los medios que hacen entrever una posible solución del problema «maldito». Pero a cada nueva tentativa de solución se complica más el enmarañado complejo de las relaciones entre los sexos, y parece como si fuera imposible descubrir el único hilo que nos ha de servir para desenredar el compacto nudo. La Humanidad, atemorizada, se precipita desde un extremo

al otro; pero el círculo mágico de la cuestión sexual permanece cerrado tan herméticamente como antes.

Los elementos conservadores de la sociedad llegan a la conclusión de que es imprescindible volver a los felices tiempos pasados, restablecer las viejas costumbres familiares, dar nuevo impulso a las normas tradicionales de la moral sexual. «Es preciso destruir todas las prohibiciones hipócritas prescritas por el código de la moral sexual corriente. Ha llegado el momento de arrojar a un lado ese vejestorio inútil e incómodo... La conciencia individual, la voluntad individual de cada ser es el único legislador en una cuestión de carácter tan íntimo», se oye afirmar entre las filas del campo individualista burgués. «La solución de los problemas sexuales sólo podrá hallarse en el establecimiento de un orden social y económico nuevo, con una transformación fundamental de nuestra sociedad actual», afirman los socialistas. Pero precisamente este esperar en el mañana, ¿no indica también que nosotros tampoco hemos logrado apoderarnos del hilo conductor?

El camino que debemos seguir en esta investigación nos lo ofrece la historia misma de las sociedades humanas; nos lo ofrece la historia de la lucha ininterrumpida de las clases y de los diversos grupos sociales, opuestos por sus intereses y sus tendencias.

No es la primera vez que la Humanidad atraviesa un período de crisis sexual aguda. No es la primera vez que las al parecer firmes y claras prescripciones de la moral al uso, en el dominio de la unión sexual, han sido destruidas por el aflujo de la corriente de nuevos ideales sociales. La Humanidad ha pasado por una época de crisis sexual verdaderamente aguda durante los períodos del Renacimiento y la Reforma, en el momento en que un formidable desplazamiento social relegaba a un segundo término la aristocracia feudal, orgullosa de su nobleza, acostumbrada a dominar su limitación, y en su lugar se asentaba una nueva fuerza social, la burguesía ascendente, que crecía y se desarrollaba cada vez con mayor impulso y poder. El código de la moral sexual del mundo feudal, nacido en el seno de la sociedad aristocrática, con un sistema

de economía comunal y basado en principios autoritarios de castas, devoraba la voluntad individual de los miembros de esa sociedad que intentaban permanecer aislados; el viejo código moral chocaba con el nuevo código moral de principios opuestos que imponía la clase burguesa en formación. La moral sexual de la nueva burguesía estaba basada en principios radicalmente opuestos a los principios morales más esenciales del código feudal. Para sustituir el principio de castas, aparecía una severa individualización: los límites cerrados de la pequeña familia burguesa. El factor de «colaboración» esencial en la sociedad feudal, característico de su economía comunal tanto como de la economía regional, era reemplazado por el principio de la concurrencia. Los últimos vestigios de ideas comunales propias de los diversos grados de todas las evoluciones de la vida de castas fueron barridos por el principio triunfante de la propiedad privada individualizada, aislada. La Humanidad, perdida durante el proceso de transición, titubeó durante varios siglos entre los dos códigos sexuales de espíritu tan diverso, ansiosa de adaptarse a la situación, hasta el momento en que el laboratorio de la vida transformó las normas viejas en un molde nuevo y logró, cuando menos, una armonía en la forma, una solución en cuanto al aspecto externo.

Pero durante esta época de transición, tan viva y llena de colorido, la crisis sexual, a pesar de revestir un carácter de gravedad, no se presentó en una forma tan grave y amenazadora como en nuestros tiempos. Esto fue debido a que durante los gloriosos días del Renacimiento, durante aquel nuevo siglo iluminado por los rayos brillantes de una nueva cultura espiritual que teñía de vivos colores la vida pobre de contenido del agonizante mundo de la Edad Media, la crisis sexual sólo la experimentó una parte relativamente reducida de la sociedad. La capa social más considerable de la época, desde el punto de vista cuantitativo, los campesinos, no sufrió las consecuencias de la crisis sexual más que de una manera indirecta, cuando, por lento proceso secular, se transformaban las bases económicas en que estaba fundada esta clase social, es decir, únicamente en la medida en que evoluciona-

ban las relaciones económicas. Las dos tendencias opuestas luchaban en las capas superiores de la sociedad. Allí era donde se enfrentaban los ideales y las normas de dos concepciones diversas de la sociedad; y allí era donde precisamente la crisis sexual, cada vez más grave y amenazadora, se apoderaba de sus víctimas. Los campesinos, rebeldes a toda innovación, clase apegada a sus principios, continuaban apoyándose en las viejas columnas de las tradiciones ancestrales, y no se transformaba, no dulcificaba ni adaptaba a las nuevas condiciones de su vida económica el código inconmovible de la moral sexual tradicional más que bajo la presión de una gran necesidad. La crisis sexual durante la época de lucha aguda entre el mundo burgués naciente y el mundo feudal no afectó a la «clase tributaria». Es más, al desplomarse en las cumbres de los viejos muros se aferraban a la clase campesina con mayor fuerza sus ancestrales tradiciones. A pesar de todas las tempestades que se desencadenaban sobre su cabeza, que conmovían hasta el suelo que pisaba, la clase campesina en general, y particularmente los campesinos rusos, lograron conservar durante siglos y siglos, en su forma primitiva, los principios esenciales de su código moral sexual.

El problema de nuestra época presenta un aspecto totalmente distinto. La crisis sexual de nuestra época no perdona siquiera a la clase campesina. Como una enfermedad infecciosa, no reconoce «ni grados ni rangos», contamina los palacios y las aldeas y los barrios obreros donde viven amontonados miles de seres; entra en los apacibles hogares burgueses, se abre camino hasta la miserable y solitaria aldea rusa, elige sus víctimas lo mismo entre los habitantes de la ciudad provinciana burguesa de Europa, que en los húmedos sótanos donde se hacina la familia obrera y en la choza ahumada del campesino. Para la crisis sexual no hay «obstáculos ni cerrojos». Es un profundo error creer que la crisis sexual sólo alcanza a los representantes de las clases que tienen una posición económica materialmente asegurada. La indefinida inquietud de la crisis sexual franquea cada vez con mayor frecuencia el umbral de las habitaciones obreras, y causa allí tristes dramas que por su intensidad dolorosa no tienen nada que envidiar a los conflictos psicológicos del «exquisito» mundo burgués. Pero precisamente porque la crisis sexual no ataca sólo a los intereses de «los que todo lo poseen», precisamente porque estos problemas sexuales afectan también a una clase social tan extensa como el proletariado de nuestros tiempos, es incomprensible e imperdonable que esta cuestión vital, esencialmente violenta y trágica, sea considerada con tanta indiferencia. Entre las múltiples consignas fundamentales que la clase obrera debe tener en cuenta en su lucha para la conquista de la sociedad futura, tiene que incluirse necesariamente la de establecer relaciones sexuales más sanas y que, por tanto, hagan más feliz a la humanidad.

Es imperdonable nuestra actitud de indiferencia ante una de las tareas esenciales de la clase obrera. Es inexplicable e injustificable que el vital problema sexual se relegue hipócritamente al casillero de las cuestiones «puramente privadas». ¿Por qué negamos a este problema el auxilio de la energía y de la atención de la colectividad? Las relaciones entre los sexos y la elaboración de un código sexual que rija estas relaciones aparecen en la historia de la Humanidad, de una manera invariable, como uno de los factores esenciales de la lucha social. Nada más cierto que la influencia fundamental y decisiva de las relaciones sexuales de un grupo social determinado en el resultado de la lucha de esta clase con otra de encontrados intereses.

El drama de la Humanidad actual es tan desesperado porque mientras ante nuestros ojos vemos cómo quedan destruidas las formas corrientes de unión sexual y cómo son desechados los principios que las regían, desde las capas más bajas de la sociedad se alzan frescos aromas desconocidos que nos hacen concebir esperanzas risueñas sobre una nueva forma de vida, y llenan el alma humana con la nostalgia de ideales futuros, pero cuya realización no parece posible. Nosotros, los hombres de un siglo caracterizado por el dominio de la propiedad capitalista, de un siglo rebosante de agudas contradicciones de clase; nosotros, los hombres imbuidos de moral individualista, vivimos y

pensamos bajo el funesto signo de un invencible aislamiento moral. La terrible soledad que el hombre siente en las inmensas ciudades populosas, en las ciudades modernas, tan bulliciosas y tentadoras; la soledad, que no disipa la compañía de amigos y compañeros, es la que empuja al hombre a buscar, con avidez malsana, a su ilusoria «alma gemela» en un ser del sexo contrario, puesto que sólo el amor posee el mágico poder de ahuyentar, aunque sólo sea momentáneamente, las tinieblas de la soledad.

En ninguna otra época de la Historia han sentido los hombres con tanta intensidad como en la nuestra la soledad moral. Necesariamente tiene que ser así. La noche es mucho más impenetrable cuando a lo lejos vemos brillar una luz. Los hombres individualistas de nuestra época, unidos por débiles lazos a la comunidad o a otras individualidades, ven ya brillar en la lejanía una nueva luz: la transformación de las relaciones sexuales mediante la sustitución del ciego factor fisiológico por el nuevo factor creador de la solidaridad, de la camaradería.

La moral de la propiedad individualista de nuestros tiempos empieza a ahogar a los hombres. El hombre contemporáneo no se contenta criticando las relaciones entre los sexos, negando las formas exteriores prescritas por el código de la moral corriente. Su alma anhela la renovación de la esencia misma de las relaciones sexuales, desea ardientemente encontrar el «amor verdadero», esa gran fuerza confortadora y creadora que es la única que puede ahuyentar el frío fantasma de la soledad que padecen los individualistas contemporáneos. Si es cierto que la crisis sexual está condicionada en sus tres cuartas partes por relaciones externas de carácter económico-social, no es menos cierto que la otra cuarta parte de su intensidad es debida a nuestra refinada psicología individualista, que con tanto cuidado ha cultivado la dominante ideología burguesa. La Humanidad contemporánea, como dice acertadamente la escritora alemana Meisel-Hess, es muy pobre en «potencial de amor». Cada uno de los sexos busca al otro con la única esperanza de lograr la mayor satisfacción posible de placeres espirituales y físicos *para sí, utilizando como medio al otro.* El amante o el novio no piensa para nada en los sentimientos, en la labor psicológica que se efectúa en el alma de la mujer amada.

Quizá no haya ninguna otra relación humana como las relaciones entre los sexos en la que se manifieste con tanta intensidad el individualismo grosero que caracteriza nuestra época. Absurdamente se imagina el hombre que para escapar de la soledad moral que le rodea le basta con amar, con exigir sus derechos sobre otra alma. Unicamente así espera obtener esa rara dicha: la armonía de la afinidad moral y la comprensión entre dos seres. Nosotros, los individualistas, dotados de un alma que se ha hecho grosera por el constante culto de nuestro «yo», creemos todavía que podemos conquistar sin ningún sacrificio la mayor de las dichas humanas, el «amor verdadero», no sólo para nosotros, sino también para nuestros semejantes. Creemos lograr esto sin dar, en cambio, los tesoros de nuestra propia alma.

Pretendemos conquistar la totalidad del alma del ser amado, pero, en cambio, somos incapaces de respetar la fórmula de amor más sencilla: acercarnos al alma de otro dispuestos a guardarle todo género de consideraciones. Esta sencilla fórmula nos será únicamente inculcada por las nuevas relaciones entre los sexos, relaciones que ya han comenzado a manifestarse y que están basadas en dos principios nuevos también: libertad absoluta, por un lado, e igualdad y verdadera solidaridad como entre compañeros, por otro. Sin embargo, por el momento, la Humanidad tiene que sufrir todavía el frío de la soledad moral, y no le queda más remedio que soñar con una época mejor en la que todas las relaciones humanas se caractericen por sentimientos de solidaridad, que podrán ser posibles a causa de las nuevas condiciones de la existencia. La crisis sexual es insoluble sin una transformación fundamental de la psicología humana; la crisis sexual sólo puede ser vencida por la acumulación de «potencial de amor». Pero esta transformación psíquica depende en absoluto de la reorganización fundamental de nuestras relaciones económicas sobre una base comunista. Si re-

chazamos esta «vieja verdad», el problema sexual no tiene solución.

A pesar de todas las formas de unión sexual que ensaya la Humanidad presente, la crisis sexual no se resuelve en ningún sitio. No se han conocido en ninguna época de la Historia tantas formas diversas de unión entre los sexos. Matrimonios indisolubles, con una familia firmemente constituida, y a su lado la unión libre pasajera; el adulterio conservado en el mayor secreto, al lado del matrimonio y de la vida en común de una muchacha soltera con su amante; el matrimonio «por detrás de la iglesia», el matrimonio de dos y el matrimonio «triángulo», e incluso hasta la forma complicada del «matrimonio de cuatro», sin contar las múltiples variantes de la prostitución. Al lado de estas formas de unión, entre los campesinos y la pequeña burguesía encontramos vestigios de las viejas costumbres de casta, mezclados con los principios en descomposición de la familia burguesa e individualista; la vergüenza del adulterio, la vida marital entre el suegro y la nuera y la libertad absoluta para la joven soltera. Siempre la misma «moral doble». Las formas actuales de unión entre los sexos son contradictorias y embrolladas, de tal modo que uno se ve obligado a interrogarse cómo es posible que el hombre que ha conservado en su alma la fe en la firmeza de los principios morales pueda continuar admitiendo estas contradicciones y salvar estos criterios morales irreconciliables, que necesariamente se destruyen el uno al otro. Tampoco resuelve la cuestión la justificación que se oye corrientemente: «Yo vivo conforme a los principios de una moral nueva», puesto que esta «moral nueva» se encuentra todavía en proceso de formación. Precisamente la labor a realizar consiste en hacer que surja esta nueva moral; hay que extraer de entre el caos de las premisas de los principios que corresponden al espíritu de la clase revolucionaria ascendente.

Además del extremado individualismo, defecto fundamental de la psicología de la época actual, de un egocentrismo erigido en culto, la crisis sexual se agrava mucho más con otros dos factores de la psicología contemporánea: la idea del derecho de *propiedad* de un ser sobre el otro y el prejuicio secular de la desigualdad entre los sexos en todas las esferas de la vida.

La idea de la *propiedad* inviolable del esposo ha sido cultivada con todo esmero por el código moral de la clase burguesa, con su ideal de familia individualista encerrada en sí misma, construida totalmente sobre las bases de la propiedad privada. La burguesía ha logrado a la perfección la inoculación de esta idea en la psicología humana. El concepto de propiedad dentro del matrimonio va hoy día mucho más allá que el concepto de la propiedad en las relaciones sexuales del código aristocrático. En el curso del largo período histórico que transcurrió bajo el signo del principio de casta, la idea de la posesión de la mujer por el marido (la mujer carecía de derechos de propiedad sobre el marido) no se extendía más allá de la posesión física. La esposa estaba obligada a guardar al marido fidelidad física; pero su alma no le pertenecía en absoluto.

Los caballeros de la Edad Media llegaban incluso a reconocer a sus esposas el derecho de tener adoradores platónicos y a recibir el testimonio de esta adoración de caballeros y menestrales. El ideal de la posesión absoluta, de la posesión no sólo del «yo» físico, sino también del «yo» espiritual por parte del esposo, del ideal que admite una reivindicación de derechos de propiedad sobre el mundo espiritual y moral del ser amado es un ideal que se ha formado totalmente, y que ha sido cultivado igualmente por la burguesía con el fin de reforzar los fundamentos de la familia, para asegurarse su estabilidad y su fuerza durante el período de lucha para la conquista de su predominio social. Este ideal no sólo lo hemos aceptado como herencia, sino que llegamos incluso a pretender que sea considerado «como un imperativo» moral indestructible. La idea de la propiedad se extiende mucho más allá del matrimonio legal. Es un factor inevitable que penetra hasta en la unión amorosa más «libre». Los amantes de nuestra época, a pesar de su respeto «teórico» por la libertad, sólo se satisfacen con la conciencia de la fidelidad psicológica de la persona amada. Con el fin de ahuyentar de nosotros el fantasma amenazador de la soledad, penetramos de una manera violenta en el alma del ser

«amado» con una crueldad y una falta de delicadeza que sería incomprensible a la Humanidad futura; de la misma manera pretendemos hacer valer nuestros derechos sobre su «yo» espiritual más íntimo. El amante contemporáneo está dispuesto a perdonar más fácilmente al ser querido una infidelidad física que una infidelidad moral, y pretende que le pertenece cada partícula del alma de la persona amada, que se extiende más allá de los límites de su unión libre. Considera todo esto como un despilfarro, como un robo imperdonable de tesoros que le pertenecían exclusivamente y, por tanto, como un despojo cometido a sus expensas.

El mismo origen tiene la absurda indelicadeza que cometen constantemente dos amantes con respecto a una tercera persona. Todos hemos tenido ocasión de observar un hecho curioso que se repite continuamente. Dos amantes que apenas han tenido tiempo de conocerse en sus relaciones mutuas se apresuran a establecer sus derechos sobre las relaciones personales anteriores del otro y a intervenir en lo más sagrado y más íntimo de su vida. Dos seres que ayer eran extraños el uno al otro, hoy, únicamente porque les unen sensaciones eróticas comunes, se apresuran a poner mano sobre el alma del otro, a disponer del alma desconocida y misteriosa sobre la cual ha grabado el pasado imágenes imborrables y a instalarse en su interior como si estuvieran en su propia casa. Esta idea de la posesión recíproca de una pareja amorosa extiende su dominio de tal forma que casi no nos sorprende un hecho tan anormal como el siguiente: Dos recién casados vivían hasta ayer cada uno su propia vida; al día siguiente de su unión cada uno de ellos abre sin el menor escrúpulo la correspondencia del otro, y, consecuentemente, el contenido de la carta procedente de una tercera persona que sólo tiene relación con uno de los esposos se convierte en propiedad común. Una «intimidad» de este género no puede adquirirse más que como resultado de una verdadera unión entre las almas en el curso de una larga vida común de amistad puesta a prueba. Lo que ocurre en general es que a esta intimidad se le busca un sustitutivo legítimo, que tiene por base la idea, totalmente equivocada, de que

la intimidad física entre dos seres es una razón suficiente para extender el derecho de propiedad sobre el ser moral de la persona amada.

El segundo factor que deforma la mentalidad del hombre contemporáneo, y que es causa de que la crisis sexual se agudice, es la idea de desigualdad entre los sexos, desigualdad de derechos y desigualdad en la valoración de sus sensaciones psicofisiológicas. La «moral doble», característica del código burgués y del código aristocrático, ha envenenado durante tantos siglos la psicología de hombres y mujeres, que todavía es mucho más difícil librarse de su penetrante ponzoña que de las ideas tocantes a la propiedad de un esposo sobre el otro, heredadas de la ideología burguesa. La concepción de desigualdad entre los sexos, hasta en el dominio psicofisiológico, obliga a aplicar constantemente medidas diversas para actos idénticos, según el sexo que los haya realizado. Un hombre de «ideas avanzadas» del campo burgués que haya sabido desde hace tiempo superar las prescripciones del código de la moral en uso, será incapaz de sustraerse a la influencia del medio ambiente y emitirá un juicio completamente distinto, según se trate de un hombre o de una mujer. Bastará un ejemplo vulgar: Imaginemos que un intelectual burgués, un hombre de ciencia, un político, un hombre de actividades sociales, en una palabra, «una personalidad», se enamora de su cocinera (hecho que, además, se da con bastante frecuencia y llega, incluso, a casarse con ella). ¿Modificará la sociedad burguesa por este hecho su conducta con respecto a la «personalidad» de este hombre? ¿Pondrá acaso en cuestión su «personalidad»? ¿Dudará de sus cualidades morales? Naturalmente, no. Ahora pongamos otro ejemplo: Una mujer perteneciente a la sociedad burguesa, una mujer respetada, considerada, una profesora, médico o escritora; una mujer, en suma, con «personalidad», se enamora de un criado y colma el «escándalo» consolidando esta cuestión con un matrimonio legal. ¿Cuál será la actitud de la sociedad burguesa respecto a esta persona hasta ahora respetada. La sociedad, naturalmente la mortificará con su «desprecio». Pero todavía será mucho más terrible si su marido, el criado, posee

una bella fisonomía u otros atractivos de carácter físico. Nuestra hipócrita sociedad burguesa juzgará su elección de la forma siguiente: «¡Hasta dónde ha descendido esta mujer!»

La sociedad burguesa no puede perdonar a la mujer que se atreve a dar a la elección del hombre amado un carácter demasiado individual. Según la tradición heredada de costumbres de casta, nuestra sociedad pretende todavía que la mujer continúe teniendo en cuenta, en el momento de entregar su corazón, una serie de consideraciones de grados y rangos sociales, que tenga en consideración el medio familiar y los intereses de la familia. La sociedad burguesa no puede considerar a la mujer independiente de la célula familiar; le es completamente imposible apreciarla como una personalidad fuera del círculo estrecho de las virtudes y deberes familiares.

La sociedad contemporánea va mucho más lejos que el orden antiguo en la tutela que ejerce sobre una mujer. No sólo le prescribe casarse únicamente con hombres «dignos» de ella, sino que le prohíbe incluso llegue a amar a un ser que es su «inferior». Estamos acostumbrados a ver cómo hombres de un nivel moral e intelectual muy elevado eligen para compañera de la vida a una mujer insignificante y vacua, sin ningún valor al lado del valor del esposo. Apreciamos este hecho como completamente normal y, por tanto, no merece siquiera nuestra consideración. Todo lo más que puede suceder es que los amigos «se lamenten de que Iván Ivanitch se haya casado con una mujer insoportable». El caso varía si se trata de una mujer. Entonces nuestra indignación no tiene límites, y la expresamos con frases como la siguiente: «¡Cómo es posible que una mujer tan inteligente como María Petrovna pueda amar a una nulidad así!... Tendremos que poner en duda su inteligencia...»

¿A qué obedece esta manera diferente de juzgar las cosas? ¿Qué causa determina una apreciación tan contraria? Esta diversidad de criterio no tiene otro origen que la idea de la desigualdad entre los sexos, idea que ha sido inoculada a la Humanidad durante siglos y siglos y que ha acabado por apoderarse de nuestra mentalidad de una manera orgánica. Estamos acostumbrados a valorar a la mujer, no como una *personalidad,* con cualidades y defectos individuales, independientes de sus sensaciones psicofisiológicas. Para nosotros la mujer no tiene valor más que como *accesorio* del hombre. El hombre, marido o amante, proyecta sobre la mujer su luz; es a él, y no a ella misma, a quien tomamos en consideración como el verdadero elemento determinante de la estructura espiritual y moral de la mujer. En cambio, cuando valorizamos la personalidad del hombre hacemos por anticipado una total abstracción de sus actos con relación a las relaciones sexuales.

La personalidad de la mujer, por el contrario, se valoriza en relación directa con su vida sexual. Este modo de apreciar el valor de una personalidad femenina se deriva del papel que ha representado la mujer durante tantos siglos. La revisión de valores en este dominio esencial sólo se hace, o por mejor decir, se *indica,* de un modo gradual. La atenuación de estas falsas e hipócritas concepciones sólo podrá realizarse con la transformación del papel económico de la mujer en la sociedad, con su entrada en las filas del trabajo independiente.

Los tres factores fundamentales que deforman nuestra psicología son los siguientes: un egocentrismo extremado, la idea del derecho de *propiedad* de los esposos entre sí y el concepto de la desigualdad entre los sexos en el aspecto psicofisiológico. Estos tres factores son los que cierran el camino que conduce a la solución del problema sexual. La Humanidad no encontrará solución a este problema hasta que no haya acumulado en su psicología suficientes reservas de sensaciones depuradas, hasta que no se haya enseñoreado de su alma el «potencial de amor», hasta que el concepto de la libertad en el matrimonio y en la unión libre no sea un hecho consolidado; en suma, hasta que el principio de camaradería no haya triunfado de los conceptos tradicionales de desigualdad y de subordinación en las relaciones entre los sexos. Sin una reconstrucción total y fundamental de nuestra psicología es insoluble el problema sexual.

¿Pero no será esta condición previa una utopía des-

provista de base, utopía en la que basan sus consignas ingenuas los idealistas soñadores? Intentemos aumentar el «potencial de amor» de la Humanidad. ¿Acaso los sabios de todos los pueblos, desde Buda y Confucio hasta Cristo, no se han entregado desde tiempos remotos a esta tarea?

Sin embargo, ¿hay alguien que crea que el «potencial de amor» ha aumentado en la Humanidad? Reducir la cuestión de la crisis sexual a utopías de esta clase, por muy bien intencionadas que sean, ¿no significará prácticamente un reconocimiento de importancia y un renunciamiento a buscar la solución anhelada?

Veamos si esto es cierto. La reeducación fundamental de nuestra psicología en el dominio de las relaciones sexuales no es algo imposible de lograr. Esta reeducación es posible porque es algo que no está en contraposición con la vida real. Precisamente en los momentos actuales observamos cómo se inicia un poderoso desplazamiento social y económico, suficiente para engendrar nuevas bases de vida en el campo de los sentimientos, y que, por las condiciones en que han surgido, están de acuerdo con las exigencias señaladas más arriba.

Ya en nuestra sociedad avanza un nuevo grupo social que intenta ocupar el primer puesto y dar de lado a la burguesía, con su ideología de clase y su código de moral sexual individualista. Esta clase ascendente, de vanguardia, lleva necesariamente en su seno los gérmenes de nuevas orientaciones entre los sexos, relaciones que forzosamente han de estar estrechamente unidas a sus objetivos sociales de clase.

La compleja evolución de las relaciones económico-sociales que se verifica ante nuestros ojos, que pone en conmoción todas nuestras concepciones sobre el papel de la mujer en la vida social y destruye los fundamentos de la moral sexual burguesa, trae consigo dos hechos que a primera vista parecen contradictorios. Por un lado, observamos los esfuerzos infatigables de la Humanidad para adaptarse a las nuevas condiciones de la economía social transformada, esfuerzos que tienden, o bien a conservar las formas antiguas, dándoles un nuevo contenido (mantenimiento de la forma exterior del matrimonio indisoluble y monógamo, pero al mismo tiempo el reconocimiento de hecho de la libertad de los esposos), o, por el contrario, la aceptación de formas nuevas que lleven en su interior, sin embargo, todos los elementos del código moral del matrimonio burgués (la unión libre en la que el derecho de propiedad de los dos esposos unidos «libremente» sobrepase los límites del derecho de propiedad del matrimonio legal). Por otra parte, no podemos menos de señalar la aparición lenta, pero invencible, de nuevas formas de unión entre los sexos; nuevas no tanto en la parte externa como por el espíritu que anima sus normas vivificadoras. La Humanidad sondea con inquietud los nuevos ideales; pero basta examinarlos un poco detenidamente para reconocer en ellos, a pesar de que sus límites no están todavía lo suficientemente marcados, los rasgos característicos merced a los cuales están estrechamente unidos con las tareas del proletariado, clase social a la que incumbe apoderarse de la fortaleza del porvenir. El que quiera encontrar en el laberinto de las normas sexuales contradictorias los gérmenes de relaciones futuras entre los sexos, más sanas y que prometan libertad a la Humanidad de la crisis sexual que atraviesa, tiene necesariamente que abandonar los barrios donde habitan las gentes selectas, con su refinada psicología individualista, y lanzar una ojeada a las habitaciones hacinadas de los obreros, en las que, en medio de la oscuridad y del horror causados por el capitalismo, entre lágrimas y maldiciones, surgen a pesar de todo manantiales vivificadores que se abren paso por la nueva senda.

Entre la clase obrera, bajo la presión de duras condiciones económicas, bajo el yugo implacable de la explotación del capital, se observa el doble proceso a que acabamos de referirnos. La influencia destructiva del capitalismo, que aniquila todos los fundamentos de la familia obrera, obliga al proletariado a adaptarse «instintivamente» a las condiciones del mundo que le rodea, y provoca, por tanto, una serie de hechos en lo referente a las relaciones entre los sexos, análogos a los que se producen también en otras capas de la sociedad. Debido a los salarios reducidos se retrasa de

una manera continua e inevitable la edad de contraer matrimonio el obrero. Si hace veinticinco años un obrero podía casarse de los veintidós a los veinticinco años, hoy día el proletariado no puede crear un hogar hasta los treinta años aproximadamente (1). Además, cuanto más desarrolladas están en el obrero las necesidades culturales, tanto más valor concede éste a la posibilidad de seguir el ritmo de la vida cultural, de ir al teatro, de asistir a conferencias, leer periódicos, consagrar el tiempo que el trabajo le deja libre a la lucha sindical, a la política, a una actividad por la que siente afición, al arte, a la lectura, etc.

Todo esto contribuye a retrasar la edad en que puede contraer matrimonio el obrero. Sin embargo, las necesidades fisiológicas no tienen para nada en cuenta el estado del bolsillo; son necesidades vitales de las que no se puede prescindir, y el obrero «célibe», lo mismo que el burgués «célibe», resuelven su problema en la prostitución. Este hecho es un síntoma de la adaptación pasiva de la clase obrera a las condiciones desfavorables de la existencia. Al casarse un obrero, y a causa del nivel tan bajo de los salarios, la nueva familia obrera se ve obligada a resolver el problema del nacimiento de los hijos lo mismo que las familias burguesas.

La frecuencia de los infanticidios y el desarrollo de la prostitución son dos hechos que se pueden clasificar dentro de un solo y mismo orden. Ambos son medios de adaptación *pasiva* del obrero a la espantosa realidad que le rodea. Pero lo que no hay que olvidar es que en estos procesos no hay nada que caracterice propiamente al proletariado. Esta adaptación *pasiva* es propia de todas las clases sociales que se ven envueltas en el proceso mundial de la evolución capitalista.

La línea de diferenciación comienza precisamente cuando entran en juego *los principios activos y creadores;* la delimitación se marca allí donde no se trata ya de una adaptación, sino de una reacción frente a la realidad opresora. Comienza donde nacen y se expresan nuevos ideales, donde surgen tímidas tentativas de relaciones sexuales dotadas de un espíritu nuevo. Pero aún hay más: debemos señalar que *este proceso de reacción se inicia únicamente entre la clase obrera.*

(1) Este ensayo está escrito en 1918.

Esto no quiere decir, en modo alguno, que las otras clases y capas de la sociedad, principalmente la de los intelectuales burgueses, que es la clase que por las condiciones de su existencia social se encuentra más cerca de la clase obrera, no se apoderen de estos elementos nuevos que el proletariado crea y desenvuelve. La burguesía, impulsada por el deseo instintivo de inyectar vida nueva a las formas agonizantes de la suya, y ante la impotencia de sus diversas formas de relaciones sexuales, aprehende a toda prisa las formas nuevas que la clase obrera lleva consigo; pero, desgraciadamente, ni los ideales, ni el código de moral sexual elaborados de un modo gradual por el proletariado corresponden a la esencia moral de las exigencias burguesas de clase. Por tanto, mientras la moral sexual, nacida de las necesidades de la clase obrera, se convierte para esta clase en un instrumento nuevo de lucha social, los «modernismos» de segunda mano que de esa moral deduce la burguesía, no hacen más que destruir de un modo definitivo las bases de su superioridad social.

El intento de los intelectuales burgueses de sustituir el matrimonio indisoluble por los lazos más libres, más fácilmente desligables del matrimonio civil, conmueve las bases de la estabilidad social de la burguesía, bases que no pueden ser otras que la familia monógama cimentada en el concepto de la propiedad.

Todo lo contrario sucede en la clase obrera. Una mayor libertad en la unión entre los sexos, una menor consolidación de sus relaciones sexuales concuerda totalmente con las tareas fundamentales de esta clase social, y hasta podemos decir que se derivan directamente de estas tareas. Lo mismo sucede con la negación del concepto de subordinación en el matrimonio que rompe los últimos lazos artificiales de la familia burguesa. Todo lo contrario sucede en la clase proletaria. El factor de la subordinación de un miembro de esta clase social a otro es lo mismo que el concepto del proletariado. A los intereses de la clase revolucionaria no les conviene en modo alguno «atar» a uno de sus

miembros, puesto que a cada uno de sus representantes independientes le incumbe ante todo el deber de servir a los intereses de su clase y no los de una célula familiar aislada. El deber del miembro de la sociedad proletaria es ante todo contribuir al triunfo de los intereses de su clase; por ejemplo, actuar en las huelgas, participar en todo momento en la lucha. La moral con que la clase trabajadora juzga todos estos actos caracteriza con perfecta claridad la base de la nueva moral proletaria.

Supongamos que un financiero acreditado, movido únicamente por intereses familiares, retira de los negocios su capital en un momento crítico para la empresa. Su acción, apreciada desde el punto de vista de la moral burguesa, no puede ser más clara, «porque los intereses de la familia deben figurar en primer lugar». Comparemos ahora este juicio con la actitud de los obreros ante el rompehuelgas, que acude al trabajo durante el conflicto para que su familia no pase hambre. Los intereses de la clase figuran en este ejemplo en primer lugar. Representemos ahora a un marido burgués que ha conseguido por su amor y devoción a la familia tener alejada a su mujer de todos sus intereses, a excepción de los deberes de ama de casa y de mujer consagrada por completo al cuidado de los hijos. El juicio de la sociedad burguesa será: «Un marido ideal que ha sabido crear una familia ideal.» Pero, ¿cuál sería la actitud de los obreros hacia un miembro consciente de su clase que intentase hacer que su mujer se apartase de la lucha social? La moral de la clase exige, a costa incluso de la felicidad individual, a costa de la familia, la participación de la mujer en la vida de lucha que transcurre fuera de los muros de su hogar. Atar a la mujer a la casa, colocar en primer plano los intereses familiares, propagar la idea de los derechos de la propiedad absoluta de un esposo sobre su mujer, son actos que violan el principio fundamental de la ideología de la clase obrera, que destruyen la solidaridad y el compañerismo y que rompen las cadenas que unen a todo el proletariado. El concepto de posesión de una personalidad por otra, la idea de la subordinación y de la desigualdad de los miembros de

una sola y misma clase, son conceptos contrarios a la esencial del concepto de camaradería, que es el principio proletario más fundamental. Este principio básico de la ideología de la clase ascendente es el que da colorido y determina el nuevo código en formación de la moral sexual del proletariado, merced al cual se transforma la psicología de la Humanidad y llega a adquirir una acumulación de sentimientos de solidaridad y de libertad, en vez del concepto de la propiedad; una acumulación de compañerismo en vez de los conceptos de desigualdad y de subordinación.

Vieja verdad es la que establece que toda nueva clase ascendente, nacida como consecuencia de una cultura material distinta de la del grado precedente de la evolución económica, *enriquece a toda la Humanidad* con la ideología nueva característica de esta clase. El código de la moral sexual constituye una parte integrante de la nueva ideología. Por tanto, basta pronunciar los términos «ética proletaria» y «moral sexual proletaria» para escapar de la trivial argumentación: la moral sexual proletaria no es en el fondo más que una superestructura. Mientras no se experimente la total transformación de la base económica, no puede haber lugar para ella. ¡Como si una ideología, sea del género que fuere, no se formase hasta que se hubiera producido la transformación de las relaciones económico-sociales necesarias para asegurar el dominio de la clase de que se trate! La experiencia de la Historia enseña que la elaboración de la ideología de un grupo social, y consecuentemente de la moral sexual también, se realiza durante el proceso mismo de la lucha de este grupo contra las fuerzas sociales adversas.

Esta clase de lucha sólo puede fortalecer sus posiciones sociales con la ayuda de nuevos valores espirituales sacados de su propio seno, y que respondan totalmente a sus tareas como clase ascendente. Sólo mediante normas e ideales nuevos puede esta clase arrebatar el Poder a los grupos sociales contrarios.

La tarea que corresponde, por tanto, a los ideólogos de la clase obrera es buscar el criterio moral fundamental, producto de los intereses específicos de la

clase obrera y armonizar con este criterio las nacientes normas sexuales.

Ya es hora de comprender que únicamente después de haber tanteado el proceso creador que se realiza allá abajo, en las profundas capas sociales, proceso que engendra necesidades nuevas, nuevos ideales y formas, será posible vislumbrar el camino en el caos contradictorio de las relaciones sexuales y desenmarañar la enredada madeja del problema sexual.

Debemos recordar que el código de la moral sexual, en armonía con las tareas fundamentales de clase, puede convertirse en poderoso instrumento que refuerce la posición de combate de la clase ascendente. ¿Por qué no servirse de este instrumento, pues, en interés de la clase obrera, en su lucha para el establecimiento del régimen comunista y, a la vez también, para establecer relaciones nuevas entre los sexos, que sean más perfectas y felices?

EL AMOR EN LA SOCIEDAD COMUNISTA

(CARTA A LA JUVENTUD OBRERA)

El amor, como factor social y psíquico

Me preguntas, joven camarada, qué lugar corresponde al amor en la ideología proletaria. Te sorprende el hecho de que en los momentos actuales la juventud trabajadora «se preocupa mucho más del amor y de todas las cuestiones con él relacionadas» que de los grandes problemas que tiene que resolver la República de los obreros. Si esto es así (difícilmente puedo apreciarlo desde lejos), busquemos juntos la explicación de este hecho y hallemos la respuesta a esta primera cuestión: ¿Qué lugar corresponde al amor en la ideología de la clase obrera?

Es un hecho cierto que la Rusia soviética ha entrado en una nueva fase de guerra civil. El frente revolucionario ha sufrido un desplazamiento. Actualmente la lucha hay que librarla entre dos ideologías, entre dos civilizaciones: la ideología burguesa y la ideología proletaria. Su incompatibilidad se manifiesta cada vez con mayor claridad. Las contradicciones entre estas dos civilizaciones diferentes son de día en día mucho más agudas.

La victoria de los principios e ideales comunistas en el dominio de la política y la economía, tenía necesariamente que ser la causa de una revolución en las ideas sobre la concepción del mundo, en los sentimientos, en toda formación espiritual de la humanidad trabajadora. En los momentos actuales se puede observar ya una transformación de estas concepciones de la vida y de la sociedad, del trabajo, del arte y de las «reglas de nuestra conducta», es decir, de la moral. Las

relaciones sexuales constituyen una parte importante de estas reglas de conducta. La revolución en el frente ideológico pondrá fin a la transformación realizada en el pensamiento humano durante los cinco años de existencia de la República de los trabajadores.

Sin embargo, a medida que la lucha entre las dos ideologías, la burguesa y la proletaria, se hace más aguda, a medida que esta lucha se extiende y abarca nuevos dominios, surgen ante la humanidad nuevos «problemas de la vida», que sólo la ideología de la clase obrera podrá resolver de una manera satisfactoria.

Entre estos múltiples problemas se encuentra, joven camarada, el que tú señalas: «el problema del amor», que la Humanidad, en las diversas fases de su desenvolvimiento histórico, ha pretendido resolver por procedimientos diversos. Sin embargo, «el problema» subsistía: únicamente variaban sus intentos de solución, que diferían, naturalmente, según el período, la clase y el «espíritu de la época», es decir, la cultura.

En Rusia, hasta recientemente, durante los años de la intensa guerra civil y de la lucha contra la desorganización económica, sólo a unos pocos interesaba este problema. *Eran otros sentimientos, otras pasiones más reales las que retenían a la humanidad trabajadora. ¿Quién hubiera sido capaz de preocuparse seriamente de las penas y sufrimientos del amor durante aquellos años en que el espectro descarnado de la muerte acechaba a todos? Durante aquellos años, la cuestión palpitante se resumía en un ¿quién vencerá? ¿La revolución (el progreso) o la contrarrevolución (la reacción)?*

En el sombrío aspecto de la enorme contienda, la revolución, el delicado Eros, «dios del Amor», no tenía necesariamente que desaparecer apresuradamente. No había tiempo ni fuerzas psíquicas para abandonarse a las «alegrías» y las «torturas» del amor. La Humanidad responde siempre a una ley de conservación de la energía social y psíquica. Y esta energía es aplicada siempre al fin esencial e inmediato del momento histórico. Por tanto, durante estos años se adueñó de la situación la simple y natural voz de la Naturaleza, el mismo instinto biológico de la reproducción, la atracción entre dos seres de sexo contrario. El hombre y la mujer se

unían o separaban fácilmente, mucho más fácilmente que durante el pasado. El hombre y la mujer se entregaban mutuamente sin estremecimiento en sus almas y se separaban sin lágrimas ni dolor.

Es cierto que desaparecía la prostitución, pero en cambio, aumentaban las uniones libres entre los sexos, uniones sin compromisos mutuos, y en las cuales el factor principal era el instinto de reproducción, desprovisto de la belleza de los sentimientos de amor. Muchos fueron los que ante este hecho sintieron espanto, pero es lo cierto que durante aquellos años las relaciones entre los sexos no podían ser de otro modo. No podían darse más que dos formas de unión sexual: o bien el matrimonio consolidado durante varios años por un sentimiento duradero de camaradería, de amistad conservada a través de los años, y que, precisamente, por la seriedad del moneto, se convertía en un lazo de unión más firme, o, por el contrario, las relaciones matrimoniales que surgían para satisfacer una necesidad puramente biológica, y constituían simplemente un capricho pasajero del que ambas partes se saciaban pronto, y que se apresuraban a liquidar rápidamente, para que no obstaculizase el fin esencial de la vida: la lucha por el triunfo de la revolución.

El instinto brutal de reproducción, la simple atracción entre los sexos, que nace y desaparece con la misma rapidez sin crear lazos sentimentales ni espirituales, es ese Eros «sin alas», que no absorbe las fuerzas psíquicas que el exigente Eros «alado» consume, amor tejido con emociones diversas que han sido forjadas en el corazón y en el espíritu. El Eros «sin alas» no engendra noches de insomnio, no hace vacilar la voluntad, ni llena de confusión el frío trabajo del cerebro. La clase formada por los luchadores no podía dejarse llevar por el Eros de alas desplegadas en aquellos momentos de trastorno de la revolución que llamaban sin cesar al combate a la Humanidad trabajadora. Durante aquellas jornadas era inoportuno desperdiciar las fuerzas psíquicas de los miembros de la colectividad que luchaba en sentimientos de orden secundario que no contribuían de una manera directa al triunfo de la revolución. El amor individual que constituye la

base del matrimonio, que se concentra en un hombre o en una mujer, exige una pérdida enorme de energía psíquica. Durante aquellos años de lucha, la clase obrera, artífice de la nueva vida, no estaba interesada solamente en la mayor economía posible de sus riquezas materiales, sino que intentaba ahorrar también la energía psíquica de cada uno de sus individuos para aplicarla a las tareas generales de la colectividad. No es otra la causa de que durante el período agudo de lucha revolucionaria el «alado» Eros, que todo lo consume a su paso, fuera reemplazado por el instinto poco exigente de la reproducción, por el Eros desprovisto de alas.

Pero ahora el cuadro es muy distinto. La República de los Soviets, y con ella toda la Humanidad trabajadora, ha entrado en un período de relativa calma. Ahora comienza una labor muy complicada, puesto que se trata de comprender y de fijar de una manera definitiva todo lo conquistado, todo lo adquirido, todo lo creado. El proletariado, arquitecto de las nuevas formas de la vida, se ve obligado a sacar una enseñanza de todo fenómeno social y psíquico. Debe, por tanto, comprender este fenómeno también; tiene que asimilarlo, apropiárselo y transformarlo en un arma más para la defensa de su clase. Sólo después de haberse asimilado las leyes que presiden la creación de las riquezas materiales y las que dirigen los sentimientos del alma podrá el proletariado entrar armado hasta los dientes en la liza contra el viejo mundo burgués. Sólo entonces podrá la Humanidad trabajadora vencer en el frente ideológico como ha triunfado en el frente militar y en el del trabajo.

Después del triunfo y la consolidación de la revolución en Rusia, cuando empieza a aclararse la atmósfera del combate revolucionario, y el hombre ya no se entrega por entero a la lucha, reaparece de nuevo y reclama sus derechos el tierno Eros de «alas desplegadas», despreciado durante los años de agitación. Se atreve a salir de nuevo a la sombra del insolente Eros «sin alas», del instinto de reproducción, que desconoce los encantos del amor, porque éste ha dejado ya de satisfacer las necesidades de los hombres. En este período

de relativa calma se ha acumulado un excedente de energía que los hombres del presente, aun los representantes de la clase trabajadora, no saben todavía aplicar a la vida intelectual de la colectividad. Este excedente de energía psíquica busca su salida en los sentimientos amorosos. Y sucede que la lira de múltiples cuerdas del dios alado del Amor apaga de nuevo el sonido de la monótona voz del Eros «sin alas». El hombre y la mujer no se unen ya como durante los años de la revolución, no buscan una unión pasajera para satisfacer sus instintos sexuales, sino que comienzan de nuevo a vivir «novelas de amor», con todos los sufrimientos y el éxtasis amoroso que acompaña al alado Eros.

Presenciamos en la República Soviética un indudable crecimiento de las necesidades intelectuales; cada día se siente mayor avidez de saber; las cuestiones científicas, el estudio del arte, el teatro, despiertan todo nuestro interés. Este afán investigador que se experimenta en la República de los Soviets por encontrar nuevas formas en que encerrar las riquezas intelectuales de la Humanidad, comprende también, como es lógico, la esfera de los sentimientos amorosos. Se observa, por tanto, un despertar del interés en todo lo que se refiere a la psicología sexual, es decir, en el «problema del amor». Es éste un aspecto de la vida del que con mayor o menor intensidad participan todos los individuos. Se observa con asombro cómo militantes que hace algún tiempo no leían más que los artículos editoriales del diario *Pravda* leen ahora con fruición libros en donde se canta al «dios Eros, el de las alas desplegadas». ¿Debemos interpretar esto como síntoma de reacción? ¿Acaso como señal de decadencia en la acción revolucionaria? De ningún modo. Ya es hora de que rechacemos de una vez para siempre toda la hipocresía del pensamiento burgués. Ha llegado ya el momento de reconocer abiertamente que el amor no es solamente un poderoso factor de la Naturaleza, que no es únicamente una fuerza biológica, sino también un factor social. En su misma esencia es el amor un sentimiento de carácter profundamente social. Lo cierto es que el amor, en sus diferentes formas y aspectos,

ha constituido en todos los grados del desenvolvimiento humano una parte indispensable e inseparable de la cultura intelectual de cada época. Hasta la burguesía, que reconoce algunas veces que el amor es «un asunto de orden privado», sabe en realidad cómo encadenar el amor a sus normas morales para que sirva al logro y afirmación de sus intereses de clase.

Pero aún hay otro aspecto de los sentimientos amorosos al que la ideología de la clase obrera debe conceder mayor importancia. Nos referimos al amor considerado como un factor del que se pueden obtener beneficios a favor de la colectividad, lo mismo que de cualquier otro fenómeno de carácter social y psíquico. Que el amor no es en modo alguno un «asunto privado» que interese únicamente a dos «corazones» aislados, sino, por el contrario, que el amor supone *un principio de unión* de un valor incalculable para la colectividad, se evidencia con el hecho de que, en todos los grados de su desenvolvimiento histórico, la Humanidad ha establecido reglas que determinaban cuándo y en qué condiciones el amor era considerado «legítimo» (es decir, cuándo correspondía con los intereses de la colectividad), y cuándo tenía que ser considerado como «culpable» (es decir, cuándo el amor se encontraba en contradicción con la sociedad).

Un poco de historia

Casi desde tiempos inmemoriales comenzó la Humanidad a establecer reglas que regulasen no solamente las relaciones sexuales, sino también los sentimientos amorosos.

En la época del patriarcado, la suprema virtud moral de los hombres era el amor determinado por los vínculos de la sangre. En aquellos tiempos, una mujer que se sacrificase por el marido amado hubiera merecido la reprobación y el desprecio de la familia o la tribu a la que perteneciese. En cambio, se daba una gran valoración a los sentimientos amorosos con respecto al hermano o a la hermana. La Antígona de los

griegos enterraba los cadáveres de sus hermanos muertos con riesgo de su propia vida. Este solo hecho hace de la figura de Antígona una heroína a los ojos de sus contemporáneos. La sociedad burguesa de nuestro tiempo calificaría esta acción, realizada por la hermana y no por la mujer, como algo extraño y un poco impropio.

Durante los años de dominio de la sociedad patriarcal y de creación de las formas del Estado, el sentimiento de amor más normal fue, sin duda alguna, la amistad entre dos individuos de una misma tribu. Era de una importancia trascendental para la colectividad, que apenas había sobrepasado la fase de la organización puramente familiar, y que, por tanto, todavía se sentía débil desde el punto de vista social, el que todos sus individuos estuvieran unidos por sentimientos de amor y vínculos espirituales.

Las emociones psíquicas que respondían mejor a esta finalidad eran las determinantes del amor-amistad y no los sentimientos amorosos de las relaciones sexuales. Durante este período los intereses de la colectividad exigían a la Humanidad el crecimiento y acumulación de lazos psíquicos, no entre las parejas unidas en matrimonio, sino entre los organismos de una misma tribu, entre los organizadores y defensores de la tribu y del Estado. (Para nada se hace aquí mención de la amistad entre las mujeres, puesto que la mujer en aquellos tiempos no podía ser considerada como un factor social.)

En el patriarcado se enlazaban las virtudes del amor-amistad, que era considerado como un sentimiento muy superior al amor entre los esposos. Cástor y Pólux no pasaron a la posteridad por sus hazañas y los servicios prestados a la patria. Fueron los sentimientos de mutua felicidad, su amistad inseparable e indestructible los que hicieron que sus nombres llegaran a nosotros. La «amistad» (o la apariencia de un sentimiento de amistad) era la que obligaba al marido enamorado de su mujer a ceder al amigo preferido su puesto en el lecho conyugal. Otras veces no era ni siquiera el amigo, sino el huésped, a quien había que demostrar la verdad de un sentimiento de «amistad», el que ocupaba el puesto del marido al lado de la mujer.

La amistad, sentimiento que suponía «la fidelidad al amigo hasta la muerte», fue considerada en el mundo antiguo como una virtud cívica. Todo lo contrario sucedía con el amor en el sentido contemporáneo de la palabra, que no jugaba ningún papel en la sociedad y ni siquiera cautivaba la atención de los poetas o de los dramaturgos de la época. La ideología de aquellos tiempos consideraba al amor incluido en el cuadro de los sentimientos exclusivamente personales, de los cuales la sociedad no tenía por qué ocuparse. El amor ocupaba el lugar de otra distracción cualquiera: era un lujo que se podía permitir un ciudadano después de haber cumplido con sus deberes con respecto al Estado.

La cualidad de «saber amar», tan apreciada por la ideología burguesa cuando el amor no va más allá de los límites impuestos por su moral de clase, carecía de significación en el mundo antiguo cuando se trataba de determinar las «virtudes» y cualidades características del hombre. En la antigüedad, el único sentimiento de amor que tenía valor era la amistad. El hombre que realizaba hazañas y exponía la vida por el amigo, conquistaba fama como los héroes legendarios; su acción se consideraba como la expresión de la «virtud moral». En cambio, el hombre que exponía su vida por la mujer amada incurría en la reprobación de todos, reprobación que podía llegar incluso hasta el desprecio. Todos los escritos de la antigüedad condenan los amores de Paris y la hermosa Elena, que fueron la causa de la guerra de Troya, guerra que sólo «desgracia» podía acarrear a los hombres.

El mundo antiguo valoraba la amistad como sentimiento capaz de consolidar, entre los individuos de una tribu, los lazos espirituales necesarios para el mantenimiento del organismo social, necesariamente débil en aquellos tiempos. Por eso posteriormente dejó la amistad de ser considerada como una virtud moral.

En la sociedad burguesa, edificada sobre los principios de individualismo, concurrencia desenfrenada y emulación, ya no queda lugar para la amistad considerada como factor social. La sociedad capitalista consideraba la amistad como manifestación del «sentimentalismo», por tanto como una debilidad del espíritu completamente inútil y hasta perjudicial para la realización de las tareas burguesas de clase. La amistad en la sociedad burguesa queda convertida en un motivo de burlas. Si Cástor y Pólux hubieran vivido en nuestros tiempos, su amistad sin límites hubiera provocado la sonrisa indulgente en la sociedad burguesa de un Nueva York o Londres. La sociedad feudal tampoco reconoció el sentimiento de la amistad como una cualidad digna de alabanza y que fuera necesario desarrollar entre los hombres.

La sociedad feudal estaba fundada en el estricto cumplimiento de los intereses de las familias nobles. La virtud no estaba determinada por las relaciones mutuas de los miembros de la sociedad, sino por el cumplimiento de los deberes de un miembro de una familia con respecto a ella y a sus tradiciones. En el matrimonio dominaban los intereses familiares y, por tanto, el hombre joven (la mujer no tenía libertad de elección) que prefería una mujer en contra de los intereses familiares, sabía que tenía que hacer frente a censuras y reproches severísimos. Durante la época feudal no era conveniente para el hombre anteponer sus sentimientos personales a los intereses de su familia; aquel que pretendía romper las normas establecidas era considerado por la sociedad de su tiempo como un «paria». Para la ideología de la sociedad feudal, el amor y el matrimonio no podían encontrarse unidos.

No obstante, durante los siglos del feudalismo es cuando el sentimiento de amor entre dos seres de sexo contrario adquiere cierto derecho por primera vez en historia de la Humanidad. Parece extraño a primera vista el hecho de que el amor fuera reconocido como tal en aquellos años de ascetismo, de costumbres brutales y crueles, en aquella época de violencias y del reinado del derecho de usurpación. Pero si observamos más detenidamente las causas que han motivado el reconocimiento del amor como un fenómeno social, no sólo legítimo, sino hasta deseable, veremos perfectamente claros los motivos que determinaron el reconocimiento del amor.

El sentimiento del amor puede impulsar al hombre

enamorado (en determinados casos y con la ayuda de determinadas circunstancias) a realizar actos que no podría llevar a cabo en otra disposición de espíritu. La caballería andante exigía, en el dominio militar, a todos sus miembros la práctica de elevadas virtudes, pero de carácter estrictamente personal. Tales virtudes eran la intrepidez, la bravura, la resistencia, etc. En aquellos tiempos no era la organización del ejército la que determinaba la victoria en el campo de batalla; el factor decisivo lo constituían las cualidades individuales de los combatientes. El caballero enamorado de su inconquistable dama, «la elegida de su corazón», podía ser el héroe de verdaderos «milagros de bravura», podía triunfar más fácilmente en los torneos y sabía sacrificar sin temores su vida en nombre de su amada. El caballero enamorado obraba impulsado por el deseo de «distinguirse» para conquistar de este modo los factores de la elegida de su corazón.

La ideología caballeresca tuvo, por consiguiente, en cuenta este hecho. Como reconocía en el amor un poder capaz de provocar en el hombre un estado psicológico útil para las finalidades de la clase feudal, procuró, naturalmente, dar al amor un lugar bien preferido en los sentimientos determinantes de su ideología. Es aquélla una época en que el amor entre los esposos no puede inspirar los cantos de los poetas, puesto que el amor no era la base en que se fundaba la familia que vivía en los castillos. El amor, como factor social, no era valorado cuando se trataba de los sentimientos amorosos del caballero hacia la *mujer del otro*, sentimientos que le servían de impulso para realizar valientes hazañas. Cuanto más inaccesible se hallaba la mujer elegida, mayor era el esfuerzo realizado por su caballero para conquistar sus favores con las virtudes y cualidades apreciadas en el mundo (intrepidez, resistencia, tenacidad y bravura).

Lo corriente era que la dama elegida por los caballeros ocupase una posición lo más inaccesible posible. la dama de sus pensamientos elegida por el caballero era generalmente la mujer del señor feudal. En ocasiones, el caballero llevaba su osadía hasta posar sus ojos sobre la reina. Este ideal inaccesible se basaba en

la concepción de que únicamente el «amor espiritual», el amor sin satisfacciones carnales, que impulsaba al hombre a tomar parte en hazañas heroicas y le obligaba a la realización de «milagros de bravura», era digno de ser citado como ejemplo y de merecer la calificación de «virtud». Las muchachas solteras no eran nunca objeto de la adoración de los valientes caballeros. Por muy alta que fuese la posición, la adoración del caballero podía terminar en matrimonio. Entonces desaparecía inevitablemente el factor psicológico que impulsaba al hombre a la realización de heroicas hazañas. Ante este peligro, la moral fuedal no podía admitir el amor del caballero por la joven soltera. El ideal de ascetismo (abstinencia sexual) tiene puntos de contacto con la elevación del sentimiento amoroso convertido en virtud moral. El deseo de purificar el amor de todo lo que fuera carnal, «culpable», la aspiración de convertir el amor en un sentimiento abstracto, llevaba a los caballeros de la Edad Media a caer en monstruosas aberraciones; elegían como «dama de sus pensamientos» a mujeres que nunca habían visto en la vida, llegaban incluso a enamorarse de la «virgen María»...

No creo que sea posible deformar más un sentimiento. La ideología feudal consideraba ante todo el amor como un estimulante para fortalecer las cualidades necesarias a todo caballero; el «amor espiritual», la adoración del caballero por la dama de sus pensamientos servían directamente a los intereses de la casta feudal. Esta consideración fue la que determinó desde los comienzos de la sociedad feudal el concepto del amor. Ante la traición carnal de la mujer, ante el «adulterio» de la esposa, el caballero de la Edad Media no podía vacilar, y la enclaustraba o la mataba. Pero en cambio se sentía halagado si otro caballero elegía a su mujer como dama de sus pensamientos, y llegaba, incluso, a permitirle una corte de amor formada por «amigos espirituales».

La moral feudal caballeresca, que cantaba y ensalzaba el amor espiritual, no exigía, por el contrario, que las relaciones matrimoniales u otras formas de unión sexual tuviesen por base el amor. El amor era una cosa, y el matrimonio, otra. La ideología feudal

establecía entre las dos nociones una clara diferenciación (1).

Las nociones de amor y matrimonio no se unificaron hasta los siglos XIV y XV, durante los cuales empezó a iniciarse la moral burguesa. Esto explica que durante la Edad Media los sentimientos amorosos elevados y delicados choquen con la gran brutalidad de costumbres en el dominio de las relaciones sexuales. Como las relaciones sexuales, tanto en el matrimonio más legítimo como fuera de él, estaban privadas del sentimiento de amor capaz de transfigurarlas, quedaban reducidas al simple acto fisiológico.

La Iglesia aparentaba anatematizar el libertinaje, pero como fomentaba de palabra el «amor espiritual», no hacía en realidad más que patrocinar las relaciones bestiales entre los sexos. El caballero que llevaba siempre sobre el corazón el emblema de la dama de sus pensamientos, que componía en su honor versos llenos de delicadeza, que exponía su vida para merecer una sonrisa de sus labios, violaba tranquilamente a una muchacha de la aldea o mandaba a su escudero que le llevase al castillo, para distraerse, a las campesinas más bellas de los alrededores. Las mujeres de los caballeros no dejaban tampoco, imitando a sus maridos, de gozar de los placeres carnales con trovadores y pajes. Estas mujeres llegaban incluso en algunas ocasiones a admitir las caricias de sus criados, a pesar del desprecio que sentían por la servidumbre.

(1) En el siglo XII, por iniciativa de las mujeres de los caballeros y también de éstos, cuya conducta se encontraba muchas veces en contradicción con la moral reinante, se organizaron los «tribunales de amor», en los que las mujeres actuaban de jueces.

En uno de estos curiosos procesos de amor, en el que se trataba de determinar si el «amor verdadero» puede existir en el matrimonio, el fallo del «tribunal de amor» fue el siguiente: «Los presentes creemos y afirmamos que el amor no puede extender sus derechos a dos seres unidos en matrimonio. Dos amantes se entregan libremente todo cuanto poseen, sin tener en cuenta consideración alguna y sin sentirse obligados a la necesidad. Los esposos, por el contrario, como se sienten unidos por el hogar, están obligados a subordinar la voluntad del uno a la voluntad del otro; en virtud de este hecho no pueden negarse nada recíprocamente. Esta decisión, adoptada después de madurada reflexión y que expresa la opinión de numerosas mujeres, deberá ser reconocida como una verdad establecida e indiscutible.»

El fallo del tribunal fue dado el día 3 de mayo de 1174.

Cuando la sociedad feudal perdió su fuerza y surgieron las nuevas condiciones de vida que imponían los intereses de la clase burguesa en formación, se creó poco a poco un nuevo ideal moral en las relaciones sexuales. La naciente burguesía rechazó el ideal de «amor espiritual» y tomó bajo su defensa los derechos del amor carnal, tan menospreciado durante el feudalismo. La burguesía trae de nuevo al amor la fusión de lo físico con lo espiritual.

La moral burguesa no podía establecer ninguna diferencia entre el amor y el matrimonio. Todo lo contrario, el matrimonio tenía que estar determinado por la inclinación mutua entre los esposos. Aunque la burguesía violaba con gran frecuencia este principio moral, en la práctica, por razones de conveniencia, es evidente que reconocía el amor como fundamento del matrimonio. Para ello tenía la burguesía sólidas razones de clase.

En el régimen feudal la familia estaba cimentada en las tradiciones de la nobleza. El matrimonio era de hecho indisoluble; sobre la pareja unida en matrimonio pesaban los mandamientos de la Iglesia, la autoridad ilimitada de los jefes de familia, el ascendiente de las tradiciones y la voluntad del señor feudal.

La familia burguesa se formaba en otras condiciones; la familia burguesa no se basaba en la posesión de riquezas patrimoniales, sino en la acumulación del capital. La familia se convertía en la guardadora viva de las riquezas acumuladas. Pero para que esta acumulación se realizase lo más rápidamente posible era muy importante para la clase burguesa que los bienes adquiridos por el marido o el padre fueran gastados con «economía», de un modo inteligente, para no desperdiciarlos. Era, pues, necesario que la mujer fuera, además de «una buena ama de casa», una amiga y auxiliar del marido.

Al establecer las relaciones capitalistas, sólo la familia, en la que existía una estrecha colaboración entre todos sus miembros interesados en la acumulación

de riquezas, era la que quedaba fundamentada sobre sólidas bases. Esta colaboración era mucho más perfecta y daba mejores resultados si los esposos y los hijos, con respecto a sus padres, estaban unidos por verdaderos lazos espirituales y de cariño.

La nueva estructura económica de esta época, a partir de fines del siglo XIV y principios del XV, contribuyó al nacimiento de la nueva ideología. Poco a poco cambiaban de aspecto las nociones de amor y matrimonio. Lutero, el reformador religioso, y con él todos los pensadores y hombres de acción del Renacimiento y la Reforma (siglos XV y XVI), comprendieron claramente la fuerza social que encerraba el sentimiento del amor. Los ideólogos revolucionarios de la burguesía naciente se dieron cuenta de que para que la familia quedase sólidamente cimentada (unidad económica en la base del régimen burgués) era imprescindible una íntima unión entre todos sus miembros, y proclamaron un nuevo ideal moral de amor: la fusión del amor carnal y del amor psíquico.

Estos reformadores se burlaban sin piedad del «amor espiritual» de los caballeros enamorados obligados a consumirse en sus ansias amorosas sin esperanzas de satisfacerlas. Los ideólogos burgueses, los hombres de la Reforma, reconocieron la legitimidad de las sanas exigencias de la carne. El mundo feudal dividía el amor y le obligaba a tomar dos formas completamente independientes una de otra: el simple acto sexual por un lado (relaciones sexuales del matrimonio o del concubinaje), y un sentimiento de «elevado» amor platónico por otro ser (el amor que sentía el caballero por la dama de sus pensamientos).

El ideal de la moral de la clase burguesa comprendía, en la noción del amor, la sana atracción carnal entre los sexos y la afinidad psíquica. El ideal del feudalismo establecía una diferenciación clara entre el amor y el matrimonio. La burguesía fusionaba estas dos nociones. Para la burguesía, el concepto del amor y el matrimonio eran equivalentes.

En la práctica, naturalmente, la burguesía violaba su propio ideal. Mientras en la época feudal no se sublevaba ante la cuestión de la inclinación mutua, la

moral burguesa exigía, aun en el caso de que el matrimonio se hubiera hecho por cuestiones de conveniencia, que los esposos aparentasen exteriormente que se amaban.

Los prejuicios del amor y del matrimonio de la época feudal eran tan fuertes que se han conservado hasta nuestros días, por su adaptación al medio ambiente durante los siglos de moralidad burguesa. En nuestros tiempos todavía los miembros de las familias coronadas y de la alta aristocracia que las rodean obedecen a aquellas tradiciones. En estos medios de la sociedad, el matrimonio de inclinación es calificado de «ridículo» y produce siempre escándalo. Los jóvenes príncipes y princesas tienen que someterse a la tiranía de las tradiciones de raza y a la conveniencia política de su país, y unir su vida a un ser que no conocen ni aman. La Historia conserva gran número de dramas como el del desgraciado hijo de Luis XV, que fue empujado a realizar un matrimonio secreto a pesar de la profunda pena que experimentaba con el recuerdo de la muerte de su mujer, a la que había amado apasionadamente.

La subordinación del matrimonio a consideraciones de interés existe igualmente entre los campesinos. La familia campesina se distingue precisamente en esto de la familia burguesa de la ciudad. La familia campesina es ante todo una unidad económica de trabajo. Los intereses económicos dominan de tal modo a la familia campesina, que todos los demás lazos de orden psíquico juegan siempre un lugar secundario.

En la familia artesana de la Edad Media tampoco se tomaba nunca en consideración el amor cuando se concertaba un matrimonio. En la época de las corporaciones de artesanos, la familia era también una unidad de producción que descansaba sobre un principio económico de trabajo. El ideal del amor en el matrimonio no comienza a aparecer hasta el momento en que la familia deja de ser una unidad de producción para convertirse en una unidad de consumo y en guardiana del capital acumulado.

Pero aunque la moral de la burguesía proclamaba el derecho de «dos corazones amantes» a unirse aun en contra de las tradiciones familiares, a pesar de que se

burlaba del «amor platónico» y del ascetismo, y de que afirmaba que el amor era la base del matrimonio, tenían buen cuidado de poner estrechas limitaciones a todas sus concesiones. El amor no podía ser considerado como un sentimiento legítimo más que en el matrimonio; fuera del matrimonio el amor era considerado inmoral. Este ideal respondía a consideraciones de orden económico: impedir que el capital acumulado se dispersase con los hijos nacidos fuera de una unión matrimonial. Toda la moral de la burguesía tenía por función contribuir a la acumulación del capital. El ideal del amor quedaba, por tanto, constituido en la pareja unida en matrimonio, cuyo fin era el aumentar su bienestar material y las riquezas en el núcleo familiar aislado totalmente del resto de la sociedad. Cuando los intereses de la familia y de la sociedad tenían que ponerse frente a frente, la moral burguesa se inclinaba siempre a favor de los intereses familiares. (Por ejemplo, la condescendencia, no admitida por el derecho, pero que la moral burguesa concedía a los desertores; la justificación moral de un administrador de los intereses de varios accionistas que le habían confiado sus fondos, a los que arruinaba para aumentar los bienes de su familia, etc.) (2).

La burguesía, con el espíritu utilitario que la caracterizaba, pretendía sacar provecho del amor y convertir, por tanto, este sentimiento en un medio de consolidar los lazos de la familia.

Pero los límites impuestos al amor por la ideología burguesa le aprisionaban con fuertes cadenas. Así nacieron y se multiplicaron infinitamente los «conflictos amorosos». La novela, nuevo género literario que la clase burguesa creó, sirvió para expresar los conflictos amorosos originados por el encadenamiento del amor. El amor se salía constantemente de los límites matrimoniales que le habían sido impuestos, y tomaba la forma de unión libre o adulterio, que la moral de la burguesía condenaba, pero que en realidad no hacía más que cultivar.

(2) Estos ejemplos están tomados de Rusia.

El ideal burgués del amor no corresponde a las necesidades de la capa social más numerosa, no llena las necesidades de la clase obrera. Tampoco llena las aspiraciones de la vida de los trabajadores intelectuales. A esto se debe precisamente el enorme interés que despiertan en los países de capitalismo muy desarrollado todos los problemas del sexo y del amor. De aquí nacen las investigaciones apasionadas para encontrar una solución a este problema angustioso que inquieta a la Humanidad desde hace varios siglos. ¿Cómo esrá posible establecer relaciones entre los sexos que contribuyan a hacer a los hombres más felices, pero que al mismo tiempo no destruyan los intereses de la colectividad?

Este mismo problema se plantea actualmente a la juventud trabajadora de Rusia. Un ligero examen de la evolución de las relaciones matrimoniales y de los sentimientos de amor nos ayudará, joven camarada, a comprender una verdad indiscutible: que el amor no es «una cuestión privada», como parece entenderse a primera vista. El amor es un precioso factor social y psíquico que la Humanidad maneja instintivamente según los intereses de la colectividad. Es la Humanidad trabajadora, armada con el método científico del marxismo, y con la experiencia del pasado, la que tiene que comprender el lugar que la nueva Humanidad debe reservar al amor en las relaciones sociales. ¿Cuál es, pues, el ideal de amor que responde a los intereses de la clase que lucha para extender su dominio por todo el mundo?

El amor-camaradería

La nueva sociedad comunista está edificada sobre el principio de la camaradería, de la solidaridad. Pero, ¿qué es la solidaridad? No solamente debemos entender por solidaridad la conciencia de la comunidad de intereses; la solidaridad la constituyen también los lazos sentimentales y espirituales establecidos entre los miembros de una misma colectividad trabajadora. El régimen social edificado sobre principio de solidari-

dad y colaboración exige, sin embargo, que la sociedad en cuestión posea, desarrollada en alto grado, «la capacidad de potencial de amor», es decir, la capacidad para sensaciones de simpatía.

Si estas sensaciones faltan, el sentimiento de camaradería no puede consolidarse. Por esto intenta la ideología proletaria educar y reforzar en cada uno de los miembros de la clase obrera sentimientos de simpatía ante los sufrimientos y las necesidades de sus camaradas de clase. También tiende la ideología proletaria a comprender las aspiraciones de los demás y a desarrollar la conciencia de su unión con los otros miembros de la colectividad. Pero todas estas «sensaciones de simpatía», delicadeza, sensibilidad y simpatía se derivan de una fuente común: de la capacidad para amar, no de amar en sentido propiamente sexual, sino del amor en el sentido más amplio de esta palabra.

El amor es un sentimiento que une a los individuos; podemos incluso decir que es un sentimiento de orden orgánico. La burguesía ha comprendido también toda la fuerza de unión entre los hombres que puede tener el amor, y, por tanto, procuraba sujetarlo bien a sus intereses. Por eso la ideología burguesa, al intentar consolidar la familia, recurre a la virtud moral del «amor entre los esposos»; ser «un padre de familia» era a los ojos de la burguesía una de las más grandes y preciadas cualidades del hombre.

El proletariado, por su parte, debe descontar el papel social y psicológico del sentimiento de amor, lo mismo en el amplio sentido de la palabra que en lo que se refiere a las relaciones entre los sexos, que puede y debe jugar para reforzar los lazos, no en el dominio de las relaciones matrimoniales y de la familia, sino los lazos que contribuyen al desenvolvimiento de la solidaridad colectiva.

¿Cuál será, pues, el ideal de amor de la clase obrera? ¿En qué sentimientos tienen que basarse las relaciones sexuales en la ideología proletaria?

Ya hemos visto, mi joven camarada, cómo cada época de la Historia posee su ideal de amor peculiar; hemos analizado cómo cada clase, en su propio interés, da a la noción moral del amor un contenido determinado. Cada grado de cililización trae a la Humanidad sensaciones morales e intelectuales más ricas en matices, que recubren de un color determinado las delicadas alas de Eros. La evolución en el desenvolvimiento de la economía y las costumbres sociales ha ido siempre acompañada de modificaciones nuevas en el concepto del amor. Algunos matices de este sentimiento se reforzaban, mientras otros caracteres disminuían o desaparecían totalmente.

El amor en el transcurso de los siglos de existencia de la sociedad humana evolucionaba desde ser un simple instinto biológico (el instinto de reproducción, común a todos los seres vivientes superiores o inferiores divididos en dos sexos), y se enriquecía sin cesar con nuevas sensaciones psíquicas, hasta convertirse en un sentimiento muy complicado (3).

El amor pasó de ser un fenómeno a convertirse en un factor social y psicológico.

El instinto biológico de reproducción que determinó las relaciones entre los sexos en los primeros grados del desenvolvimiento de la Humanidad tomó, bajo la presión de las fuerzas económicas y sociales, dos sentidos diametralmente opuestos. Por un lado, bajo la presión de relaciones económicas y sociales monstruosas, y, sobre todo, bajo el yugo capitalista, el sano instinto sexual (la atracción física de dos seres de sexo distinto basada en el instinto de reproducción), degeneró y se convirtió en lujuria malsana. El acto sexual se transformó en un fin en sí mismo, en un medio para lograr «mayor voluptuosidad», en una depravación exacerbada por los excesos, las perversiones y los malsanos aguijonazos de la carne. El hombre buscaba a la mujer, no impulsado por una sana corriente sexual que le empujase con todo su ímpetu hacia una mujer; el hombre «buscaba» a la mujer sin experimentar ninguna necesidad sexual, y la buscaba con el

(3) Otro origen biológico natural del amor es el instinto de maternidad; los cuidados que la madre tiene que prestar a su hijo se mezclan y cruzan entre sí y los dos instintos son los que han creado una base natural para el desarrollo de las sensaciones complejas del amor, a las que han contribuido las relaciones sociales.

único fin de provocar esta necesidad mediante la intimidad del contacto con la mujer. De este modo el hombre se procura una voluptuosidad con el hecho mismo del acto sexual. Si la intimidad del trato con la mujer no provoca en el hombre la excitación esperada, los hombres, estragados por los excesos sexuales, recurren a toda clase de aberraciones.

Esta es una desviación del instinto biológico en una lujuria malsana, que hace que se aleje de su fuente primitiva.

Por otra parte, la atracción física entre los sexos se complica en el transcurso de los siglos de vida social de la Humanidad y de las diversas civilizaciones, y adquiere toda una gama de matices y sentimientos diversos. En su forma actual, el amor es un estado psicológico muy complejo que desde hace mucho tiempo se desprendió por completo de su fuente originaria, el instinto biológico de reproducción, y que llega en muchos casos a estar incluso en contradicción con él. El amor es un conglomerado de sentimientos diversos: pasión, ternura espiritual, lástima, inclinación, costumbre, etc. Es difícil, pues, ante tan gran complejidad, establecer un lazo de unión directo entre el «Eros sin alas» (atracción física entre los sexos) y el «Eros de alas desplegadas» (atracción psíquica). El amor-amistad, en el que no es posible encontrar ni un átomo de atracción física; el amor espiritual, sentido por la causa, por la idea; el amor impersonal hacia una colectividad, son sentimientos que demuestran claramente hasta qué punto se ha idealizado y se ha alejado de su base biológica el *sentimiento de amor*.

Pero aún se complica el problema mucho más. Con gran frecuencia surge una flagrante contradicción entre las diversas manifestaciones del amor, y comienza la lucha. El amor sentido por la «causa amada» (no el amor simplemente por la causa, sino por la causa amada) no concuerda con el amor sentido por el elegido o elegida del corazón (4); el amor sentido por la colectividad se presenta en conflicto con el amor sentido por la mujer, el marido o los hijos. El amor-amistad se encuentra en contradicción con el amor-pasión. En un caso, el amor está dominado por la armonía psíquica; en el otro, tiene por base «la armonía del cuerpo».

(4) Este conflicto se da principalmente con gran frecuencia en las mujeres en la época contemporánea de transición.

El amor se ha revestido de múltiples aspectos. Desde el punto de vista de las emociones de amor, el hombre de nuestra época, en el cual los siglos de evolución cultural han hecho que se desarrollen y eduquen los diferentes matices de este sentimiento, se siente como a disgusto en el significado demasiado vago y general del sentido de la palabra amor (5).

La multiplicidad del sentimiento de amor crea, bajo el yugo de la ideología y costumbres capitalistas, una serie de dolorosos e insolubles dramas morales. Desde fines del siglo XIX empezaron los escritores psicólogos a tratar como tema favorito la multiplicidad del sentimiento de amor. Los reflexivos representantes de la cultura burguesa empezaron a sentir inquietud y desconcierto ante aquel «enigma» del «amor por dos y hasta por tres seres». H. A. Harzen, nuestro gran pensador y publicista del siglo pasado, intentó encontrar una solución a esta complejidad del alma humana, a este desdoblamiento de sentimientos, en su novela titulada *¿De quién es la culpa?* También Chernychevsky intentó encontrar la solución a este problema en la novela social *¿Qué hacer?* El desdoblamiento del sentimiento de amor, su multiplicidad, ha preocupado a los más grandes escritores de Escandinavia, tales como Hanisen, Ibsen, Bernsen (6) y Heierstan. Los literatos franceses del siglo pasado se han ocupado también de este tema. Romain Rolland, escritor que simpatiza con el comunismo, y Maeterlink (7), que no puede encontrarse más

(5) La nueva humanidad se verá obligada a encontrar nuevas palabras para expresar los múltiples aspectos de las sensaciones psíquicas que actualmente se traducen en forma grosera, por palabras tales como amor, pasión, anhelo, complejo amoroso y amistad. El estado de alma tan complicado que resulta de la unión de estos sentimientos diversos, no puede ser expresado en modo alguno por estas nociones y definiciones tan vagas.

(6) *Hilde, la mal avenida.*

(7) *Aglaneme ei Celisette.*

alejado de nuestros ideales, han tratado igualmente de encontrar la solución a este problema. Los genios poéticos como Goethe, Byron y Jorge Sand, este último uno de los *pionners* más ardientes del dominio de las relaciones entre los sexos, han intentado resolver en la práctica este problema complicado, este «enigma del amor». Harzen, el autor del libro *¿De quién es la culpa?*, lo mismo que otros pensadores, poetas y hombres de Estado, se han dado cuenta del terrible problema a la luz de su propia experiencia. Pero bajo el peso del «enigma de la dualidad de sentimientos de amor», se doblegan también los hombres que no son «grandes» en modo alguno, pero que buscan en vano la clave de la solución del problema dentro de los límites impuestos por el pensamiento burgués. La solución del problema está precisamente en manos del proletariado. La solución de este problema pertenece a la ideología y al nuevo género de vida de la Humanidad trabajadora.

Cuando hablamos de la dualidad del sentimiento de amor, de las complejidades del «Eros de alas desplegadas», no debemos confundir esta dualidad con las relaciones sexuales de un hombre con varias mujeres, o de una mujer con varios hombres. La poligamia, en la que no se da el sentimiento de amor, puede ser causa de consecuencias nefastas (agotamiento precoz del organismo, mayor facilidad para contraer enfermedades venéreas, etc.); pero estas uniones no crean «dramas morales». Los «dramas», los conflictos surgen cuando nos encontramos en presencia del amor con todos sus matices y manifestaciones diversas. Una mujer puede amar a un hombre «por su espíritu» solamente si sus pensamientos, sus aspiraciones y sus deseos están en armonía con los suyos, y al mismo tiempo puede sentirse arrastrada por la poderosa atracción física a otro hombre. Lo mismo que la mujer puede el hombre experimentar un sentimiento de ternura lleno de consideraciones, de compasión llena de solicitud por una mujer, mientras que en otra encuentra su apoyo y la comprensión de las más altas y mejores aspiraciones de su «yo». ¿A cuál de estas dos mujeres deberá entregar la plenitud de «Eros»? ¿Tendrá necesariamente que mutilar su alma y arrancarse uno de estos sentimientos cuando sólo puede adquirir la plenitud de su ser con el mantenimiento de estos dos lazos de amor?

Bajo el régimen burgués el desdoblamiento del alma y del sentimiento lleva consigo inevitables sufrimientos. La ideología basada en el instinto de propiedad ha inculcado al hombre durante siglos y siglos que todo sentimiento de amor debe estar fundamentado en un principio de propiedad. La ideología burguesa ha grabado en la cabeza de los hombres la idea de que el amor da derecho a poseer enteramente, *y sin compartirlo con nadie,* el corazón del ser amado. Este ideal, esta exclusividad en el sentimiento de amor era la consecuencia natural de la forma establecida del matrimonio indisoluble y del ideal burgués de «amor absorbente» entre los esposos. Pero un ideal de esta clase, ¿puede responder a los intereses de la clase obrera? Mucho más importante y deseable es, desde el punto de vista de la ideología proletaria, el que las sensaciones de los hombres se enriquezcan cada vez con mayor contenido y se hagan más múltiples. La multiplicidad del alma constituye precisamente un hecho que facilita el desarrollo y educación de los lazos del corazón y del espíritu, mediante los cuales se consolidará la colectividad trabajadora. Cuanto más numerosos son los hilos tendidos entre las almas, entre los corazones y las inteligencias, más solidez adquiere el espíritu de solidaridad y con más facilidad puede realizarse el ideal de la clase obrera: camaradería y unión.

El exclusivismo y «la absorción» en el sentimiento de amor no pueden constituir, desde el punto de vista de la ideología proletaria, el ideal del amor determinante de las relaciones entre los sexos. Todo lo contrario. El proletariado, al darse cuenta de la multiplicidad del «Eros de alas desplegadas», no se asusta en absoluto de este descubrimiento, ni tampoco experimenta indignación moral como lo aparenta la hipocresía burguesa. El proletariado trata, en cambio, de dar a este fenómeno (que es el resultado de complicadas causas sociales) una dirección que sirva a sus fines de clase en el momento de la lucha y de la edificación de la sociedad comunista.

¿Estará acaso la multiplicidad del amor en sí misma en contradicción con los intereses del proletariado? Todo lo contrario; esta multiplicidad del sentimiento de amor facilita el triunfo del ideal de amor en las relaciones entre los sexos, que se forman y cristalizan ya en el seno mismo de la clase obrera: el amor-camaradería.

La humanidad del patriarcado se representó al amor como el cariño entre los miembros de una familia (amor entre hermanas y hermanos, entre los hijos y los padres). El mundo antiguo anteponía a todo otro sentimiento el amor-amistad. El mundo feudal hacía su ideal de amor el amor «espiritual» del caballero, amor independiente del matrimonio y que no llevaba consigo la satisfacción de la carne. El ideal de amor de la sociedad burguesa era el amor de una pareja unida por un sentimiento legítimo.

El ideal de amor de la clase obrera está basado en la colaboración en el trabajo, en la solidaridad de espíritu y de la voluntad de todos los miembros, hombres y mujeres, y se distingue, por tanto, de un modo absoluto de la noción que del amor tenían las otras épocas de civilización. ¿Qué es, pues, el «amor-camaradería»? ¿Querrá todo esto decir que la severa ideología de la clase obrera, forjada en una atmósfera de lucha para el triunfo de la dictadura del proletariado, se dispone a arrojar de un modo despiadado al delicado Eros alado? De ningún modo. La ideología de la clase obrera no puede desplazar al «Eros de alas desplegadas». Más bien todo lo contrario; es decir, prepara el reconocimiento del sentimiento de amor como fuerza social y psíquica.

La hipócrita moral de la cultura burguesa que obligaba al dios Eros a no visitar más que a la «pareja unida legalmente», le arrancaba sin piedad las plumas más bellas de sus alas de brillantes colores. Fuera del matrimonio no podía existir para la ideología burguesa más que el Eros sin alas, el Eros despojado de sus plumas de vivos colores; la atracción pasajera entre los sexos bajo la forma de caricias compradas (prostitución) o de caricias robadas (adulterio).

La moral de la clase obrera, por el contrario, rechaza francamente la forma exterior que establece las relaciones de amor entre los sexos.

Para el logro de las tareas del proletariado es completamente igual que el amor tome la forma de una unión estable o que no tenga más importancia que la de una unión pasajera. La ideología de la clase obrera no puede fijar límites formales al amor. Por el contrario, esta ideología empieza a sentir inquietud por el contenido del amor, por los lazos de sentimientos y emociones que unen a los dos sexos. *Por eso en este sentido la ideología proletaria tiene que perseguir al «Eros sin alas» (lujuria, satisfacción única de los deseos carnales por la prostitución, transformación del «acto sexual» en un fin en sí mismo, lo que hace de él un «placer fácil», etc.) más implacablemente que lo hacía la moral burguesa.* El «Eros sin alas» está en contradicción con los intereses de la clase obrera. En primer lugar, este amor supone inevitablemente los excesos y el agotamiento físico, todo lo cual contribuye a que disminuya la reserva de energía de la Humanidad. En segundo lugar, el «Eros sin alas» empobrece el alma porque impide el desenvolvimiento entre los seres humanos de lazos psíquicos y de sensaciones de simpatía. En tercer lugar, este amor tiene por base la desigualdad de derechos entre los sexos en las relaciones sexuales; es decir, está fundado en la dependencia de la mujer con relación al hombre, en la fatuidad o insensibilidad del hombre; todo lo cual ahoga necesariamente toda la posibilidad de experimentar un sentimiento de camaradería. En cambio, la acción ejercida sobre los seres humanos por el «Eros de alas desplegadas» es completamente distinta.

Es indudable que en el fondo del «Eros de alas desplegadas» se encuentra, lo mismo que en el «Eros sin alas», la atracción física entre los sexos. La diferencia consiste precisamente en que en el ser movido por sentimientos de amor que le empujan hacia otro ser, se despiertan y se manifiestan justamente aquellas cualidades del alma necesarias a los constructores de la nueva cultura: sensibilidad, delicadeza y deseo de ser útil a otro. La ideología burguesa, en cambio, exige que el

hombre o la mujer no hagan gala de estas cualidades más que en presencia del elegido o elegida, es decir, en sus relaciones con un solo hombre o con una sola mujer. Lo más importante para la ideología proletaria es que estas cualidades se despierten, se desarrollen y se eduquen en todos los hombres y, por tanto, que no se manifiesten sólo en las relaciones con el objeto amado, sino en las relaciones con todos los demás miembros de la colectividad.

En realidad, para el proletariado no tienen importancia los matices y sentimientos predominantes en el «Eros de alas desplegadas»; el proletariado se siente indiferente ante los delicados tonos del complejo amoroso, ante los encendidos colores de la pasión o ante la armonía del espíritu. Lo único que le interesa es que en todas las manifestaciones y sentimientos de amor existan los elementos psíquicos que desarrollan el sentimiento de camaradería.

El ideal de amor-camaradería forjado por la ideología proletaria para sustituir al «absorbente» y «exclusivo» amor conyugal de la moral burguesa, está fundado en el reconocimiento de derechos recíprocos, en el arte de saber respetar, incluso en el amor, la personalidad de otro, en un firme apoyo mutuo y en la comunidad de aspiraciones colectivas.

El amor-camaradería es el ideal necesario al proletario en los períodos difíciles de grandes responsabilidades, en los que lucha para el establecimiento de su dictadura o para fortalecer su mantenimiento. Sin embargo, cuando el proletariado haya triunfado totalmente y sea ya un hecho la sociedad comunista, el amor, el «Eros de alas desplegadas», se presentará en una forma completamente distinta, revestirá un aspecto diferente en absoluto al que tiene actualmente, adquirirá un aspecto completamente desconocido hasta ahora por los hombres. Los «lazos de simpatía» entre los miembros de la nueva sociedad se habrán desarrollado y fortalecido, la «capacidad para amar» será mucho mayor, y el amor-camaradería se convertirá en «animador», papel que en la sociedad burguesa estaba reservado al principio de concurrencia y al agoísmo. El colectivismo del espíritu y de la voluntad triunfarán sobre

el individualismo que se bastaba a sí mismo. Desaparecerá el «frío de la soledad moral», de la que en el régimen burgués intentaban escapar los hombres refugiándose en el amor o en el matrimonio; los hombres quedarán unidos entre sí por innumerables lazos sentimentales y psíquicos. Los sentimientos de los hombres se modificarán en el sentido de los intereses cada vez más grandes hacia la cosa pública. Desaparecerán en el olvido sin dejar el menor rastro la desigualdad entre los sexos y todas las formas de dependencia de la mujer con relación al hombre.

En esta nueva sociedad, colectivista por su espíritu y sus emociones, caracterizada por la unión feliz y las relaciones fraternales entre los miembros de la colectividad trabajadora y creadora, Eros, el dios del amor, ocupará un puesto de honor, como sentimiento capaz de enriquecer la felicidad humana. ¿Cómo se transfigurará este Eros? Ni la fantasía más creadora es capaz de imaginárselo. Lo único indiscutible es que *cuanto más unida esté la Humanidad por los lazos duraderos de la solidaridad, tanto más íntimamente unida estará en todos los aspectos de la vida, de la creación o de las relaciones mutuas. Por consiguiente, tanto menos lugar quedará para el amor en el sentido contemporáneo de la palabra.* En nuestros tiempos, el amor peca siempre por un exceso de absorción de todos los pensamientos, de todos los sentimientos entre dos «corazones que se aman», y que, por tanto, aíslan y separan a la pareja amante del resto de la colectividad. Este apartamiento, este aislamiento moral de la «pareja amorosa», no sólo será completamente inútil, sino que psicológicamente será imposible en una sociedad en la que estén íntimamente unidos los intereses, las tareas y las aspiraciones de todos los miembros de la colectividad. En este mundo nuevo la forma reconocida, normal y deseable de las relaciones entre los sexos estará basada puramente en la atracción sana, libre y natural (sin perversiones ni excesos) de los sexos; las relaciones sexuales de los hombres en la nueva sociedad estarán determinadas por el «Eros transfigurado».

Pero actualmente nos encontramos en el recodo donde se cruzan dos civilizaciones: la civilización bur-

guesa y la civilización proletaria. En este período de transición, en el que estos dos mundos luchan encarnizadamente en todos los frentes, incluso, naturalmente, en el frente ideológico, el proletariado está muy interesado en lograr por todos los medios a su alcance la acumulación más rápida posible de «sensaciones y sentimientos de simpatía». En este período de transición la idea moral que determina las relaciones entre los sexos no puede ser el brutal instinto sexual, sino las múltiples sensaciones del amor-camaradería experimentadas por hombres y mujeres. Para que estas sensaciones correspondan a la nueva moral proletaria en formación, es necesario que estén basadas en los tres postulados siguientes:

1.º Igualdad en las relaciones mutuas (es decir, desaparición de la suficiencia masculina y de la servil sumisión de la individualidad de la mujer al amor).

2.º Reconocimiento mutuo y recíproco de sus derechos, sin pretender ninguno de los seres unidos por relaciones de amor la posesión absoluta del corazón y el alma del ser amado. (Desaparición del sentimiento de propiedad fomentado por la civilización burguesa.)

3.º Sensibilidad fraternal; el arte de asimilarse y comprender el trabajo psíquico que se realiza en el alma del ser amado. (La civilización burguesa sólo exigía que la mujer poseyese en el amor esta sensibilidad.)

Pero aunque la ideología de la clase obrera proclamase los derechos del «Eros de alas desplegadas» (del amor), subordina al mismo tiempo el amor que los miembros de la colectividad trabajadora sienten entre sí a otro sentimiento mucho más poderoso, un sentimiento de deber de la colectividad. Por muy grande que sea el amor que una a dos individuos de sexos diferentes, por muchos que sean los vínculos que unan sus corazones y sus almas, los lazos que los unan a la colectividad tienen que ser mucho más fuertes, más numerosos y orgánicos. «Todo para el hombre amado», proclamaba la moral burguesa. «Todo para la colectividad», establece la moral proletaria.

Ahora te oigo argumentar, mi joven camarada: «Concedido, como afirmas, que las relaciones de amor, basadas en el espíritu de fraternidad, se conviertan en el ideal de la clase obrera. Pero ¿no pesará demasiado este ideal, esta "medida moral" del amor sobre los sentimientos amorosos? ¿No pudiera ocurrir que este ideal destroce y mutile las delicadas alas del "suspicaz Eros"? Hemos libertado al amor de las cadenas de la moral burguesa; pero ¿no le crearemos tal vez otras?»

Tienes razón, mi joven camarada. La ideología proletaria, al rechazar «la moral» burguesa en el dominio de las relaciones matrimoniales, se forja inevitablemente su propia moral de clase, sus nuevas normas reglamentadoras de las relaciones entre los sexos, que corresponden mejor a las tareas de la clase obrera, que sirven para educar los sentimientos de sus miembros y que, por tanto, constituyen hasta cierto punto cadenas que aprisionan el sentimiento de amor. Si hablamos del amor patrocinado por la ideología burguesa es indudable que el proletariado arrancará irremisiblemente muchas plumas de las alas del delicado Eros, tal y como se lo representa aquella ideología. Pero lo que no se puede hacer, porque significa no darse cuenta del porvenir, es lamentarse de que la clase obrera imprima su sello en las relaciones sexuales, con el fin de lograr que el sentimiento de amor corresponda con sus tareas de clase. Es evidente que en vez de las viejas plumas arrancadas a las alas de Eros, la clase ascendente de la Humanidad hará que le crezcan otras de una belleza, fuerza y brillo hasta ahora desconocidos. No olvides, joven camarada, que el amor cambia de aspecto y se transforma de una manera inevitable a la vez que cambian las bases económicas y culturales de la sociedad.

Si logramos que de las relaciones de amor desaparezca el ciego, el exigente y absorbente sentimiento pasional; si desaparece también el sentimiento de propiedad, lo mismo que el deseo egoísta de «unirse para siempre» al ser amado; si logramos que desaparezca la fatuidad del hombre y que la mujer no renuncie criminalmente a su «yo», no cabe duda que la desaparición de todos estos sentimientos hará que se desarrollen otros elementos preciosos para el amor. Así se desarrollará y aumentará el respeto hacia la personalidad de otro, lo mismo que se perfeccionará el arte de

contar con los derechos de los demás; se educará la sensibilidad recíproca y se desarrollará enormemente la tendencia de manifestar el amor, no solamente con besos y abrazos, sino también con una unidad de acción y de voluntad en la creación común.

La tarea de la ideología proletaria no es, pues, separar de sus relaciones sociales al «Eros alado». Consiste simplemente en llenar su carcaj con nuevas flechas; consiste en hacer que se desarrolle el sentimiento de amor entre los sexos, basado en la más poderosa fuerza psíquica nueva: la solidaridad fraternal.

Espero, joven camarada, que ahora verás claramente que el hecho de que el problema del amor despierte un interés tan extraordinario entre la juventud trabajadora no es en modo alguno síntoma de «decadencia». Creo que ahora podrás encontrar por ti mismo el lugar que debe corresponder al amor, no sólo en la ideología del proletariado, sino en la vida diaria de la juventud trabajadora.

EL COMUNISMO Y LA FAMILIA